











120 pages - 2 hrs 26 mins





# PICOS DE EUROPA



CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE  
LAS MONTAÑAS ESPAÑOLAS

P O R

PEDRO PIDAL  
MARQUÉS DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

Y

JOSÉ F. ZABALA

CLUB ALPINO ESPAÑOL ♣ MADRID ♣ 1918



R. 38554

4. 14715  
6. 1054483



*ILUSTRACIONES DE*

*Leopoldo ALONSO*

*Francisco ANDRADA*

*Emilio V. ARCHE*

*Fernando BÁRCENA*

*Antonio FERNÁNDEZ*

*Barón de F. de NEGRIN*

*Antonio PRAST*

*Antonio VICTORY*

*Louis WEBER*

*José F. ZABALA*

*... Étonnants voyageurs! Quelles nobles histoires  
nous lisons dans vos yeux profonds comme les mers.  
Montrez-nous les écrins de vos riches mémoires,  
les bijoux merveilleux, faits d'astres et d'éthers.  
Nous voulons voyager sans vapeur et sans voile!  
Faites, pour égayer l'ennui de nos prisons,  
passer sur nos esprits, tendus comme une toile,  
vos souvenirs avec leurs cadres d'horizons...  
Dites, qu'avez vous vu?..*

CHARLES BAUDELAIRE.—*LE VOYAGE*



## AYER Y HOY...



A montaña está en sus comienzos; aun no surgen de su cimera esbeltos picachos, afiladas agujas, gallardos torreones. Estos primores de su arquitectura, estaban ocultos en la entraña, como la obra de arte encerrada en el corazón del bloque de mármol. Y el Artista Supremo debió trabajar durante miles de años, hasta revelar el admirable prodigio de la enorme escultura.

Y el monumento fué afinando la filigrana de su cúpula con los cinceles del hielo, de la nieve, de la lluvia y del sol. Y el tiempo, el gran colorista, fué manchando la magna obra con una pátina misteriosa, que cambia de color según las luces del sol cambian.

Torrentes de hielo saltaban a los pies de los montes colosales, e iban labrando los valles, dejando en las altas murallas de piedra las huellas de su paso... Y llegaron al llano y en él abandonaron los escombros, y con ellos formaron otros montes más pequeños, que aun perduran, como si fueran los primeros peldaños de esta gradería enorme, desde cuya cumbre el hombre se admira y extasía ante la obra de la naturaleza.

Luego, a estos paisajes salvajes e inhospitalarios, sucedieron en los flancos de la montaña otros paisajes más rientes. Los ríos, hijos del hielo de los glaciares, cantaban en los valles su eterna canción de vida y de esperanza. Y sobre la roca fecundada por el agua y el sol, surgieron los bosques y las verdes praderías. La madre Tierra ofrecía su regazo al hombre que había de dominarla.

Allá abajo, al pie del Coliseum de rocas y hielo, al abrigo de las cavernas hundidas al socaire de la montaña, vivían su vida desconocida y oscura los primeros ejemplares de la especie humana. ¡Qué narración haría ante la tribu o familia el hombre que primero se aventurara hasta el borde de los glaciares, en alguna jornada de caza, persiguiendo las fieras que habitaban aquellos bosques! ¡Cuál sería el pensamiento suyo al contemplar desde un alto valle solitario, fuera ya de la selva áspera e inextricable, el portentoso panorama de las jóvenes montañas!

Este hombre primitivo debió experimentar el estupor y el miedo al ser sorprendido por el estampido fragoroso de las avalanchas, al contemplar el desierto de hielo que trepaba hasta los verticales muros de los picachos. Y a su vuelta, contaría a los suyos la portentosa maravilla que había descubierto: olorosas selvas de pinos, praderas tachonadas de flores, glaciares centelleantes, águilas enormes, cabras de cornamenta desmesurada; y en su imaginación, el terror y la sorpresa pondrían fantásticas visiones de animales extraños.

Más tarde, aquellos hombres huirían de sus cavernas, llenos de pavor, ante la avalancha de otros hombres más fuertes que invadirían los valles inferiores; y las altas praderas dieron sustento a los primeros rebaños, y sobre la hierba fresca y olorosa alzaronse las primeras cabañas de estos nuevos pastores y cazadores, que debían mirar la montaña como el trono intangible de sus dioses.

Pasaron los siglos. Estos grupos de tribus tomaron un nombre y se llamaron cántabros y astures (1), y la montaña también se llamó Cantabria (2). Hasta allí llegaron los legionarios romanos, y en valles y barrancos el eco devolvía el ruido de los carros de guerra de los vencedores en Filipos, en Utica y en Farsalia. Los pastores de luengas barbas y luengas cabelleras hubieron de luchar por defender la propiedad de sus rebaños y sus praderas, y vencidos por el empuje feroz de las legiones, huyeron a refugiarse en la montaña, que ya comenzó a ser conquistada por los hombres. Ya los picachos de Cantabria tenían un nombre: eran el monte Vinio de los historiadores romanos (3).

(1) De alguna tribu se sabe que se llamó de los Orgnemescos; otra, de los Vadinienses (observación de don Aureliano Fernández Guerra).

(2) Plinio dice que en la parte de Cantabria próxima al mar Océano, hay un escabroso monte, de increíble altura y todo lleno de mineral: *Cantabrie maritimae parte, quam Oceanus alluit, mons prorupte altus incredibile dictu totus ex ea materia est.*

Pomponio Mela, *De situs orbis*, libro III: «Desde el Sella, que corre por Asturias, hasta los Austrigones (vascos), es la Cantabria.»

Dice la *Descripción de España* del geógrafo nómada El Esdris: «Cantabria es un territorio cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques; estrechas gargantas y desfiladeros; los ríos que nacen en la falda septentrional de estas montañas se precipitan muy pronto en el mar, de Sur a Norte, y las faldas meridionales dan origen al Ebro, al Pisuerga y al Carrión.»

(3) Lucio Floro, refiriéndose a la campaña de conquista llevada a efecto por César Octavio, dice:

«En un principio se combatió a los cántabros bajo los muros de Velica; desde aquí se retiraron al elevadísimo monte Vinnio, persuadidos de que antes llegarían a él las aguas del Océano que los ejércitos de Roma.»

Paulo Orosio cita también el monte Vinnio al relatar la persecución de que fueron objeto los cántabros y astures:

«Entonces, finalmente, los cántabros trabaron una grandísima batalla y fueron vencidos debajo de las murallas de Velica. Huyeron al monte Vinnio, por naturaleza segurísimo, donde, cercados, los más murieron de hambre.»

Tras los romanos, las hordas bárbaras. A su dominio sucede la invasión árabe, que encuentra en el corazón de la montaña, en la cueva sagrada de Covadonga, al grupo de hombres valerosos que escribió la letra capitular de la Historia de España al iniciar la gloriosa epopeya de la Reconquista.

Los montes de Cantabria, el monte Vinio de los romanos, recibe de los árabes el nombre del rey astur que fué el primer monarca hispano; para ellos fué la Peña de Pelayo (1).

Para ellos, grandes amadores de la Naturaleza, que allá, en el Andalucía, bautizaron las cumbres sagradas con nombres de bellísima resonancia, que han llegado a nuestro siglo sin corromperse; para ellos, de inteligencia abierta, amigos de la contemplación, todavía era esta montaña inspiradora de terror fatal. Aun no había nacido en los hombres la idea de la sublime belleza de los montes soberanos. Aun no eran aptos para recibir las graves y serenas lecciones de la montaña, y aun pasaron muchos siglos hasta llegar el momento en que la inteligencia humana se abrió ante las visiones de la belleza y de la verdad, y algunos seres de magnífico espíritu se acercaron a la montaña llenos de un sentimiento que no era de ignorante repulsión o de supersticioso miedo.

Explicable es el terror que a los árabes inspiraran las montañas en que se alzaba la Peña de Pelayo. Huyeron después de la derrota de Covadonga por las lóbregas gargantas del Cares, para llegar a la tierra de Liébana. Ya en esta comarca y en las proximidades del pueblo de Casegadia (hoy Cosgaya), del monte Subiedes hubo de desgarrarse una gran avalancha, que sepultó entre sus escombros a los restos del fugitivo ejército árabe, fenómeno que, naturalmente, los antiguos cronicones atribuyen un origen divino (2).

(1) Escribe el Ajbar Machmua, refiriéndose al caudillo Ocha: «Se hizo dueño de Galicia, Alava, Pamplona, sin que quedase en Galicia alquería sin conquistar, si se exceptúa la Peña, en la cual se había refugiado con 300 hombres un llamado Belay (Pelayo), a quien los mulsumanes no cesaron de combatir y acosar.»

Otro árabe, Almakkari, refiere el último esfuerzo de las huestes bereberes para conquistar lo que restaba de España: «Moguits consintió y con él fué hasta llegar a los ásperos parajes del Norte; conquistó los castillos de Vizeu y Lugo, y allí se detuvo mandando exploradores que llegaran hasta la *Peña de Pelayo, sobre el mar Océano.*»

Aben-Adhari, en sus *Historias del Andalucía*, señala: «No quedando a la gente del Islam cosa de que no se apoderaran de cuanto está detrás de aquella ciudad, a excepción de los montes Caracoxa, y los montes de Babeluna y una *Peña de Galiquia*; en cuanto a esta *peña* no quedaron en ella, con el rey de Galiquia, trescientos hombres.»

(2) «Sexaginta vero et tria millia, qui remanserant, in verticem montis *Ausevæ* ascenderunt, atque per præruptum montis, qui vulgo appellatur *Amosa* ad territorium *Lebaniensum præcipites* descenderunt. Sed nec ipsi Domini evaserunt vindictam: nam cum per verticem montis qui situs est *super ripam fluminis Devæ*, iuxta prædium, quod dicitur *Casegadia*, sic evidenter iudicio Domini actum est, ut ipsius montis pars se a fundamentis evovens, sexaginta tria milla Chaldæorum stupenter in flumine proiecerit, atque omnes

Años antes de la invasión sarracena, una mansión sagrada fuéalzada en uno de los valles por un grupo de ascetas, a quienes el fervor religioso llevó hasta aquellos rincones escondidos huyendo de las miserias de la vida de los hombres. En derredor de aquella casa de piedad que fundara Santo Toribio de Astorga, agrupáronse tribus de pastores que huían de un peligro más tangible: de la espada de los invasores. Allí hizo conducir el rey Alfonso I las reliquias que el obispo astorgano importara de los Santos Lugares, entre ellas el brazo izquierdo de la Cruz en que muriera Jesús. Aun quedan en este Monasterio de Santo Toribio de Liébana restos de la sagrada reliquia.

¡Cuántos peregrinos traspasarían los puertos montaraces llevados de la devoción para rezar ante aquel venerado símbolo de la religión de Cristo! ¡Impulsados por la fe afrontarían los hielos y las nieves de las alturas, y puede que sus miradas, veladas por el miedo irresistible, se alzarían hasta las altas cumbres, vírgenes de la huella del hombre, y harían después relato de terroríficas aventuras de santos y de demonios, de abismos insondables, de ecos prodigiosos, de apocalípticas tempestades y de atronadoras avalanchas!

En aquel Monasterio se escribieron las descripciones de la montaña en que por vez primera encontramos su nombre actual (1).

Siglos después, un rey de Castilla, Alfonso XI, llegó hasta el pie de las bravas escarpas, en aventuras de caza. ¡Cuánto queda aún por descifrar de la toponimia española en ese tesoro geográfico que este rey nos ha dejado en su famoso libro de montería! En él se han encontrado resueltos enigmas que eran indescifrables no sólo para nosotros, modestos alpinistas nada más, sino para hombres de superior inteligencia y de asombrosa erudición y cultura (2).



Transcurren muchos años, siglos también, y los hombres de entonces, lan-

opresserit, ubi usque nunc ipse fluvius dum tempore hyemali alveum suum implet ripasque dissolvit, signa armorum et osium eorum evidentissime ostendit».

(*Cronicón de Sebastián Flores. España Sagrada*, tomo 13, pág. 483.)

(1) El padre Argáiz, benedicto del Monasterio de Santo Toribio, que vivió y escribió en Madrid en el siglo xvii, en su *Población Eclesiástica* dice: «Este nombre es de Liébana, y se llama liébana por la blancura de la nieve que ocupa lo alto de sus peñas de Europa.»

El padre Sota, contemporáneo de Argáiz, y como éste benedictino en el mismo Monasterio, dice que... «Se llaman hasta hoy las Peñas de Europa unas encumbradísimas rocas blancas que por la parte del Mediodía hacen muralla en Liébana, tan engreídas que se erigen hacia el cielo, derechas, a tanta altura que su cumbre casi se pierde de vista. (*Crónica de los príncipes*, páginas 79 y 80.)

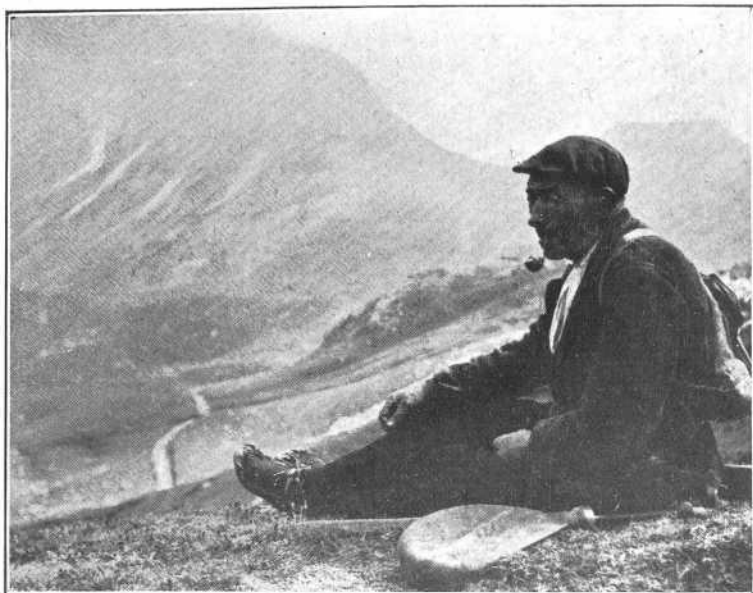
(2) Alfonso XI, en su *Libro de Montería*, del siglo xix, en el párrafo titulado «En Val de Baro hay estos montes», dice refiriéndose al monte de los Molinos... «es bueno de oso en todo tiempo, et es vocería *al pie de la Peña*, desde Fuente de Eva...»

Este Fuente de Eva es el actual Fuentedé (contracción de Fuente del Deva.)





...Pero si la historia del alpinismo, que ahora con esta generación nuestra comienza a escribirse, no rememora las hazañas de aquellos cazadores, la Historia de España hablará de uno de ellos, tal vez el más joven y el más lleno de valor; seguramente, el más grande de todos: nuestro Rey Don Alfonso XIII.



...Es el viejo Severo, de Sotres, nuestro guía por estas breñas, que le vieron nacer; alegre, decidor, socarrón, fuerte, incansable...

zados a conquistar otros mundos después de descubrirlos, escalaron montañas que alzaban sus crestas de hielo al otro lado de los mares. En el entretanto, las montañas de la patria madre no recuerdan haber sufrido la dominación humana, y sus cumbres permanecen vírgenes, o, al menos, permanece en silencio el hombre de altísimo espíritu y excepcional fortaleza que consiguiera desflorarlas.

En 1845 llega al pie de las montañas el elegido para revelar a los demás aquel tesoro de belleza, un hombre a quien atraían la montaña y la emoción de sus peligros. A una noble admiración por la Naturaleza, uníase la inmensa curiosidad del hombre de ciencia. Su mirada aguda fijóse en el enorme esqueleto que surgía de la corteza terrestre y que ofrecía a sus instintos de sabio los infinitos secretos de la anatomía de aquella obra que los siglos habían trabajado y destruído y que las más antiguas convulsiones de la tierra habían edificado.

Este hombre era el ingeniero español Casiano de Prado, que en un folleto aparecido en 1860 da cuenta de sus investigaciones geológicas y topográficas (1).

En 1891, otro hombre, amante de la montaña, y cuya afición por visitar lugares poco conocidos le llevó fuera de su patria, la dulce tierra de Francia, detuvo su mirada en las altas cumbres de los Picos de Europa, admirándolas desde uno de sus contrafuertes, desde Covadonga. Era el actual conde de Saint-Saud, alpinista y hombre de ciencia, a quien los españoles hemos de agradecer, además de su cariño, los serios y concienzudos trabajos que ha efectuado en nuestras montañas (2). Años después repite sus viajes acompañado de otro sabio compatriota, Paul Labrousse, y entrambos realizan un estudio completísimo de los Picos de Europa, estudio que sirve a los autores de estas líneas de gran consejero de lo que en el curso de estas páginas puede decirse.

Pocos años antes, en 1879, el ingeniero don Benigno Arce publica un libro de 187 páginas (3), revelando la riqueza mineralógica que encierran estas montañas, y cuya explotación ha servido para dotarlas de caminos y carreteras

(1) *Peñalara*, revista de alpinismo, Madrid.—En los números 26 y 27 (febrero y marzo de 1916) aparece íntegro este folleto, encontrado tras laboriosa rebusca en la biblioteca del Instituto geológico.

(2) En el folleto *Contribution à la Carte des Pyrénées Espagnoles* (Toulouse, 1892), el señor conde de Saint-Saud detalla el resultado de sus excursiones por las Sierras de España. Como curiosidad apuntaremos que, en total, representan doscientos días de viaje; cerca de 3.500 kilómetros, recorridos en su mayoría a pie y el resto a caballo; 145 estaciones a alturas mayores de 2.000 metros para confeccionar otras tantas *tours d'horizons*; 8.860 tomas de altura y distancia; 2.735 observaciones barométricas; 150 fotografías, y 3.150 kilómetros de itinerarios registrados en mapas y planos confeccionados por él y el entonces teniente coronel de ingenieros del ejército francés M. F. Prudent.

(3) *Apuntes acerca de los criaderos de calamina y blenda situados en los Picos de Europa*.

que cruzan la entraña de los montes, utilizadas hoy por el turismo, que encuentran así ventajas y comodidades que no disfrutaban el resto de los macizos montañoses españoles.

En 1883 aparece un nuevo libro acerca de los Picos de Europa. En esta ocasión es para registrar el suceso memorable de la visita hecha por el Rey don Alfonso XII. Su autor, don Ildefonso Llorente Fernández, publica una relación de la cacería, que como crónica es de una fidelidad absoluta, pero en sus descripciones topográficas incurre en errores lamentabilísimos (1).

Posteriormente, y con ligeros intervalos, van apareciendo libros y folletos, de carácter científico la mayoría, debidos éstos al Museo de Ciencias Naturales y a la Real Sociedad Española de Historia Natural, corporaciones ambas de sólido y bien merecido prestigio (2).

Últimamente se ha publicado otro libro más, *Liébana y los Picos de Europa*, cuyos autores guardan el anónimo, y que contiene datos topográficos de gran interés.

También han aparecido multitud de artículos, incluídos en revistas y periódicos, de los que merecen una mención más señalada los que, debidos a la pluma de Paul Labrousse, aparecieron en el *Bulletin Pyrénéen*, «Los Picos de Europa; notas nuevas y viejas», en diciembre de 1905, y el titulado «Pirineos asturianos y los Alpes dolomíticos».

Trabajos exclusivamente de montañeros—aparte de los de Prado y Saint-Saud—sólo recordamos un folleto del notable alpinista francés M. L. Fontan de Negrin, que aparece en 1906, dos años más tarde de la conquista del Naranjo de Bulnes, efectuada por uno de los autores de este libro—el marqués de Villaviciosa de Asturias—, con motivo de la que se publicó, en *La Época* de Madrid, un extenso artículo sobre ello, y que anotamos aquí como uno de los primeros documentos verdaderamente alpinistas acerca de los Picos de Europa.

La Revista *Peñalara* dedicó íntegro su número de octubre de 1915, a una larga excursión realizada por asociados suyos, y cuya crónica aparece firmada por el otro autor de este libro.

(1) *Las Cacerías del Rey; descripción del viaje que hizo el Rey don Alfonso XII a los Picos de Europa y a Liébana en el verano de 1882.*

(2) J. Carballo: *Excursión geológica a Picos de Europa. Provincia de Santander. Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural.* Madrid, 1911.

E. Hernández Pacheco: *Ensayo de síntesis geológica del N. de la Península Ibérica.* (Trabajos del Museo de Ciencias Naturales, núm. 7.) Madrid, 1912.

E. Hernández Pacheco: *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural.* Madrid, 1914.

Hugo Obermaier: *Estudio de los glaciares de los Picos de Europa.* (Trabajos del Museo de Ciencias Naturales, núm. 9.) Madrid, 1914.

Como divulgación y propaganda hablada de estas montañas sólo se conocen, que sepamos, las conferencias y proyecciones fotográficas dadas por José Fernández Zabala en Madrid (Ateneo y Centro Asturiano), Santander (Ateneo), Barcelona (Centro Excursionista de Cataluña y Ateneo Enciclopédico), y París (Agrupación de Estudiantes Hispano-Americanos).



La historia del alpinismo español, como la historia del alpinismo de otras naciones, no menciona, por desconocerlas seguramente, las proezas de los cazadores montaraces, que en esta nuestra patria han podido perseguir osos, rebecos, gamuzas, cabras monteses, corzos, ciervos y jabalíes.

¿Cuántas veces, llevados por el ardor de la persecución, no serían estos desconocidos hombres, trepadores llenos de valentía y conquistadores inconscientes de las cimas vírgenes?

Pero si la historia del alpinismo, que ahora con esta generación nuestra comienza a escribirse, no rememora las hazañas de estos cazadores, la Historia de España hablará de uno de ellos, tal vez el más joven y el más lleno de valor seguramente, el más grande de todos: nuestro Rey don Alfonso XIII.

No podía faltar la visita suya a estas y otras montañas, él que es monarca de un reino magníficamente alpino. En una de las cumbres de los Picos de Europa, en los Tiros del Rey, una lápida señala el hecho memorable de la ascensión realizada por su augusto padre. En el corazón de todos los montañeses perdurará el recuerdo de las dos cacerías realizadas por nuestro Rey actual, una de ellas en 1904, en flor de mocedad aún, y la otra en 1913. Iniciado en la vida al aire libre desde su infancia, el Rey don Alfonso ha recorrido en aventuras de caza los dos macizos montañosos más difíciles de toda España: los Picos de Europa y Gredos.

El es cazador y ama la montaña y sus emociones y peligros, más por ver caer inerte el agilísimo macho montés de Gredos o la veloz bicerra (rebeco) de nuestros Picos de Europa, que por culminar sus cimas. Pero él quiere, además, a la montaña por la vida ruda y enérgica que hay que vivir en ella y por la necesidad de luchas y de victorias que tiene su temperamento lleno de juventud y fortaleza.

¡Cómo se entusiasman los sencillos hombres de nuestras sierras cuando hablan de las cacerías del joven Rey, de la sencillez de su vida en las alturas, de la afabilidad de sus conversaciones con ellos! ¡Cómo se revela la fe que tienen en el Monarca, la simpatía con que en tan apartados rincones de España se ve esta afición de nuestro Soberano!



España, preocupada durante su existencia entera en defender su libertad y

su independencia, en combatir invasiones extranjeras, en librar a Europa del yugo de los árabes primero, y de los turcos después; en descubrir otros mundos al otro lado de los mares; desangrada, fatigada de tanta energía derrochada en dar vida y carácter a diez y nueve repúblicas, hasta hace poco quedaba muy atrás de otras naciones. Pero ya ha comenzado a tener conciencia de sus fuerzas y de su espíritu, ha comenzado a renovarse intelectualmente y aspira a una civilización superior.

Nos hallamos en la primavera de este ideal, y una de las múltiples facetas de esta renovación es el desenvolver el amor a la naturaleza, el amor a la montaña y a su estudio. La juventud actual ya se ha iniciado en esta religión de la belleza suprema.

Desde el alto de las cumbres de nuestras montañas, tendrá ante sus ojos los más amplios horizontes. A conquistar ideales que parecen tan lejanos se enseñará en la montaña, que le dará lecciones de voluntad, de energía, de constancia en el hermoso libro abierto de la naturaleza.

Y sean el final de este capítulo estas bellas palabras del gran Ruskin (1):

«Las puertas de la montaña me abren un camino nuevo, que no tendrá fin para mí sino en la cumbre de ese monte del que no se vuelve nunca.»

(1) *The Stones of Venice* (edición de 1898, vol. I).



## LOS PRECURSORES

CASIANO DE PRADO



INCLUIAMOS un extracto del folleto de don Casiano de Prado, ya que los detalles de sus expediciones tienen un carácter de excursionista entusiasta, de enamorado de la montaña, que hacen agradable su lectura aun a los más indoctos en las ciencias naturales. Refiere el ilustre geólogo cómo se desarrolló en Suiza la afición al excursionismo, y qué extrañeza causaba la presencia de los viajeros entre los habitantes de aquel país, quienes apenas podían comprender entonces que sin otro objeto que el de la curiosidad pudiese nadie emprender un viaje tan largo.

En 1845 comienza Prado en las montañas de León y Palencia una serie de viajes e investigaciones. Desde lo alto de Peña Corada, la más meridional de ellas hacia la parte del Esla, vió por la primera vez aquellos picos que le señalaban los pastores, y entra en deseos de subir a sus cimas. En 1851 hace una primera tentativa, que salió fallida por las nieblas y la lluvia. En 1853 trata de renovarla, acompañado de los señores de Verneuil y de Lorière, colegas suyos en la Sociedad Geológica de Francia; pero tampoco logra entonces su objeto si no en parte.

Reunidos en Riaño, siguen el curso del Esla por el valle de la Reina y llegan a Portilla, donde hacen noche. El patrón se les ofreció por guía, como conocedor que decía ser del terreno. Aceptan, y en esto hacen mal, porque si sabía de los caminos ordinarios, que es por lo común lo suficiente, esto no les bastaba a los excursionistas.

El 28 de julio emprenden el camino, y después de una marcha de 10 kilómetros por un país sumamente agreste y solitario, en que no se ven más que chozas de pastores, llegan a la majada de Remoña, ya fuera de la cuenca hi-

drográfica del Duero. Alcanzan la Canal de Liordes, entre la Peña Remoña y la llamada Torre de Salinas, donde hay una trocha en extremo pendiente, a cuya conclusión pisan el primer nevero. Escalan la Torre antedicha, en la creencia, según el guía, que aquel pico era el que dominaba los demás. Llegan a la cumbre, y su satisfacción se vió, no obstante, algún tanto turbada, porque aquella no era la cima más alta.

De tres barómetros que habían sacado de París y Madrid, sólo uno llegó al punto sin haberse desgraciado; justamente el más viejo, que había servido ya en la isla de Candia y otras partes del Oriente de Europa al geólogo M. Raulin, y que registraba la altura de 2.500 metros, más o menos, sobre el nivel del mar. El termómetro señalaba 14,5 grados a las doce del día.

Casiano del Prado refiere entonces una sencilla anécdota del fatigoso viaje:

«Habíamos hecho subir una botella de vino, con que reparamos nuestras fuerzas. A M. de Vernuil se le ocurrió luego que podría servirnos para dejar allí, dentro de ella, nuestras tarjetas. Pero el guía, luego que se hizo cargo de lo que intentábamos, tomándolo acaso por una niñería, nos dijo y nos aseguró que por allí no iba nadie, y que sería lástima quedase en aquel sitio perdida una cosa que a él le vendría bien para el ajuar de su casa. Tal ocurrencia nos dejó parados. Al fin le dimos la razón: a lo menos, el pobre y sencillito montañés debió de creerlo así al verse complacido. Pero, ¡oh inestabilidad de las humanas satisfacciones! Al tomar la tal baratija, escurriósele de las manos y fué rodando por la nieve con más velocidad de la que él quisiera, a tiempo que, en la dirección que había tomado, un peñón la esperaba (a lo menos así lo parecía), para poner término a aquella escena. El descalabro no pudo ser más completo.»

Descienden a la majada de Remoña, regresando a Portilla, donde hacen noche. Al día siguiente se dirigen al puerto de Pan de Trabes, para llegar a Santa Marina, primer pueblo de Valdeón. Bajando siempre, llegan a Prada, siguiendo la orilla derecha del Cares. En Prada descansan y siguen a Caín, pasando por Posada y Cordiñanes.

En Prada, adonde regresan desde Caín, se hospedan en la casa del alcalde, quien los recibió con la mejor voluntad.

Gracias al patrón, que tenía setenta y tres años de edad, y era acaso la persona más enterada de las cosas de aquella tierra, pudieron saber los nombres de todas las peñas del contorno y que la montaña a que habían subido se llamaba la Torre de Salinas. Manifestó que la más elevada era la Torre de Llambrión; y preguntándole si lo sabía porque alguno la hubiese medido, contestó que lo decía porque cuando se descomponía el tiempo allí era donde agarraba la primera nube, y en el invierno allí era donde aparecía la primera nieve.

Al día siguiente reanudan la marcha, y casi a la salida del pueblo se separaron para no verse otra vez hasta de allí algunos meses en París. Los compa-



ñeros de viaje se dirigieron a la parte oriental de Asturias por el puerto de Pan de Ruedas y Beza, y Prado por el de Pan de Trabes a Liébana y la Hermida, para efectuar una primera exploración de aquellos terrenos.

En el año de 1855, desde las montañas de la provincia de Palencia, que eran entonces y habían sido en el año anterior objeto principal de sus estudios, Prado se dirigió a Santa Marina de Valdeón, huyendo del cólera y siempre preocupado con la idea de la ascensión que meditaba. Buscó por guía uno de los principales cazadores del pueblo para emprender la marcha al otro día muy de mañana; pero por falta del guía salieron demasiado tarde; y ya cuando se hallaban a la misma altura que la Torre de Salinas, pudo conocer que no habría día suficiente para completar la jornada, y hubo de dar la vuelta, llegando al pueblo de noche. Ya a lo último se rompió el barómetro, por haberse caído el hombre que lo llevaba en la canal de Liordes.

«No por eso—dice Prado—he perdido el tiempo por las observaciones que tuve lugar de hacer y por el reconocimiento del terreno, que para otra tentativa me vendría muy bien.»

Al año siguiente, 1856, emprende de nuevo la marcha para aquellas montañas, no ya con el objeto de hacer una simple excursión, sino un reconocimiento algún tanto detenido de los terrenos del partido de Riaño. Por Sajambre gana el puerto de Dobres. Allí entra en el término de Valdeón, bajando a pie por un espeso monte de hayas y robles. Al fin de la bajada se hallan Caldavilla y Soto de Valdeón, en un valle transversal que tiene la cabecera en la Collada de la Vieja, por donde se va a Valdeburón y el puerto de Pan de Ruedas, en el camino que va a Oseja de Sajambre y que termina en Posada.

Al día siguiente, 6 de agosto, se presentó el cielo con bastantes nubes, y como para su objeto necesitaba se hallase completamente despejado, se determinó a bajar a Caín, y desde allí hacer una excursión a la Canal de Trea, que deseaba conocer.

Como el tiempo no terminaba de afirmarse, se trasladó de aquel valle al de Vegacerneja, y después a Escaro y Riaño, reconociendo el terreno. El 11 pudo ya volver a Santa Marina, pernoctando en la majada de Liordes, hasta la que subieron también los caballos.

El día 12 de agosto, de madrugada, se puso en marcha toda la cuadrilla: eran siete hombres, entre los cuales se hallaba el ingeniero de minas don Joaquín Boguerín, entonces ayudante de Prado; éste relata así la excursión:

«Fue preciso salvar, desde luego, la cuerda que se presentaba al Norte y va de la Torre del Llambrión al Collado de las Nieves, punto que sirve de mojonera común a las provincias de Oviedo, León y Santander. Esta primera subida no es muy penosa, y desde lo alto se presentó a nuestra vista otra cuerda más elevada, a que corresponden la Peña de Moñas, ya en Asturias, la Torre de Cerredo y el Cueto de Tazano. Bajamos a la cañada que entre las dos cuerdas se

forma, y tomando a la izquierda a poco, hemos entrado en la primera nieve.

»Cuando la pendiente comenzó a hacerse demasiado fuerte, dispuse que uno fuese delante, haciendo peales con un martillo, pues si alguno se escurriese no se sabe adónde iría a parar. En aquel nevero sería imposible bajar, como tres años antes había hecho con mis compañeros de viaje, no sólo por la inclinación que ofrecía, sino también porque no se alcanzaba a ver dónde y cómo acababa. ¡Qué yermo aquél, poblado sólo de rebecos que huían delante de nosotros conforme seguíamos avanzando!

»Ya bastante cerca de la cumbre comenzaron las mayores dificultades de la jornada. Los instrumentos pasaron de mano en mano en algunos puntos, y hubo que subir y bajar por paredes, por lo que tuve que descalzarme.

»¡Eal Cuando menos lo pensaba, me encontré en lo alto. En verdad que la plaza era bastante estrecha: ocho metros de largo y tres por lo más de ancho. Apenas nos podíamos mover. Al tiempo de subir se levantaban de cuando en cuando algunas ráfagas de viento del Sur muy fuertes, y si nos cogieran en lo alto, seguramente hubiéramos tenido que echarnos a tierra, por lo cual lo primero que hice fué montar el barómetro. Eran las once de la mañana y marcaba 559,30 milímetros; el termómetro, unido al mismo, 12,7 grados, y expuesto al aire libre, 12,6. Felizmente, el viento no se dejó sentir mientras permanecimos allí, y la calma era perfecta. El cielo estaba despejado en lo alto. A lo lejos, en los llanos de Castilla y León, había calma. La Liébana, hoya, o, por mejor decir, hoyo, que en tiempos anteriores se llamó provincia, por su situación aislada, sin duda, y cuya altura sobre el nivel del mar es bastante menor que la de Caín, se veía cubierta de nubes, que gradúo se hallaban 1.000 metros más bajas que la Torre de Llambrión.

»En rigor, no había subido a lo más alto, que era lo que yo aspiraba; pero no por eso creía yo frustrada mi expedición. Y aun cuando la geología no tuviese ningún atractivo para mí y al encaramarme a aquellas cumbres no llevase otro objeto que contemplar el magnífico panorama que se ofrecía a mi vista, ¿podiera no contar aquellas horas entre las más gratas de mi vida? Pero no, por más que desde mis más tiernos años tuviese gran afición a subir a los montes, sin otro objeto que recrear la vista y hacer acaso pruebas de mis fuerzas y robustez, otros eran los móviles que ahora me dirigían: estudiar unos terrenos cuya constitución física y geológica era desconocida, y verme en ocasión de ser en algún modo útil a la ciencia que reveló al mundo en nuestra edad tantos hechos asombrosos, que es hoy día objeto de la particular atención de todos los Gobiernos, y a cuyo culto dedican tantos hombres esclarecidos sus desvelos y fatigas, derramados por todos los ámbitos de la tierra.»



DON CASIANO DE PRADO, INGENIERO ESPAÑOL  
(1820-1878)

...Era un hombre de ciencia, cuya mirada aguda fijóse en el enorme esqueleto de peñas que emergía a corta distancia del mar Cantábrico...



EL CONDE DE SAINT-SAUD

Ilustre alpinista francés, Socio de honor del Club Alpino Español, gran estudioso del Pirineo Español (Alto Aragón y Picos de Europa).

## ROBERTO FRASSINELLI

En la copiosa labor periodística de don Alejandro Pidal, encontramos un artículo necrológico acerca del alemán Roberto Frassinelli, a quien su amor por la Naturaleza y sus aficiones de dibujante, pintor y arqueólogo, llevaron a los Picos de Europa, en cuyo pueblo de Corao murió tras largos años de residencia entre aquellas breñas, teatro de su vida salvaje y aventurera y objeto de la pasión que le hizo olvidar todas las comodidades de la vida urbana y todas las aspiraciones de la vida.

Vino a España en la época feliz para anticuarios y bibliófilos en que los tesoros de la desamortización se malbarataban en las ferias y baratillos; y en la pintoresca aldea de Corao, cerca de Santa Eulalia de Abania, donde estuvo el sepulcro del Rey Pelayo, a corta distancia de Covadonga, sentó sus reales, creando una casa modesta, con gran jardín primorosamente cultivado. Pero su verdadero teatro eran los Picos de Europa: Peña Santa, la Canal de Trea, los gigantescos Urrieles asturianos. En las montañas se perdía meses enteros, llevando por todo ajuar un zurrón con harina de maíz y una lata para tostarlo al fuego de la hierba seca, su carabina y sus cartuchos. Bebía el agua en la palma de la mano; carne, sólo la de rebeco, que abatía al certero disparo de su escopeta, y cuya asadura tostaba sobre la misma lata al fuego. Dormía entre las últimas matas de enebro que avecinan la región de las peñas y las nieves; se bañaba al amanecer en los solitarios lagos de la montaña, y, al recogerse, después de una penosa ascensión a los altos picos, se refrescaba revolcándose desnudo sobre la nieve. En las noches de luna, trasladaba a su cartapacio los fantásticos picachos de caliza; los jirones desgarrados de la niebla; los ventisqueros perdidos entre las rocas; el águila erguida sobre un colosal peñasco; el rebeco en prodigioso equilibrio sobre la cortante arista de la cumbre.

«Yo cacé con él— dice don Alejandro Pidal— en aquella agreste y salvaje comarca. Con él subí a las enriscadas majadas de Ario, a la difícil ascensión de Torre Santa; juntos descendimos por los peligrosos abismos por donde corre el espumoso Cares; yo le vi atravesar impávido los ventisqueros, arrastrándose tranquilo por las verticales pendientes de las simas, agarrándose a las rugosidades de las peñas, a la endurecida nieve petrificada de las umbrías. De noche nos guarecíamos en una miserable cabaña, sin más abrigo y poco más espacio que el de una hoguera, a cuyo alrededor nos agrupábamos; sin víveres apenas, pues no consentía mucha carga el género de nuestra expedición investigadora.»

Era, en efecto, un hombre muy original el «alemán de Corao», como le llamaban los montañeses; un extranjero enamorado de la grandiosa naturaleza asturiana; amigo íntimo de aquellos torreones de piedra; de aquellos bosques

impenetrables; de aquellos lagos solitarios; de aquella región inaccesible a todo ánimo temeroso, a toda planta insegura, a todo espíritu no tocado del amor irresistible a lo infinito que embargaba al gran compañero Roberto Frassinelli.

PAUL LABROUCHE.—CONDE DE SAINT-SAUD

Comienza el interesante trabajo acerca de los Picos de Europa de los señores Conde de Saint-Saud y Labrouche (1), con breves disquisiciones sobre el origen del nombre de Picos de Europa, negando verosimilitud a la versión de que fueron así bautizados por los navegantes que regresaban de América; en efecto, se olvidan los que la defienden que las galeotas, antes de ver la cima de los picos, costeaban durante cien leguas, a lo largo del litoral de Galicia, hasta llegar a las costas asturianas. Por otra parte, el examen de los lugares y el estudio de las condiciones climatológicas de esta región, permiten descartar, sin discusión, la hipótesis referida: los Picos de Europa se encuentran en la mitad de la cordillera Cantábrica, y a consecuencia de la acumulación de vapores que atraen sus cumbres, no son visibles más que en raros y determinados días claros. Sin embargo de todo, es la opinión que se ha generalizado y se repite sin ninguna prueba, no dándose más excusa para mantenerla que la dificultad de encontrar otra explicación mejor. Por lo tanto, es preciso descartarla y creer, como Eliseo Reclus, en una etimología eúskara (2).

Con gran acierto defienden la pertenencia de los Picos de Europa al gran macizo pirenaico, que no termina en las estribaciones guipuzcoanas que se degradan en el Golfo de Vizcaya, como Casiano de Prado asegura en su folleto.

Una cadena de esta importancia puede ser comparada, sin exageración, a las primeras cadenas calizas del macizo francés, lo mismo a la cadena de Marboré de Gavarnie que a la de Aguas Buenas, y su descripción puede ser el punto de partida de una nueva clasificación del sistema de los Pirineos, extendido, como tiene derecho, hasta los 1.000 kilómetros que separan el Cabo de Creus, en el Golfo de León, del Cabo Ortegal, en Galicia. No obstante sus numerosas variaciones, el elevamiento pirenaico no será más mirado como roto en dos troncos por la depresión que coincide con el fondo del Golfo de Vizcaya, depresión siempre superior a 600 metros en sus puertos más bajos y de una media de altitud de 1.000 metros. Y no hace falta ir más lejos para convencerse de esta aproximación, pues si todavía la comparación es desfavorable al macizo de Picos de Europa, en cuanto a su cifra aritmética absoluta, le es sobradamente

(1) *Anuario del Club Alpino Francés* (año de 1893, publicado en 1894).

(2) *Nouvelle Géographie Universelle*, tomo 1.º, pág. 878.

favorable, en razón a la bravura de sus escarpas, más verticales y más altas, sobre 500 metros, que las murallas del mismo Marboré.

A la razonada defensa de la continuidad de la cadena pirenaica, sigue en el trabajo de Saint-Saud y Labrouche, un justiciero elogio a Casiano de Prado, precedido de un extracto de las ascensiones y viajes realizados por el ingeniero español.

«Casiano de Prado—dicen estos geógrafos franceses—, tiene el indiscutible mérito de haber realizado el primer trabajo trigonométrico de las principales cumbres de Picos de Europa. Hay que hacer constar que en sus cuatro viajes sólo pudo llevar a efecto dos ascensiones: la de la Torre de Salinas y Torre del Llambrión, y no debe sorprendernos si las observaciones hechas desde un reducido número de estaciones y con una red geodésica incompleta y parcialmente calculada, no le permitieron obtener más que resultados imperfectos.

»Este ingeniero español no ha dejado ningún dato acerca de la orografía de un sistema que había descubierto científicamente; parece que llegó a ignorar la existencia de los tres macizos que componen la cadena de los Picos de Europa. En todo caso, sus datos sólo se refieren a una porción pequeña del macizo central, a excepción de dos crestas del macizo occidental, a las que atribuye altitudes que hoy se encuentran modificadas en absoluto.

»En cuanto al macizo oriental, no tiene la menor referencia dentro de su Memoria. A este macizo le estaban reservados para más adelante, extraños estudios y exploraciones: el descubrimiento en él de riquísimos filones de cinc, fué la causa de que el más modesto de los tres macizos pasara en la opinión general por constituir él solo la cadena de los Picos de Europa. En efecto, al término de cuarenta años, la vida minera ha adquirido una intensidad progresiva en estas montañas, bajo la dirección de don Benigno de Arce, ingeniero encargado de la explotación de las minas de Andara y Aliva.»



El proyecto de explorar los señores Saint-Saud y Labrouche una cadena montañosa tan escasamente conocida, databa, además de la lectura del folleto de Prado, de cuando uno de ellos, en marzo de 1881, después de una rápida excursión por Asturias, visitó la cueva de Covadonga y admiró las nevadas cimas que dominaban el horizonte (1).

La primera visita fué preparada en 1890, pero diversas contingencias la hicieron fracasar, y el señor Saint-Saud partió solo para realizar un primer viaje de exploración general. Salió de Madrid en los primeros días de julio, y dejando el ferrocarril en la estación de Torrelavega el día 4 de este mes, llegó a Andara

(1) *Excursions dans les Pyrenées Cantabriques*, por el barón A. de Saint-Saud (1882).

al siguiente día, siendo sorprendido por una inesperada tormenta de nieve. El día 7 hizo la ascensión de Tabla de Lechugales, descendiendo al día siguiente a Aliva y realizando el día 9 la subida a Peña Vieja. Desanimado por la insuficiencia de los guías, la falta de víveres y lo abrupto y difícil de estas montañas, descendió a Espinama y dió por terminado su viaje; pernoctó el día 10 de julio en Portilla de la Reina, y atravesando el puerto de San Glorio, alcanzó el camino de hierro el día 12 en Aguilar de Campoo, adonde llegó por la carretera que desde Potes cruza el Puerto de Piedras Luengas.

En 1891, el ingeniero español don Marcial de Olavarría, director de las minas de Picayos y de Liordes, miembro de la Comisión del Mapa Geológico de España, les esperaba en la estación de Reinosa y les facilitaba el viaje por carreteras completamente nuevas para ellos.

El 8 de septiembre visitan las fuentes del Ebro, y atravesando la cadena cantábrica por el Puerto de Sejos (El Frontal) descienden a Cabezón de la Sal por el valle de Cabuérniga. Desde Cabezón van a las minas de los Picayos, después de un descanso de un día en la playa de Unquera.

Los días 10 y 11 del mismo mes, los señores Olavarría y Saint-Saud realizaban la ascensión de la Peña Mellera y llegaban a Espinama, siguiendo el curso del río Deva. El señor Labrouche les alcanza en el Puerto de Aliva, siguiendo la cresta divisoria de los ríos Deva y Duje, haciendo desde Andara la ascensión de dos de los Picos de Hierro. El día 12 suben hasta el casetón de las minas de Liordes, y el mismo día escalan un contrafuerte de la Torre de Salinas, contrafuerte que fué bautizado con el nombre de Torre de Olavarría. Al siguiente día, la niebla y un error de orientación de los guías les hacen confundir la Torre del Llambrión, realizando, en su lugar, la ascensión de una peligrosa cresta, Tiro Llago. El día 4 pernoctan en Caín, visitando al día siguiente la garganta de su nombre, y aquella misma tarde don Benito del Blanco, párroco de Soto, les hospedaba en su presbiterio.

La ascensión de Peña Bermeja les permitió ver de cerca las formidables escarpas de Torre Santa, y el día 18 llegan a Cangas de Onís por Sajambre y la carretera casi subterránea del Sella. Días después intentan escalar la Torre Santa, de la que sólo pueden alcanzar un alto contrafuerte; siguiendo al siguiente día por el curso del río Cares, pernoctando en Carreña la noche del 20 de septiembre.

La época algo tardía de este viaje, la corta duración de los días y el mal estado del tiempo, unido todo esto a la relativa impericia de los guías y a la falta absoluta de material de alpinismo, redujo esta segunda exploración a un reconocimiento de los valles y a escaladas secundarias, penosas y llenas de peligro, sin un provecho que compensara los riesgos sufridos y los esfuerzos realizados.

En 1892, más confortablemente equipados, siguen de nuevo el camino de



Piedras Luengas. Ahora iban acompañados de un guía francés; llevaban tienda de campaña, camas, sacos, víveres en abundancia, una buena cuerda alpina y una escala... ¡que no les sirvió de nada! El 26 de julio llegaban a Potes, y el 27 pernoctaban en Aliva, realizando al día siguiente la ascensión a Peña Cortés y acampando aquella noche en pleno macizo central. El 30 de julio suben la Torre de Cerredo y el 2 de agosto la Torre del Llambrión. El día 3, al descender de Liordes, donde habían dormido la víspera, se separan en Soto de Valdeón; uno de ellos, Saint-Saud, remontó el día 4 el pico del Gildar; el otro, Torre Santa. El día 5 parten hacia el Espigüete, pasando la noche en la cumbre de la montaña. El 8 de agosto regresan a Aguilar de Campó, y de allí a Francia, habiendo cumplido en todos sus detalles el programa trazado.

El señor Saint-Saud, con el deseo de enmendar algunos errores y rellenar algunos claros de sus anteriores trabajos, retornó en 1893 a Espinama, adonde llegó el 10 de julio. Durante tres días recorrió las montañas vecinas, las escarpas que caen sobre Fuentedé, el Pico de Valdecoro y la Cumbre de Abenas, y acompañado del párroco de Bulnes visitó el pueblo de Camarmeña, el Pico del Albo y el Cueto de San Llano. De vuelta a Potes, el 20 de julio regresó a Aguilar de Campó por la carretera ya conocida (1).

(1) La relación de los tres primeros viajes apareció parcialmente con el título de *En los Picos de Europa*, con 26 grabados y dos mapas en las entregas números 1.728 y 1.729 del tomo XXXIX de *Tour du Monde* (17 y 24 de febrero de 1894).

## LOS HOMBRES Y EL PAISAJE



CUANDO traspongas, lector, uno de los altos puertos de la montaña leonesa y te hundas en los recónditos valles asturianos; cuando tu imaginación, llena de los entusiasmos que han despertado en ella las lecturas de Rousseau, por ejemplo; cuando a tu memoria acudan las imágenes del valiente cazador de gamuzas de *Manfredo* y de los *lieders* montaraces de *Guillermo Tell*, no retrocedas si encuentras defraudada tu ilusión, tú que creías que los seres humanos que habitan las humildes cabañas de estas alturas, y que aspiran el aire puro de las montañas, y sacian su sed en los más límpidos regatos, en medio de esta naturaleza vibrante de luz y de rumores, su vida debe ser llena de paz y de armonía.

Cuando penetres en la primera calleja de una aldea, pronto verás que las cosas no son tal y como las ha cantado el poeta; ¡qué impresión de sobriedad grabarán en tu alma estas casucas bajas y oscuras, apretadas las unas a las otras para mejor protegerse del frío y de los vendavales invernales! Más sobrios te parecerán aún estos severos montaraces, cuya expresión de fatigados luchadores no suele desaparecer con frecuencia bajo el relámpago de una sonrisa. No te extrañe su hermetismo, que ellos llevan una existencia dura, de combate constante, como todo lo que vive y vegeta a estas alturas; que el destino de estos hombres no difiere en mucho del de estas hayas, aferradas con sólidas raigambres a la roquedra para alimentarse de esta tierra pobre y misérrima. Como ellas, viven unidos, fuertemente unidos; a veces, formando cada aldea con una sola familia; y viven también como ellas: con la robustez necesaria para soportar el peso de tanta nieve, y viven, viven... hasta que una tempestad las tronza o una avalancha las sepulta. A veces, unos y otras mueren en la vejez, lentamente, cuando se apaga la débil llamarada de su vida... y nadie se apercibe que hay un árbol menos en el bosque o una cruz más en el cementerio.

Aquí, en las alturas, el estío es breve; el resto del año es invierno. El montaraz que no ha emigrado, aguarda con resignación, encerrado entre los débiles

muros de su vivienda, a que el padre Sol derrita en la estiada las nieves que le bloquearon, y en ese brevísimo tiempo habrá de hacer la recolección de su cosecha, sin que entre ellos resplandezca la alegría que en la llanada produce el momento en que el hombre que en el campo trabaja recoge el fruto con que la madre Tierra le recompensa.

Entre las misérrimas viviendas se alza la iglesia. Poco difiere de aquéllas en humildad y en pobreza la casa de Dios; sólo las supera en altura, la del mezuquino campanario, que pregona las tristezas o las alegrías de estos seres olvidados del resto de la Humanidad. Si entras en la reducida iglesia, verás a hombres y mujeres escuchar con el fervor de una fe bien arraigada las palabras con que un ministro del Señor anatematiza a los humanos, amenazándoles con el castigo implacable de los Cielos en pago de sus pecados... Y tal vez, en el entretanto, llegará desde afuera el horrísono estampido de la avalancha o la bárbara música de la tormenta... y el anciano sacerdote exhortará a estos resignados al menosprecio de las riquezas de la tierra y de las pompas mundanales... ¡a los míseros que jamás lograron gustar de una gran alegría y que sólo poseen un palmo de pradera o un menguado rebaño de ovejas o de cabras!...

Forzoso es recordar el menosprecio con que algunos viajeros han hablado en sus escritos de estos humildes montaraces. Uno hay, sobre todo, que merecía una enérgica réplica, si no creyéramos que basta el desprecio de ni aun mencionar su nombre en las páginas de este libro. Sabe, lector, para tu orgullo, que no nació al amparo de nuestro cielo. Tierra de brumas y de fríos la suya, no es de extrañar que el corazón se petrifique y no sea la serenidad de juicio, ya que no la indulgencia por estos seres abandonados, lo que resplandezca en sus presuntuosos recuerdos de viaje.

En otros tiempos, cuando la avalancha de viajeros curiosos cayó sobre los Alpes, apenas descubiertos, hubo un hombre de genio y de ingenio que combatió a otros también menospreciadores y difamadores de aquellos entonces desconocidos montaraces. Esperemos nosotros a que pase por nuestras montañas otro Ruskin (1), y que, como él, de alma sana, sienta intensamente el contraste entre la gloria de la naturaleza alpestre y la oscura pobreza de los hombres que en medio de ella viven.

Y, sin embargo, hemos de comprender que estos seres no son mucho más desdichados que otros hombres que, como ellos, trabajan oscuramente la tierra; para ellos, como para el poeta, también florecen las margaritas de las praderas, y también se despliega ante sus ojos el portento luminoso de las auroras

(1) Sin el menor menosprecio, John Ruskin, en el capítulo titulado *La tristeza de la montaña*, lanza el grito de dolor del poeta desilusionado que ve su magnífico sueño sustituido por la cruel realidad de la vida.

*Modern Painters: Part V., Of Mountain Beauty; chap. XIX, The Mountain Gloom.*

y los ocasos. La fatiga de su labor les prepara un sueño libre de pesadillas y visiones extrañas. Una religión adaptada a la simplicidad de sus costumbres, les permite esperar y resignarse. Poca cosa basta para hacer feliz a quien no tiene ambiciones. Su pobreza no es deshonrosa, no es la miseria del mendigo, ni aun la de muchos obreros de las grandes ciudades. Viven de un cambio de productos, como los pueblos antiguos, sin que la moneda sea precisa para sus transacciones. La más absoluta sobriedad guía todos sus actos, porque un cielo riguroso y un sol mezquino les aseguran lo necesario, pero no lo superfluo.

Y, a pesar de lo ingrata que es la Naturaleza con ellos, aman de todo corazón este pedazo de tierra que los vió nacer y el estrecho horizonte que circunscriben las altas cumbres, y, bajo aquel breve trozo de cielo y en la entraña de aquella tierra, ellos quieren que su carne se pudra cuando el último sueño cierre sus párpados... Y si el ansia de otra vida más amplia les arrastra a la emigración, ni un sólo instante dejan de añorar sus montañas queridas, y la nostalgia, la *morriña*, muerde en su corazón con los acerados dientes del recuerdo. ¡Patria, hermosa patria! ¡Qué ingrata eres a veces, y, sin embargo, cómo al recordarte en nuestros soliloquios, el alma vuela a encontrarte, y el corazón acelera su latido y en los ojos asoman las amargas lágrimas que tu ausencia hace brotar! ¡Qué emoción, indefinible para quien no la haya experimentado, la de escuchar, al azar, una canción, unas notas musicales que despierten tu recuerdo! ¡Parece como si la voz de la madre nos llamara quedamente, y como si en nuestra frente sintiéramos el calor del último beso!...

Comprendemos por qué los jóvenes suizos que servían como soldados mercenarios en las milicias extranjeras, cuando escuchaban algunas de las melodías pastoriles de los Alpes, sufrían este intenso dolor de la nostalgia, hasta tal punto que hubo de prohibirse estos cánticos en sus batallones, porque aquellos sonos hacíanles llorar, y, a veces, desertar y aun morir (1).



Viviendo en plena Naturaleza, en lo más arisco y salvaje del territorio español, bloqueado por la nieve durante seis o siete meses, y en plena montaña, cuidando de sus ganados o haciendo acopio de hierba en el resto del año, las gentes de los Picos de Europa encuentran en la caza, en esta caza heroica del oso y del rebeco, el deleite mayor para su espíritu aventurero y audaz. En cualquiera de vuestros viajes por estas aldeas perdidas en la montaña, encontraréis

(1) «La canción *Ranz-des-Vaches* era tan emocionante para los suizos, que fué prohibida, bajo pena de muerte, el entonarla entre los soldados, porque hacía brotar las lágrimas, y los impulsaba a desertar, aun con peligro de su vida... Hasta tal extremo excitaba en ellos el deseo intenso de volver a su patria.»—*Juan Jacobo Rousseau*.

hornidos montañeses, a quienes la admiración popular ha rodeado de una aureola de héroes por sus proezas en la caza del oso o algún episodio de su vida montaraz, en que revelaron su valentía y su serenidad ante el peligro. Todos los años y en todos los bosques de la comarca, verificanse emocionantes cacerías, y muchos son los que pueden enseñar con varonil orgullo la huella que en su cuerpo dejó el bárbaro zarpazo de las fieras de estas selvas. (1)

En las comarcas de Sajambre (León) y Ponga (Asturias), se cuentan frecuentes hechos de este carácter; aun recordamos los pintorescos y emocionantes episodios que el notable escritor y diputado don Juan Díaz-Caneja relataba en una conferencia acerca del desfiladero del Sella (2). Refería el señor Díaz-Caneja anécdotas de caza ocurridas a los valientes sajambriegos, y entre ellas recordamos la del famoso Martínón, cuyo vigor muscular corría parejas con su valentía: mataron un oso, que vino a caer en uno de los paredones que limitan la Garganta de los Beyos; imposible bajarle entre los varios mozos que le acorralaron, porque en la peligrosa senda no cabía más que una persona, y había que bajarlo sin descuartizar, para que los asturianos de Ponga — con los que los sajambriegos andaban siempre en competencia — vieran cómo aquel *osn* era mayor que el que ellos mataran semanas antes. El fornido Martínón se ofreció a bajarlo solo, cargado en sus anchas espaldas, siempre que los otros mozos pudieran cargarlo. ¡Cuál no sería el peso del descomunal oso, que, al dejarlo caer sobre los hombros del montaraz atleta, los zuecos de éste, hechos de recia madera, crujieron y se partieron, y a pie descalzo bajó Martínón hasta la carretera por una inverosímil senda, tallada en una pared suspendida más de 100 metros sobre el abismo del Sella.

De la fiereza y acometividad del oso da idea el siguiente hecho, ocurrido en la comarca de Liébana (Santander):

«Unos cuantos jóvenes, el que más de veinte años, se reunieron para hacer una cacería en los bosques que hay entre los pueblos de Lomeña y Bendejo, a la izquierda del río Bullón. Dieron algunas batidas sin resultado. Reuniéronse entonces todos los jóvenes cazadores, excepto el señor Hoyos, de diez y seis años, el cual permaneció en su puesto, no lejos del cual los demás compañeros

(1) El joven escritor don Alberto de Segovia, en una de sus conferencias, titulada «Osos y lobos de nuestras montañas» y profesada el 19 de diciembre de 1917, leyó interesantes datos zoológicos, cinegéticos y anecdóticos, muchos de ellos referentes a los Picos de Europa. Esta conferencia fué publicada posteriormente en la magnífica revista *Heraldo Deportivo*.

(2) Díaz-Caneja publicó en 1910 su novela *La cumbre*, verdadera preciosidad literaria y de enorme fuerza descriptiva. Pinta el paisaje con trazos maestros. La acción se desarrolla en un pueblo fantástico, Arcenorio; pero en él se retrata Oseja de Sajambre y todo el maravilloso curso del río Sella. El prólogo, de don Francisco Acebal, merece el elogio de cuantos sienten el paisaje.

se habían reunido. Desde aquel sitio, al poco rato, vió el joven Hoyos la osa que se acercaba; disparó su escopeta el animoso cazador, y la fiera cayó herida y rodando monte abajo. Inmediatamente la vió otro joven, don Leopoldo Encinas; disparó contra ella; pero la osa, mal herida, continuó bajando.

»A su paso, la fiera encuentra otro de los cazadores, que le hace fuego también, pero falla el tiro; y entonces, la osa, arrojándose sobre él, le destrozó un brazo y una pierna, debiendo el mozo su salvación a un perro que le acompañaba, y que, al ver a la fiera sobre su amo, se abalanzó a ella y, agarrándola por las agujas (cruz del brazuelo), hizo que la fiera dejase al cazador y se corriera monte abajo hasta llegar a las casas de Bendejo.

»Sorprendida, tal vez, al llegar al pueblo, varió de dirección, yéndose a unas tierras en que se hallaban cogiendo patatas algunas mujeres. Agarró a una de ellas la osa por las sayas, la echó al suelo, y la hubiera destrozado si, espantado el animal por los gritos de las mujeres, no hubiera corrido. Pero al dejar la mujer, la osa se precipitó sobre un muchacho de catorce años, que estaba cogiendo avellanas, y le mató, desgarrándole el pecho y el vientre.

»Después de esto, bajó la fiera hasta el río, donde se detuvo, no pudiendo ya subir a la montaña opuesta, y allí la mató un vecino de Bendejo, que acudió a los gritos de las mujeres.

»La osa pesó 400 libras» (1).



Si en los valles que rodean a los Picos de Europa, por su abundancia de bosques, la caza del oso es frecuentísima, la de los rebecos, en cambio, ha de realizarse en el mismo corazón de la montaña; por eso las comarcas de Caín y Cabrales tienen fama de contar entre sus hijos los mejores trepadores de rocas y los más decididos cazadores de rebecos. Los de Caín, sobre todo, gozan en todos los Picos de Europa de esta merecida reputación. Don Alejandro Pidal, gran conocedor que fué de estas montañas, entre cuyas rocas buscaba el descanso a que su formidable labor de político y escritor se hacía acreedora, refiere uno de estos episodios, que retratan el valor de los *cainejos* y su osadía y casi temeridad en la caza del rebeco.

—Ahí, sólo esos demonios de *cainejos* pueden cazar, que se pegan como moscas en las peñas — nos contestó el pastor —. Son de Caín, de un pueblo colgado ahí abajo, adonde no se puede entrar ni salir, y donde todos viven de la caza... Ahí los tenéis — añadió, señalándome las más tajadas aristas de un insondable precipicio. Seguí con los ojos el toско cayado del pastor, y se me heló la sangre en las venas. Un ser, con figura humana, acababa de aparecer en

(1) *El Cántabro*, de Torrelavega (Santander), octubre de 1880.

medio de la arista de una encumbradísima peña cortada a pico, sin que se pudiera comprender cómo humanamente podía sostenerse allí, en aquella luciente y bruñida vertical, colgada sobre el abismo. Un grito salvaje, ronco, resonó en las concavidades del *joo* (hoyo). Un peñasco ciclópeo, sacado de su secular equilibrio por el brazo poderoso del cainejo, cayó, no rodó, por la pendiente, y chocando contra la punta de las peñas ensordeció el valle entero. Los rebecos, que se refrescaban, acostados, en las grandes manchas de nieve, se pusieron en pie, irguieron las cabezas, adornadas con los airosos cuernecillos, y el poderoso macho que los capitaneaba, lanzando un penetrante grito, se lanzó al galope, seguido de toda la manada, por las escabrosidades de las peñas.

No tardamos en oír una detonación, y entre el humo producido por el disparo, vimos levantarse de una peña, suspendida en el borde de un desfiladero, a otro cainejo, que, corriendo tras del rebeco despeñado, le alcanzó, le remató y le degolló, y aplicando sus labios a la herida, bebió largamente y con delicia la caliente sangre del gallardo habitante de los precipicios.

Desde entonces, en todas mis expediciones a la montaña, me he hecho acompañar por los cainejos. Al poderoso brazo de uno de ellos debo el poder contar lo que ahora escribo; no hubiese sido posible, sin su ayuda, aquella vertiginosa bajada que desde el más alto de los Picos de Cornión emprendimos, huyendo de la tormenta que amenazaba envolvernos en lo más peligroso de las montañas, hasta vislumbrar a media noche la luz que arde perpetuamente en la sagrada cueva de Nuestra Señora de Covadonga.

Acompañábanme en aquella expedición el célebre canónigo de Covadonga don Máximo y Roberto Frassinelli. Aun me estoy viendo, después de seis mortales horas de bajada a plomo, primero por las peñas y luego arrastrándonos por las nunca pacidas ni segadas hierbas de la Cabritería, y, por último, suspendidos de los árboles que brotan en aquellas paredes, paralelos al suelo, agotar el pequeño depósito de una fuente, alimentado por un tenue hilillo de agua.

¡Terrible momento! Uno de nuestros compañeros, el guía Ruperto, de Caín, suspendido a muchos cientos de metros de altura del cañón de su carabina, que había introducido en el agujero de una lisa e interminable pared de peña, para alcanzar con los pies una imperceptible cornisa, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, luchaba en vano por retroceder.

¡Qué instante de angustia!... Mientras nosotros, más seguros sobre nuestros pies destrozados, contemplábamos, aterrados, aquella escena, oíamos a don Máximo pronunciar las sagradas palabras de la absolución *in articulo mortis*, mientras su mano, abandonando la escopeta, trazaba el signo redentor en los aires. Como si Dios hubiese reanimado sus fuerzas, Ruperto hizo un esfuerzo desesperado y supremo, y consiguió izarse nuevamente sobre los pies en la cornisa abandonada... Momentos después corría como si tal cosa por las aspere-

zas apenas salientes de la tajada peña, estimuló por nuestros aplausos y nuestras voces de alegría.»



«A medida que el viajero que recorre Asturias—dice Cuadrado—(1) se interna hacia el Sur del Principado, observa cómo se hace más quebrado y tortuoso el suelo, más escasos y míseros los lugares, más incultos sus moradores; y cuando se llega a los encumbrados puertos que, divididos por hondos valles, trazan los confines de las provincias de Asturias y León, asómbrase de verse en el seno de un país completamente salvaje. Grupos de pajizas cabañas, figuras pálidas y vellosas, con harapos por vestidos, con inarticulados gritos por lenguaje, parecidos a los osos de sus breñas; tropas de niños y mujeres huyendo con espanto al desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo, o saliendo al encuentro con estúpida curiosidad; pobrísimos hogares, donde son objeto de lujo, casi desconocido, el pan, el vino y el aceite, pueblan aquel territorio, por otra parte pintoresco, pero agreste e infeliz sobre todos los fronterizos.»

Cuando la nieve de la invernada desaparece y quedan al descubierto las altas praderas tapizadas de verdes y menudas gramas, entonces suben con sus ganados las tribus casi nómadas de *los vaqueros* (2).

Raza *maldita*, cuya desconocida génesis atribuyen a los primitivos aborígenes asturianos, otros a los siervos moros que se rebelaron contra Aurelio, y los más a los fugitivos restos de moriscos derrotados; sin que falten algunos, al parecer con mayor fundamento, que pretenden encontrarlo en los esclavos orientales, que para el laboreo de las minas transportaron los romanos a estas regiones. Estas tribus ofrecen el singular espectáculo de una sociedad dentro de otra; de un pueblo, viviendo en el seno de otro pueblo, sin confundirse ni mezclarse, separados por la infranqueable valla de añejas costumbres y arraigadísimas preocupaciones.

Gente montaraz y arisca, entregados solamente al pastoreo, viven vida común con los ganados y sus familias en el estrecho recinto de sus chozas de piedra, donde soportan las inclemencias del invierno, y que abandonan solitarias en sus periódicas emigraciones; organizados entonces en numerosas caravanas, dejan los valles inferiores para dirigirse a los altos puertos del interior, llevando consigo todo su ajuar sobre los lomos del ganado vacuno y colgando sus más frágiles cacharros y hasta sus tiernos niños de pecho en las astas de los bueyes, a cuyo prudente y seguro paso les confían las penosas jornadas del

(1) *Recuerdos y bellezas de España.*

(2) *Les races maudites de la France et de l'Espagne*, por Edmundo Derrochas.



camino. Ya en los puertos, viven la vida más primitiva en aquellos pintorescos lugares, alimentándose de la leche de sus ganados y durmiendo al raso.

Aun hay iglesias en Asturias que conservan la inmensa viga atravesada en la nave, como insuperable barrera entre labradores y *vaqueros*, y aun hay mercados en los que el precio de la res se deposita sobre una piedra, de donde lo recoge el *vaquero*, cuyo temido contacto recuerda el de los leprosos de la Edad Media.

Y, sin embargo, es menester confesar, como decía Jovellanos (1), «que, si hay un pueblo libre en la tierra, lo es sin disputa, no porque no esté sujeto como los demás a las leyes generales del país, sino porque su pobreza lo exime de las civiles y su inocencia de las criminales; los reglamentos económicos no tienen jurisdicción sobre él, porque sólo cultiva para existir y sólo trafica en los mercados libres... La aspereza de sus poblados aleja los molestos instrumentos de la justicia, y su rudeza, los sorteos y enganches para la guerra».

De un último individuo de una tribu de vaqueros háblase todavía en los pueblecillos de la región de Andara, en los Picos de Europa; aun recuerdan los viejos la famosa mujer (?), a quien llamaban la *Osa de Andara*. De un libro así titulado, mitad novela, mitad estudio psicológico (2), entresacamos un párrafo, en el que se describe minuciosamente este curiosísimo ejemplar de la especie humana:

«—Es la Osa de Andara—nos dijo—; la conozco mucho, y tanto, que sólo de mí hace caso, y no siempre, esta fiera. Vive en el Grajal y Mancondio, en verano, y las cavernas de la entrada de Ujo, por la parte de Hermida, en invierno. Leche, castañas, raíces y maíz crudo son su ordinario alimento. Excepción hecha de algunas crías que reserva para que no mengüe su pequeño rebaño, se regala en la primavera y el otoño, comiéndose crudos los cabritos que paren sus reses. Yo la he visto devorar uno de esos animalitos: en aquel momento rugía como una verdadera fiera, y *lanzaba chispas por sus ojos*. Va descendiendo de Andara, desde octubre hasta marzo, a medida que la ahuyentan la nieve y los hielos; pero asciende desde la Hermida, conforme mejora el tiempo.»

(1) Carta sobre el origen y costumbres de los vaqueros de alzada, en Asturias.

(2) Joaquín Fuste y Garcés, *La Osa de Andara*. Madrid, 1875.

## CONFITEOR

**A**L comenzar este capítulo, en el que se han de detallar, en lo posible, con la mayor amplitud, las cumbres y los caminos para llegar a ellas, cumple hacer a los autores de este libro una declaración, un *confiteor*, en el que conste que nada de cuanto escrito sigue, que represente un trabajo científico, o una investigación sobre altitudes, o un dato histórico, les pertenece. El único mérito de estas páginas—si es que algún mérito tienen, y en el cual no creen, los primeros, sus autores—sería el de la compilación, el de acumular estos datos encontrados en los trabajos de otros, y esta compilación, no siempre hecha concienzudamente, ordenadamente. Pero esto y otros defectos y errores que, indudablemente, se han de encontrar—*Errare humanum est*, tal reza el mote del *ex libris* de uno de los autores—, creen ellos que han de ser perdonados en gracia a la buena voluntad con que este trabajo ha sido realizado, y el laudable deseo y sana intención que les ha guiado al decidirse a publicarlo.

En descargo de este cúmulo de culpas, bueno es que se sepa que ambos colaboradores han estado—precisamente en el tiempo en que el libro ha adquirido su fisonomía definitiva—separados por algunos cientos de leguas de distancia. La condición social de uno de ellos, del excelentísimo señor marqués de Villaviciosa, el alto cargo que en la política española desempeña, su afición a los grandes viajes, sobre todo, le han alejado de la patria con inusitada frecuencia.

El otro autor, también lejos de España en los momentos en que este libro se da a la stampa, en viaje de ampliación de estudios, pensionado por el Estado, sólo ha podido tener, como el anterior, comunicación epistolar con la Comisión directiva del Club Alpino Español, encargada de la confección y de la edición de este primer libro sobre *Picos de Europa*.

Es de esperar que valdrá, por lo menos, como hito primero en el que se pueda comenzar la inédita monografía de las cumbres españolas que el Club Alpino se propone llevar a la práctica.



Queremos llevarte, lector, a cada una de las cumbres principales de los Picos de Europa, a estas montañas, apenas exploradas, de nuestra España, y que, según alpinistas muy afamados de otros países (1), «no se parecen a nada: no pueden comparárseles a los Alpes, profanados ya hasta sus últimos rincones por carreteras, funiculares, escalas, cables... No pueden compararse a los Pirineos, de aspecto salvaje y sepulcral, sólo formados por negras rocas y glaciares; ni a las sierras graníticas, en cuyos lagos innumerables se reflejan las agujas de roca; ni menos a los macizos calcáreos, de arquitectura pesada e imponente... Pero estos Picos de Europa pueden competir en belleza y en valentía con cualesquiera de estas montañas citadas».

Cualquiera que sea tu calidad, de montañero audaz o de hombre contemplativo, tienes ancho campo donde satisfacer tus aficiones en estas peñas atrevidas en que se escribieron las primeras epopeyas de la Reconquista.

Ven tú también, hombre *letrado* y *culto*, que tantas veces hemos visto en balnearios y en hoteles, tumbado mejor que sentado, en la butaca de mimbre, y que llevas contigo siempre, al par que la enorme impedimenta de baúles y maletas, esa cordial antipatía hacia los montañeros. También a ti te atrae la montaña—así lo aseguras ante el coro de bañistas o de tuberculosos que asienten a tu discurso—, pero sólo hasta donde puede llegarse en coche o a caballo. Lo demás es vanidad o locura. Tú te jactas de gozar de la montaña mejor que nosotros, y de poseerla con mayor delicia desde la terraza de estos cómodos hoteles, adonde a diario recibes un voluminoso correo y un enorme paquete de periódicos y revistas. ¡Qué manía la de llegar a media noche a un refugio, para salir antes que aclare el alba!—nos dices.

Ya en la cumbre, nuestra fatiga no nos permite otra cosa que pensar en alimentarnos. ¡Es cierto! Ello nos recuerda estos versos de Ronsard:

*... La vie est attelée  
à deux mauvais chevaux: le boire et le manger.*

Y también nos recuerda que en ninguna parte estos dos caballos son de más pura sangre que cuando nos hallamos engarabitados en la cumbre de un risco.

¡Cuántas veces te hemos oído, sentencioso, y con el índice erguido como un dómine: «Realizáis milagros de energía, es cierto; podéis enorgulleceros de haber poseído la montaña... Pero, ¿cómo habéis gozado de las sublimidades de aquel sitio? ¿Cómo habéis escuchado la música misteriosa de la Naturaleza?» Y concluyes tu frase, asegurando que disfrutas de las bellezas alpestres, que conoces la montaña mejor que nosotros!

(1) Fontan de Negrin, *Aux Picos de Europa*; Pau, 1906, pág. 8.

En el fondo de nuestra alma hay un poco de piedad para vosotros, despreciadores de nuestra locura. La montaña es tan bienhechora que acoge a todos los que van a ella, y a todos les dispensa la merced que solicitan: a los sabios que van a estudiarla; a poetas y artistas que buscan en ella la inspiración; a los fuertes, que al término de una jornada de fatiga encuentran en el descanso una extraña voluptuosidad; a los débiles, a los valetudinarios, que van a beber en su fuente infinitamente para de salud.

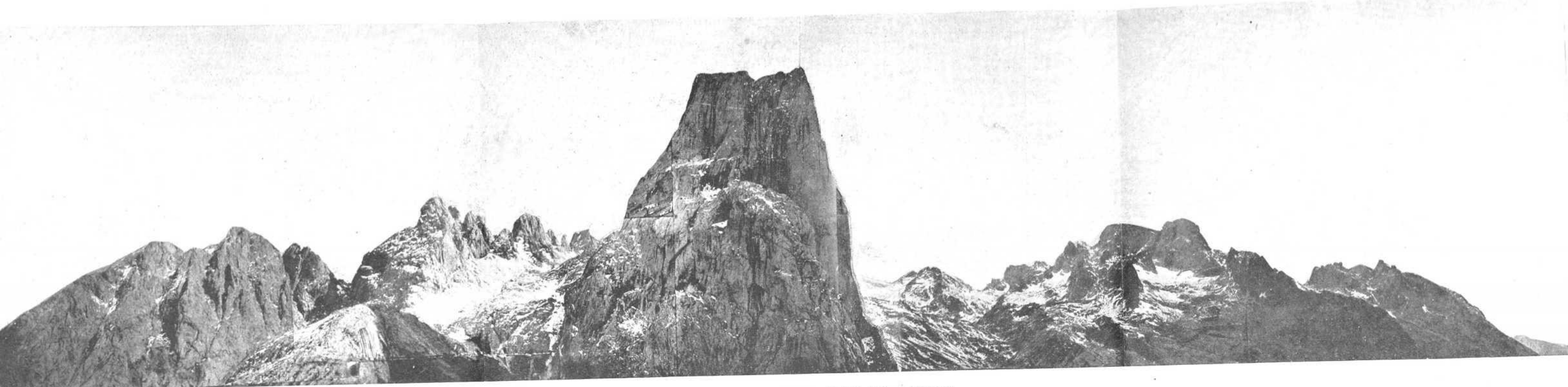
El alpinismo no es otra cosa que una faceta de las mil que tiene la energía humana. Quisiéramos nosotros conseguir demostrar que los montañeros no son ni más prudentes ni más locos que el resto de los hombres. Sólo pudiera haber una diferencia entre ellos: la de que allí donde la generalidad considera que el mundo de los hombres ha terminado, los montañeros encuentran el comienzo de una región llena de maravillas, de encantadoras visiones; en ella las horas son fugaces, y los días largos y llenos de emoción; en ella vivimos los breves momentos de una vida extraña, más bella y más pura de sentimientos. No somos temerarios ni suicidas. Nosotros, los montañeros, también tenemos cariños, también somos humanos, también pensamos en los nuestros en los momentos de peligro, tal vez más hondamente y con más afecto que los que arrastran una vida siempre igual y monótona, sin estas emociones nobles de la lucha con la Naturaleza. Y cuando de la montaña bajamos a la llanada, llevamos a quienes nos esperan con cariñosa ansiedad, la serenidad y la energía que respiramos en las alturas, y en ellos la gratitud dibuja una sonrisa, porque saben que la montaña les devuelve un hijo, un esposo, un hermano, un amigo, más sano, más amante y más fuerte...

Culminar las montañas no es un fin en la vida; es un medio. Un medio que en los años moceriles temple y aquilata las energías preparándolas para las luchas de la vida; un medio que en la virilidad conserva la gallardía y el entusiasmo juvenil; un medio de preparar para la vejez un tesoro de bellísimos recuerdos, llenos de serenidad y libres de remordimientos.

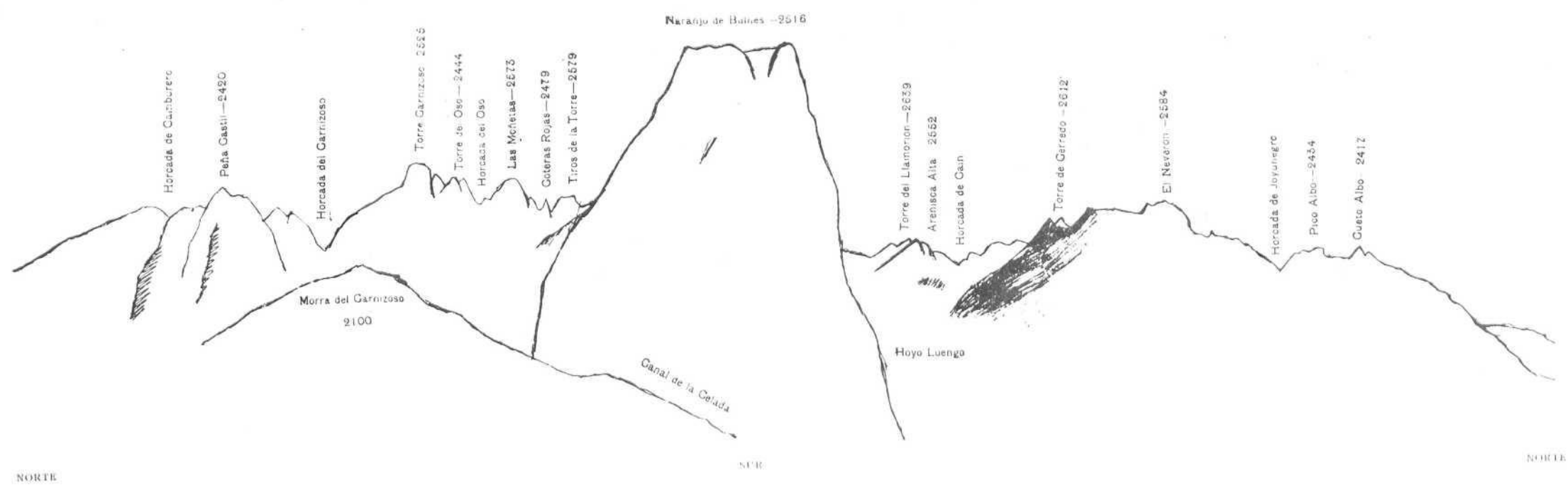
¡Cuando escuchamos a un anciano montañero que relataba emocionado las aventuras de sus primeras ascensiones, hemos pensado con envidia en almas, como la suya, bienaventuradas, que han podido guardar toda su sencillez y la facultad de entusiasmarse como el primer día que disfrutaran de la alegría de la montañal...

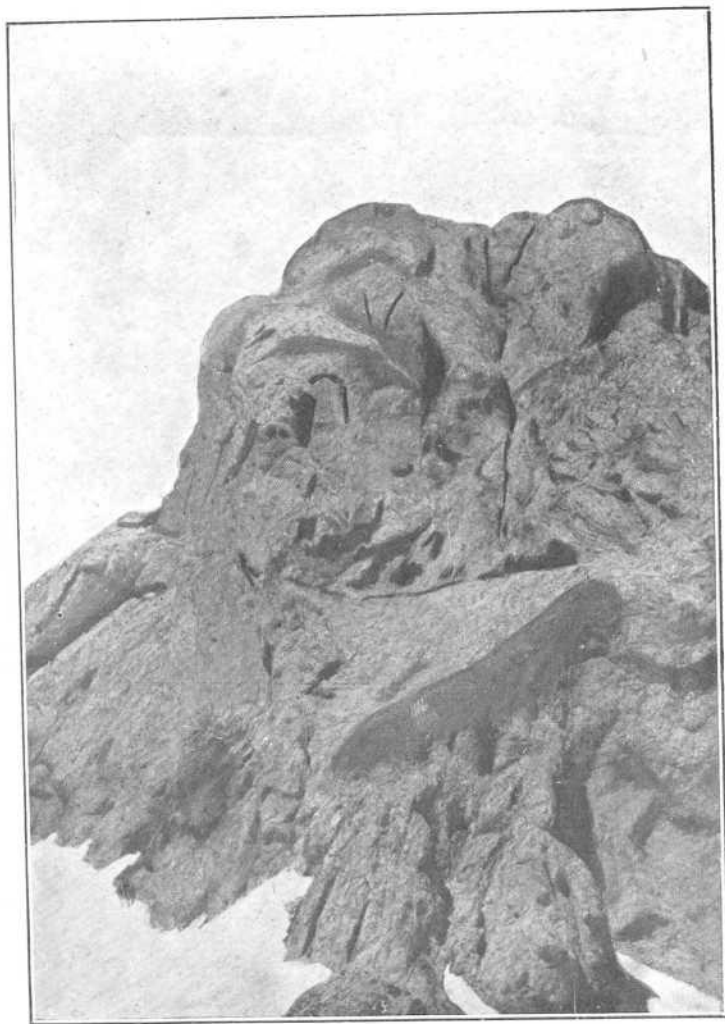


Ahí tenéis, al frente, los soberanos de los Picos de Europa; un vasto horizonte se abre ante nuestros ojos; el macizo central se despliega a nuestros pies con la nitidez de un mapa en relieve iluminado con colores convencionales: blanca, la nieve; las rocas, en un naranja apagado, en violeta transparente; los valles, en verde sombra.



PANORAMA SEMICIRCULAR, DESDE LA MORRA DEL CARNIZOSO





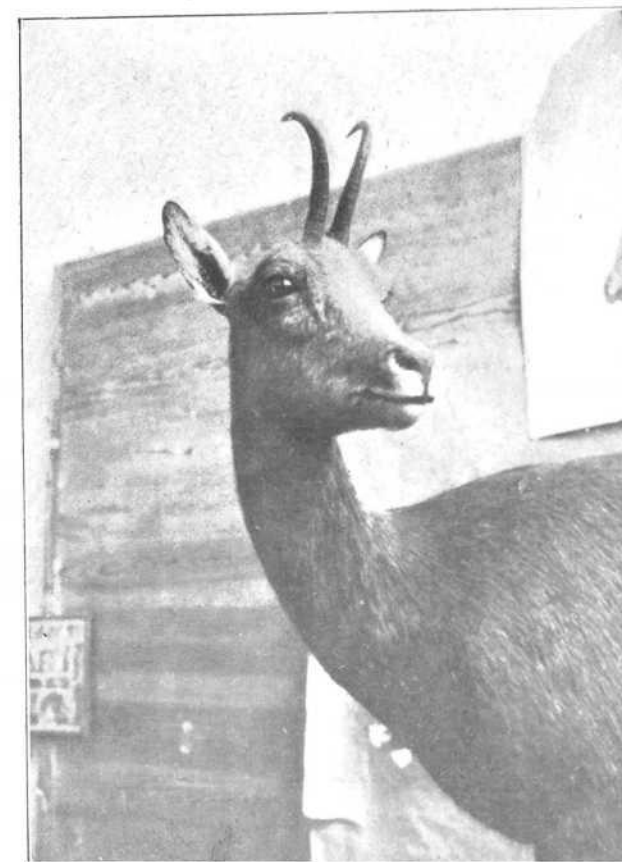
TORRE DE CERREDO



TIRO TIRSO




PEÑA VIEJA



REBECO O GAMUZA DE LOS PUEOS DE EUROPA  
(*Rupicapra pyrenaica parva*)

Estáis mirando al Sur: ved la colosal torre de Cerredo, el abismo de su pared norte sobre las profundidades del Joyu de Cerredo. Ved los fantásticos Orriellos (los Urrieles) surgir de entre inmensos campos de nieve casi eterna. Girad la vista hacia la izquierda e id recorriendo las crestas de la sierra de las Moñas, del Carnizoso, de Coteras Rojas, de Peña Castil... Y cuando todo os haya satisfecho, mirad con los ojos y con el corazón, *mirad* con todos los sentidos, abiertas todas las ventanas del espíritu, mirad el Naranjo de Bulnes, solo, aislado en medio de aquel caos de rocas y de nieve, como un misterioso menhir, como un símbolo inexplicable de un antiguo culto perdido en las tinieblas de la prehistoria...

## UNAS LÍNEAS SOBRE CARTOGRAFÍA

O es ningún descubrimiento el decir en estas páginas el lamentable estado de la cartografía en España. De nada han servido las demandas de cuantos se preocupan porque esta rama de la ciencia geográfica sea atendida como se merece, demandas que han sido hechas, justo es decirlo, por los mismos que han de trabajar en ella, apenas alguno de nuestros Gobiernos preste la debida atención a este importante asunto, atención que ha de traducirse en la concesión de los créditos necesarios, pues todo lo que no sea esto resultará oratoria más o menos pomposa de nuestros políticos.

Tres importantes entidades oficiales han intervenido en la confección de nuestra carta geográfica: el Instituto Geográfico y Estadístico, la Comisión del Mapa Geológico y el Estado Mayor Central.

Desde luego, que lo poco hecho hasta ahora se debe al Instituto Geográfico, que aun no ha llegado en sus publicaciones a las hojas de las provincias a que corresponden los Picos de Europa. Sabemos ciertamente que los llamados trabajos de campo se han llevado a efecto, y en los archivos de dicho Instituto obran los planos originales que han de servir—*ad calendas græcas*—para la confección de la carta de España, al 1 : 50.000, de que ya hay publicadas varias hojas.

Este mapa del Instituto Geográfico tiene, en lo que respecta a orografía, una importancia extrema, con curvas de nivel y relativamente bien observada la toponimia.

El mapa geológico, llevado a efecto por la Comisión que lleva su nombre, ha publicado también varias hojas, y, aunque sin curvas de nivel, la planimetría y la toponimia se aproximan a la perfección.

El llamado mapa o itinerario militar de España no es aconsejable bajo ningún aspecto a los excursionistas; desde luego que, estando sólo la planimetría y sin datos de orografía, los alpinistas no tienen por qué ocuparse de su existencia.



Hasta ahora, lo publicado se debe más bien al esfuerzo de particulares, de sabios geógrafos españoles y extranjeros, que en aras de la ciencia han sacrificado, además de su trabajo admirable, una no pequeña cantidad de su propio peculio. Todo lo que nosotros conocemos se resume:

*Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, por el excelentísimo señor don Francisco Coello y Quesada (1). Escala, 1 : 200.000. Hojas de las provincias de Asturias, Santander y León.

Aunque publicados estos mapas al comienzo del último tercio del pasado siglo, contienen datos estimadísimos de topografía. Fáltanles, naturalmente, bastantes detalles de vías de comunicación, que han sido realizadas posteriormente o durante su impresión; es utilísimo para darse una idea de conjunto de los tres grandes macizos de Picos de Europa y del sistema montañoso en general.

Su adquisición es difícil, por ser obra muy estimada y hallarse, con tal motivo, casi agotada. No obstante, creemos se encontrará en las bibliotecas de nuestras Sociedades de alpinismo.

*Mapa Topográfico de la provincia de Oviedo*, por don Guillermo Schultz, publicado por la Comisión del Mapa Geológico de España, 1878.

Confeccionado a la escala, un tanto extraña, de 1 : 127.500, es algo imperfecto desde el punto de vista topográfico; pero muy útil para consultar las vías de comunicación (sendas y caminos de carros) y, sobre todo, la toponimia.

*Mapa Geológico del Norte de la provincia de Palencia*, por don Casiano de Prado. Escala, 1 : 200.000.

*Mapa de la provincia de Santander*, por don Amalio Maestre. Escala, 1 : 200.000, publicado en una memoria sobre la geología de esta provincia.

De estos dos mapas últimamente citados, sólo tenemos un conocimiento muy superfluo. Encuétranse en la biblioteca del Instituto Geográfico, y el segundo, además, en la del Instituto provincial de Santander.

Dejamos para último lugar, por haber sido publicado posteriormente a todo lo relatado, el trabajo de los señores conde de Saint-Saud y coronel Prudent, aparecido en el *Anuario del Club Alpino Francés* de 1893, publicado en 1894.

Es lo más completo que hasta ahora ha aparecido, y ha recogido todo lo que es utilizable de publicaciones anteriores. Hay en él, sin embargo, algunos errores superficiales; pero nadie puede discutirle su mérito, pues constituye la base de lo que haya de hacerse seriamente en trabajos de Cartografía acerca de los Picos de Europa.

Publicado a la escala de 1 : 100.000 ha sido ejecutado por el coronel del Ejército francés, señor Prudent, con arreglo a los datos y croquis recogidos so-

(1) Fundador y primer presidente de la Sociedad Geográfica Española, director, en su época, del Instituto Geográfico y Estadístico.

bre el terreno por los señores conde de Saint-Saud y Paul Labrousche, y completado con documentos, publicados e inéditos, facilitados por don Francisco Coello.

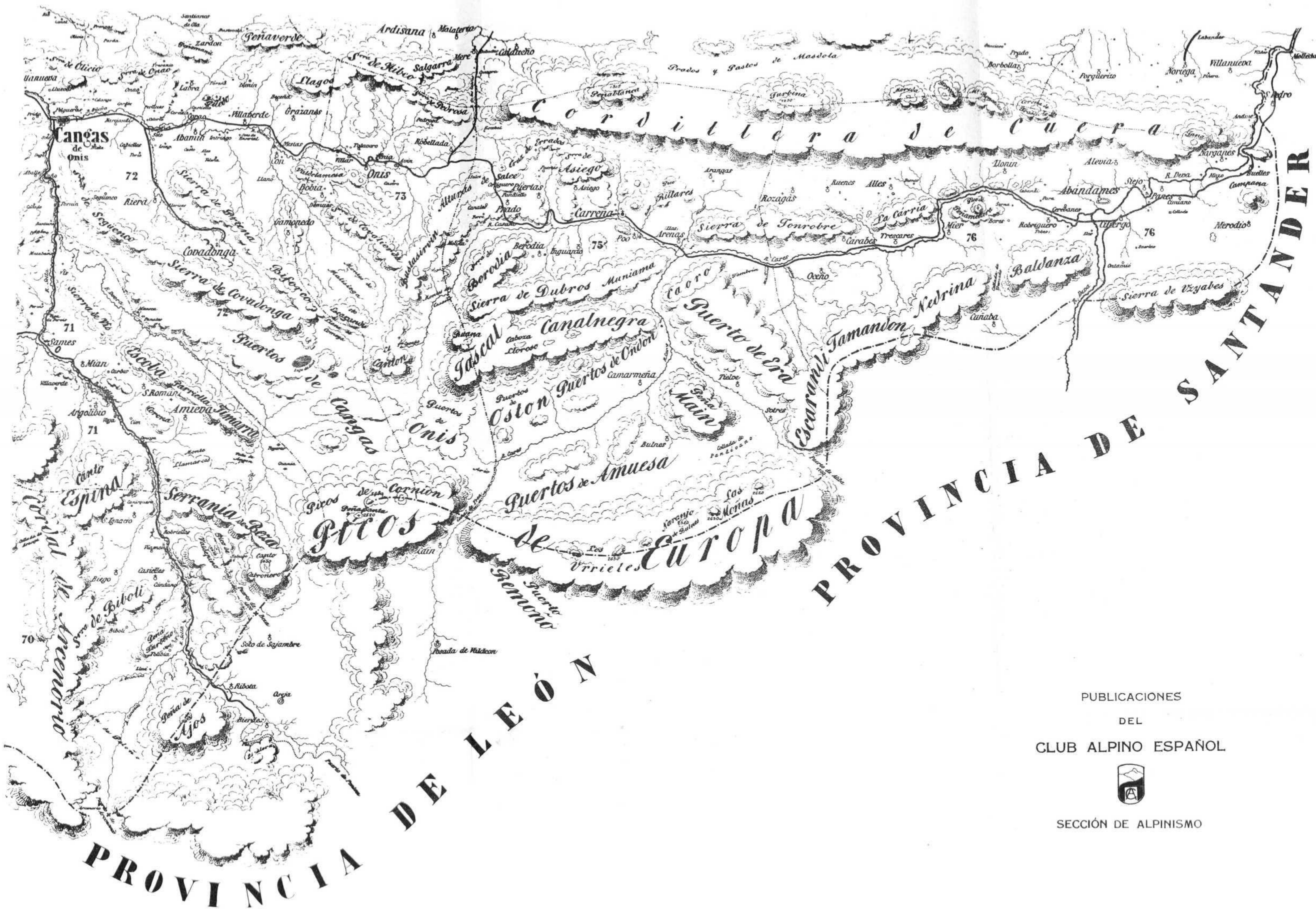
No queremos mencionar ninguno de los mapas que forman esa balumba de documentos cartográficos inútiles, que sólo han servido para obtener subvenciones de Ministerios y Corporaciones oficiales, gobernadas por hombres de absoluta incapacidad. Apena el pensar que con todo el dinero invertido en esos donativos podría haberse hecho algo serio y utilizable.

La Dirección de Obras públicas ha publicado mapas de carreteras y caminos vecinales, a cuya consulta enviamos a quienes lo precisen. El Real Automóvil Club de España también ha publicado un mapa general de carreteras de España, de escaso valor para los alpinistas, aunque de importancia para el turismo automovilista.

# Fragmento del Mapa Topográfico de la provincia de Oviedo

POR D. GUILLERMO SCHULTZ

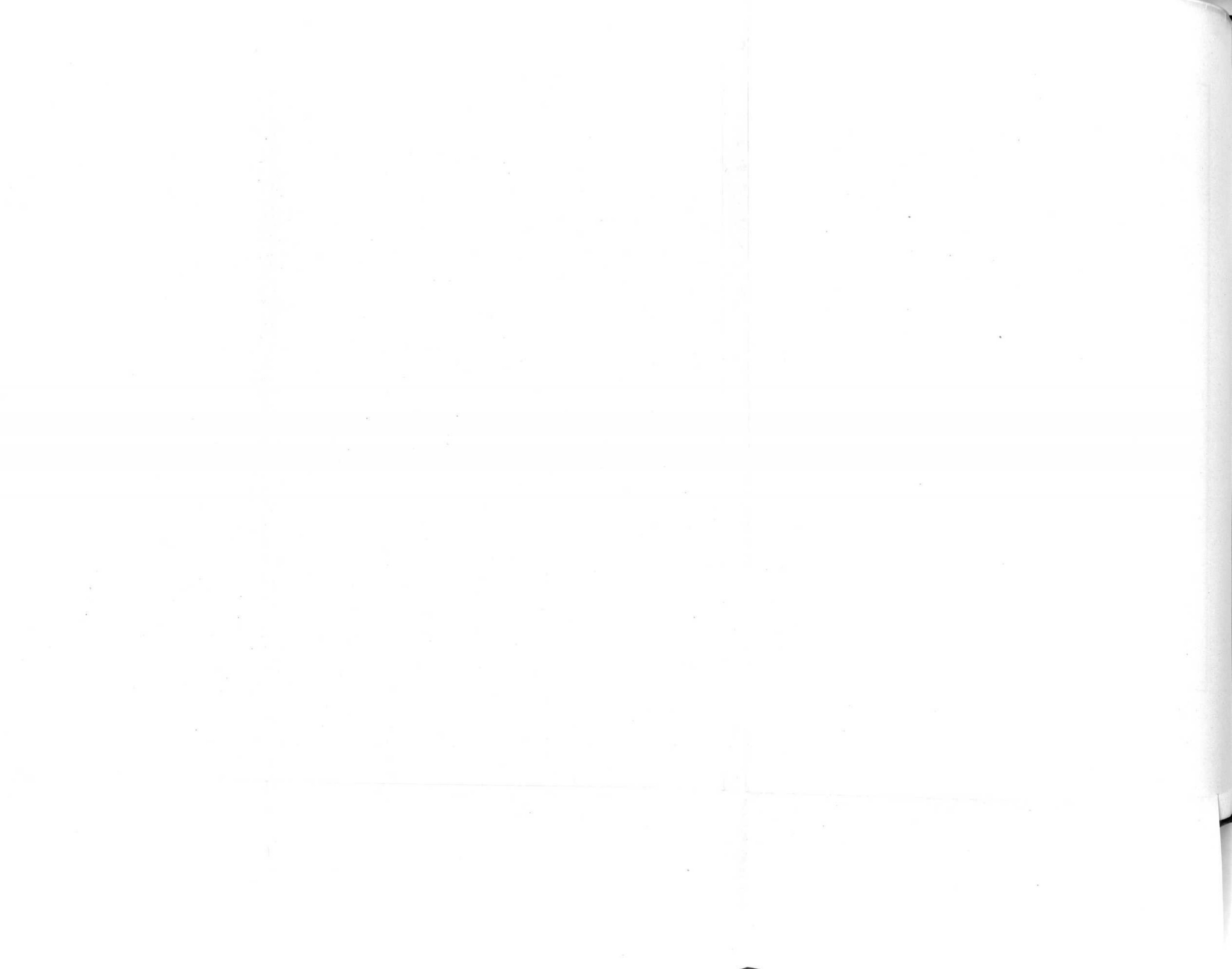
Publicado por el Instituto Geológico de España en 1903

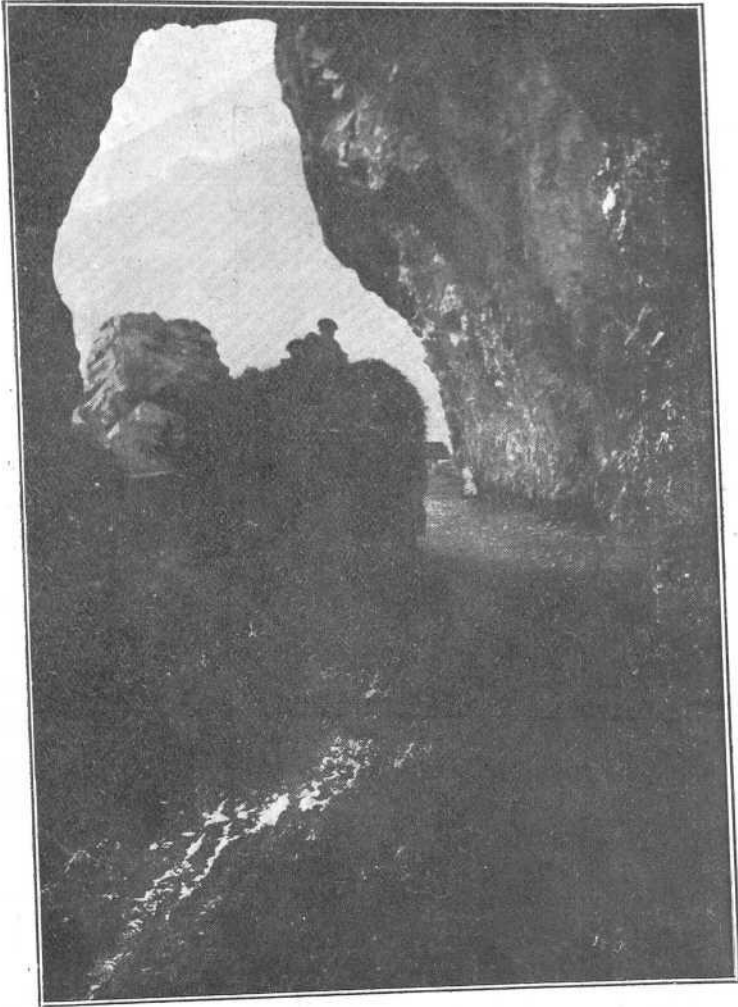


PUBLICACIONES  
DEL  
CLUB ALPINO ESPAÑOL



SECCIÓN DE ALPINISMO





CARRETERA DEL PONTÓN.—TÚNEL DE OSEJA

PEÑA SANTA DE CAÍN

TORRE DE SANTA BERMEJA



LOS PICOS DE EUROPA DESDE EL PUERTO DEL PONTÓN

## GLOSARIO OROGRÁFICO



**ARGAVO.**—Equivalente a canchal de la Cordillera Central. Derrumbamiento. Pedrera.

*Manantial del Argayo*, en la aldea de Los Llanos, camino de Potes a Espinama.

**BARGA.**—La parte más empinada de una cuesta.

**BOQUEJÓN.**—Collado estrecho, boquete o hendidura en los montes. (Equivalente a Brecha en los Pirineos aragoneses.)

*Boquejón de Aliva.*

**BRAÑA.**—Pasto húmedo. (Tolla o trampal en la Cordillera Central.)

*Brañas de la Felguera*, entre Bulnes y el collado de Pandebano. Puerto de Brañosera.

**CANAL.**—Valle estrecho y alargado. Barranco. Puede decirse de la canal, que ésta es a la montaña lo que la sinclinal es a la anticlinal; o aclarando mejor el concepto original con que tan gráficamente se expresa el conde de Saint-Saud: que las estrechas canales de los Picos de Europa podrían servir de molde para vaciar en ellas el afilado relieve de aquellas montañas.

**CEMBA VIELLA.**—Nieve vieja en Asturias.

*Nevero de Cemba Viella*, en el macizo de Peña Santa de Caín, sobre la canal de Bufarrera.

**CASTRO.**—Roca redondeada, pulida, que emerge como una excrecencia de una ladera terrosa o con vegetación.

**COLLADA.**—Brecha o paso muy elevado.

*Collada de las Nieves. Collada de la Canalona.*

**COTERA.**—Risco de cumbre roma.

*Coteras Rojas. La Coteriña*, en el macizo de la Sierra del Oso.

**CUELLE.**—Paso difícil.

*La Cuelle de Enol.*

**CUETO.**—(Véase Cotera).

*Cueto del Pando*, en la garganta de Caín.

ESCOBIO.—(Véase Foz).

FOZ.—Paso de un río o arroyo por una angostura en curva.

GARGANTA.—Angostura formada tectónicamente entre montes y labrada por la erosión glacial o fluvial.

GRAVERA.—Canchal de piedra menuda. Llámase también *casajera* y *arenal*.

HORCADA.—Equivalente de Collada. Expresa un paso más angosto que ésta. *Horcada del Oso* en la sierra de su nombre, frente al Naranjo de Bulnes.

HORCADINA.—(Véase Horcada).

*Horcadina de Cuevarrobres* en el camino de Puerto de Aliya a Llorza.

HOYO, A.—Circo de origen glacial. Los montañeses dicen *jóo*, *jou* y *joyu*. *Hoyo sin tierra*, *Joyu luengu*, *Fou de los Gochos*.

LLAMBRIA.—Superficie muy inclinada y lisa en las paredes de la montaña. Derivadas de ella son *llambrialina* y *llambrializa*.

LLAMBRIÓN.—Aumentativo de llambria.

*Torre del Llambrión*. Saint-Saud interpreta mal esta palabra, cuando saca su etimología de «llama», en el sentido del «incendiado» (por el sol rojo del ocazo).

LLAMIAR.—Terreno abundante en rocas lamidas, que así parece decir la palabra; esto es, pulimentadas, generalmente por la erosión glacial. Los montañeses dicen *llambiar*.

LLASTRA.—Roca pulida, pero rota, resquebrajada; así como su derivada *llastraleza*.

MORRA.—Cerro de cumbre redondeada.

*Morra del Carnizoso*.

PAN.—Altura (del céltico *pen*). En Picos de Europa designa especialmente un puerto o collado.

*Puerto de Pan de Ruedas*, *Collado de Pandebano*, *Puerto de Pan de Trabes*.

PEÑA.—Montaña de cumbre dentellada o afilada.

*Peña de Juan Toribio*, *Peña Remoña o Ramona*.

PICA.—Cumbre cónica o aislada.

*Pica de Tem*, en el valle superior del Sella.

PICOS.—Este nombre no es muy frecuente; sólo se encuentra en pocas cumbres del macizo central. (*Pico Carnizoso*, *Pico de Santa Ana*), y en algunas del oriental (*Pico Hierro*, *Pico de San Carlos*, *Pico San Melar*) y en la designación genérica de toda la cadena montañosa (1).

(1) Esta denominación de Picos de Europa no puede ser muy antigua, y debe proceder de cuando adquirió la reputación que sus riquezas mineras han dado al macizo oriental. López, en su mapa de Laredo, de 1774, y Coello en sus mapas, escriben *Peñas de Europa*. El mapa de la *Nueva Geografía*, de Eliseo Reclús, tiene igualmente el nombre de *Peñas de Europa*.



**PUERTO.**—En Picos de Europa, generalmente, no es el puerto, como en las otras cordilleras españolas, la depresión que permite el paso de una a otra vertiente de la montaña. Aquí llámanse puertos a las altas mesetas con pastos.

*Puerto de Aliva, Puerto de Onís, Puerto de Amueza.*

**RABIONES.**—Hoyas o remolinos de aguas tumultuosas en el curso de un río o torrente.

**RAÑA.**—Vallecito pequeño cubierto de monte bajo.

**RIEGA.**—Arroyo de escaso caudal, regato, cacera.

*Riega del Infierno, Riega del Tejo.*

**TABLA.**—Pared rocosa cortada a pico. Contrafuerte de paredes verticales y muy lisas.

*Tabla de Lechugales, Tabla mal rota.*

**TIRO.**—Risco o montaña, de forma y dimensiones cualesquiera, que se utiliza como puesto de espera para la caza del rebeco: *Tiro Llago*; algunos recuerdan los nombres de célebres cazadores comarcanos: *Tiro Tirso*; otros de ilustres personajes que recorrieron aquellos lugares: *Tiros del Rey, Tiros de la Infanta.*

**TORRE.**—Montaña de tipo prismático o cilíndrico, frecuente en la erosión uniforme de los macizos calcáreos, cuyo tipo representativo sería el Naranjo de Bulnes.

*Torre de Cerredo, Torre del Llambrión.*

**TORNOS.**—(Véase *Barga*).

**TRABES.**—Amontonamientos de nieve producidos por el viento. Ventisquero.

*Puerto de Pan de Trabes.*

**VALLEJA.**—Grieta amplia en las paredes de roca.

**VARGAS.**—Varas o rollizos de madera, sujetas a la llambria, y que ofrecen para poner el pie una superficie horizontal de algunos centímetros.

*Vargas de los Mollares; Vargas de Treviño.*

**VEGA.**—Pastizal llano.

*Vegas de Sotres, Vega del Azotín.*

## LOS PICOS DE EUROPA A VISTA DE PÁJARO

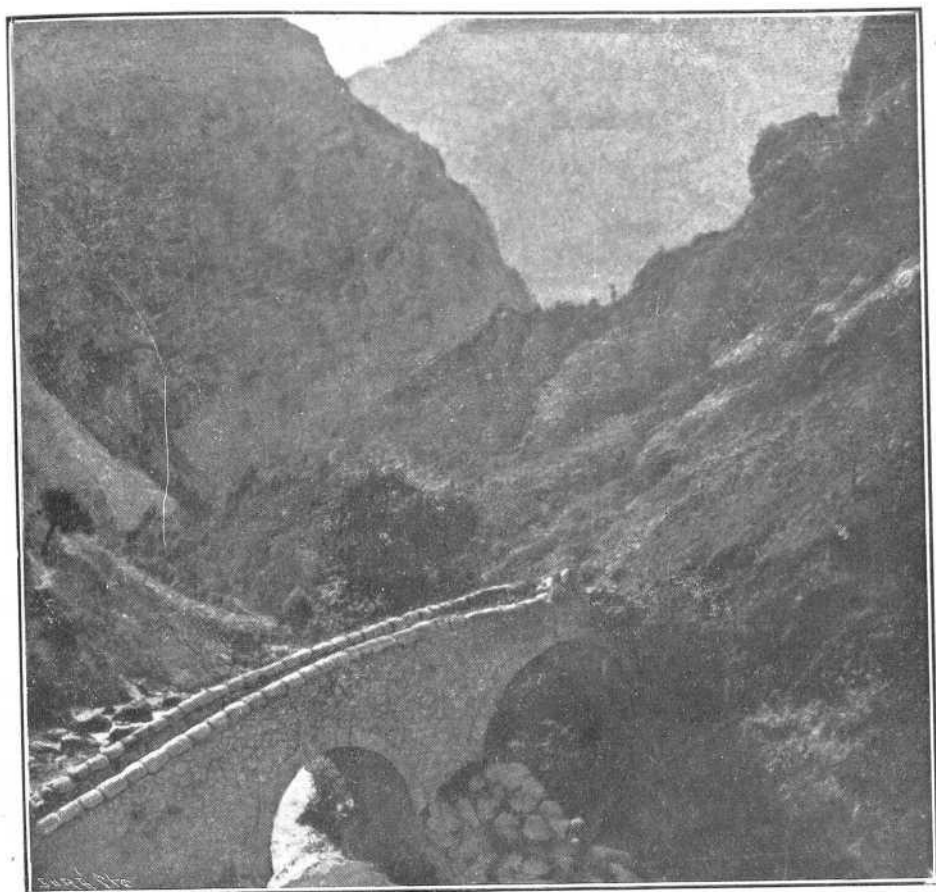
**V**AMOS a entrar, lector, en el corazón de la montaña. Cualquiera de los caminos que elijamos, será espléndidamente bello, lleno de impresionantes emociones.

Si, viniendo de Santander, entramos por Unquera y Panes a la lóbrega garganta de la Hermida, cruzaremos pueblecillos adornados con guirnaldas de maizales, entre praderas moteadas de blancas margaritas, al borde de un río sereno y manso, el Deva, al que luego, más tarde, escucharemos rugido y estrepitoso entre los peñascales del medroso desfiladero.

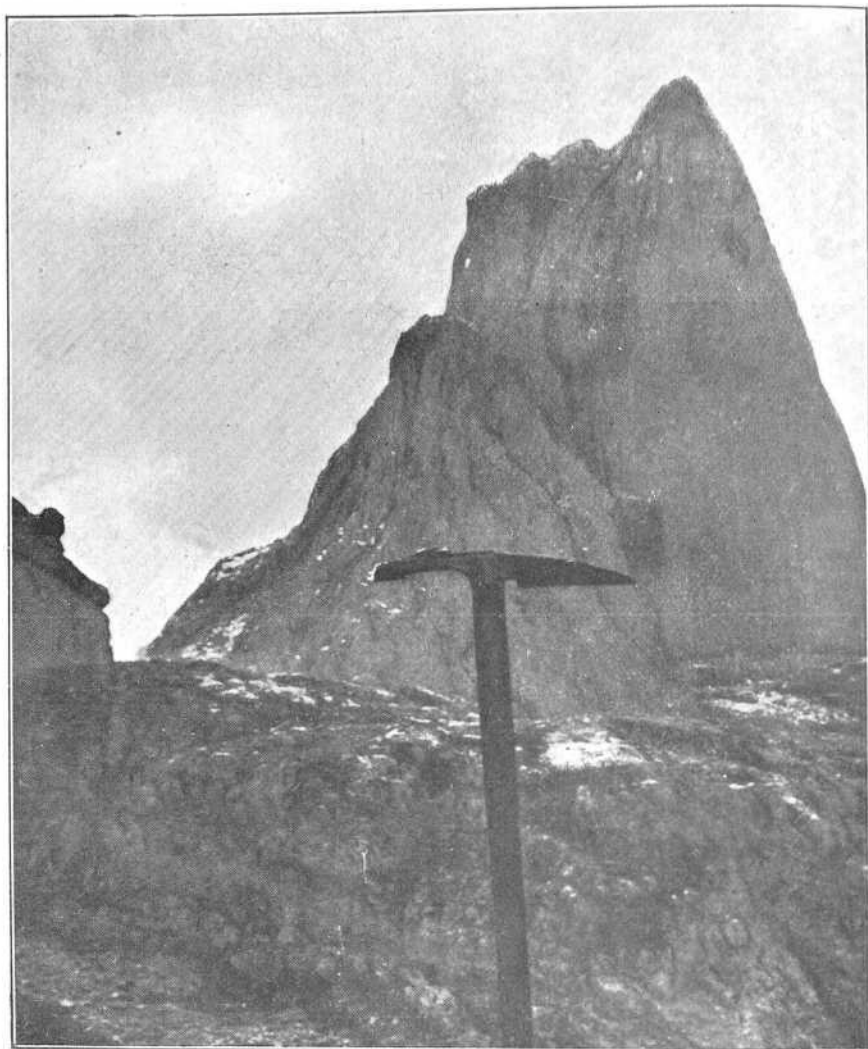
Un valle riente y apacible, el de la Liébana, nos muestra su admirable verdor, sus bosques y sus jardines, apenas traspuesta la garganta; y otra vez el río Deva se desliza suave y tranquilo, como si descansara de la loca carrera con que vino monte abajo; como si almacenara energía para cruzar el estrecho cañón en que le hemos visto agitarse enfurecido en rabiones ensordecedores.

La carretera, magnífica, pareja del río siempre, nos pasa al borde de aldehuelas pegadas como en equilibrio pasajero en la empinada ladera de los montes. La vegetación cambia, y al verdor lujurioso de la parte baja del valle se suceden los tonos oscuros de hayales y de pinos. Subimos por ziszás el flanco de la montaña, cruzando el río, ahora torrente mugidor, por puentecillos de piedra, que pasan y repasan el abismo a cuyo borde caminamos, tan pronto en una como en la otra vertiente.

Dejamos atrás Camaleño, Los Llanos, Cosgaya; a la diestra, Mogrovejo, y cruzamos una aldeíta, Las Ilces, para salir del bosque que se apretuja en esta barranca por la que vamos y llegar a un minúsculo valle, a cuyas puertas el pueblo de Espinama tachona con sus blancas casitas la esmeralda del praderío. A nuestro frente, la afilada punta de la Remoña se claya entre los vellones de la niebla; pero muy pronto el sol rasga la nube, y por entre sus rotas vedijas lanza sobre el vallecito un chorro de brillante luz, que se quiebra y tornasola en los herbazales húmedos por el rocío.



GARGANTA DEL CARES.—PUENTE PONCEBOS



EL NARANJO DE BULNES

Ya estamos al pie de las bravas roquedas. Para contemplarlas libre de obstáculos nuestra vista, aun habremos de remontar el áspero camino de Igüedri, ceñido a las plantas del agudísimo pico de Valdecoro, y trasponer un estrecho portillo de rocas, el Boquejón, para salir a la vasta campera del puerto de Aliva.

Estamos al borde de un enormísimo lago de verdura, de hierba fina y brillante, a cuya otra orilla, a nuestro frente, las escarpas de la Peña Vieja, se alzan casi verticales, coronadas por un doble cabezo, en que la nieve blanquea en todo tiempo. Al otro lado de esta mole, extiéndese el dédalo de montañas del macizo central, y a nuestra diestra, cerrando el vallecito que desciende faldeando la Peña Vieja, elévanse las cumbres del macizo oriental, cuyas cumbres no alcanzan ni la grandiosidad ni la altura de los otros dos grandes grupos.



Venimos de Oviedo. Desde las Arriondas, un tranvía de vapor nos ha traído hasta Cangas de Onís. El mismo tranvía nos deja al pie del grupo de construcciones que rodean la basílica de Covadonga.

Muy cerca de la gruta de la Virgen comienza la carretera que sube hasta Lago Enol, en cuyas proximidades se encuentra una explotación minera de manganeso, llevada a efecto por la Compañía inglesa «Asturiana Mines Limited». Sigue la carretera hasta el lago de la Ercina, y a nuestro frente se alzan las crestas de las dos Peñas Santas, la de Enol, la más inmediata, y la de Caín, más elevada y más difícil.

Este macizo occidental de los Picos de Europa, sólo nos ofrece las dos escaladas valientes de las Peñas Santas por esta vertiente Norte.

Si culminamos una de sus cumbres, el grandioso macizo central, los verdaderos Picos de Europa, se mostrarán ante nuestra vista en toda su esplendorosa magnificencia: sus torres afiladas, enormes, altísimas, alzadas sobre neveros de purísima blancura, al otro lado del abismo por cuyo fondo corre el Cares, canal de Trea o Garganta de Caín.

No es éste de Covadonga, ni aquél de Potes y Espinama, el camino que un alpinista de corazón debe seguir para entrar en el grandioso templo de las montañas cantábricas. Nuestro camino comienza en las praderas cabraliegas, y se oculta rápidamente en la inverosímil ranura por donde el río Cares sale en busca del mar, al escaparse de aquella fantasmagoría de picachos, hoyos, torres y barrancos. Nuestro camino empieza en Santander o en Oviedo; llega al valle formado por las Sierras de Maín — primera barrera de los Picos —, y de Cuera — telón que oculta la vista del Cantábrico —; atraviesa el poblado de Arenas de Cabrales, cruza el río Casaño y entra en la Canal Negra, cuyos

ecos prodigiosos devuelven ahora (1) el estampido de los barrenos y el martilleo de las cuadrillas que trabajan en labrar una carretera que, apenas terminada, será uno de las más bellos caminos de montaña de toda Europa.

Nuestro camino salta sobre el Cares, por el romano Puente de Poncebos, se agazapa bajo el roquedo que sostiene, en sorprendente equilibrio, el caserío de Camarmeña, y repasa el río por el rústico Puente de la Jaya, para entrar en la aún más estrecha Canal de la Riega del Tejo, siguiendo aguas arriba el curso del torrente del río Bulnes. Trepamos con el sendero hasta coronar el último peldaño de las Salidas, y reposar en Fuente Colines el jadeo de la rápida ascensión. Cruzaremos Bulnes, el rival de Caín en dar a estas montañas temerarios trepadores de rocas y astutos cazadores de rebecos; subiremos por las praderas empinadas que bordean la salida de la Canal de Camburero, y muy pronto los clavos de nuestras botas morderán en la escarpada vertiente de la Sierra del Albo. Una horcada, la del Neverón, y traspuesto el collado, una montaña de suave ladera con una corona de erizados picachos; esta cumbre del Neverón será nuestro miradero.

Ante nosotros se extiende un verdadero océano de montañas, un inmenso dédalo de rocas inmensurables, en una de cuyas arrugas se perdería el más grandioso de los monumentos que los hombres hayan elevado. ¿Qué son, ante la opulencia de una sola de vuestras cumbres, del Naranjo de Bulnes, esas pesadillas de piedra que asombraron a cien generaciones? Oh, tú, gigante de caliza, si te alzaras aislado en la planitud de la estepa, ¿qué hubieran sido al lado de tus seiscientos metros de talla absoluta, la pagoda de Eklinga o el Rhamseïon egipcio? ¿Qué, junto a la afligranada crestería de las Moñas, las agujas esbeltas del Duomo milanés y la ingrávica flecha del Munster de Estrasburgo?

¡Quién, realmente, de nuestros hombres-águilas de hoy volará el primero sobre vosotras, altas peñas de Cantabria! ¡Quién desflorará la emoción de contemplaros en toda vuestra grandiosa vastedad, suspendido en el espacio!...

(1) Merced a la iniciativa del marqués de Villaviciosa de Asturias, han comenzado las obras de la carretera de Cabrales a Puente Poncebos, de donde se ramificará un camino a Bulnes, otro a Tielve y Sotres, y otro a Caín y Valdeón. Recordamos los aplaudidos discursos pronunciados no ha mucho en el Senado por este ferviente propagandista de los Picos de Europa con motivo del proyecto de fundación de Parques Nacionales. (Nota del C. A. E.)

## BOSQUEJO GEOGRÁFICO

**E**L macizo de los Picos de Europa hállase situado al Norte de la cordillera Cantábrica, unido a ella en el macizo central por un débil cordal, en el límite de las provincias de León y Santander, en el que culminan, muy próximas a los Picos, la Punta de Mesada (1.638 metros) y el Coriscao (2.240), y por otro cordal, éste dentro de la provincia de León, que une en su parte más meridional el macizo occidental por el puerto de Pan de Ruedas y el cordal de Boza.

Divididos los Picos de Europa en tres grandes macizos, occidental, central y oriental, hállanse determinados claramente por el curso de los ríos Sella, Cares, Duje y Deva, que limitan entre sí, por el orden señalado, los tres macizos, asentados éstos en las provincias de Oviedo, León y Santander, sin que la división orográfica corresponda en nada a los límites administrativos de ellas.

El grupo más importante desde el punto de vista de la altitud, es el central, entre los ríos Cares y Duje, cuyo núcleo montañoso alcanza las mayores alturas del sistema en Torre de Cerredo (2.642), Torre del Llambrión (2.639) y Peña Vieja (2.615), las tres únicas cumbres que pasan de 2.600 metros; sigue después el occidental, entre el Sella y el Cares, cuya cumbre máxima, Peña Santa, llega a 2.506, y posteriormente el oriental o de Andara, entre el Duje y el Deva, con la tabla de Lechugales (2.445) y Pico Fierro (2.441).

Los ríos ya citados cruzan las siguientes comarcas: de Sajambre (León) y Onís (Asturias), el Sella; de Valdeón (León) y Cabrales (Asturias), el Cares; de Sotres y Tielve (Asturias), el Duje; de Liébana y la Hermida (Santander), el Deva. En cada una de estas comarcas existe un importante núcleo de población que puede considerarse como centro de excursiones para el macizo respectivo: Potes, Covadonga, Cangas de Onís y Arenas de Cabrales.

El ingreso a los Picos de Europa ha de hacerse necesariamente por cualquiera de las carreteras que le rodean, algunas de las cuales, como la de Potes y Espinama y la de Cabrales hasta Puente Poncebos, penetran a través de la montaña y llegan hasta la falda de los picachos.

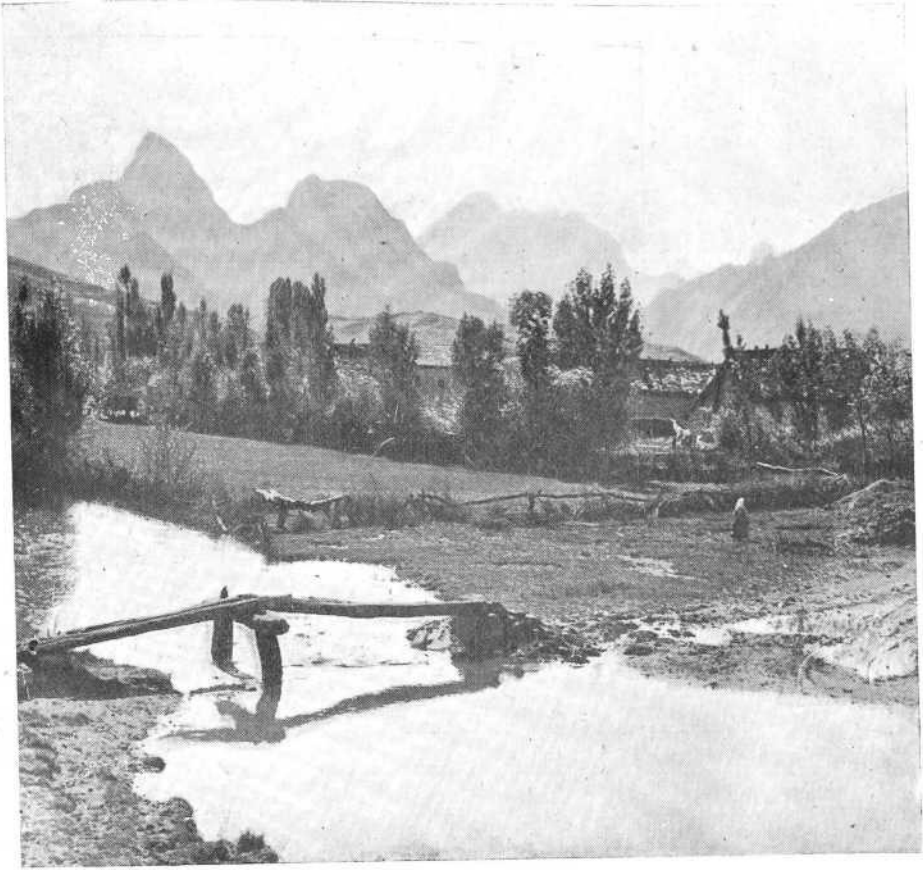
Por cualquiera de estos caminos puede llegarse al corazón de los Picos, recorriendo una gran parte del trayecto hasta en automóvil.

El acceso a estas carreteras es facilísimo: todas ellas hállanse unidas a distintas líneas de ferrocarriles que rodean el enorme macizo montañoso; unas y otros hállanse detallados en el croquis (págs. 40 y 41) el cual aclararemos con una breve explicación: Al E. y O. pasan, respectivamente, las líneas generales de Madrid-Santander y Madrid-Oviedo, aquélla más lejana de las montañas. Por el Norte, paralelo a la cordillera, marcha el ferrocarril del Cantábrico, que une a las dos poblaciones ya citadas de Oviedo y Santander; de esta línea deriva en las Arriendas un tranvía de vapor que, después de cruzar Cangas de Onís, llega hasta Covadonga, punto origen de excursiones al macizo occidental de los Picos; del referido ferrocarril del Cantábrico arranca en Unquera la carretera de Potes y Espinama.

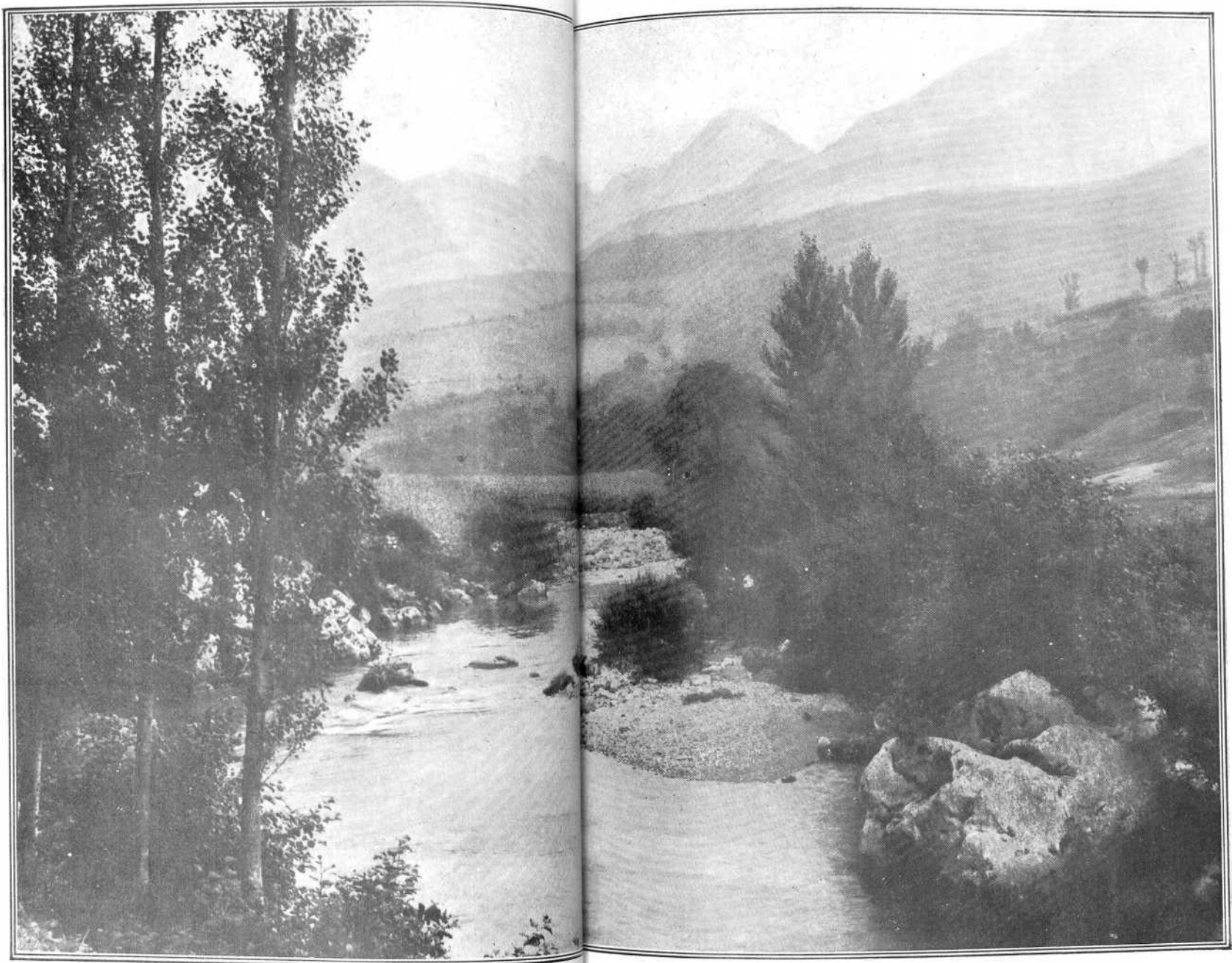
Al Sur de Picos de Europa, y partiendo en la Robla de la línea general de Madrid-Oviedo, marcha el ferrocarril hullero de la Robla a Valmaseda, el cual, en los pueblos de Cistierna y Cervera del Río Pisuerga, tiene enlace con las carreteras de Riaño a Cangas de Onís, por el Puerto del Pontón, en el primero, y de Potes, por el puerto de Piedras Luengas, en el segundo.

Sólo resta citar la carretera de Cangas de Onís, Arenas de Cabrales, Unquera y Santander, para completar las carreteras que bordean los Picos de Europa.

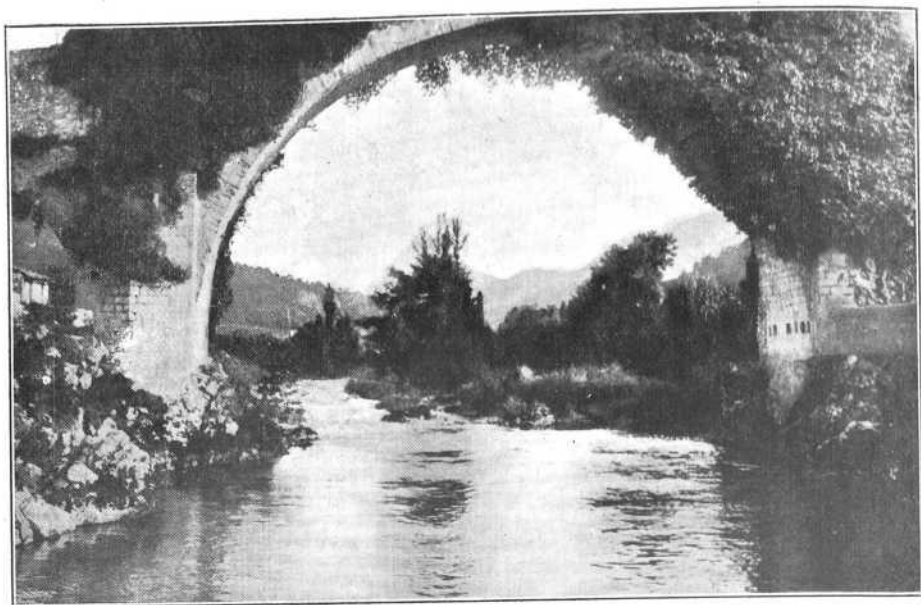




ALREDEDORES DE RIAÑO  
Aldea de La Puerta, en el camino del Puerto del Pontón.



EL NARANJO DE BUENOS AEROS LA CARRETERA DE CABRALES  
(Aldea de Villalbas del río Casaño.)



PUENTE DE CANGAS DE ONÍS SOBRE EL RÍO SELLA

## RÍOS Y GARGANTAS

*Río Cares y la canal de Trea* (1).—Nace el río Cares en el puerto de Pan de Ruedas, y marchando de Sur a Nordeste, al comienzo de su curso, pasa junto a las aldeas de Caldevilla y Soto de Valdeón, y Posada de Valdeón (pueblo ya más importante), y Los Llanos después, hasta llegar junto a Cordiñanes, donde toma la dirección Norte, que conserva hasta Caín. La senda que baja por la derecha del río desde Posada de Valdeón, cruza el Cares por el puente de Cordiñanes, a media hora de Posada, y sigue ya por dicho lado hasta ver a la derecha la ermita de la Virgen de la Corona (cuya fundación data, según la tradición local, de la fecha de la coronación de Pelayo), en que la garganta se estrecha enormemente y hace el efecto, más que de una garganta, de una cueva honda, abierta en el techo por una grieta que da paso a la luz.

Toda esta garganta está a su vez llena de innumerables cuevas, espaciosas y dilatadas, arregladas por la mano del hombre, y, según los naturales del país, todo aquel camino está sembrado de enterramientos, como si fuera un inmenso osario.

No ofrece duda alguna que aquello fué en alguna edad pasada habitado por muchedumbre de gentes que en aquel lugar impenetrable buscaron seguro refugio. Y ya merecía la pena de que se hicieran detenidas excavaciones en aquellas cuevas y en aquella aparente *cueva honda* que constituye el camino de los Caínes.

En un punto pasa el camino por debajo de una de estas piedras, que en su caída quedó suspendida como la clave de un arco, distante del suelo poco más de un metro. Una estacada de tres metros de altura, con su puerta, cierra la hoz y el río un poco más adelante. Allí comienza la tierra de Caín, que puede compararse a un redil. Los ganados andan sueltos por todas partes, sin pasto-

(1) Datos tomados de la Memoria de Casiano del Prado, del libro *Rectificaciones históricas*, del general Burguete, y de la conferencia dada por el Dr. Sandoval, en la *Residencia de Estudiantes*, en noviembre de 1917, además de las observaciones personales de los autores.

res ni perros que los guarden, porque el río entra más abajo en una estrecha canal de paredes verticales, por donde sólo un pájaro pudiera pasar; a los lados cierran el término peñas inaccesibles, y todo él se halla cerrado y formado de terreno tan fragoso, que los carros son allí muebles inútiles, no menos que las caballerías; así es que hasta la recolección de la hierba se hace sin otros vehículos que las espaldas de los vecinos.

Entre la ermita y Caín se encuentra el llamado Pozo de los Lobos, en el fondo de una cañada transversal, que, en lo más bajo, cierran zarzas y estacadas por ambos lados. La disposición del terreno es tal que, cuando uno de aquellos animales tiene la mala suerte de dejarse ver hacia aquel paraje, se le considera como una presa casi segura. Los vecinos concurren entonces por obligación al toque de las campanas del valle. Unos ganan los altos para que la fiera no pueda dirigirse sino hacia la parte inferior de la cañada, donde otros la esperan resguardados en una especie de pequeños chozos que tienen la entrada mirando al río, y salen con chuzos a hostigarla y empujarla hasta que la obligan a tirarse al pozo. Casiano de Prado refiere que en Caín, en cuarenta y seis años, se habían cogido sesenta y tantos lobos y sólo un oso, porque este último animal anda siempre por los sitios más apartados, por las peñas más altas y por las cavernas, donde hay que ir a cazarlos (Prado).

Pasada la ermita, un rústico puente salva el río, aunque el camino no continúa a la izquierda, y antes de llegar a la desembocadura del torrente del Mueño (cabra montés), que viene a la derecha, otro puentecillo lleva la senda al lado derecho del río.

Esta garganta del Cares, que entre los macizos de Torre de Cerredo y Peña Santa corre de Sur a Norte, primero, de Oeste a Este después, y de Sur a Norte de nuevo, se llama Garganta de los Caínes en su primer tercio. «¡Y hace honor a su nombre!—dice Burguete.—Ya en ella, cuando se alcanza a divisar por estar el caminante encima de la grieta que le da entrada, no hay otro sendero de marcha que el propio cauce del río, cauce socavado por las aguas en la peña. Se pasa, a la par que el río, por un túnel, mejor dicho, un agujero que aquél abrió en la roca. Las enormes paredes de la peña, en uno y otro grupo de los picos, parecen verticales, y como rara vez se ve el final de ellas ni el filete azul del cielo, produce aquella enorme grieta de piedra una sensación de aplastamiento, de anodamiento y de congoja.»

Un enorme risco, Cueto el Pando, obstruye, al parecer, el paso por la estrechísima garganta. El sendero trepa por él en violentísimo ziszás por escalones de piedra o madera y troncos como los que ofrecen algunas cavernas y minas mal labradas. El paso se efectúa en algunas partes a favor de rollizos hasta de ocho metros de largos, trabados unos con otros y tendidos de peñón a peñón, sin pretiles, suerte de viaductos a que llaman armaduras.

«Otras veces— escribe Prado en su folleto — se camina sobre planchas sus-

tentadas por hierros engastados en las rocas o por otros medios. En los escu-  
rideros, o sea en las peñas rasas e inclinadas, a que llaman llambrias, se forma  
la senda, orillándola por la parte inferior con madera o cualesquiera palos ten-  
didos a lo largo y sujetos a favor de la raíz de alguna mata, de algún nudo de  
la roca o de rollos y zoquetes de madera introducidos en agujeros que la roca,  
naturalmente, ofrece con frecuencia cuando es caliza, como allí sucede, algunos  
de los cuales pudiera creerse habían sido abiertos a mano. «Dios los hizo, se-  
ñor», me decía el guía, y yo estaba bien lejos de creer otra cosa.

»Los lobos mismos miran con respeto aquellos pasos y no se aventuran a  
salvarlos, según ya dije; no es preciso más para venir en conocimiento de lo  
que puedan ser. El ganado los salva, porque se halla enseñado, porque se le  
obliga a ello si es preciso. Como las hierbas, por otra parte, cuanto a mayor  
altura vegetan son más sabrosas, tiene que trepar de continuo por aquellos de-  
rrocaderos para buscarlas, adquiriendo así toda la destreza que pudiera necesi-  
tar. Sin embargo, con bastante frecuencia se despeñan los pobres animales, so-  
bre todo las vacas. A los hombres les sucede otro tanto, y se cuentan allí las  
catástrofes más lastimosas. Ocupándose mucho en la caza de rebecos discurren  
por las peñas con la mayor agilidad y confianza; pero esa confianza es la que  
los pierde. Por eso siempre se ha dicho que «el mejor nadador es del agua»,  
refrán que por aquellos pueblos se halla sustituido con ese otro, más triste-  
mente expresivo: «los de Caín no mueren, sino se despeñan.»

Salvado ya Cueto el Pando, se baja hasta unos canchales, por cuya arista  
sigue el camino con el precipicio a derecha e izquierda del río, que a chorros  
escapó por entre las grietas de las paredes y la peña central para seguir su ca-  
mino en dos mitades, gruñente y fiero.

Desde allí alcanzáis a adivinar, materialmente colgado en la roca de la iz-  
quierda, el pueblo de Caín de Arriba, de donde es fama se mataron tres, de  
cuatro hombres que eran, por el simple resbalón que dió uno de ellos, en oca-  
sión de conducir un muerto a Caín de Abajo, que aparece en el fondo y donde  
radica el único cementerio de los dos pueblos.

A las dos horas y media de marcha, desde Posada, se llega a Caín (490 me-  
tros), situado en la estribación Este de la Peña Santa, y debajo precisamente  
del Jou Santu; Caín—dice Sandoval—es todavía el pueblo de veinte vecinos  
que conoció don Casiano de Prado; sin embargo, el verano de 1917 lo vivían,  
además, accidentalmente, de veinte a treinta obreros de las obras del canal que  
desde dicho pueblo a Camarmeña construye una compañía bilbaína. A pesar  
de este exceso de población, no les faltó cama y una cena no muy abundante,  
porque no pidieron, ni les dieron, lo único que en Caín abunda: la cecina de  
rebeco.

Un poco molestos por las pulgas—los polvos insecticidas se imponen para  
pernoctar en los pueblos—, durmieron, no obstante, bien, y al día siguiente, se

hicieron acompañar como guía para la Canal de Trea, del vecino Lorenzo Pérez, el mejor conocedor de ella, y recomendable por su buena voluntad, agilidad, valor y por la sinceridad con que anuncia las dificultades del camino.

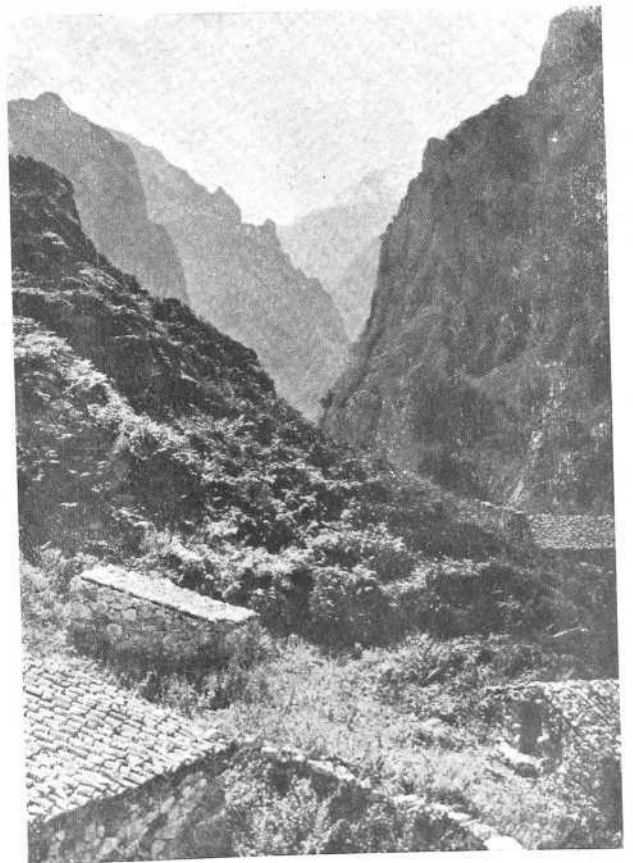
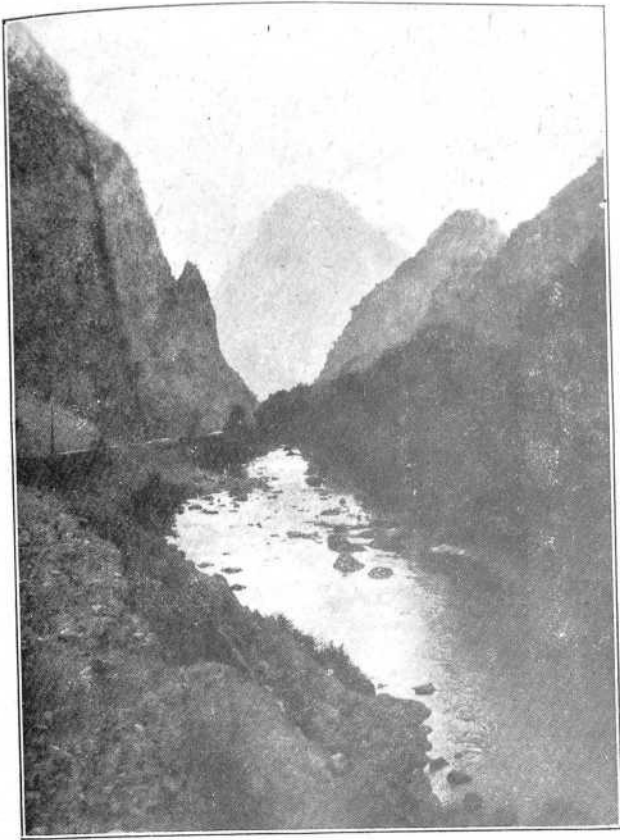
Esta Canal, que don Casiano de Prado creía sólo transitable por los pájaros, es, en realidad, fuerte, aunque ya no haya, como en los tiempos de aquél, ninguna *varga* que pasar. Estas *vargas* existen en la Llambria, que es el atajo que por la margen izquierda del Cares va a Poncebos. La dificultad de este atajo, y a la vez la habilidad y valor, realmente extraordinarios, de Lorenzo, puede inducirse del dato siguiente: la compañía del Salto le paga 20 pesetas por cada carretilla de mano que lleve a Caín, y por abreviar una hora—desde Poncebos tarda tres—va por la Llambria, en vez de seguir el sendero, y es el único de todo el contorno que lo hace. En unión de su mujer, transporta cajas de 32 kilos y ganan 12 pesetas y media diarias cada uno; aunque en esta clase de transporte siguen lo que ellos llaman el camino.

Arranca éste, a la salida de Caín, de la orilla derecha del Cares, por encima del molino, y sube hasta ganar el collado de la Tranvia (650 metros), que es un paso muy estrecho, cortado verticalmente sobre el río, y a una altura sobre éste de 190 metros. Se encuentra después una quebradura de la roca, pendiente y lisa, que se salva por una escalera de madera de haya de 32 escalones; gracias a ella no hay necesidad de emplear la cuerda. Y en compensación de tanta subida, hay una bajada rapidísima para pasar a la margen izquierda, atravesando el puente de Trea, y por una serie de subidas y bajadas muy fuertes, entre los tilos y las hayas, dominando barrancos imponentes y alcanzando a ver sólo pedazos muy pequeños de cielo y agudos picos que lo escalan, se pasa nuevamente a la margen derecha por el puente de los Papos.

Por más abajo de Caín se une a la Canal de Trea la Canal de la Ferrera (Saint-Saud) o Bu-Farrera (Burguete), por la que, desde Caín, en seis horas, se puede llegar a Covadonga bordeando Peña Santa y pasando junto al lago Enol.

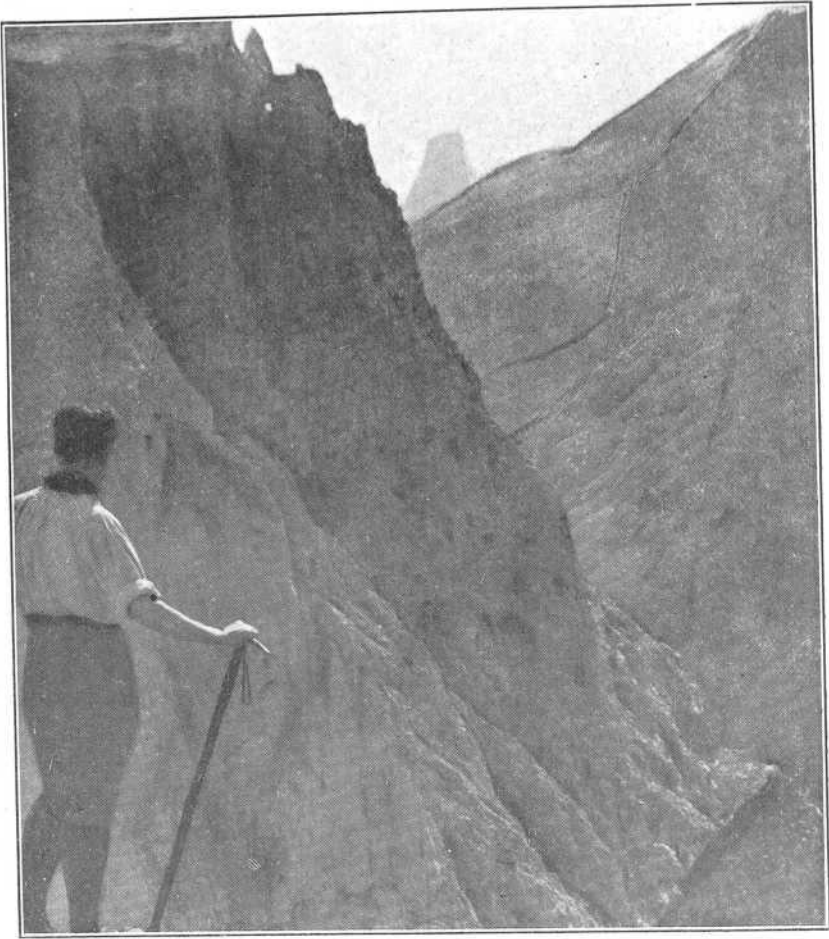
La angostura de la Canal es en este punto tan grande, que las piedras que arrancan los barrenos en una de sus paredes y las que al desescombrar se mueven, rebotan en la de enfrente, haciendo, para el viajero, particularmente difícil la salida del puente, de suyo no muy buena, agravada entonces porque en el sitio en que el camino da vuelta a la roca, y a una altura de 50 metros sobre el río, aquél es un montón de piedras movedizas en las que no es fácil hacer pie firme. Hay después de esto una subida violenta, terminada por uno de los pasos más difíciles de la Canal: el Sedu Llinabiu, que es una cornisa estrecha, terminada en una chimenea muy pequeña, pero muy pendiente, cortada verticalmente, a una altura sobre el río de 290 metros. La salida, en cambio es una pradera—el Pando de Culiembro, a 770 metros—, que es el más cómodo y el mejor punto de vista de todo el camino; se divisan: al Sur, y en último término, la Torre de Santa Bermeja; a Poniente, los puertos de Osdón y de Ario; al

DESFILADERO DE LA HERMIDA



GARGANTA DEL CARES





EL NARANJO DE BULNES, DESDE CAMARMEÑA

Norte y al Este, los agudos picos que dominan Camarmeña, Bulnes y los contrafuertes de los colosos del macizo central, Torre del Llambrión y Torre de Ceiredo, que advertimos a nuestra espalda en algunos momentos.

Después de este sitio tan agradable hay una bajada en zizás muy violentos, para pasar por última vez a la margen izquierda, atravesando el puente de Culiembro; a su entrada hay unos 20 metros de un desnivel tan grande y una roca tan resbaladiza, que está todo el paso *envareado*, es decir, con unas barandillas de madera que en realidad protegen muy poco. Lo mismo ocurre a la salida: hay que subir una roca por un sendero muy malo, y que nosotros encontramos pésimo, porque la lluvia impedía que las alpargatas agarraran en el piso; pero con calma y la eficazísima ayuda de Lorenzo todas las dificultades se vencieron. Esta salida está también protegida por varas, pero creo que es peligroso confiarse en ellas.

El camino mejora después notablemente a gran altura sobre el río; pero ancho y retirado algunos metros del borde del precipicio, es, a pesar de sus subidas, un verdadero descanso para los que vienen de arriba.

A dos horas de marcha desde el puente de Trea, en donde el río comienza a describir una curva muy amplia hacia el Este, recibe por la derecha al río Bulnes, que baja por una estrecha canal, uniéndose ambos junto al puente del Haya, bajo el pueblo de Camarmeña, que vemos colgado arriba y a nuestra izquierda, en la ladera que por este lado limita al río. Momentos después únese al Cares el río Duje, que baja desde el Puerto de Aliva y las vegas de Sotres por la Canal de la Rumiada, y ya acrecidas sus aguas por estos dos tributarios, amansa su fiereza al ensanchar su cauce, pasando bajo el puente Poncebos, por el que el camino cruza a la derecha del río, uniéndose entonces con el sendero que viene de Sotres y Tielve, siguiendo el curso del Duje.

A pesar de la mezcla de aguas, el Cares sigue siendo el río de una transparencia sorprendente, aun para los que conocen las del Sella y del Dobra. Las piedras y las truchas se ven como a través de una lupa de diafanidad desconocida, y aun sus pozos no tienen la negrura insondable de los del Sella, sino una misteriosa y clara opacidad.

Estas aguas tienen, además, una misión trágica: son las que recogen a los despeñados por las paredes de la Canal. El guía Lorenzo, que tiene cuarenta y tres años, ha conocido, sólo de Caín, que tiene 20 vecinos, 14 despeñados; él mismo perdió en tres meses a su madre y dos tíos, y conserva en la parte alta del frontal una enorme cicatriz, causada por una de sus temeridades en aquellas rocas que tanto quiere, y que ojalá no le sean una vez definitivamente traidoras.

El río entra en Canal Negra, siempre descendiendo, aunque ahora con menos violencia que por la Canal de Trea, y siguiendo la Cañada de Guardales se llega a Arenas de Cabrales, antes de cuyo pintoresco pueblo al río Cares, se unen las aguas del río Casaño.

*Río Sella y desfiladero de los Beyos.*—Al comienzo o al regreso de una excursión a los Picos de Europa, el viajero no debe dejar de incluir en su itinerario el recorrido de Cangas de Onís al Puerto del Pontón, en el que han de conocer el más famoso desfiladero de España y uno de los más impresionantes de toda Europa.

Nuestro consejo es el de que sea visitado al comienzo de la excursión, y, para ello, si el excursionista sale de Madrid, ha de abandonar el tren de Asturias en la estación de La Robla, y desde ella trasladarse a Cistierna en un ferrocarril de vía estrecha, aunque muy rápido. Desde Cistierna a Riaño, en ómnibus-automóvil, por una larguísima garganta muy pintoresca, en que el río Esla y la carretera caminan juntos durante todo el recorrido.

Desde Riaño, en coche de alquiler, de los llamados jardineras, subir el puerto del Pontón y descender el mismo día a Cueva Orcil, donde se pernocta, para llegar a Cangas de Onís al mediodía del siguiente.

La carretera del Pontón sube desde Riaño por la Vega de San Cipriano, siguiendo el curso del río Yuso durante cinco o seis kilómetros; a veinte minutos de Riaño pasamos junto a La Puerta, minúsculo barrio de aquél, y poco después la aldea de Escaro, a un kilómetro de la cual, cuando cruzamos el Puente de Torteros, se bifurca una carretera que, atravesando la cordillera principal por el puerto de Tarna, llegará hasta Pola de Laviana. El río Yuso se aleja por esa vega, y ahora marchamos nosotros en suave ascenso al par del río Retuerto, que baja desde el Pontón, cruzando praderas de un verde brillantísimo.

Atrás se queda la aldea de Vega Cerneja, y momentos después, desde un recodo del camino, vemos al otro lado de la escotadura del puerto las cumbres nevadas de los Picos de Europa.

Llegamos al puerto al mediar la tarde. Acostados sobre la felpa de una pradera cumbreña, vemos bajo los pies el valle de Sajambre: la tierra abierta en un abismo profundo, en una boca enorme, y en el fondo de aquellas fauces, distendidas por un descomunal bostezo, apretados bosques de hayas, rotos a trechos por la pincelada verde de una lustrosa pradería o por la mancha roja de un caserío.

Díaz-Caneja, de quien ya hemos hecho mención en el curso de este libro, describe el panorama que desde el Puerto del Pontón se contempla, con vigorosos trazos, con la emoción sincera y honda del que se extasía ante una de las más bellas manifestaciones de la Naturaleza, con el entusiasmo de quien vivió sus años moceriles entre aquellas breñas. Dice así el estimado amigo: «Estamos en el Puerto del Pontón, en una de las estribaciones de una cordillera que divide tierras asturianas, cántabras y leonesas, formada por agujas que puján hacia el cielo, cortando en línea quebrada y fuerte el horizonte azulino, sobre el que campea, con la gallardía de una mujer hermosa y feliz, *Peña Santa*, de cúspide ovalada y envuelta en bufanda de niebla, que destella, merced a la refracción

lumínica de la nítida nieve, secularmente vieja en las quebradas, siempre joven, sin embargo.

«En picos y peñas, tajazos que se cruzan y galopan sobre la superficie resquebrajada de la caliza, exornada a medida que la vista desciende buscando el valle; es primero un velo aceitunado que se esfuma y entrelaza con el tapiz de brezos y laureles, desparramados entre breñas, en las que la tierra ni se ve ni se concibe; fajas doradas envuelven la roca, y la oquedad de ésta enseña colores acerosos, rojizos, en un iris de tostadas medias tintas, mezcladas con el esmeraldino de los prados y por los primeros hayales que hincan en el suelo sus garras enarcadas, de las que se divisa, a ras de tierra, el costillar oscuro achocolatado y brillante. Y casas y peñas contemplan a las peñas y casas del hondón, sepultadas en la fragosidad del barranco insondable por una neblina, con la que el agua golpeada del Sella, anuncia su paso triunfal entre la cimentación de la sierra alta, enlazada con los picos de *Pozua* y de la *Tabla*, del *Zalambran* y *Niajo*; las peñas que sirven de arcada a la entrada medrosa e imponente de los *Beyos*; las crestas del *Beza*, resplandecientes y plombaginadas; *Peña Santa*, nevada; *Pico Fario*, entumecido y lacio, mirando con su granítica cabezota las líneas confusas de la tierra llana, las frondosidades de Valdeón, el ejército de peñones grises que integran el majestuoso paisaje de la tierra de Sajambre.»

La carretera descuélgase desde el puerto, quebrándose en violentos recodos, saltando sobre puentes de piedra, rompiendo el apretado bosque, lanzándose hacia el fondo en vertiginosa cuesta abajo, atraída por las aldeas que duermen en las verdes laderas de la hondonada.

Un elevado cerro cónico, la Pica de Tem, surge en medio de este hondón, que de momento en momento adquiere tonalidades distintas a medida que las sombras van venciendo el claror del día.

En la cumbre, una cruz abre los brazos implorantes; hasta ella trepan los bravos troncos de las hayas, asidos a la empinada ladera con la poderosa tenaza de su raigambre.

La carretera da la vuelta a la Pica, descendiendo casi en espiral, y deja atrás un robusto puente, tendido sobre un imponente tajo, profunda y tenebrosa torrentera a quien los montaraces llaman la Riega del Infierno. Atrás quedan también las últimas hayas, y el camino baja ahora entre paredes inclinadas para llegar frente a un murallón de rocas que parecen cerrarnos el paso; un túnel de un centenar de metros, el túnel de Oseja, horada la montaña, y de nuevo tenemos a la diestra más praderías tachonadas de margaritas.

Cruzamos Oseja de Sajambre, pueblecito de ensueño asomado sobre el abismo, en cuyo fondo las aguas del río Sella golpetean furiosamente los peñascales de su lecho. Aun más bajas, unas blancas aldehuelas—Pío, Vierdes y Ribota—duermen en la media ladera del precipicio.

Con el último luminar del día llegamos a Cueva Orcil, sumergida en lo más

hondo de esta enorme barranca. Es Cueva Orcil, una venta caminera donde os recibirán unas muchachitas muy discretas y muy limpias. Arriba, en el único piso de la venta, disponemos de cuatro habitaciones y de cinco camas. La hospedería, modesta y sencilla, es limpiísima; sus gentes, afables y educadas; la cena que nos sirven, sana y bien condimentada; el precio, exageradamente reducido.

Cueva Orcil, se halla en el fondo de la barranca de Sajambre, en el punto más bajo de ella, a su puerta, debiéramos decir: una puerta que da paso al río para que se estruje y atormente en iracundas espumas en el endiablado Desfiladero de los Beyos.

Apenas se sale de Cueva Orcil, a los veinte metros, se entra en el Desfiladero, por el que, a los pocos pasos, la carretera se adosa al macizo de rocas y camina al par del Sella, colgada sobre la estrecha barranca, en cuyo fondo brama el río montaraz. La impresión que produce este imponente desfiladero es de terror, de angustia; el alma se oprime ante el desolado aspecto de aquellos paredones de rocas, cortados en espantable vertical a un lado y otro, reduciendo el horizonte a una estrecha franja azul, como si estuviéramos sumergidos en un enorme pozo. Avanza el camino y aun se angosta más el desfiladero, y durante un gran trayecto marchamos bajo el voladizo que cubre toda la carretera, tallada a fuerza de dinamita. El día está claro, el sol brilla en la cúpula de los altos picachos, y, sin embargo, una suave penumbra envuelve la medrosa garganta, cuya soledad sólo es turbada por el golpeteo de las aguas, allá en el fondo, cincuenta o sesenta metros bajo nuestros pies; un momento parece que el desfiladero no tiene salida; un avance de la pared derecha llega a incrustarse en el lado opuesto, el río ha horadado la roca, y por bajo de ella se escapa en busca del mar; los hombres trepanaron la montaña, y el camino salva la roca por un túnel, el túnel de los Beyos, menos largo que el de Oseja, pero mucho más impresionante.

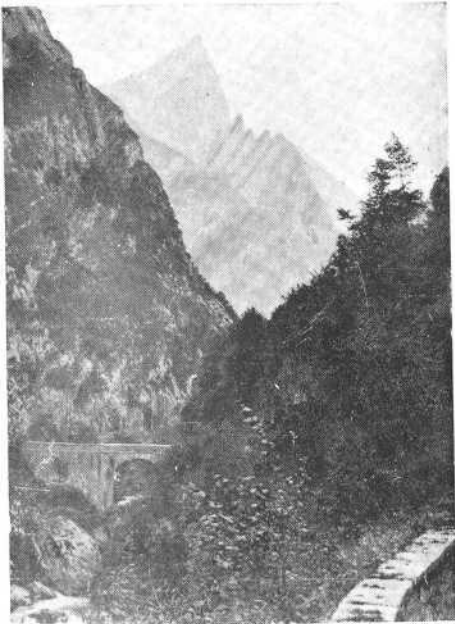
De la imponderable magnificencia de este desfiladero, el mejor elogio es el tributado por el sabio geógrafo francés M. Paul Labrousse, que en la *Revue des Pyrénées* escribió:

«El desfiladero del Sella es el más escarpado e imponente de los desfiladeros célebres: Pierre Lis y Saint-George, en los Pirineos de Aude; el Fier, en Saboya, y el Paso Maldito de los Grisonos; el Chifa, en el Atlas; la grieta de Kha-Koueta, en el valle de Soul, y la Calle del Infierno, en el Lys, sólo pueden dar en muy pequeño la imagen de la entalladura fantástica en que los ingenieros de Castilla lograron hacer pasar una carretera.»

Siete puentes—Puelles, Panzomina, Consiello, Angoyo, Angtera, Berganza y Vidosa—cruzan el río durante el recorrido del desfiladero; en uno de ellos, Puente Angoyo, está el hito divisorio de las provincias de León y Asturias. Crúzase una angostura, y a su salida la casita de la Huera, humildemente aso-



RÍO SELLA.—LA PICA DE TEM

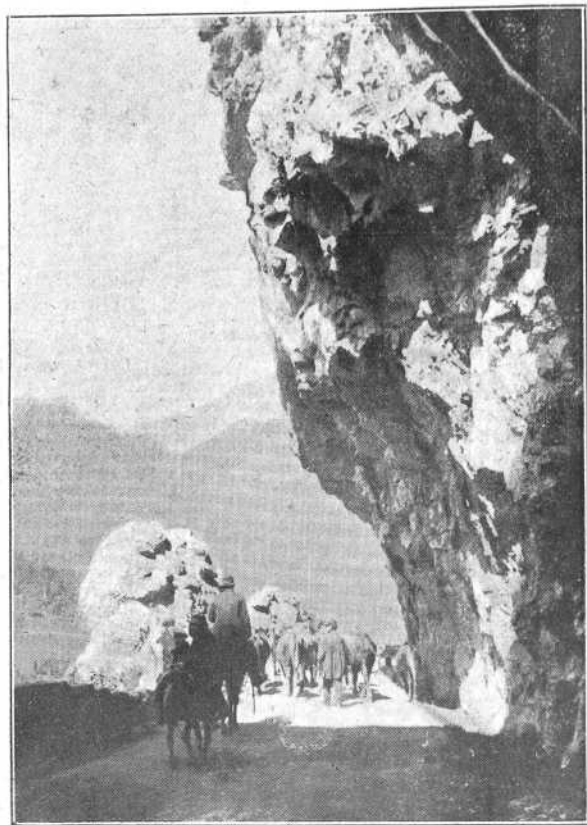


PUENTE ANGOYO



RÍO SELLA

DESFILADERO DE LOS BEYOS



DESFILADERO DEL SELLA.—SALIDA DEL  
TÚNEL DE LOS BEYOS



DESFILADERO DEL SELLA.—PUENTE VIDOSA

mada al borde del camino, anuncia la presencia del hombre en aquellos desolados parajes. Más tarde, la flamante venta de Manolón, a la entrada de Puente Vidosa, ¡y aquel bárbaro paisaje de los Beyos cesa ya de angustiar nuestro ánimo! El sol, el ansiado sol, nos acaricia, y ante la risueña nota verde de las praderas y los árboles, descansa el alma de la opresora visión de tanta roca amenazante, de tanto abismo, de tantos picachos clavados furiosamente en el cielo azul; ¡nota risueña del bosque, propicia al ensueño dorado y al recuerdo feliz! ¡Brillante verdor de la tierra, que pones una esperanza en el corazón!

Once kilómetros de recorrido, desde Cueva Orcil, atraviesan el desfiladero de los Beyos; a la salida del barranco, a nuestra izquierda, veremos a media ladera las míseras aldeas de San Ignacio de los Beyos y Canisqueso. Poco después, al llegar al pueblo de Cien, el camino marcha entre castaños y nogueras. A las doce llegamos a Cangas de Onís.

*Río Deva y Garganta de la Hermida.*— Para penetrar en la garganta de la Hermida, hemos de abandonar en Unquera el ferrocarril del Cantábrico, que nos ha traído desde Santander. Estamos casi en la linde de Asturias: el paisaje suave, de arboledas y maizales, va tornándose en prados de brillante verdor y en riscos blanquecinos, que conforme avanzamos van afilando su perfil, hasta constituir una atormentada línea de horizonte.

De Unquera salimos en el ómnibus automóvil, que en dos horas ha de salvar los cuarenta kilómetros que separan a Potes de esta pintoresca aldea marítima.

Se cruza el pueblecillo de Molleda, y tras él el de San Pedro de las Valdearas (km. 4) para entrar en tierras asturianas, en las que atravesamos Cuellos (kilómetro 7), Mazo (km. 9) y Panes (km. 12), donde el auto descansa unos minutos.

Ya desde Panes observamos cómo a los verdes montes suceden las grises montañas. Durante unos minutos vemos allá lejos, a la derecha, la irregular pirámide de Peña Mellera, alta, esbelta, que clava su puntiagudo remate en las nubes.

Nueve kilómetros más allá de Panes, en Rumenes, nos hallamos de nuevo en la provincia de Santander, sorprendiendo al viajero un expresivo cartelón que en letras rojas dice: «Carretera muy peligrosa.»

Caminamos ya junto al río Deva, de cauce tumultuoso ahora, antes aquietado en anchos remansos, en su proximidad al mar, cuando las aguas salobres se mezclan con las dulces y claras que beben en la madre montaña.



## PALABRAS DE PÉREZ GALDÓS (1)

«Llaman a esto gargantas: debiera llamársele «esófago de la Hermida», porque al pasarlo se siente uno tragado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza a percibir la vista. El camino, como el río, va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que de ayer a hoy no han hallado las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo se mueve allí como si tuviera base. La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie, puedan permanecer así mucho tiempo. Allí, el pánico que precede a los grandes desplomes es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, viendo una cordillera suspendida sobre su cráneo.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia fuera; amenazando, en otros, se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra sino en mezquinos huecos y grietas, y a ella se agarra la vegetación hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos a otros, poniendo un pie o una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río, lento, igual siempre, monótono, acompaña el tránsito, y se le oye como la respiración de aquel abismo, cuyos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las cañadas, angostas cual las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno a derecha o izquierda y ve bajar, despeñado, insensato, furioso, un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que a cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que en tropel descienden de las alturas. Les vemos inmóviles, como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Dijérase que acaba el camino y que hemos llegado al último punto de

(1) *Cuarenta leguas por Cantabria.*

tan angustiado viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta, y nos muestra unas varas más de terreno llano y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no pueden subir más, alargan desnudos picos manos convulsas que increpan al cielo con gesto terrible, pero no es fácil precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgreñados que el viento agita, o la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lugares del paso no se ve más que un muro vertical, en otros, las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas, dejan atrás las arquitectura más variada y rica.

Bóvedas y grutas se encuentran a cada paso, y monolitos inmensos que semejan hombres gravemente sentados, o dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo; aquí y allá yacen enormes pedazos, a semejanza de ídolos rotos, que obstruyen el paso del río»...



A medio camino de la garganta encontramos el salto de agua de Urdón, de 400 metros de desnivel, que abastece de energía eléctrica a Santander, teniendo la línea aérea una longitud de 62 kilómetros en recta desde el salto a la capital montañesa.

Poco después del Urdón, a un kilómetro, se llega al pueblo y balneario de la Hermida, situados junto al río, y rodeados por tan altas cumbres, que, desde el 26 de octubre hasta el 28 de marzo, no penetra el sol en él, teniendo que contentarse los vecinos con ver que, allá arriba, solamente las cumbres de las peñas están bañadas por el astro del día.

Desde el pueblo arranca un buen camino carretero que conduce a las minas de Andara, constituyendo una de las rutas más admirables para el turista que desee visitar los Picos de Europa en su macizo oriental.

En el kilómetro 29, después de cruzar el río Deva por el puente de Estragüña, entramos en el término de la Liébana, volviendo a repasar el río en los puentes de Irancho y Lebeña, viendo, pasado este último, a la izquierda del camino, el pueblecillo y su antiquísima ermita (ahora parroquia), obra del siglo IX, que, reconstruída en 1893, ha sido declarada monumento nacional. A los dos kilómetros de Lebeña termina la garganta de la Hermida; crúzase el pueblo de Castro, y ya desde él se adivina la crestería del macizo oriental de los Picos de Europa, que cierran, en un enorme paredón, el valle de Liébana al Norte y al Oeste.

Se atraviesan Tama, Aliezo y Ojedo, y al término de 40 kilómetros de viaje, hecho en dos horas en el auto, o en cuatro en un cochecillo de los que se alquilan en Unquera, entramos en la señorial villa de Potes.

## L A S C U M B R E S

## MACIZO CENTRAL



El macizo central, *los Urrieles* o *los Orriellos*, hállase limitado, como ya dijimos, por el río Cares al Noroeste y Oeste, el Duje al Este y Nordeste, y el Deva al Sur. Entre los ríos Cares y Deva, al Sur, hállase el contrafuerte del Collado de Remoña por el que este macizo central se une a la cordillera principal o cantábrica.

En plena montaña sólo encontramos el pueblecillo de Bulnes; en su confín meridional, el de Espinama; en el occidental, todos los de Valdeón y el de Caín; en el oriental, el de Sotres, y al Norte, Tielve y Camarmeña.

Numerosos invernales y colonias de pastores encuéntrase dispersos entre las praderías; el grupo más importante es el de la Terenosa, en el Collado de Pandébano, al Norte de la Sierra de las Moñas, siguiéndole el de las Vegas de Sotres, a orillas del Duje, al Este de esta última sierra.

También encuéntrase cabañas de pastores en la Canal de Camburero y en las altas praderas de Amueza. En el puerto de Aliva se halla el casetón de las minas de la Providencia y el fastuoso chalet de la Real Compañía Asturiana de Minas, chalet que hospedó a S. M. el Rey y a su acompañamiento durante la cacería de 1912.

En Lloroza se encuentra el famoso casetón que tantos y tantos excursionistas han utilizado y en el que siempre se encuentra una cordial y franca hospitalidad por parte de don Torcuato Cuevas, empleado de la Compañía Asturiana de Minas, el cual es capataz de la explotación minera próxima desde hace unos ocho o diez años.

Hasta aquí las casas y cabañas que encontraremos habitadas desde abril a octubre; aun quedan casetas abandonadas, algunas utilizables, como las de Fuente Escondida, al pie del Circo de Altáiz, cerquísima del Hoyo sin Tierra; otras, en ruinas, como la del Puerto de Liordes, a media hora de la cumbre de la Remoña.



En este macizo central encuéntranse los más profundos de estos característicos hoyos (*jóos* o *jous* de los montaraces), tal vez antiguos lagos hoy desecados, acerca de los cuales nada encontramos en la obra del doctor Obermaier, *Estudio de los glaciares de los Picos de Europa*, tal vez porque esto que a nosotros, indoctos en la ciencia geológica, nos extraña sobremanera, no tenga el menor interés científico. Entre ellos señalamos: *Hoyo sin tierra*, *Hoyo de Cerrredo*, *Hoyo de los Gochos*.

El macizo central es el más abundante en rebecos o *robezos*, como llaman en el país a la gamuza (*Rupicapra pyrenaica parva*, Cabrera), así como en los bosques situados al Sur, sobre el Deva, encuéntranse algunos osos, y, sobre todo, numerosísimos lobos.

También tiene sobre los otros macizos una enorme ventaja para la práctica de los deportes de nieve. Las inmensas praderas del Puerto de Aliva (*Campo mayor y menor*), ofrecen, con sus pendientes no muy pronunciadas, excelentes rampas, en las que la nieve no falta durante cuatro o cinco meses al año (de diciembre a abril).

## NARANJO DE BULNES (1)

(2.516 metros)

La comarca de Cabrales tiene su rey; sobre un misérrimo pueblecillo de pastores, arropado con un manto de nieblas, surge cercano del cielo el dominador. En derredor de él, orgullosamente erguido en medio de un circo de montañas, todo parece rendirle pleitesía, aun aquellas que le superan en altura, pero no en fiereza ni gallardía; es el rey porque debe serlo. Los viajeros levantan hasta él los ojos con asombro y aun con terror; las gentes del país le miran con reconocimiento. A él se debe el que lleguen hasta aquellos perdidos caseríos caravanas de curiosos peregrinos que profesan la santa religión de la Naturaleza; tierra de promisión de los montañeros, ha visto ya alzarse un hotel de tres pisos, y ahora escucha el bronco retumbar de los barrenos con que los hombres van tallando un camino, y muy pronto, en las negras gargantas, romperá el silencio augusto de la montaña el trepidar de ese moderno artilugio que bebe las distancias.

Ese rey, ese dominador, es el Naranjo de Bulnes.

Sobre su rubia frente caen los besos primeros de la alborada; sobre su testa rotunda tiemblan los rayos postreros del padre Sol...

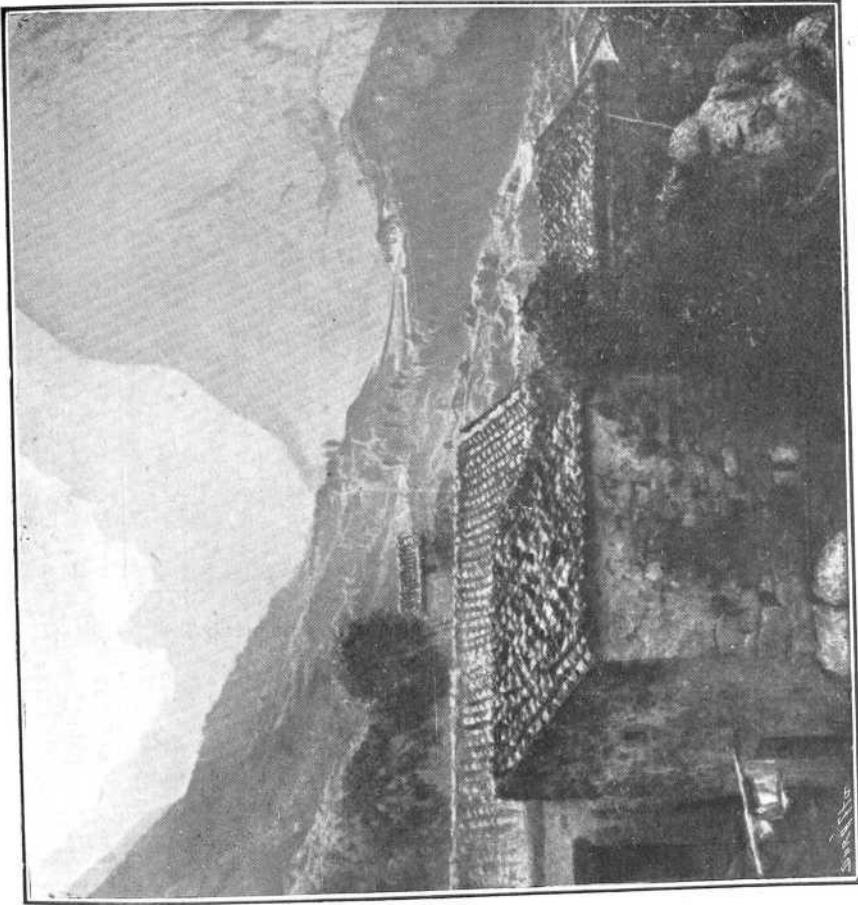
Yo le he visto, brillante de luz y de color, en ese sublime instante en que la sombra avanza triunfante por los valles, y sube por los barrancos, y trepa aún más por los flancos de la montaña, y todo lo envuelve con su negrura... Y este drama cotidiano que nos ofrece la Naturaleza, yo lo he presenciado otra vez, muchas veces más, y siempre el Naranjo rey ha cambiado la gama de sus colores y me ha ofrecido un nuevo aspecto en el momento en que la noche triunfa; la noche, muda y ciega, en que se borran las formas, en que los ruidos se callan, en que el silencio es frío y la oscuridad gravita sobre el espíritu.

Y cuando la nube negra acariciaba ya las plantas del risco-rey, en su cimera, como un airón de gloria, vibraba una mancha de luz, que primero era de plata, brilló después como un topacio y luego fué apagándose en destellos extra-

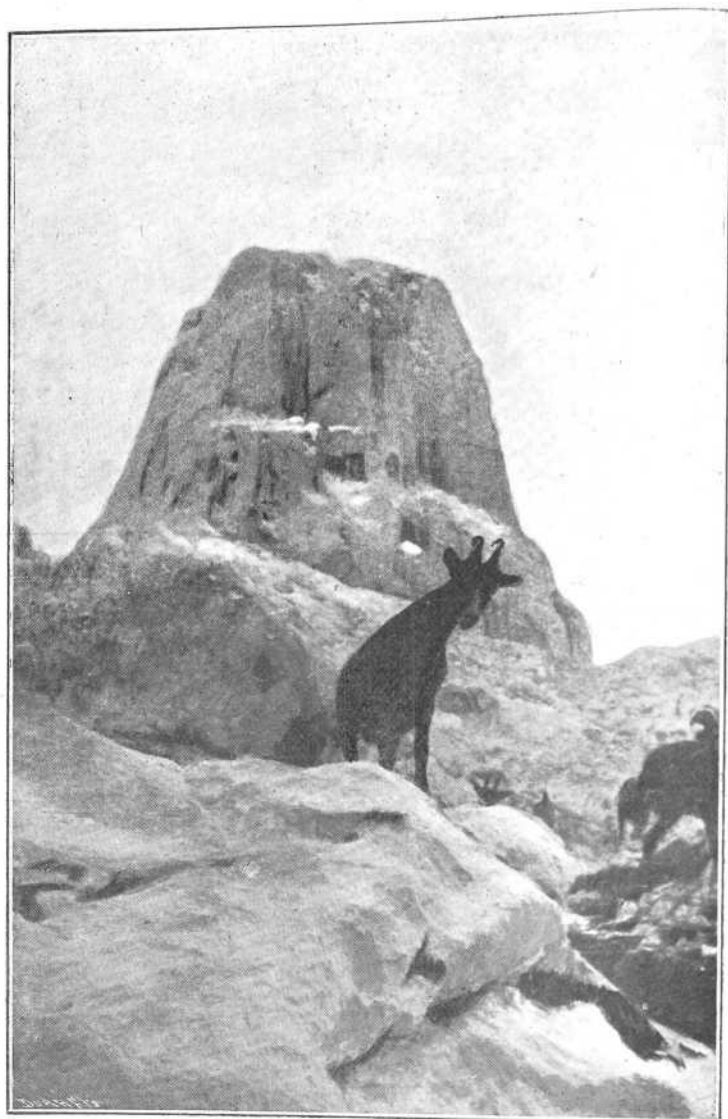
(1) Fragmento de un artículo de José F. Zabala, publicado en la *Ilustración Española y Americana*.



CANAL DE CAMBURERO Y NARANJO DE BULNES



PUEBLO DE BULNES



NARANJO DE BULNES, DESDE LA COLLADA DE CAMBURERO

ños, como si el inmutable monarca de piedra tuviera ceñida en sus sienes una corona de venturina.



No olvidaré en mi vida la honda impresión que produjo en mí la vez primera que contemplé el Naranjo de Bulnes: tan fuertemente quedó grabada en el espíritu. Íbamos tras el guía, que ya nos había prevenido la próxima aparición del gigante. El corazón aceleraba sus latidos, presa de una emoción sólo comparable a la del peregrino lleno de fe, delante del cual, después del largo y penoso viaje, aparece la rotunda cúpula de San Pedro, de Roma... Doblamos un recodo de la áspera senda, y ante nosotros, enmarcado por las verdes paredes de la canal, surgió inmenso, vaporoso, el esbelto picacho. Permanecí absorto, fascinado; era más alto, más corpulento que yo le había imaginado, y ante él experimenté simultáneamente un profundo desconsuelo y un deseo irresistible de culminar aquella torre en un día lejano, cuando mis fuerzas, mi energía y mi destreza lograran llevarme hasta la cima. Y aun hoy, cuando mis ojos vuelven a clavar la flecha visual en el risco gigante, aun hoy me inquieta ese deseo no conseguido, más bien obsesión que deseo, que obra como si el alma mía estuviera realmente embrujada por esa maldita pasión de subir, de subir siempre...

No hay en España otro picacho que pueda darnos una impresión tan personal; nuestra imaginación le busca una fisonomía como si fuera un hombre o un monstruo, y pensamos si en sus entrañas de piedra alentará un alma, una idea, y si en la frente tersa será posible leer la expresión de su fuerza...; y si las nubes llegan a rodearle un instante, entonces la fantasía nos induce a creer que se mueve, que vive, que hunde su cabeza como si pesara sobre ella el dolor, o que la yergue altivamente con la audacia de un titán... y pensamos con terror qué poder invencible sería el suyo si verdaderamente tuviera la facultad de moverse... Cada vez que en mis relatos he de intentar describir el Naranjo, me parece más discreto invitar al lector a que le contemple con sus propios ojos. Si sólo lo ha visto una vez, no podrá olvidarle jamás. Yo no conozco palabras que puedan describir a quien no le haya admirado, la magnificencia de la inmensa roca que surge de entre un caos de piedra, con paredes de seiscientos metros, cortadas a pico, de una forma original y extraña, que atrae y amenaza al mismo tiempo, y a las veces aparece como los restos de un cataclismo y otras como la obra serena y excelsa que la Naturaleza hubiera dado al hombre para ennoblecer su pensamiento...



Es Casiano de Prado el primero que escribe una descripción, aunque breve, del Naranjo de Bulnes. En su folleto nos dice someramente la impresión que el poderoso risco le produce contemplado desde el Llambrión:

«... De todas estas peñas, la única que en aquel país se tiene por inaccesible al hombre y aun a los rebecos, es el Naranjo de Bulnes, magnífica pirámi-



de cuya forma, vista desde la Torre del Llambrión, se parece mucho a la de un cono truncado, que es casi un cilindro.»

Saint-Saud y Labrouche son tan lacónicos como Prado en hablar del Naranjo: «A la derecha, el Naranjo de Bulnes ensancha su panza de globo, cortada a pico sobre el vacío, en todos los sentidos.

»Nosotros—dicen—no hemos ensayado escalar esta roca vertical, que nos parece inaccesible con los medios actuales. Pasamos por su vertiente occidental el 30 de julio de 1892, y monsieur de Saint-Saud la ha examinado por su otra vertiente el 15 de julio de 1893, acompañado de Rafael Concha, apodado el *Monju*. Este famoso cazador de Bulnes cree que sería, en rigor, posible intentar la ascensión empleando con anterioridad una semana, por lo menos, en tallar agarraderas sobre su panza lisa.»

Fontan de Negrin, que realiza su excursión a Picos de Europa sólo con el objeto de subir al Naranjo, cuenta admirablemente en el folleto ya citado su entrevista con *el Cainejo*, el pastor de Caín que acompañó al marqués de Villaviciosa en la conquista del picacho:

«Un «buenos días, señores», pronunciado con voz sonora encima de nosotros, nos hace levantar la cabeza; dos hombres descienden a saltos por los contrafuertes de Peña Santa; uno, con un ancho sombrero sobre la frente, lleva en sus espaldas un rebeco muerto; el segundo, envuelto en una manta de grandes cuadros, la carabina sobre el hombro, es Gregorio, el famoso cazador de rebecos. Llega hasta nosotros con aire alegre y seguro, la boina en la mano. «—¿Es usted Gregorio, el que ha subido el primero al Naranjo con el marqués de Villaviciosa? —Sí, señor: yo soy; es la verdad. Nadie más que don Pedro y yo han conseguido atacar el Naranjo. Yo he buscado el camino durante mucho tiempo; por fin lo encontré, y el año pasado logramos realizar la escalada. ¡Ah! don Pedro es muy valeroso; trepa muy bien; no ha querido que otros que no fueran españoles consiguieran el honor de esta conquista. ¡Peña Santa, Cerrredo, el Llambrión! Todo eso es muy fácil; hay que ver el Naranjo. Allá, en vuestro país, dicen que hay montañas con hielo, y que hay picachos muy peligrosos; pero me parece que ninguno lo será tanto como nuestro Naranjo; venid a verlo; aun no estáis sobre la cumbre.»

»Salles, el guía de Gavarnie, que nos acompaña, está un poco humillado; nosotros nos preguntamos si en todo esto que cuenta Gregorio no habrá un poco de exageración. *El Cainejo* nos explica, con una mímica divertidísima, su ascensión al Naranjo. Cuando habla de don Pedro, su rostro se llena de sentida admiración; además, es suficiente pronunciar el nombre del marqués de Villaviciosa para observar cómo estos asturianos se sienten orgullosos de su diputado. Muy nervioso, Gregorio nos relata cómo él trepaba, ayudándose con frecuencia de la fuerza de don Pedro, que le hacía llegar adonde su estatura diminuta no lo hubiera permitido. Luego, cuando él vió nuestras cuerdas, dijo:

«—Bueno, bueno; yo les ataré a ustedes, y subiréis el uno después del otro.»

»Gregorio es un hombre de unos cincuenta años; de rasgos enérgicos, pequeño, tallado como un orangután; toda su fuerza está en las manos, robustas, y en sus piernas. Habla en voz alta, pero sin fanfarronería; él ha realizado una proeza, y por ello está un poco orgulloso, naturalmente. Sus paisanos le llaman «el atrevido». Cuando le decimos que el marqués de Villaviciosa nos ha facilitado detalles y datos sobre el Naranjo y que nos recomienda a él, su amistad hacia nosotros es absoluta. Ya no hay más que hablar; él nos acompañará al Naranjo. En un momento ha decidido que el más ligero de nosotros será quien *tal vez* pueda llegar a la cumbre; él hará todo lo posible porque subamos todos; pero piensa con anticipación que no lo conseguiremos ninguno; para él sólo somos, sencillamente, unos paquetes más o menos pesados, a los que hay que subir al Naranjo.»

En el folleto de Fontan de Negrin sigue el relato del viaje desde Caín hasta los alrededores del Naranjo; he aquí el momento en que se acercan al coloso:

«... Llegamos a una diminuta brecha. Enfrente, en el centro de un inmenso hoyo, el Naranjo se yergue, rojizo y blanco, dibujándose sobre el azul del cielo. Cortado a pico en todas sus paredes, sobre un hacinamiento de pedruscos y de neveros, esta súbita aparición excede a todo lo que nuestra imaginación sobrecitada hubiera podido soñar. Comprendemos que este monstruo dolomítico haya fascinado a quienes le hayan visto los primeros y que éstos le hayan juzgado inaccesible.

»26 de julio, a las seis de la tarde.—Hemos fracasado. A pesar de la habilidad y valentía de Gregorio, que durante varias horas nos ha izado, colgados de la cuerda, marchando él con los pies desnudos, buscando en vano un punto de apoyo, nosotros no nos hemos determinado a continuar. Siempre hemos tenido bajo nosotros y sobre nuestras cabezas, el vacío. El primero que se ha batido en retirada he sido yo; por vez primera he sentido el miedo más profundo. D'Ussel ha querido continuar, pero, reunidos, hemos descendido, volviendo al campamento.

»Sobre la niebla, allá arriba, la cumbre del Naranjo aun aparece dorada a los rayos del sol; visto así, aun nos parece el Naranjo más inaccesible todavía. Nos resbalamos por interminables pendientes de nieve. Ya en el campamento, Gregorio nos pregunta: «—Y ahora, ¿dudan ustedes de nuestra ascensión? Cuando el rey venga a cazar rebecos, yo subiré otra vez a plantar una bandera, y don Pedro le dirá que Gregorio el de Caín fué el primero que subió al Naranjo.»

»¿Qué habíamos de responderle? Que nosotros hubiéramos querido que los colores franceses flotaran en la cumbre del Naranjo unidos a los de la brillante bandera de la nación amiga.

La noche está fría y húmeda. Mañana partiremos de aquí, dejando al coloso que ha menospreciado nuestros esfuerzos.»

## LA CONQUISTA DEL NARANJO DE BULNES

Esta narración, que corresponde íntegra al marqués de Villaviciosa de Asturias, fué publicada en *La Epoca*, en octubre de 1904; la reproducimos por considerarla como uno de los documentos más interesantes del alpinismo español:

«Bulnes, aldea de pastores y cazadores de robegos, es el pueblecillo de Asturias que más se arrima al corazón de los Picos de Europa. Se va a él, desde Arenas de Cabrales, por un valle cerrado, en extremo pintoresco, lleno de acantilados y de rocas, por donde fluye el limpio río Cares, lleno de truchas, y como a unas dos horas de marcha por aquel paisaje dantesco, se abandona el río, tomando a la izquierda por un sendero, en ziszás, el más escabroso y alarmante que vi en los días de mi vida.

Bulnes está encajonado entre murallas de piedra, y sólo al Este se perciben las praderías que dan acceso a la canal de Camburero. Entrad por esa canal endiablada, sin sendero alguno, y al cabo de un par de horas de marcha os encontraréis con una peña colosal, tallada a pico por sus cuatro costados. Esa peña, el más célebre pico de los Picos de Europa, es el Naranjo de Bulnes.

Schoulz, el sabio alemán que con tanto entusiasmo llevó a cabo la topografía de Asturias, le da en sus cálculos 2.380 metros de altura, y lo dibuja con la forma exacta de una columna, cilindro o chimenea de esa altura.

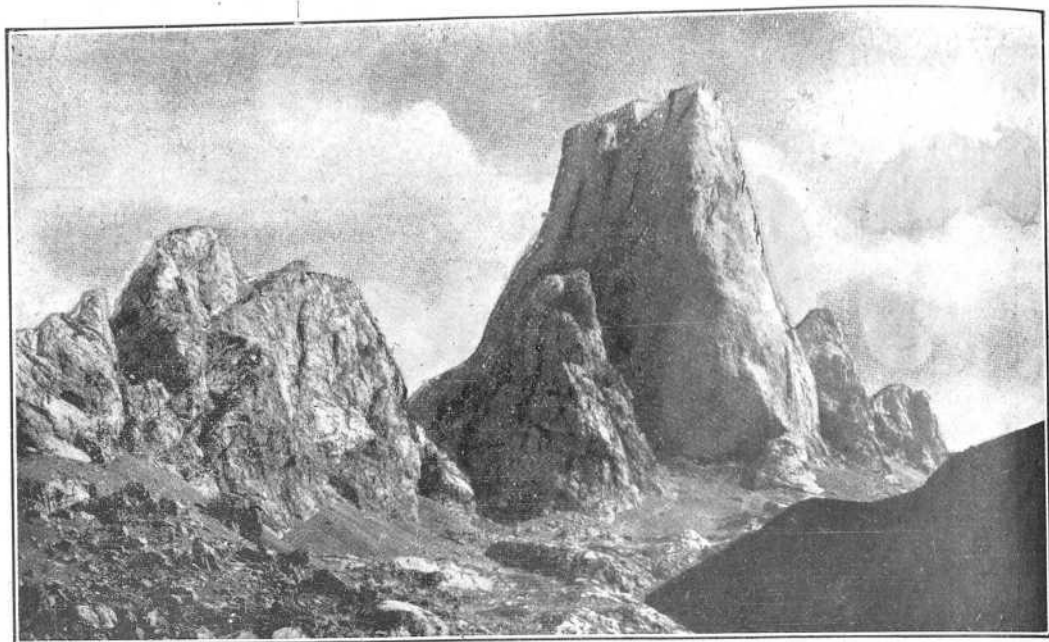
Prado le da 2.592; afirmando de él que es el único pico cerrado al hombre y al robozo. El conde de Saint-Saud y monsieur Labrouche, en sus notables estudios orográficos de los Picos de Europa, después de consignar que el nombre de Naranjo debe provenir de las estrías anaranjadas de su roca caliza, le atribuyen 2.515 metros.

A pesar de lo que afirma Prado, de lo que dicen Saint-Saud y Labrouche, y de lo que refieren del *Monju*, ¿no sería acaso posible intentar la ascensión con una buena cuerda, sin necesidad de pasarse una o algunas semanas en tallar la roca? ¿Y no sería posible intentarla con alguna esperanza de éxito? Que otros habían fracasado en la empresa, ya lo sabía yo; pero si no da uno más pasos que los que dieron otros, ¿dónde está el mérito, dónde la originalidad, dónde las iniciativas?

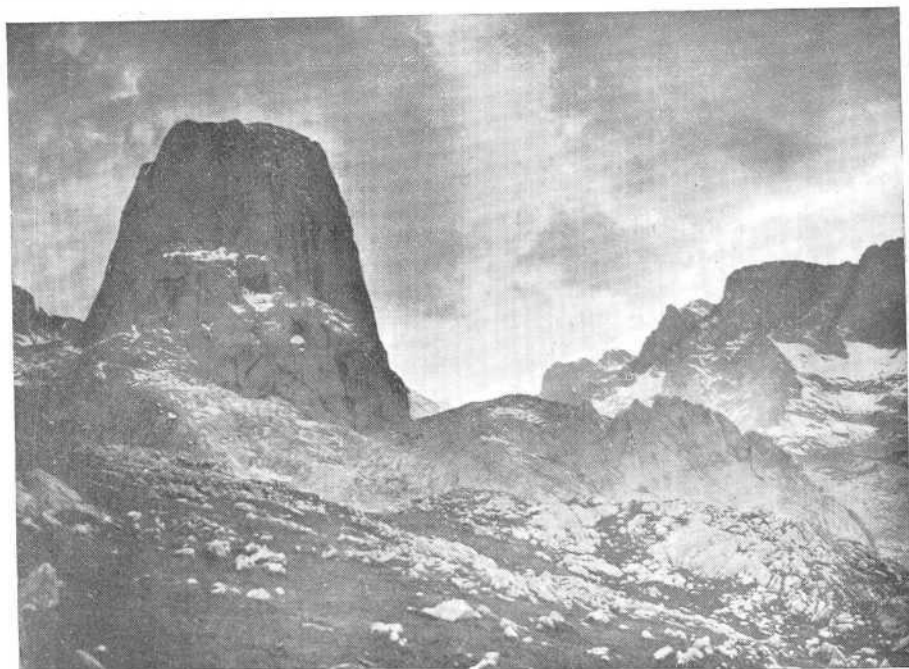


NARANJO DE BULNES, DESDE EL COLLADO DE VALLEJO

*Morra del Carnizoso*



NARANJO DE BULNES, DESDE EL NEVERÓN



NARANJO DE BULNES Y ARENISCA

Acaso esos otros, con grandes atrevimientos y energías suficientes, no dispusieron de tiempo y medios adecuados para ello; es decir, de una buena cuerda y de un día a propósito. De todos modos, para juzgar uno por sí mismo de la mayor o menor inaccesibilidad del gigantesco, bizarro y formidable monolito, era necesario estudiarlo de cerca, verlo cara a cara, palpar sus muros verticales. Por eso el año pasado lo examiné por sus cuatro costados y juzgué totalmente inaccesible las vertientes Sur, Este y Oeste. Respecto al lado Norte, me quedaron algunas dudas, y formé la resolución firme de des-hacerlas al verano próximo, dado que los días eran ya muy cortos por aquel entonces y que no disponía de una cuerda alpina a propósito. Además tenía varios acompañantes, y por no sostener una disputa con ellos, que hubieran juzgado loco mi intento, consideré mejor dejarlo para cuando volviese solo.

¿Subir al Naranjo de Bulnes? ¡Qué hazaña de alpinista más grandel!

Cada cual tiene su *chifladura* en este mundo, y yo prefiero denominar así mis caprichos que denigrar ligero los del prójimo, sin duda porque no los comprendo. Tregar por una roca pelada, con un precipicio a la derecha y otro a la izquierda, para sorprender algún robezo en alguna revuelta, o contemplar un grandioso panorama en la cima, o salvar la misma dificultad que a uno y a otro conduce, será un placer de que se reirán muchos; pero es un placer soberano que me domina por completo, y ante el cual me considero... chiflado. Pero conste que no soy yo solo el que profesa esas aficiones. Desde que Whimper, el célebre inglés, el bardo de las montañas, se llenó de gloria al tocar la cumbre virgen del Monte Cervino, en Zermatt, y de los grandes Jurásicos en el Mar de Hielo del Monte Blanco, y desde que sus libros, relatando sus escaladas, dieron la vuelta al mundo, una pléyade innumerable de hombres jóvenes de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, acuden todos los años a Suiza a probar las energías de su raza.

¿Qué idea me formaría de mí mismo y de mis compatriotas, si un día llegase a mis oídos la noticia de que unos alpinistas extranjeros habían tremolado, con sus personas, la bandera de su patria sobre la cumbre virgen del Naranjo de Bulnes, en España, en Asturias y en mi cazadero favorito de robezos?...

Esa posibilidad había que borrarla de las contingencias de lo porvenir, y para ello era de todo punto preciso llegar al santo, besar su peana y tratar de escalarlo, llevándose, con la imposibilidad de hacerlo uno propio, el juicio seguro de la imposibilidad de que lo efectuaran otros.

Por eso compré en Londres la mejor cuerda que encontré y me fuí a Chamonix para «entrenarme», como dirían los franceses, haciendo la ascensión de la Aguja de Dru, afilado risco de 3.775 metros sobre el Mar de Hielo, y una de las más difíciles ascensiones.

De vuelta a Asturias, llamé a Gregorio el *Cainejo* para hablarle de mi persistencia en estudiar de cerca el Naranjo, como le había dicho el año pasado.

Gregorio es el hombre fornido, cazador eterno de robezos, que vive en la peña, mientras las nieves no le arrojan al valle; sus pies descalzos agarran como ventosas en las cornisas inclinadas de los acantilados infinitos que cuelgan sobre los precipicios de los Picos de Europa; desaloja al robezo de sus más inexpugnables torres, y lo mismo duerme al pie de un ventisquero, que corre a cobrar un animal al fondo de un abismo. Gregorio era el hombre que me convenía.

El 4 de agosto de 1904, dormimos Gregorio y yo, al par de unas cabras, al acabar la canal de Camburero. Salimos al amanecer con dirección al Naranjo, y a las ocho de la mañana habíamos almorzado ya junto a una fuente que nace en las estribaciones mismas del coloso. Habíamos llegado al Pico de Orriellos, como también por otro nombre le llaman, por el Norte, y conforme nos íbamos acercando, lo fuimos estudiando, con la perfecta claridad que lo permitían nuestros buenos Zeiss prismáticos.

Esta vertiente Norte, única sobre la que nos habían dudas en cuanto a su inaccesibilidad, era muy sencilla: un descanso o saliente de la peña en el primer tercio inferior de la misma, y dos grietas verticales hasta la cúspide. Examinadas bien estas grietas con los anteojos, comprendimos, desde luego, que una de ellas, la de la derecha, era absolutamente impracticable. ¿Lo sería también la otra? He aquí un juicio que no podíamos emitir desde luego; la teníamos demasiado lejos, dada su altura, y tan sólo podríamos formarnos uno aproximado desde su arranque; es decir, desde el descanso o saliente del primer tercio inferior de la torre. Pero ¿podríamos llegar a él? Habría que intentarlo. De este modo la ascensión, si era posible, se componía de dos partes: primera, *a la grieta*, y segunda, *por la grieta*.

Fortalecidos por el almuerzo, nos pusimos de nuevo en marcha, no sin haber observado antes la imposibilidad en que nos encontrábamos de alcanzar directamente el saliente, descanso o casi comienzo de la grieta por el Oeste, dado que lo teníamos todo completamente cortado a pico. Atravesamos entonces la base Norte del Naranjo, para alcanzar el principio de las grietas por el Este, y en una hora, próximamente, llegamos a un punto en que tuvimos que dejar los morrales, los anteojos y los palos, todo, menos la cuerda, para marchar con el mayor desembarazo posible. Gregorio se descalzó, y yo ajusté de nuevo mis sólidas alpargatas.

¿Qué teníamos delante de nosotros?... La serie de *llambrias* y la *llambrialina*.

*Llambria*, dice el Diccionario de la Lengua, es: «Parte de las peñas que forma un plano muy inclinado y difícil de pasar». *Llambrialina* llaman los montañeses a una *llambria* muy estrecha, muy lisa, muy inclinada y sin agarradero alguno, vertiendo sobre el precipicio. Excuso decir que a mí, a pesar de tener alguna experiencia de la roca, todo me parecían *llambrialinas*, y que ordené a

Gregorio formalmente no pasara adelante en cuanto llegásemos al verdadero peligro, a la temeridad; pues yo guardaba cierto interés por mi pellejo, y no lo tenía menor por el de mi amigo, noble, leal, y, además, como yo, padre de familia.

Partió Gregorio solo a explorar el terreno, mientras yo permanecía sentado contemplándolo, y lo vi agarrarse con los dedos crispados, deslizarse, alejarse poco a poco, y, por último, perderse de vista detrás de las llambrias. Un cuarto de hora, que me pareció un siglo, tardó en aparecer de nuevo y en gritarme que lo que veía (aun no era la grieta) «no le parecía tan malo».

Saltó mi corazón de gusto, y echándome la cuerda a la espalda, la emprendí con todo el seso del mundo a lo largo de las llambrias. Mis alpargatas ajustadas agarraban como pez en aquella roca, y donde enganchaban mis dedos, me parecía estar completamente seguro. Gregorio presenciaba mis operaciones desde el otro lado, y me indicaba sus pasos. En esto llegué a la llambrialina, y allí me detuve un poco a considerarla de cerca y a familiarizarme con lo que hasta entonces no había visto parecido, pues ni la cornisa inclinada ni el precipicio me proporcionaron nunca ese recelo particular que me ocasionaba el pulimento absoluto de la roca, que no parecía sino que la habían dado con papel esmeril y lustre encima. ¡Tal es el poder constante de las aguas! El *Cainejo* me gritaba que me descalzase; pero yo tenía más confianza en mis alpargatas.

Avanzando un pie para ver cómo agarraba la alpargata, hasta afianzarse, y luego el otro, con exquisito cuidado, y ambas manos sobre la izquierda para disminuir el peso, logré pasar los tres o cuatro metros de llambrialina... Cuando llegué a Gregorio, le di una palmada en el hombro, significándole mi contento y mi seguridad, y después de tres o cuatro malos pasos, llegamos al descanso.

¡Qué mirada de contento cambiamos en este primer triunfo de nuestro empeño! Cuando, mirando hacia abajo, veíamos el sitio donde habíamos almorzado, nos sorprendió sobremanera lo alto que nos encontrábamos en relación a lo bajo que nos parecía estar el descanso en comparación con lo que faltaba todavía para llegar a la cumbre. Echamos la vista al cielo, y sólo vimos una parte de la grieta; la otra la tapaban las nubes. Retroceder en aquel caso, hubiera sido cobardía manifiesta. «¡Arriba, hasta donde podamos, Gregorio—le dije—, y no piense en mí, que yo llevo seguridad completa! ¡Adelante!»

Sin decir más, nos atamos fuertemente la cuerda a la cintura, cada uno por un extremo, y empezamos la subida. El *Cainejo* tomó la delantera, lo más difícil, y yo seguí de cerca, poniendo los pies y las manos donde él había puesto los suyos, y así fuimos trepando un buen trecho.

A veces, mi compañero no alcanzaba el saliente a que agarrarse, y entonces, mi cabeza primero, y mi puño cerrado después, eran a modo de escabeles de un encumbramiento que no tenía nada de retórico. Una vez en firme,



sus buenos puños, tirando de la cuerda, contrarrestaban el efecto de la gravedad en mi persona. Y así subíamos, y subíamos sin cesar, sin pronunciar más palabras que aquellas de «muy bien», «al pelo», «adelante», con que yo iba animando todo el tiempo al bravo amigo que tenía sin cesar por encima de mi cabeza.

Cuando la grieta se cerraba demasiado, poníamos la espalda a un lado y los dos pies al otro, empujando yo siempre al de arriba, tirando éste por mí a cada momento. No mirábamos abajo por no impresionarnos, por no distraernos del único objetivo, y porque los cinco sentidos nos eran sumamente precisos. Pero cuando, a hurtadillas, lancé una vez la vista por debajo de mí... no vi nada, estábamos en plena niebla, en la nube.

Feliz casualidad, que nos borraba el peligro, si no de la realidad, al menos de su visión, un tanto incómoda. Apenas habíamos subido algunos metros, cuando los gritos de Gregorio y unos cuantos golpes en la peña llamaron mi atención sobre la inminencia de algún peligro, y me dejaron inmóvil, con la cabeza pegada a la roca. Una piedra más que regular, arrancada por la tirantez de la cuerda, pasaba roncando a algunos centímetros de mi oído. La oí desprenderse por encima de mí, y la sentí pasar a mi lado; después... ¡nada!... Ni volvió a tropezar con la roca, ni la oí llegar a ninguna parte. Así, aunque la vista no nos decía gran cosa, el oído nos hacía comprender una porción de ellas alarmantes. Cuando se desprendía alguna otra, pegaba de nuevo la cabeza a la peña y tarareaba cualquier cosa, ya que me era imposible taparme los oídos.

De este modo fuimos subiendo por aquel canalizo estrecho e interminable, hasta que oí decir al *Cainejo*: «De aquí no pasamos, don Pedro». ¿Qué había allí? ¿Qué clase de obstáculos se oponía a nuestro paso? ¿Era la pared vertical, el ángulo hacia afuera, la roca lisa? Nada de eso: era un saliente de roca a modo de panza de burro, que obstruía la grieta, la chimenea, paso por donde nos escurríamos, avanzando sobre el precipicio por encima de la cabeza de Gregorio.

Este tanteaba a derecha e izquierda, por ver si encontraba asidero alguno; pero todo era inútil. Yo subí hasta llegar junto a él, y, por mi parte, también escudriñé lo que pude, pero con igual resultado. Habíamos llegado a lo verdaderamente impracticable, a lo inaccesible. Tenía yo mi cabeza a la altura de la cintura del *Cainejo*, y estábamos ambos quietos, sin decirnos nada, presintiendo la honda tristeza que iba a apoderarse de nosotros al comparar las penalidades sufridas con el poco fruto de tanto esfuerzo.

No sabíamos a qué altura estábamos; pero presumíamos que no debería faltar mucho para llegar a la cumbre. La nube había empezado a clarearse por encima de nosotros, y era algo así como anuncio de un paraíso perdido para los que iban ya teniendo la conciencia de no poder alcanzarlo. ¡Qué habrá

allá arriba, en aquella cima inmaculada, adonde nunca llegaron los hombres! Así estábamos los dos, mudos, esperando sin duda que alguna inspiración divina nos determinase algo, cuando, para cambiar de postura, tropezó mi mano izquierda con una grieta oculta, que parecía estar hecha para ella. ¡Qué sujeción la que había encontrado!... «Gregorio—le dije—, yo tengo aquí un agarradero magnífico. Póngase usted sobre mis hombros primero, luego su pie izquierdo sobre mi mano derecha, y verá usted cómo le aúpo. Y una vez que usted pueda echar los brazos por encima de esa panza, si no está del todo lisa, ya se agarrará usted y se ayudará con las rodillas.» Pues, ¿qué? ¿No había yo levantado la gran pesa, la Sultana, en el gimnasio de Sánchez? «¡Sin miedo, Gregorio!» le dije. Así lo efectuó, y echándome yo hacia atrás sobre la niebla para empujarlo hacia arriba, lo izé por encima de aquel estorbo maldito.

Una vez arriba, sus brazos se encargaron de mí, levantándome en vilo con la cuerda...

La nube había descendido, o nosotros la habíamos pasado; un cielo azul y un sol espléndido doraba a nuestra espalda el vértice de los Picos vecinos; el aire vivificante y puro de la montaña inundaba nuestros pulmones, veíamos la grieta en toda su longitud, y allá, al final de ella, donde se abría en forma de embudo, debería hallarse la cumbre... El instinto del triunfo, de la conquista, se apoderó de nosotros; subíamos con ansia, no reparábamos en peligros y no nos decíamos una palabra; todo sonreía a nuestra ambición desmedida, y cuando el embudo se abrió, y la vertical empezó a dejar de serlo, yo me desaté la cuerda, que abandoné al *Cainejo*, pasé a éste, y saltando, loco, ebrio de placer y de entusiasmo, entoné, al llegar a la cumbre, el más formidable ¡hurral que di en los días de mi vida... Era la una y cuarto de la tarde.

El paisaje que divisábamos no era otro que el corazón de los Picos de Europa, visto en medio de ellos: glaciares, neveros, peñascales, torres, tiros, agujas, desfiladeros, vertientes, pedrizas, pozos, robegos empigorotados en alguna punta, o manadas de ellos paciando a nuestros pies en el valle desierto, en la olla profunda, en el hoyo inmenso, tranquilo y solitario; algunos Picos, perdiéndose en las nubes, rebasándolas otros, y en todas partes el abismo, el precipicio, encarcelándonos en aquella roca encantada que había sido virgen por los siglos... Allí nos quedamos absortos contemplando un paisaje tan vasto, tan original y tan a lo Gustavo Doré, sin exageración alguna; y allí hubiéramos estado largo rato, si el tiempo no nos apremiase para una bajada, como todas, harto más difícil que la subida, y para la construcción de torres o señales que dieran testimonio de haber estado allá arriba. Desde la una y cuarto hasta las dos y cuarto, una hora justa, estuvimos fabricando con ardor pirámides, con las piedras deshechas por el rayo que encontramos en aquella cima inhospitatoria, sin rastro de vegetación alguna.

Una de ellas, hecha a la perfección por mi compañero, será la más durade-

ra; la mía resultó bastante menos sólida. Tres o cuatro grandes piedras que pusimos una sobre otra, podían considerarse como una tercera torre. Al concluir ésta era ya necesario empezar la bajada cuanto antes. «¡Adiós, Picos de Europa, en cuyo corazón me hallo; cumbre divina que me prestaste asilo; grandioso panorama que contemplé... ¡Adiós, región eterna de las nieves, alcázares de piedra soberanos, simas profundas que os tragáis las nubes!... ¡Adiós, pirámides que, en recuerdo de tanta belleza, fabricamos!... ¡Vosotras persistiréis, si el rayo no os deshace, allí donde nosotros brevemente pisamos, sin duda por la ley general de que la duración del placer se halla en razón inversa de la intensidad del mismo!... ¡Vosotras testificaréis nuestra subida, no para halago de necia vanidad, que no sentimos, sino como ejemplo y emulación a los esfuerzos, y como timbre de gloria para hacernos acredores a una inmortalidad en el Paraíso de los Picos, en el verdadero, genuino y varonil Olimpo de los dioses!...» Todo eso, y mucho más, condensaba mi triste y supremo ¡adiós! a la cumbre sublime que abandonábamos para siempre, y mis naturales tendencias poéticas y filosóficas se acrecentaban a medida del hambre que se iba apoderando de nosotros.

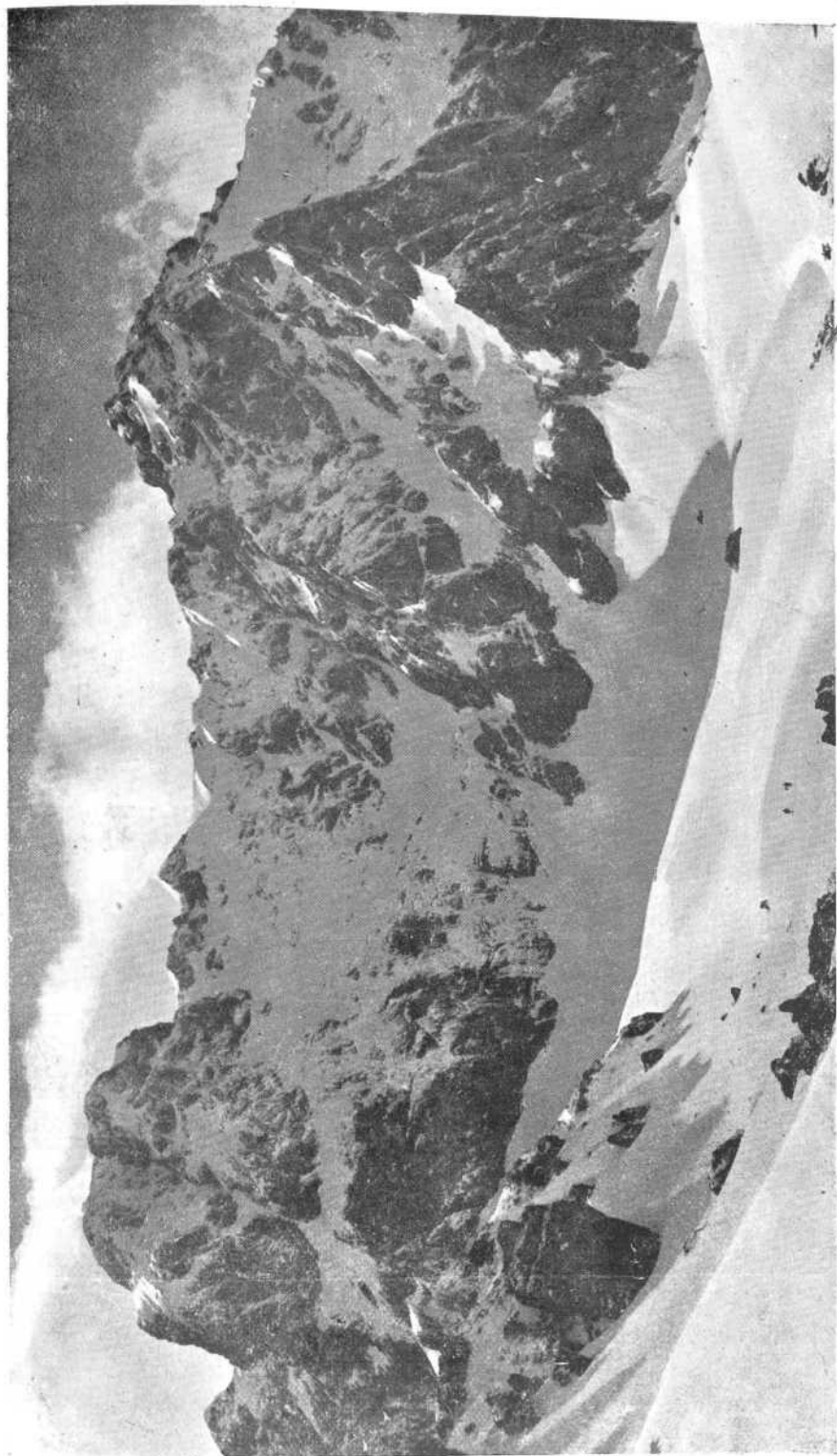
No habíamos comido nada desde las ocho de la mañana: nos quedaban pocas energías, y era de todo punto preciso un nuevo esfuerzo, dejándose de romanticismos, para emprender con calma y plena posesión de la realidad nuestro descuelgo por aquellas rocas.

El procedimiento seguido fué el siguiente: para mí, como a la subida, lo más cómodo y hacadero, bajaba delante, cuándo de pecho, cuándo de espaldas al muro, y mi compañero me deslizaba, teniendo de la cuerda, hasta que tocaba punto firme.

En cuanto a Gregorio, ¿cómo bajaba sin que alguien, por arriba, le fuese teniendo y soltando cuerda? He aquí cómo nos arreglábamos: una vez que yo estaba en firme, comenzaba a subir de nuevo lo que podía, y estirando el brazo, esperaba con mi puño cerrado, pegado a la peña, uno de los pies del *Cainejo*, quien de allí pasaba a la cabeza y al hombro. Cuando yo no podía subir más, entonces bajaba «como podía», haciendo maravillas de equilibrio y agarre con los veinte dedos de sus extremidades.

Excuso decir que mientras se descolgaba de este modo, yo me agarraba con todas mis fuerzas a la peña y a la cuerda para poder resistir el tirón, si por acaso llegaba a despeñarse; que de no resistir, dado que íbamos atados con la cuerda, mi suerte hubiera sido igual a la suya. Hubo un paso en que no podía ya dar otro, y yo le oí murmurar: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo subí yo por aquí?»

Oírle decir esto, y ordenarle imperiosamente que aguardase, todo fué uno, pues era necesario recapacitar lo que se pudiera antes de exponernos de ese modo. «¿No habría por ahí—le dije—, algún pedazo de roca inseguro, de esos



PUERTO DE ALIVA Y PEÑA VIEJA

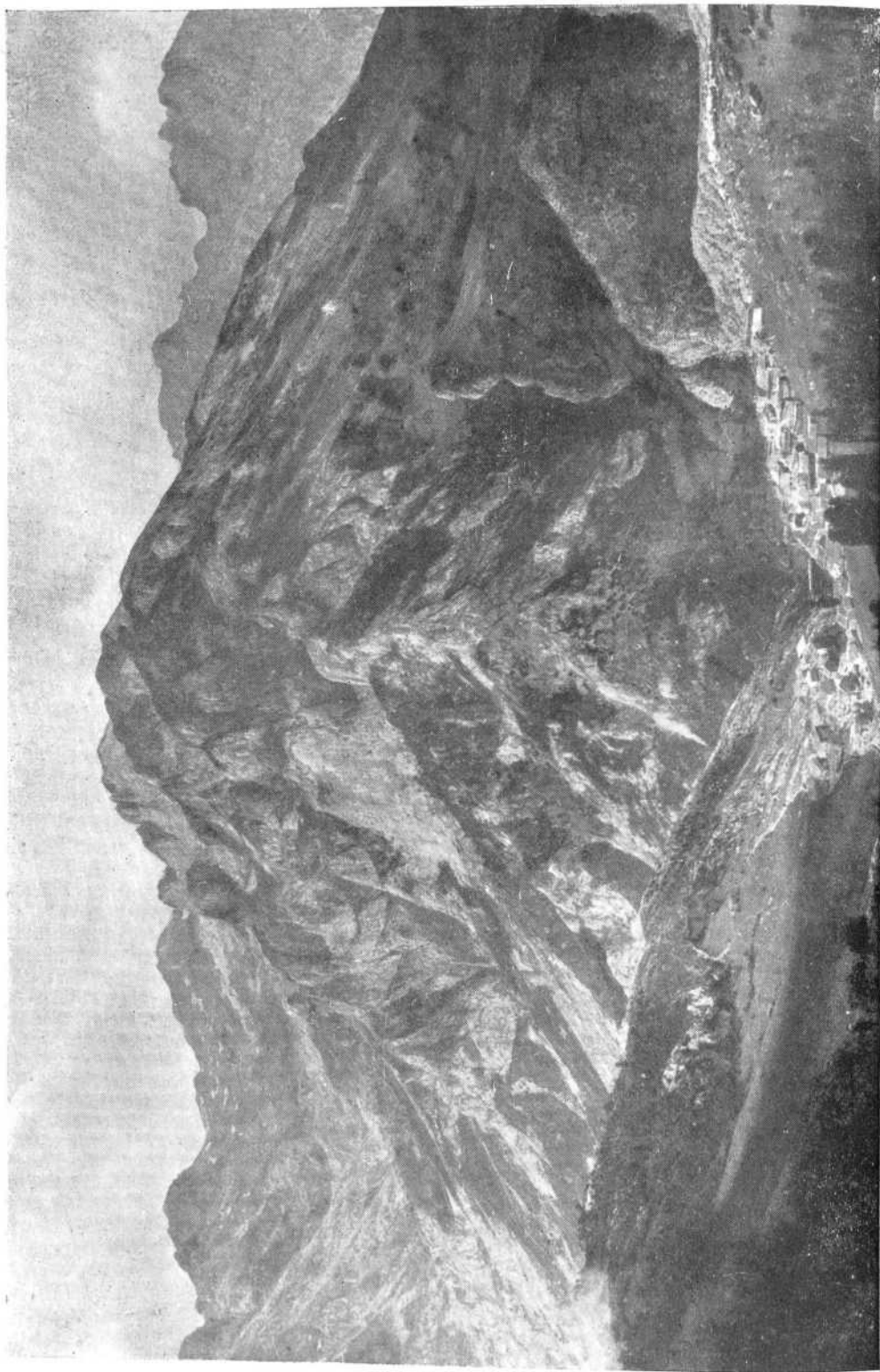
En el fondo de la altiplanicie, al borde de la línea de sombra, el chalet real asoma la rojiza techumbre, cubierto de nieve hasta las ventanas del piso primero.

COLLADO DE  
PANDÉRBANO

EL NEVERÓN

SIERRA DE LAS MOÑAS

PEÑA VIEJA



EL PUEBLO DE SOTRES DESDE EL CAMINO DE ANDARA

A la izquierda, debajo de Peña vieja, la canal de Lechangos. Entre la sierra de las Moñas y Sotres, de izquierda a derecha la canal del río Dujé.

que desprendía la cuerda a la subida, al cual pueda usted atar la cuerda que rodea su cintura? Una vez atada esa piedra por el medio, la mete usted en el fondo de la grieta, tirando luego para cerciorarse de que esté bien segura, y no tiene usted otra cosa que hacer sino descolgarse por ella hasta mis hombros. En cuanto usted llegue a ellos, la cortamos, y que ese pedazo se quede ahí para que lo utilicen otros...» Sin faltar a la modestia, creo que no discurrí del todo mal, pero la práctica que puso el *Cainejo* para efectuar mis teorías, superaron al cálculo, y allí quedó un buen trozo de cuerda bamboleándose en el espacio; es de pita, y quizá tarde algunos años en pudrirse (1).

Los pasos que siguieron a éste, difícilísimo, no le aventajaron mucho en comodidad, y a cada instante temía por mi buen compañero.

La panza maldita la bajamos por el procedimiento de la subida, y no hacía mucho que la habíamos abandonado, cuando una nueva imposibilidad de descenso para el *Cainejo* se nos presentó delante; ¿qué haríamos? ¿Cortar la cuerda de nuevo? Eso sería exponernos a quedarnos sin ninguna, o poco menos, y para lo que aun nos faltaba era completamente indispensable. Una nueva reflexión me sugirió una nueva idea:

—¿No habrá por ahí algún saliente firme de peña?—le pregunté.— Aquí hay uno—me dijo.— Pues desatémonos los dos y echemos la cuerda por encima; yo tendré aquí fuertemente los dos cabos y usted se descolgará por dos cuerdas, en vez de hacerlo por una; al llegar a mí, tirando de un extremo, nos quedaremos con ella.

Porfiaba el *Cainejo* que la cuerda no daría para tanto; yo le aseguraba que sí, y, por fin, los hechos me dieron la razón. Gregorio llegó a mis hombros sano y salvo, y tirando por un extremo... la cuerda no venía; se había enganchado arriba... Tiramos por el otro extremo, aflojamos al contrario, tiramos de nuevo: nada. Entonces, haciendo un supremo esfuerzo, me subí lo que pude, imprimí un fuerte movimiento ascensional en S a la cuerda, y dando un buen tirón, nos quedamos con ella.

Cerca ya del primer gran saliente, descanso o silleta del Naranjo, adonde habíamos llegado por las llambrias y llambrialina, se empeñó Gregorio en que, torciendo un poco a la derecha, es decir, hacia ellas, tendríamos mejor medio de bajar. Enemigo yo de toda innovación en estos casos, y acordándome que

(1) El 31 de agosto de 1916, Víctor Martínez Mier, joven pastor de Camarmeña, logró culminar el Naranjo de Bulnes, siendo presenciada su ascensión y descenso por Gumerindo Martínez Mier, vaquero del mismo pueblecito. Como prueba de su proeza, el muchachillo valiente y decidido, trajo el trozo de cuerda abandonado por el Sr. Marqués de Villaviciosa, el cual le gratificó espléndidamente.

Léase en la revista *Peñalara* (número 34, páginas 122 y 123; octubre de 1916) la carta dirigida a José F. Zabala por el veterano guía Severo López.

vale más malo conocido que bueno por conocer, le declaré mi parecer contrario, salvando en absoluto mi responsabilidad si se decidía a ello, pues yo no quería contrariarle, dado que él iba siempre en lo peor, y que tenía una memoria cien veces superior a la mía en cuanto a recordar las sinuosidades de la peña por donde habíamos pasado.

Admiraba su memoria; tenía cierta fe en sus seguridades, y me abandoné a sus propósitos. «Crea usted—le dije—que yo, en su lugar, me perdería cien veces»; porque no hay que olvidar que la niebla nos envolvía por completo, lo que si era cómodo en una grieta donde no cabía perderse, era sumamente peligroso allí donde la grieta, ramificándose en las llambrias, desaparecía. Por eso mis temores eran de sobra fundados, siendo tanto así, que a las siete de la tarde ya no sabíamos dónde estábamos... «Lo ve usted», fué todo lo que le dije.

Aguardamos un poco a ver si alguna brisa descorría la nube, y a ver si se hacía algún claro. Este apareció, y tan sólo divisamos una pared cortada a pico, a nuestra cabeza, y otra, cortada a pico también, a nuestros pies... Volvimos hacia atrás, a duras penas, escudriñando con ojo avizor cuanto pudimos por las llambrias, cambiando pareceres sobre el sitio hacia donde caería la llambrialina. Nos desatamos; Gregorio, no sé cómo, se perdió en la nube; yo me quedé con la cuerda, pensando en la noche de muerte que íbamos a tener que pasar atados a las rocas, y, ante perspectiva tan poco seductora, reduplicué mis esfuerzos indagatorios, metiéndome por sitios de donde luego con gran dificultad salía.

Eran las siete y media; empezaba a oscurecer, y yo a pasar un mal rato, cuando resonó la voz de Gregorio: «¡Don Pedro, ya pareció la llambrialinal!... Se había orientado por el estiércol de un vencejo de montaña que vió a la subida. ¡Qué hombre!

Y aquí puede decirse que terminaron nuestras penas. La llambrialina, después de lo pasado, y atados, la atravesamos como si tal cosa. No lejos estaban los morrales. Cuando llegamos a ellos, un chorizo, cogido a escape y comido andando, nos llevó a la fuente de la mañana, que medio agotamos. La noche cerrada nos cogió a la entrada de la canal de Cambuero. Nos perdimos de nuevo; dimos voces a los pastores, y tan sólo contestaron las piedras que desprendían los robegos, a quienes habíamos despertado. Comprendimos que estábamos aún muy altos, y bajamos más y más por entre infames peñascales. Una voz honda y lejana respondió por fin a las nuestras. Los pastores nos habían oído. A las once de la noche entramos por sus cabañas. Era el 5 de agosto de 1904.»

## LA CONQUISTA DEL NARANJO DE BULNES, CONTADA POR EL CAINEJO

Considerándole como uno de los documentos más interesantes acerca de la conquista del Naranjo de Bulnes, reproducimos una relación hecha en 1905 por Gregorio Pérez, el *Cainejo*, que publicamos sin alterar en nada la redacción ni aun la pintoresca ortografía. El pobre cazador de Caín, ya fallecido, que guió al marqués de Villaviciosa en la conquista del Naranjo, relata con encantadora ingenuidad la proeza alpina de más relieve que hasta ahora se ha acometido en España:

«En el día 2 de agosto de 1904 estaba yo segando yerba encima del pueblo de Cain de arriba. Caminaba a buen paso un asturiano que se dirigía onde yo estaba segando y despues de saludarnos me dice: Vengo a buscarte; ¿y luego? Hoy llegó a la Vega de Ario D. Pedro Pidal y dijo que te habia escrito una carta para que estuvieras hoy en la Vega de Ario, pero vino él primero que la carta. Bueno, dile a D. Pedro que al ser de día estaré en la Vega; y marchó a escape, pues dijo no tener nadie en la majada. Bajé a la tarde a casa y despues de cenar, como hacia buena luna, eché a andar, llegué a la Vega muy de mañana y ya me salió al encuentro D. Pedro. Nos saludamos y le pregunto ¿quién ha venido con usted? Dos señores; de Oviedo uno, y de Gijón, el otro. Llegamos a la tienda de campaña y me los enseñó, pues estaban durmiendo todavia en sus colchones de viento, pues estaban molestados a pesar de haber venido a caballo. Me dice: bueno; ¿estás dispuesto a que vayamos hoy a hacer la ascensión a Torre Santa? Por mi cuando V. guste, le dije. Bueno, ya tengo yo preparado lo que hemos de llevar. Mira si hará falta más; me enseñó la morrala y veo una magnífica cuerda; me dijo haberla comprado en Londres, y vi que habia comestibles bastantes para el día. Vestí mi morrala y echamos a andar, despues de haber encargado a un mozo que, levantados los dos señores, los llevase a tomar una vista a la Torre de Jultayo, pues estaba cerca y era buena tierra, dando vista a Cain.

Llegamos nosotros al Hoyo de la Capilla y como habia buena agua nos pusimos a almorzar. Sacó D. Pedro su mapa y me preguntó ¿Cuála es Peña Santa de Enol? y se la enseñé, pues, aunque es un poco mas baja que Torre Santa,



como está delante de esta, por la parte de Asturias se ve mas tierra; ¿y que te parece? ¿tendremos tiempo para subir a las dos? si señor, hay dia para todo. Echamos a andar y mirando cómo corrían los rebecos que huian de nosotros, nos dirigimos a la Peña Santa de Enol, que es la primera. En menos de una hora subimos a lo alto, donde habia una pilastra echa a mano por el Conde Saint Saud y sus guias. Sacó D. Pedro sus antojos y recorrió desde alli hasta el mar y desde las Cordilleras del Puerto de Pajares hasta las montañas de Llanes, y mas allá contra la provincia de Santander. Todo se veia, pues era un dia escampao, sin una chispa de niebla, que era lo que deseaba D. Pedro. Bajamos en media hora onde teniamos la morrala y la cuerda, que para subir esta Torre sabia yo que no hacía falta la cuerda. La vestí otra vez y echamos a andar para Torre Santa. Llegamos al pie y allí tuvimos que hacer uso de la cuerda; subimos aquel paso y la dejamos allí, pues de allí para arriba comprendi que no nos hacia falta; no porque sea buena tierra; pero vi que D. Pedro se atrevia tanto como yo o poco menos. Llegamos a lo mas alto y nos encontramos con otra pilastra echa por el mismo Conde. Desde alli es el divisar tierra para la parté de Castilla, pues yo creo que se verá hasta mas allá de las montañas de Sierra Morena (!!!). D. Pedro se asentó a mirar con los antojos y yo como no habia dormido nada la noche anterior, me quedé dormido sobre una llastra muy llana, cuando el ruido de unas fuertes voces me despertaron. Era D. Pedro que con los anteojos alcanzó a ver los dos señores en la Torre de Jultayo, que a la sazón se levantaban para volver atrás. Les vociaba por ver si le oian, pero era imposible por la mucha distancia y la mucha altura que teniamos nosotros sobre ellos.

No se cansa nunca de mirar D. Pedro a un lado y a otro, hasta que tuve que darle prisa, que nos hacia falta el tiempo para volver a la Vega. Empezamos la bajada que es larga, pero no es mala. Al bajar nos juntamos con dos cazadores de Soto Sajambre. Bajamos a comer a la Fuente de las balas; las hay de piedra roja, echas como a molde; por cierto que cogió algunas y las guardó; desde alli a la Vega todo es atravesar para adelante. Llevamos una tarde muy divertida, mirando los rebecos que saltaban a un lao y a otro, cómo salian de sestear para ponerse a cenar. De tiempo de tarde llegamos a la Vega a las seis y media o las siete.

A otro dia de mañana batieron la tienda, pues como el dia antes, camino de Peña Santa, habiamos hablado de ir a hacer una tentativa al Naranjo de Bulnes y quedamos concertaos en eso, era preciso madrugar. Cargamos los caballos, apartamos lo necesario para nosotros, y les dice a los dos señores y a un mozo que les acompañaba: bueno, si ustedes me permiten yo me marchó por aqui con Gregorio, a hacer la ascensión al Naranjo de Bulnes, si nos es posible; bajan con esto a Covadonga y a Cangas, entregan esta tarjeta al señor Dosal, que me remita un coche a la Hermida para el dia 7.

Nos despedimos y echamos andar espalda con espalda. Bajamos a Ustón y al río de Cares, allí almorzamos, pasamos el río de Cares por un pontigo, emprendimos al Monte Llué arriba, que tiene una legua de largo; subimos a la Collada de Cerredo, tomamos el fresco un rato, pues desde allí a la Majada de Camburero, que teníamos que ir a dormir, todo era alante en travesía y casi por sombra. En la Majada de Orande, en una cueva que tiene una fuente, comimos y bebimos y allí mandamos razon por un pastor de Bulnes, a Inocencio, que subiera de mañana a Camburero, que íbamos a ver si éramos de subir al Naranjo, para que nos ayudase algo; pero como le djera el aviso tarde, no subió. Echamos a andar, deseoso ya D. Pedro de dar vista al Naranjo, pero como Camburero está metido en un hoyo como media legua por bajo del Naranjo, hasta no llegar cerca no se nos ponía a la vista por donde nosotros íbamos, llegamos a un alto en cima de Camburero, y ya se nos presentó el pico cortao, liso y derecho por tres costaos; sacó D. Pedro los antiojos y de allí examinamos por onde pudiéramos embestir, dao caso que por lo que no víamos de allí pudiéramos subir a un descanso que nos presentaba menos de a la metá del pico.

Bajamos a la majada; nos preguntan los pastores el objeto de ir por allí sin escopetas; se lo hemos dicho, y dicen ellos: bien atrevidos los hubo en Bulnes y los hay también, y nunca subió arriba naide; pero es que ni los rebecos tampoco. Pero nosotros, confiaos en nuestras mañas y nuestra buena cuerda, teníamos confianza. A otro día, que era el 5, esperamos un poco por Inocencio; viendo que no venía, echamos a andar, almorzamos bien en una fuente al pie del mismo pico, le damos una vuelta y vemos que por el costao que mira al Norte podríamos subir al descanso que decíamos por la tarde. Dije: bueno; quédese V. aquí; ahora voy a subir yo allá arriba si puedo y pasar a la horcada que víamos ayer, que de allí ya se ve y registra de allí para arriba. Me descalcé a pie puro, lo dejé allí con la morrala debajo de una piedra; embisto la peña; fuí pasando y subiendo llastralezas y pasos medianos; perdi de vista a don Pedro por tener que atravesar hasta la horcada que decíamos allí; me asenté y lo registre bien: se vían unos saltos y unos canalizos que no me pareció tan malo como resultó; volví atrás hasta llegar a la vista de mi compañero, y le digo a D. Pedro: ¿sabe Vd. que no se me hace tan malo como lo ponían? Se me figura lo peor de ahí aquí (pero no resulto ser así); y marchó hacia donde yo estaba, con tanta arrogancia como si fuera a subir por un valle arriba; le mande que se asentara y esperase allí hasta que yo bajara onde estaba él para ayudarle, que era muy malo todo aquello; así lo hizo; bajé onde estaba él y nos amarremos bien uno por cada punta de la sogá; como yo estaba ya descalzo, mis pies pegaban bien a la peña, pero también ú mejor pegaban las alpargatas de D. Pedro. Fuímos subiendo poco a poco hasta una llambria que había que travesar bastante pendicular y sin agarradero ninguno; pase yo delante y con

la cuerda favorecí a D. Pedro, y pasó también; y entonces me dijo D. Pedro: ¿sabes que esta lúcia de peña se parece aquel sitio que pasemos el año pasado, cuando pasemos desde Caín a Cuestaduja y á la Collada de Cerredo, aquella llastra que llamais vosotros la llambrialina? y con este nombre se quedó y en verdad que nos valió mucho para bajar. Subimos otro poco más arriba y después tuvimos que travesar un cacho p'alante hasta llegar al sitio donde había llegado yo primero, a un descanso que hacía la peña y se descubría la mayor parte de lo que faltaba por subir. Allí nos asentamos a descansar un poco y registrar con los antiojos cualo sería de lo malo lo mejor, pero todo nos pareció imposible, menos unos canalizos muy estrechos con algunos saltos de unos a otros y muy plomo arriba; y hemos dicho: si habemos de subir, tiene que ser por allí; y entonces, aunque la divina providencia lo hubiera ordenado, empiezan a reunirse ramos de niebla y se cerró por entero en un cuarto de hora y fué lo que nos favoreció despues de Dios y la cuerda para subir y bajar, porque nos quitó el asombro que metía al mirar pa abajo. Fuimos subiendo poquito a poco un gran cacho para arriba, hasta que tropezamos un muy alto salto que formaba panza en el medio y derechaba tan plomo arriba como un arbol entornao y sin agarraderas ni sitio onde poner los pies. Empezó D. Pedro a registrar y me dijo: ¿sabes Gregorio que aqui hay un gran agarradero? Se agarró bien una mano de él, afianzó bien los pies y me dijo: apoya los pies sobre mis hombros; así lo hice y después sobre la cabeza, y después me empujó los pies con una mano y entonces me enganché mis manos de un buen agarradero y me eché fuera. Subí más arriba, aseguré bien los pies y le dije a don Pedro: bueno, yo ya subí; preparese Vd. ¿estás ya bien seguro? sí, señor; pues arriba, empieza a esgatuñar y yo a tirar de la cuerda; en seguida llegó a mis pies, anduvimos otro cacho bueno para arriba que era menos malo, a la que tropezamos otro paso como el anterior; lo miramos bien y resolvimos valernos de las mañas que nos valimos para subir el otro; pero nos costó un poco más de trabajo, por tener yo ya los pulsos algo cansados; pero por fin también subimos aquel paso. Ya decíamos nosotros: no llegamos nunca al alto, porque las piedras que desprendíamos nosotros y la cuerda por estar mal seguras, las oíamos bajar rugiendo; pero no oíamos dar abajo y por lo tanto nos creíamos ir ya muy altos. Anduvimos un poco más arriba y advertimos que la niebla se bajaba un tanto y que los rayos del sol pasaban por encima de nosotros y que se veía un cielo azul que daba gusto; ya advertimos que se bia lo mas alto.

Soltamos la cuerda y la dejamos atrás y llegamos a la cumbre; nos asentamos sobre unas piedras un poquito, que subiamos cansados. Sacó D. Pedro los antiojos y empieza a mirar a todos laos, porque como la niebla estaba baja, echa una vega, se veía la mar de tierra y rebecos en aquella torre, en aquel pico, en aquel nevero, en aquel hoyo, en aquella verdiana, paciando, ¡qué gusto encontrarse en aquella altura y donde nadie había pisado! Tomamos unos ca-

ramelos por la mucha sed que teníamos y nos pusimos a trabajar para dejar a la vista pruebas de la verdad; nos pusimos hacer en la parte más dominante una pilastra cada uno, yo la hice de mi altura, firme y bien construida; me manda D. Pedro que le asegure algo la suya; la retaque bien, hasta dejarla segura; hicimos otra entre los dos, con tres grandes piedras bien asentadas unas sobre otras, en forma que se ven de muy largo y se verán siempre, a menos que algun rayo o chispa electrica las derribe, que allí se conocen que caen con frecuencia.

Emprendimos otra vez la bajada, que ya la considerabamos mas difícil; fuimos bajando hasta encontrar la cuerda, nos volvimos a metere entre la niebla, bajemos hasta el último paso malo de la subida; se amarró bien D. Pedro por su cintura, con la cuerda que era bien segura, me aseguré yo para tener y bajó toda la largura de la cuerda; trato de bajar yo, pero no era posible; él no me podía ayudar, yo no encontraba de que me agarrar; ya decia: pero Dios mio ¿cómo subiría yo por aqui? Hasta que dice D. Pedro: mira a ver si encuentras de qué amarrar la soga. Reparé y vi un canalizo en la peña hecho por las aguas; anudé bien la cuerda, la meti en el canalizo, la atesté bien con piedras, tiré de ella y vi que estaba segura; me agarré de ella y en un instante bajé donde D. Pedro; tiré de navaja y corté la cuerda; anduvimos para bajo hasta el otro paso malo. Bajó D. Pedro y yo con la misma dificultad que arriba, hasta que me dice D. Pedro: vas a terciar la cuerda detrás de aquel pico que hace la peña; digo: doblada no va a alcanzar, que ya es más corta; nos soltamos; la doblé tras de el pico y bajaron las puntas hasta cogerlas D. Pedro; me agarré de ella y bajé enseguida. Echamos andar, y allí por evitar un paso algo mediano que había para bajar al descanso que hacía la peña, donde habíamos estado sentados al subir, determiné bajar por otro lao. D. Pedro no quería; más valía lo malo conocido que lo bueno por conocer y tenía razón. Segui por allí y desorientamos. Dejé a D. Pedro asentado y empiezo a registrar por aqui y por alli; encuentre una cagada de un pájaro que la vi por la mañana cuando fui y volvi; bajé un poco más abajo y me encuentro con la llambrialina. Llamé a D. Pedro y le dije: aqui está la llambrialina, ¿tú estas seguro que lo es? sí señor; fijate bien, me dijo, y el caso no era para menos, la niebla puesta, la noche encima, desorientados en la torre sin tener donde dormir, no siendo que nos ataramos a alguna peña con la cuerda. Volvi a subir donde D. Pedro y bajó todo lo que dió la cuerda y me llama: tienes razon, que esta es la llambrialina; ahora ya estamos bien, que ya estamos cerca de abajo, bajemos otro poco y enseguida llegamos al sitio donde teníamos mi calza y lo demas equipo.

Alli, besemos ambos la cuerda por ser la que nos ayudo a subir y bajar, miro su reló y eran las siete de la tarde. Cogimos un chorizo cada uno y echamos andar, llegamos a la fuente donde habiamos almorzaos secos de sed, bebi-

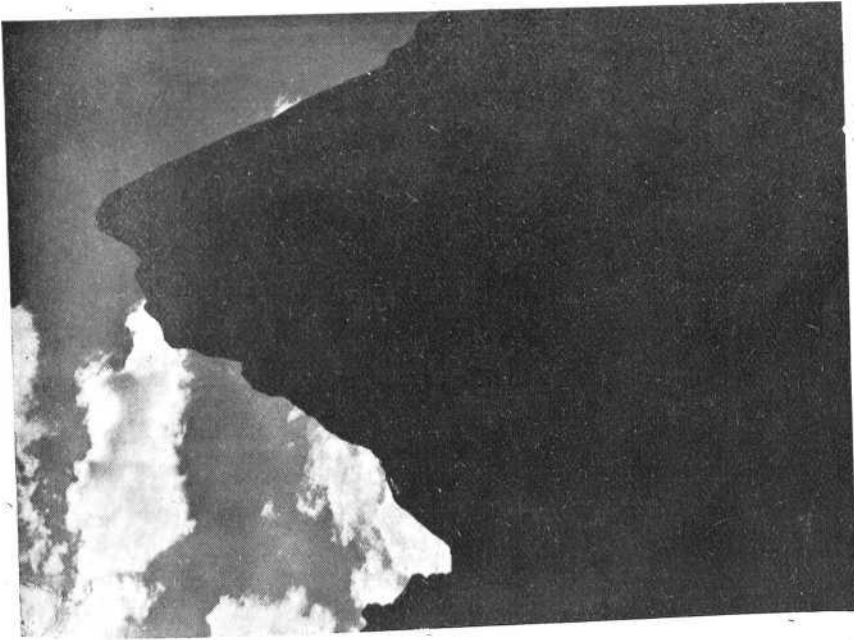
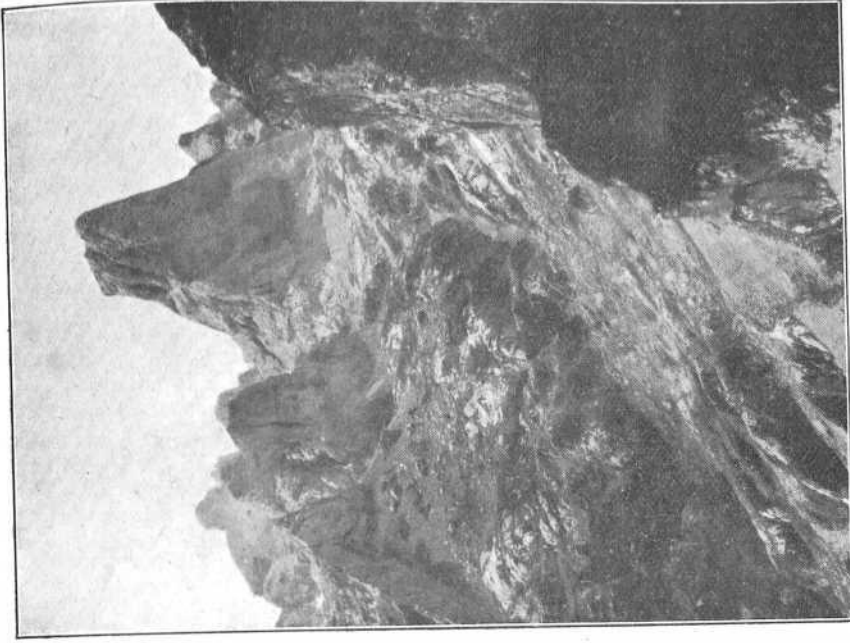
mos, tomamos otro chorizo y buenas conservas y echamos andar, pero enseguida nos cogio la noche por unas pedrizas abajo, sin camino alguno y en terreno poco conocido. La niebla puesta y cerrada y de noche, trompicábamos a cada momento; no sabíamos por dónde andábamos. Vociábamos a los pastores de la majada, pero no sentíamos responder a nadie: lo que sonaban eran peñas rodar por aquellas pedrizas y por aquello comprendíamos que estábamos muy altos. Aquí caíamos, allí nos levantábamos; fuimos bajando mucho más y volvimos a vociar, y entonces ya nos contestó una pastora, que como tenia sus vacas un poco desviadas de la majada, escureció ordeñándolas, y como sabía que estábamos arriba y nos oyó vociar, nos esperó, por más que nosotros les habíamos dicho por la noche que si no eramos de subir al Naranjo no volviamos por allí, que nos dirigíamos a los Tiros del Rey y al casetón de Aliva y de allí a las minas de Andara.

Al sentido de las voces de la pastora, fuimos llegando poco a poco a bajar donde ella estaba sentada en nuestra espera. Como a mí me conocía, me dice: trairéis güena sede, podéis beber lleche; sí, dale á D. Pedro. Como estaba ya fresca y la sed era mucha, nos sabia a miel. Echamos andar, llegamos a la majada que ya estaba cerca, nos metimos en las cabañas con los pastores, tomamos mas leche y cenamos bien; nos preguntaron enseguida que si habiamos subido al pico. Sí, nos costó trabajo bastante; pero subimos y para mejor creerlo, allá en lo mas alto del pico dejamos señales verdaderas, ¿qué son? nos decian ellos, tres pilastras hechas por nuestras manos de la altura de un hombre, que nos llevó una hora justa en hacerlas, no se caeran nunca, como algun rayo no las demuela, pues español ni extranjero estamos seguros que nadie las ha de tirar, y si subiera alguno, que no subirá, que haga otra ú otras tres como las nuestras. ¿Y de abajo, desde la entrada del Jou sin tierra, se podran ver ya? nos preguntaron. De allí y de donde quiera que se vea lo alto, se ven muy bien; pues mañana echamos para allá, a verlas también; nos decían varias beces: se encuentran allá los robecos y suben hasta aquel descanso que hay al principio del pico y algunos cazadores también subieron allí; pero mas arriba nunca vimos ni oimos que naide ni nada subiese. Dormiriamos como dos horas, porque luego amaneció; tomamos más leche y nos guiaron por el sendero que iba a Sotres, donde nos dirigimos, y de Sotres a Andara. D. Pedro se dirigió a la Hermida, donde le esperaba el coche; nos despedimos amorosamente y yo me volvi por Bulnes para mi casa.

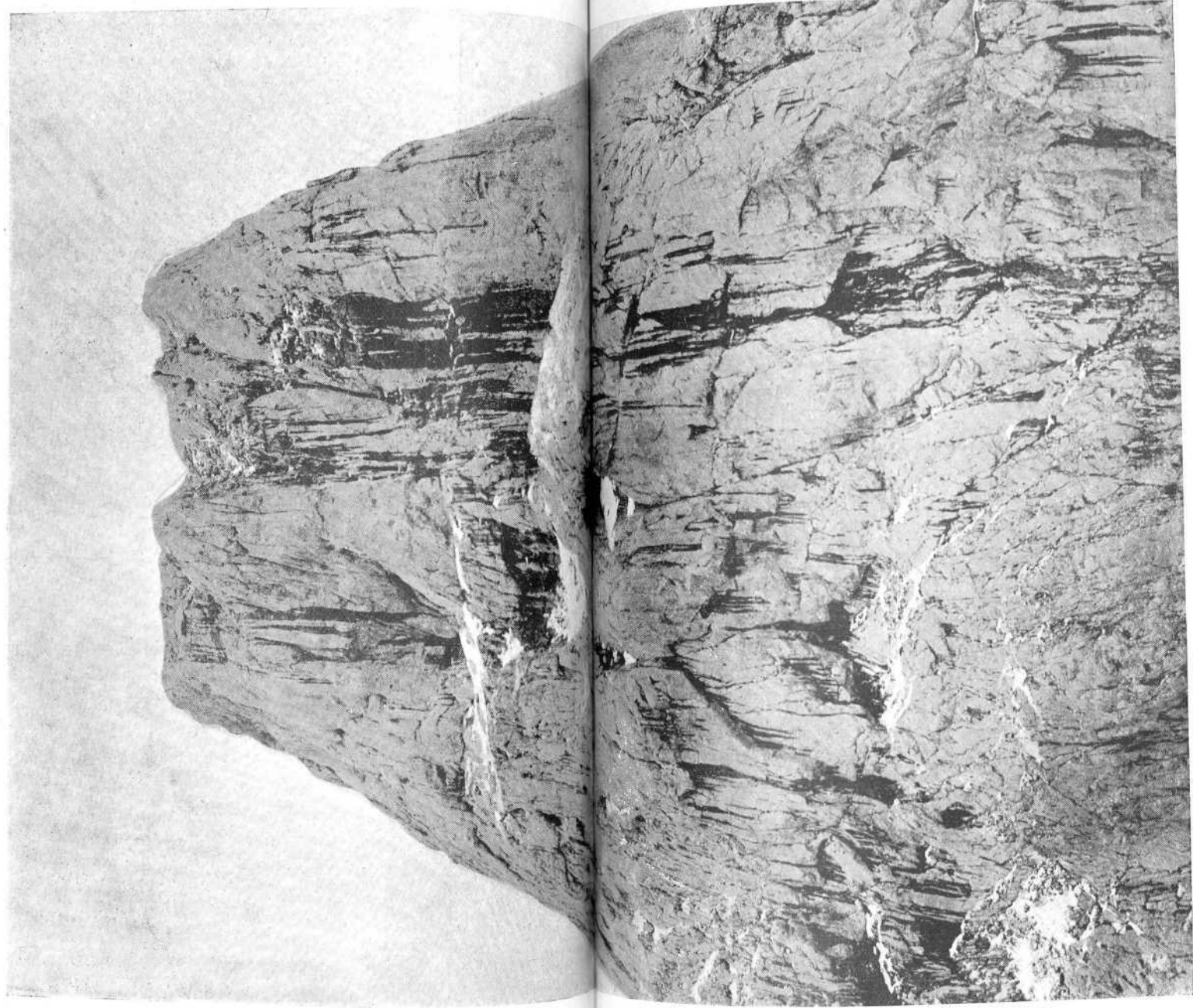


El joven geólogo bávaro D. Gustavo Schulze que recorrió los Picos de Europa en viaje de estudios científicos, realizó, solo y sin guía, la segunda ascensión del Naranjo de Bulnes.

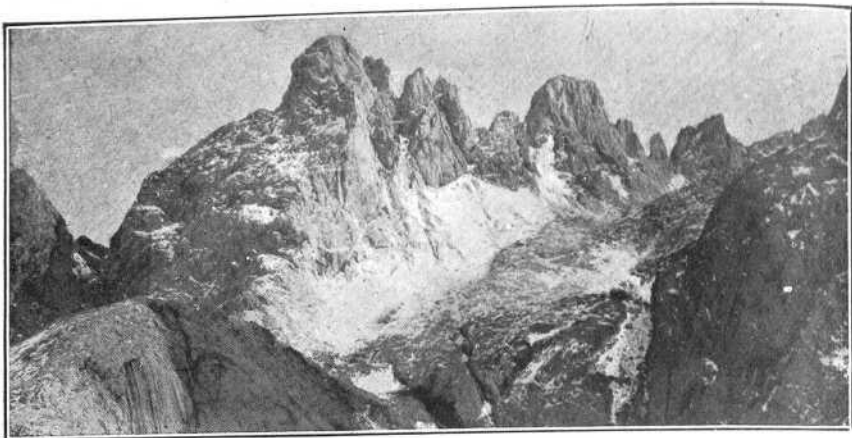
El relato de esta escalada apareció en el tomo XIV de *Jahresbericht des Akademischen Alpenvereins* (Munich, 1905-1906, páginas, 82 y 83).



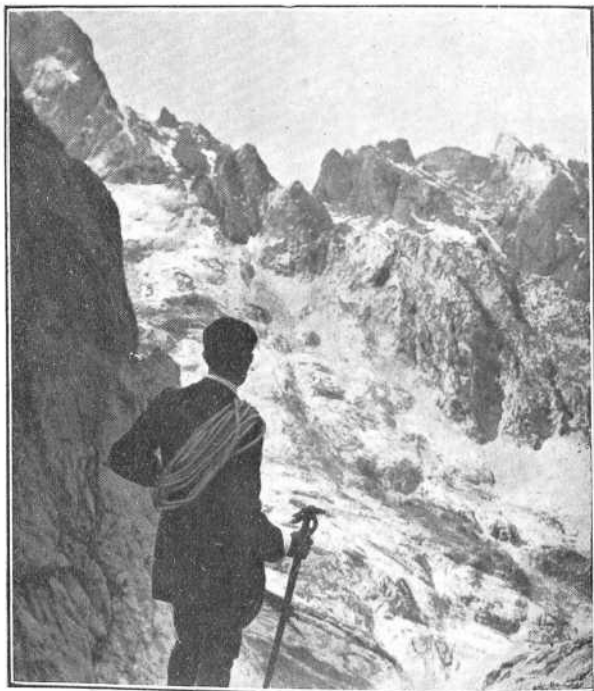
EL NARANJO DE BULNES



NARANJO DE BULNES (VERTIENTE NORTE), DESDE LA MORRA DEL CARNIZOSO



SIERRA DEL OSO, DESDE LA MORRA DEL CARNIZOSO



PICO DE LA ARENISCA, DESDE LA MORRA DEL CARNIZOSO



## ASCENSIÓN DE GUSTAVO SCHULZE

«1 octubre 1906.—Naranjo de Bulnes (2.516 metros).—Primera ascensión por el Este y el Sur. Variante en la muralla Este. Primer descenso por la muralla Sur.

En el lugar donde las murallas Este y Nordeste, que forman el edificio, se juntan de un modo indeciso, destácase a media altura del Naranjo un rellano, que separa bruscamente las partes inferiores de las murallas orientales y de las septentrionales. Por bajo de la cima y de este rellano, se socava, al Este, la estrecha canal de la Celada, cuyo hundimiento progresivo hacia el Norte da a la montaña un aspecto más imponente cada vez y más grandioso.

A la salida inferior de esta canal, termínase bruscamente una muralla lisa y vertical, de unos 500 metros de altura.

En el extremo superior Sur de la canal de la Celada, cerca del ancho collado situado al pie Sudeste del Naranjo (Horcada del Carnizoso), se encuentra a 2.250 metros una pequeña terraza de piedras producto de desprendimientos. La muralla meridional del Naranjo, que tiene unos 200 metros de altura, cae recta, en llambrias espantosas, hacia un profundo y gigantesco embudo rocoso situado al otro lado del collado.

En los precipicios orientales del pico destácase de la terraza de piedras sueltas arriba mencionada, una pequeña cornisa, que se dirige hacia el rellano, para terminar rápidamente en paredes rectas y lisas. Una amplia cornisa de llambrias detiéndose 125 metros más arriba, en la vertical de la terraza, y continúa a lo largo de la muralla Este, subiendo hacia el Norte, y terminando de repente por encima del rellano en el punto en que se une a la muralla Nordeste. Dos grandes chimeneas, una de las cuales, la del Sur, será escalada, se descañan en los precipicios Nordeste de las montañas, superponiéndose directamente al punto terminal de la cornisa.

Mientras los primeros ascensionistas (don Pedro Pidal y el guía Gregorio Pérez, de Caín), alcanzaron el 5 de agosto de 1904, por las llambrias y el rellano mencionados, el punto donde termina al Norte la gran cornisa, yo me

esforcé trepando en la dirección vertical de la terraza hacia la parte Sur de la cornisa, por una muralla lisa, extraordinariamente derecha y sumamente estriada por la lluvia.

Una gran fisura, profundamente minada, únese a esta muralla y se convierte más arriba en un estrecho saliente.

Esta especie de cavidad, inaccesible al principio, dirígese oblicuamente hacia la izquierda, para enderezarse luego verticalmente, formando, bajo el saliente, una chimenea, sin puntos de apoyo, de unos 30 metros (10,30 de la mañana); punto de partida: al pie de la muralla, a unos 50 metros (izquierda Sur) del comienzo de la cavidad, 40 ó 50 metros de rocas lisas me conducen por la izquierda (Sur) a esta fisura.

Una hendidura muy delgada, pulida por las aguas, 40 metros muy difíciles, me permitió alcanzar un pequeño nicho, tras el cual se llega, por la derecha y por un paso muy peligroso, a una estrecha cornisa, que termina en la hendidura en cuestión. La ascensión de los últimos 30 metros efectúase a lo largo de una espantosa muralla, para alcanzar la salida de la chimenea sin puntos de apoyo, cuya parte inferior es estrecha y durísima.

Por encima del saliente descíendese entonces un poco, sobre otra cornisa, bordeando un ángulo de rocas (unos tres metros sumamente peligrosos), y se gana en seguida la gran cornisa en su parte meridional (2.375 metros próximamente; descanso desde las 11,30 a las 12).

Se sigue luego por la cornisa, cada vez más estrecha, hasta el punto en que ésta se acaba, y tras 15 metros de rocas, excesivamente difíciles y peligrosos, se trepa hacia una cortadura profundamente tallada, cuya parte superior se ensancha en forma de chimenea. Cinco metros a la izquierda, segunda cortadura, donde los primeros ascensionistas han dejado una cuerda. En la galería de la derecha, escalada de unos 15 metros de rocas, rojas y escurridizas, para llegar a un cortado a pico, cuyo contorno se recorre pasando a una fisura poco profunda (el sitio más difícil). La gran chimenea, alcanzada atravesando un pequeño rellano de piedras sueltas, permite alcanzar después, más cómodamente, un saliente rocoso, desde el cual llégase fácilmente al pico por unas rocas lisas (2.516 metros; una de la tarde).

Salida a las dos de la tarde. La salida superior de la muralla Sur está socavada en forma de embudo, y de allí parten dos aristas, que descienden de la cresta terminal hacia el Sudeste y el Sudoeste. Toda la zona de esta muralla está erizada de puntas rocosas. Encuéntrase en la arista Sudeste una pequeña quebradura, por la que se desciende fácilmente, y a cuyo término comienza una grieta estrecha, poco profunda, formada por el agua. Al principio conduce, sin demasiadas dificultades, hacia la parte baja, pero no tarda en hacerse precisa la cuerda. Sigue después un paso muy fácil. Poco más lejos, por falta absoluta del más mínimo saliente, se bajan unos 15 metros en la hendi-

dura, que comienza ya a ser extraordinariamente lisa, con ayuda de los crampones. Esta grieta, convertida en chimenea, dirígese en oblicua ligera y termina encima de un cortado a pico de 8 a 10 metros, que no se puede pasar sin ayuda de la cuerda y sin ningún apoyo. Algunos pasos, muy difíciles el principio, obligan nuevamente a servirse de la cuerda; la hendidura se hace más accesible, y durante 50 metros por encima del pie de la muralla meridional, transfórmase en escalones impracticables.

Hay que salir de la cortadura horizontal hacia la izquierda, donde unas rocas, estriadas por las aguas, conducen a otra grieta, tallada oblicuamente, que se ha transformado antes en cornisa, cerca de la arista Sudeste, y que conduce a la derecha al pie del muro (3,50 de la tarde). Campamento, 2.250 metros, a las cuatro. Bulnes, 700 metros, a las siete.

Las dificultades especiales de la ascensión a este bloque consisten menos en el corte a pico de la roca, con los peligros inherentes, como los que se encuentran en los Dolomitas y en las montañas calizas del Tirol, que en el estado extraordinariamente liso de la roca, algunos de cuyos pasos son arriesgadísimos.

A pesar de la corta duración de esta subida, el Naranjo es la cima más interesante y más difícil de los Picos de Europa».

## TORRE DE CERREDO

(2.642 metros).

La primera vez que encontramos citada esta cumbre es en la Memoria de Casiano de Prado, con ocasión de su escalada a la Torre del Llambrión, el 11 de agosto de 1856. De la primera ascensión que tenemos noticia es la efectuada por los señores conde de Saint-Saud y Paul Labrouche, el 30 de julio de 1892, con los guías Juan Suárez, de Espinama, y François Salles, de Gavarnie.

El 29 de julio, alzan el campamento en el Hoyo de los Gochos, bastante alejados de Cerredo, pues se ven obligados a atravesar Hoyo sin tierra y subir a la Horcada de Arenizas Baja, y descender de nuevo al Hoyo de Cerredo, desde el que comienza la escalada. Enfrente de ellos se alza la pared oriental de la Torre (véase nuestra fotografía). Los guías comienzan a subir solos, buscando la ruta; a ellos se unen los dos viajeros, y, ayudados por la cuerda, logran salvar aquellos escarpados paredones. Conquistan la cumbre, y en ella permanecen muy poco tiempo. Al descenso, ya casi de noche, se pierden cuando aun no han llegado a la base de la montaña. Los dos guías, inquietos, buscan el camino: «Juan masca nerviosamente la boquilla de su cachimba apagada; François se tira de los cabellos con desesperación; nosotros—dice Saint-Saud—mientras tanto, nos helamos esperando filosóficamente.»

La Torre de Cerredo sólo es practicable por su pared oriental, la que mira al Hoyo de Cerredo, y en cuya base un gran nevero consérvese casi todo el verano. Las otras paredes, puede que sean accesibles, pero necesitan una minuciosa exploración, y tal vez varias tentativas infructuosas. Al Norte, encuéntrase otro gran ventisquero, ya señalado por Prado en su Memoria.

La ascensión a Cerredo exige acampar cerca de él; en ella se invierten siete horas, entre subida y bajada, desde el nevero oriental, que hay que remontar. El pueblo más próximo es Bulnes (695 metros), y el camino más directo va por la canal abierta entre el murallón de Amueza, a la derecha (NO.), y la Sierra del Albo, al otro lado (SO.) Ya casi a lo último de esta canal, cuando tenemos a la diestra la afiladísima Punta de los Cabrones (2.566), y a la izquierda el puntiagudo Neverón (2.564), la canal se hace menos pendiente, formando casi una meseta. Remóntase el contrafuerte que se encuentra al frente (Sur) y se desciende rápidamente por la ladera Norte del Hoyo de Cerredo, viéndose ya a la derecha (Oeste) el paredón de la Torre de Cerredo, que allí se alza a más de 600 metros de altura sobre el Hoyo.

También desde Caín (505 metros) puede comenzarse la excursión. Cerca del Puente de Trea, sobre el Cares, y a la derecha, sale el sendero que lleva a Bulnes, salvando el murallón de Amueza por el puerto de este nombre (1.425 metros). Se sigue este sendero unas dos horas, hasta encontrar la estrechísima Canal de Piedra Belida, que baja a la derecha (SE.), y por ella, muy pedregosa, se sube hasta la base de la Horcada de *Dobresengro* o *Dobresengo* (2.332 metros), que es preciso salvar para bajar a lo alto de la canal que ya hemos señalado en la subida desde Bulnes. Desde el Puente de Trea, se invierten unas cuatro horas en llegar al Hoyo de Cerredo.

Repetimos que el campamento es indispensable, por lo menos una noche, bien la que preceda al día de la ascensión, o la siguiente. Los guías mejores se encontrarán en Caín y algunos en Bulnes.

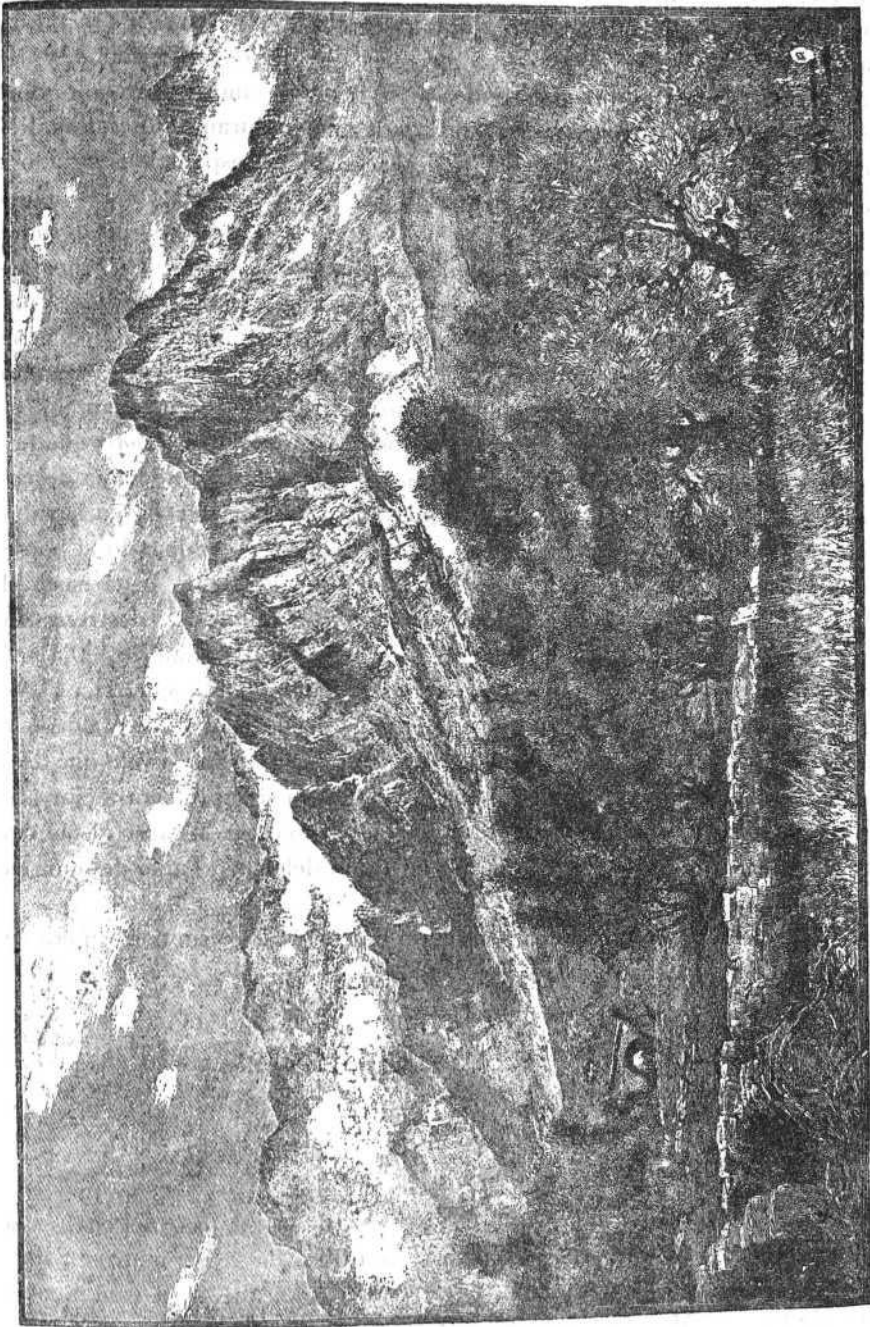
## TORRE DEL LLAMBRIÓN

(2.639 metros)

El conde de Saint-Saud interpreta mal su nombre, cuando saca su etimología de «llama» en el sentido del «incendiado» (por el sol rojo del ocaso). Llambrión proviene de *llambria*, de que es aumentativo, y, en efecto, cuantos logren admirar la enorme llambria que forma casi toda la pared occidental, encontrarán el título justificadísimo.

La primera ascensión ha sido realizada por Casiano de Prado y Joaquín Boguerín, su ayudante, el 12 de agosto de 1856 (véase pág. 12).

Saint-Saud y Labrouche, realizan la suya el 1 de agosto de 1892. Ya en



Torre de Cerredo y Torre del Llambrión, desde el valle de Valdeón.

septiembre de 1891 habían intentado escalar la Torre, pero, desorientados, suben al Tiro Llago, contrafuerte oriental de la Torre del Llambrión, creyendo que lo hacían sobre ésta. Les acompañan François Salles y Bernardo García, éste en calidad de morralero. Ascienden a todo lo largo del nevero oriental, y llegan a la cresta, por la que trepan, teniendo el abismo a uno y otro lado. Sorprendidos por la niebla, se ven obligados a detenerse durante dos horas. Reanudan la escalada ya con la cuerda, y llegan hasta un espantable cortado a pico, que es preciso atravesar «por una cornisa, en la que un gato apenas hubiera podido ponerse de pie; un vacío espantable se abre a nuestros pies, sobre rocas pulidas como el mármol. Más allá, continúa el cortado a pico, y nos vemos obligados a subir instrumentos y hasta los gemelos con la cuerda». Consiguen culminar la Torre, y al descenso, el guía francés que les acompaña, se niega a volver por el mismo camino. «—He encontrado—nos dijo—un camino real.—Imaginad un muro completamente vertical, sostenido por un avanzamiento, cuya base se hunde en el nevero. Entre los dos muros, un agujero que tiene bajo de él más de 30 metros de pared: he ahí la carretera que había descubierto François. Bernardo es descolgado por el camino que se utilizó a la subida, coge la impedimenta, aun a costa de mucho peligro, y caminando al borde del empinado nevero, por una estrechísima cornisa de piedra, llega hasta el pie de la muralla en que nosotros nos hallamos, con admirable destreza, sin piolet ni bastón, marchando por aquel bisel en inverosímil equilibrio. Allá nos aguarda y nosotros descendemos colgados materialmente de la cuerda.»

La excursión al Llambrión puede comenzarse desde Posada de Valdeón y Cordiñanes, donde se encontrarán guías para la ascensión. Es posible que desde este último pueblo pueda realizarse en un día; pero siempre será mejor utilizar el campamento, que ha de establecerse en el hoyo que se abre al pie del nevero oriental, adonde se llega bien por la Canal del Mueño, que desagua en el Cares, más arriba de Caín.

También puede emprenderse la ascensión desde el Hoyo sin tierra; pero en este caso es preciso rodear la base del Llambrión.

## PEÑA VIEJA

(2.630 metros).

La Peña Vieja pertenece al grupo de la Sierra de las Moñas, del cual es la altura máxima. El Instituto Geográfico le da la altitud de 2.630 metros; Saint-Saud, apunta 2.615; Schulz, le atribuye 2.620, y Prado, que da a este pico el nombre de Pico de Moñas, señala 2.636 metros, y, además, le coloca erróneamente como límite de las provincias de Asturias y Santander; Coello le desig-

na con los nombres de Pico de Moñas y Peña Vieja, y una altitud de 9.640 pies (2.689 metros).

La primera ascensión conocida es realizada por el conde de Saint-Saud, a quien acompaña un guía, Cosme Soberón, pastor de Aliva, que, por cierto, no es muy elogiado en el relato que de la ascensión publicó el ilustre alpinista: «Este gran charlatán (Cosme) promete estar en el campamento al día siguiente a las tres y media de la mañana; efectivamente, como de costumbre, llega con una hora de retraso, y cuando alcanzamos el pequeño nevero que se extiende al pie de la pirámide terminal, él, el que todo lo escaló y todo lo conoce, se niega a seguir adelante, arguyendo que jamás ha habido nadie tan loco que haya pasado de allí... En media hora, desde el nevero, llegamos a aquella cumbre de rocas *demasiado inofensivas*.»

Efectivamente: la ascensión a Peña Vieja, terror de los pacíficos veraneantes de Potes y Espinama, es una de las más sencillas que pueden realizarse en Picos de Europa. El extenso panorama que desde la cumbre se abarca le hacen merecedora de llevarse a efecto, para lo cual, desde Aliva, pueden seguirse dos itinerarios: el de la Canalona, por el que más de la mitad se puede realizar a caballo, o el de la Canal del Vidrio, más corto, pero más violento. El camino que se ha de seguir, subiendo por la Canal del Vidrio, es el que sigue (1):

Puestos frente a Peña Vieja, junto al *chalet* real, se cruza, primero, el río Salado, para encontrar una senda que por la derecha (Este) remonta el Paré de los Ilces, y, bordeando un barranco, llega al pie de la Canal del Vidrio. El sendero se retuerce en rapidísimos ziszás, haciendo un minúsculo descanso o rellano junto a la boca de una cueva, dentro de la cual brota un manantial de purísima agua, que en el verano ofrece un refugio de sombra o un asilo en el caso de tormenta o lluvia.

Sigue la tortuosa senda, a veces por cornisas un tanto impresionantes a los no avezados en la montaña, y ya su subida, menos violenta, cruza las rampas llamadas las Verdes, y a las dos horas alcanza la alta meseta, a cuya izquierda se vislumbra el picacho terminal de Peña Vieja. Allí es frecuente encontrar bastantes neveros, aun en el rigor del estío. La senda desaparece en donde se observa que ha habido excavaciones para el aprovechamiento del mineral, y el camino, a rumbo, debe ser aproximándose al borde de la gran cornisa cortada sobre el puerto de Aliva, viéndose de vez en vez el minúsculo *chalet* y la aun más pequeña caseta de mineros de La Providencia.

La ascensión continúa por una gravera bastante inclinada, y a las cuatro

(1) «Una excursión a los Picos de Europa», por José F. Zabala, revista *Por Esos Mundos*, noviembre de 1912.

*Lidbana y los Picos de Europa.*

horas de marcha, desde el *chalet*, se llega a la cumbre, desde la que el panorama que se advierte es de una amplitud sin límites.

A los pies desciende una sierra aguda, que a la derecha se aplatana, formando el resto del macizo, más bajo que el pico en que nos encontramos con diferencia de cerca de 100 metros, y debajo de todo el macizo, entre él y las sierras del Alba y Avenas, la verde extensión admirable del puerto de Aliva.

Por el collado de Cámara (al Este) se divisa Potes, y por encima la sierra que comienza en la Peña de la Ventosa, sigue por las Segadas, Peña Sagra, Peña Labra, y pasa a rodear Liébana por la parte Sur con Cubil de Can, Peña Prieta y Coriscao.

Al Oeste se divisan claramente la Peña de Remoña y las del Circo de Altaiz, Hoyo sin Tierra y la Sierra de las Moñas, que nos oculta el Naranjo de Bulnes.

Por último, al Norte, y como cerrando el enorme círculo que nuestra vista abarca, vemos cerca, y con todo detalle, el pueblo de Sotres recostado en una ladera, al pie de una peña, y más encima, y un poco a la derecha, unos invernales que deben de pertenecer al pueblo de Tresviso, el cual se oculta tras una loma, y más a la derecha el puerto de Valdaminguero, entre los picachos que forman el macizo de Andara y el murallón de la Tabla de Lechugales, Peña Cortés y Silla Caballo, que se unen con la sierra del Alba. Y por encima de Sotres, y tapando el horizonte en esa dirección, la cordillera de Cuera, que separa los concejos de Cabrales y Peñamellera del de Llanes, y entre la bruma, la sábana azul del mar Cantábrico en la parte de costa desde Llanes a Santander.

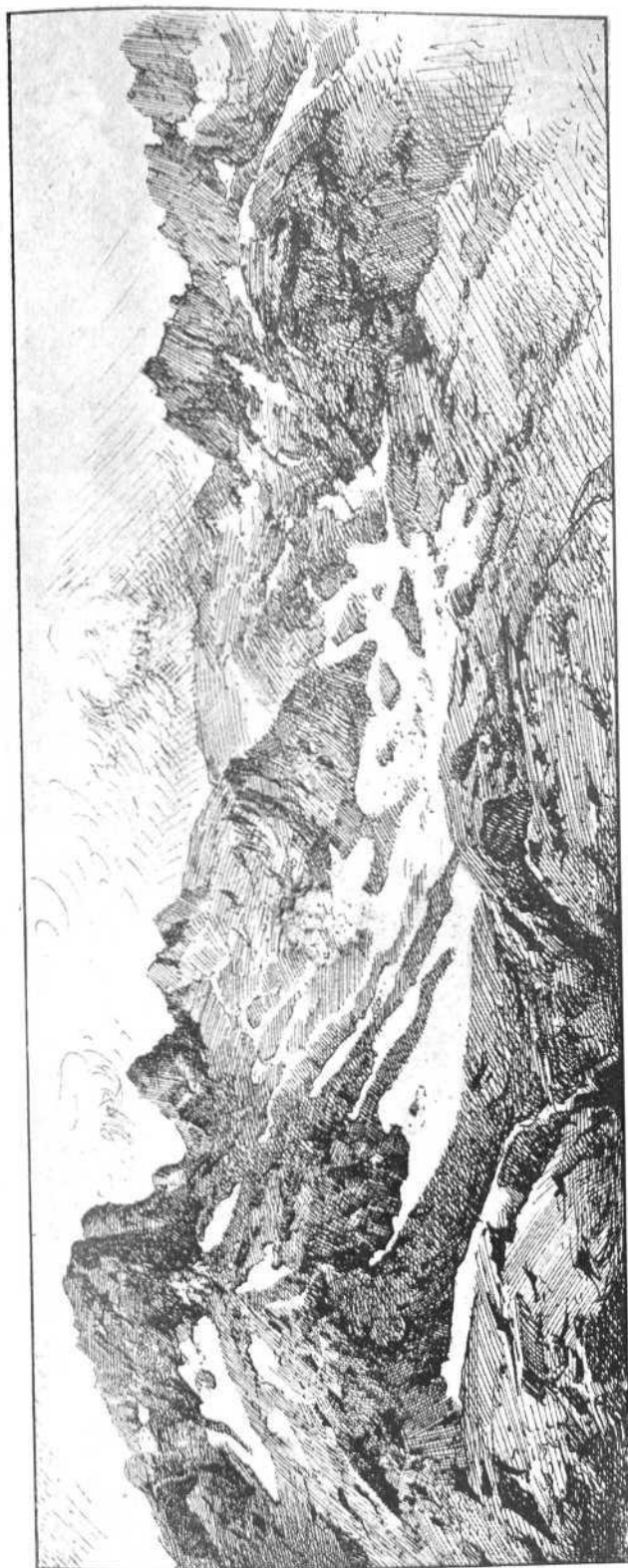


El camino de la Canalona tiene menos dificultad, aunque es más largo. Desde el *chalet* hay que seguir el camino de Lloroza, cuyo casetón dejamos a la izquierda sin llegar a él. Pasado el casetón, y al llegar a un fortísimo recodo del camino (que continúa hasta las abandonadas casetas de Fuente Escondida), recodo llamado La Vueltona, se comienza a subir por el sendero en zizás que parte a la derecha del camino, y que sube hasta el Collado de la Canalona, en llegar al cual se tardan tres horas desde el *chalet*. Ya en lo alto del Collado se tuerce a la derecha, y por neveros y pedruscales, nada difíciles, se llega a la cumbre de Peña Vieja.

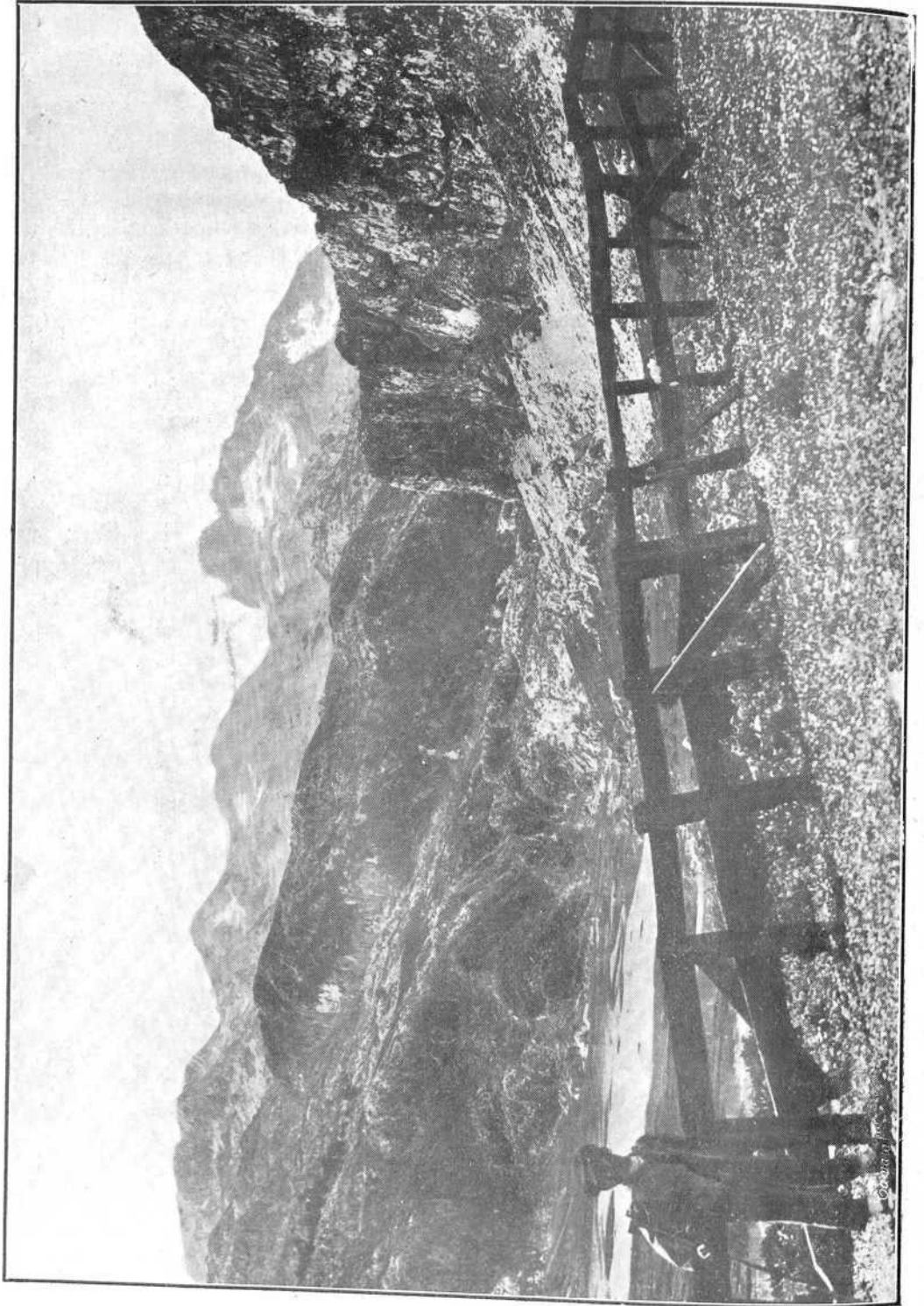
### SIERRA DE JUAN DE LA CUADRA

Un largo contrafuerte que avanza al Nordeste de la Peña Vieja, y que forma la barrera meridional que cierra la Canal de Lechangos, recibe el nombre de Sierra de Juan de la Cuadra. Esta alta barrera de montañas limita al Noroeste el valle por donde el río Buje se escapa de la antiplanicie de Puerto de Aliva.





PANORAMA DE MONTAÑAS DEL CIRCO DE LLOROZA



LAGO ENOL. AL FONDO PEÑA SANTA

Su ascensión carece de interés para el excursionista, y únicamente en el caso de emprender la ascensión de Peña Vieja desde Sotres habría de utilizarse.

## PEÑA REMOÑA

(2.230 metros)

Hemos salido de Potes con dirección a Espinama, pueblecillo que, con su anejo el de Pido, será el último que encontraremos en los repliegues del Val de Baró. Cuando este libro aparezca ya estará terminada la carretera que une a Potes con Espinama, y que en lo futuro (¡quién sabe cuándo será una realidad!) cruzará el Collado de Remoña para llegar a Posada de Valdeón.

Cuando el viajero cruza la aldea de Las Ilces, uno de los barrios de Espinama, pocos minutos antes de llegar a este último pueblo, ya tiene a su frente, cerrando el horizonte, el agudísimo Pico de la Remoña.

Para llegar a su base hay que cruzar Espinama, y poco después la aldehuela de Pido, para llegar a la verde hondonada de Fuentedé (contracción de Fuente del río Deva), en medio de un cerrado circo de montañas formado por la Remoña, la Padierna, el Butrón, las Peñas de Celada, el Hachero y la Sierra de Valdecoro.

En constante borboteo surge el agua, que proviene de una fuente que nace al pie del Butrón, cayendo al valle en un salto de cerca de 80 metros, para ocultarse bajo tierra y surgir después en el manantial junto al cual nos hallamos, y que da origen al río Deva (1).

Por un antiguo camino de carros, que gatea en agudos ziszás por la vertiente Sur de la Padierna o Paviorna, nos internamos en la estrecha canal de Liordes, cerrada al otro lado por la Remoña.

El camino, abandonado hace ya quince años, es detestable, muy pedregoso y empinado, tallado en la roca, colgado a veces sobre el abismo, el cual es salvado al término de aquel sendero que tiene cuarenta revueltas o *tornos*. Invertimos dos horas y media en coronar el puerto de Liordes, llegando junto a un caserón, ya derruido, que sirvió de albergue a los obreros cuando las minas de Liordes eran explotadas.

En una fuente, próxima a las ruinas de la casa, se descansa. El termómetro marca en el remanso del manantial 3°5; el agua es transparente y agradable; esto, unido a su frescor y a que es de caudal perenne, la hacen digna de

(1) En el *Libro de Montería*, de Alfonso XI, llámasele río de Eva. Igualmente, el nombre de Peña Remoña aparece en su forma original de Peña Ramona.

ser anotada, por ser la única fuente que se encuentra desde el manantial del Déva.

El ascenso a la Peña Remoña no es muy fuerte desde el puerto; únicamente el escalar las agujas terminales del picacho ofrece alguna dificultad, y ésta es sólo relativa, pues influye mucho la contemplación del cortado a pico que cae por la Canal de Pedaga.

Ya en la cumbre, el panorama que se ofrece a la vista es prodigioso; a los pies el valle de Baró, con el verde lujurioso de las praderas moteado de los puntos rojos y blancos de los pueblecillos; por las dos laderas de monte que limitan el valle, trepan los espesos bosques de hayas y pinos hasta la cumbre de la primera barrera montañosa; tras ésta, a nuestra derecha, mirando al Este, álzanse los picos de Los Embudos, El Sestil y Peña de las Pártigas; más atrás aún, Peña Labra (1).

Mirando hacia el Oeste, en dirección contraria al valle de Baró, por el que hemos venido, veremos en primer término el Pico de la Padierna; un poco más allá la Torre de Llambrión; al otro lado del valle de Valdeón, las Peñas Carbonales, sobre las que se destaca la Torre de Santa Bermeja, y más allá aún, las negras escarpas de la Peña Santa de Caín.

#### PICO DE SANTA ANA

(2.565 metros)

Es uno de los riscos que cierran el famoso Hoyo sin Tierra, hoyo que da la más exacta impresión de un cráter.

La primera ascensión conocida es la de M. Paul Labrousse, realizada el 29 de julio de 1892. Este alpinista, como nosotros (2), encuentra en época tan avanzada grandes ventisqueros que suben hasta muy cerca del Collado de Santa Ana. Estas nieves tardías son, indudablemente, a las que Casiano de Prado se refiere al señalarlas en agosto de 1856 sobre el «lado Norte de la Sierra de las Moñas».

Para llegar al Hoyo sin Tierra desde el puerto de Aliva (camino el más cómodo y fácil), hay que seguir el camino carretero de Lloroza, y después el de

(1) Próximo a Peñalabra, en el comienzo de dicha Sierra, se halla el llamado Portillo de los Asnos, donde se da una circunstancia que constituye una verdadera curiosidad geográfica: en su vertiente Norte nace el Nansa, que desemboca en el Cantábrico; en la vertiente del Este nace un arroyo, el Abiada, afluente del Ebro, y cuyas aguas van al Mediterráneo, y en la vertiente del Sur nace el Pisuerga, que lleva sus aguas al Duero y desemboca en el Atlántico.

(2) *Una excursión a los Picos de Europa*, por José F. Zabala.

la Canalona hasta su base (pág 80). Se sigue el camino ancho, déjase atrás el recodo llamado de la Vueltona, cerca del cual encontraremos una caseta de reciente construcción, y, siempre cuesta arriba, se llega a los abandonados case-tones de Fuente Escondida, a 2.043 metros de altura, donde aun quedan res-tos de un cable para conducción de mineral de las minas de Altaiz.

Allí encuentra el excursionista un albergue, aunque no muy confortable, su-perior, sin embargo, en comodidad a la tienda de campaña. Frente a las case-tas, y junto al amarre del cable, a la izquierda del camino, hállase la fuente, que tiene bien merecido el nombre de Escondida.

Pocos metros más allá de las casetas el camino termina, precisamente al borde del Hoyo sin Tierra, al fondo del cual hay que descender para alcanzar, por la otra vertiente, el Collado de Santa Ana, desde donde el acceso al Pico de Santa Ana es relativamente fácil; sólo se requiere, como en otras ascensio-nes, no ser propenso al vértigo. Hay que salvar una arista de bastante longi-tud, a un lado y a otro de la cual se hunde el abismo más de 300 metros.

## TIRO TIRSO

(2.633 metros)

La cumbre de Tiro Tirso está situada directamente al Este de la Torre del Llambrión. La vertiente Sur de esta muralla imponente hállase cortada a pico, emergiendo el paredón casi verticalmente de entre un inmenso canchal o gra-vera. Sobre esta gravera, y en la parte inferior de la pared, dos cornisas bien acentuadas llevan, hacia el Oeste, a un canalizo que desciende de la brecha que separa el Tiro Tirso de la Torre del Llambrión.

El doctor don Gustavo Schulze, que ha realizado la primera ascensión co-nocida al Tiro Tirso, relata así la conquista, realizada el 19 de septiembre de 1906 (1):

«Al pie del corredor, entre el Llambrión y Tiro Tirso, hacia las diez y me-dia de la mañana. Altitud, 2.350 metros. A la derecha de este corredor alcán-zase, subiendo un poco, la extremidad occidental de la cornisa superior, sobre la cual se marcha hacia el Este, atravesando la muralla meridional casi horizo-nalmente. Algunos pasos peligrosos conducen rápidamente al otro lado de la muralla, en el que un pequeño canalizo termina bruscamente en unas llambrias bastante inclinadas. En este canalizo, apenas se ha remontado unos cinco me-tros, alcánzase un breve saliente de roca, salvado el cual, y atravesando un gran agujero de la roca, se llega a una pequeña plataforma o resalto.

(1) *Jahresbericht des Akademischen Alpenvereins*, tomo XIV, páginas 81-83. (Munich, 1905-1906.)

»En la arista de una pared de rocas laminadas comienza un segundo paso, peligroso y difícil; por él se gana la parte más accesible de la cornisa. Esta última termina en una arista que avanza hacia el Sur de las rocas terminales del picacho. A la izquierda (Oeste) de esta arista, una hendidura muy estrecha y muy lisa está tallada oblicuamente en el escarpado murallón. Por esta hendidura se llega — diez metros muy difíciles y muy peligrosos — a una segunda hendidura que conduce, subiendo, a una diminuta brecha abierta en el mismo contrafuerte. Una estrecha cornisa termina a la derecha en rocas destrozadas, y únese en seguida con una fisura inclinada que hiende profundamente la roca, y en medio de la cual un grueso peñasco obstruye el paso. Es preciso remontar este peñasco, y por algunos minúsculos resaltos, tallados perpendicularmente en la muralla, se sale de la fisura hacia la izquierda. Más lejos, dos hendiduras estrechísimas, paralelas, sobre la pared cortada a pico — momento el más difícil de la ascensión —, conducen a una cornisa que nos lleva hasta el canalizo terminal.

»Al comienzo del canalizo no se encuentra dificultad alguna; pero muy pronto hay que salvar unos resaltos muy pequeños, precisamente donde la muralla es más vertical y escalofriante. Se sale del canalizo por la izquierda, hacia la cresta final, y se alcanza la cumbre rápidamente a través de rocas fáciles y seguras. El tiempo empleado en la ascensión, a partir del corredor o canalizo inicial, fué de dos horas.

»El descenso por los resaltos de la cresta occidental, hacia la brecha de la Torre del Llambrión, no ofrece grandes dificultades. Punto de partida para esta ascensión: casetón de Lloroza y casetas de Fuente Escondida, al Hoyo sin Tierra.»

## TORRE DE SALINAS

(2.500 metros)

Este picacho es el punto extremo del Suroeste del macizo, así como la Peña Vieja lo es del extremo Sudeste. Su altitud, según Coello, 8.990 pies (2.508 metros); según Prado, 2.500 metros, y según Saint-Saud y Labrousche, 2.474.

La primera ascensión conocida es la realizada por Prado y sus colegas el 28 de julio de 1853. Comienzan la ascensión, desde la meseta de Liordes, conducidos por un guía que lo ignora todo, incluso el nombre del pico que van a subir.

«Nuestro guía — dice Prado — no sabía el camino que debíamos haber seguido, según luego supimos, para vencerlo con la menor fatiga posible, pues nos llevaba por la umbría, casi toda cubierta de nieve, que en algún punto atravesamos por un conducto a manera de cañón de bóveda que las aguas habían

abierto en ella. Mucho tuvimos que sudar para llegar a la cumbre. Arriba estamos, pudimos clamar por fin; pero nuestra satisfacción se vió, no obstante, algún tanto turbada, porque en estas expediciones no cree uno haber logrado su objeto si no puede decir que ha llegado a lo más alto, y desde luego conocimos que en ese caso no nos hallábamos nosotros.

»Contemplamos por largo rato el terreno que nos circundaba. ¡Cuántas peñas altísimas, de cuyos extraños perfiles, que se proyectaban con fuerza en el azul del cielo, purísimo aquel día, no podíamos apartar los ojos! Naturalmente, debía de ocurrírse nos el preguntar los nombres de las más notables; pero nuestro buen guía los ignoraba. Decía que nos hallábamos en las Peñas de Liordes, y en esto no iba fuera de camino, porque tal nombre tiene, en efecto, el grupo que forman las principales, tomado acaso del de una famosa majada que se halla en el centro del camino.

»El bajar rara vez es tan penoso como el subir, y en parte lo hicimos cómodamente, y aun con placer, dejándonos escurrir por tres veces sentados sobre la nieve, a lo que en aquellas montañas se llama *desvilgar*; y, en verdad, que se hace sin peligro cuando la pendiente no pasa de ciertos límites y la nieve no está helada. Hubo, sin embargo, un momento en que yo me sentí arrastrar con demasiada violencia; pero para templar el movimiento, me bastó echarme de espaldas durante uno o dos segundos, volviendo después a incorporarme.

»Comimos con el mejor apetito en la majada de Remoña, teniendo al lado una buena pella de nieve para enfriar nuestros vinos, y después volvimos a Portilla, donde hicimos noche.»

Saint-Saud y Labrouche también padecen las consecuencias del desacierto del guía que les acompaña, aun cuando en este caso no es la impericia, sino, al contrario, un exceso de confianza en sus facultades. Juan Suárez, de Espinama, que era el guía en cuestión, comienza a atacar la Torre de Salinas por uno de sus contrafuertes más inmediatos a la altiplanicie de Liordes, camino del Collado de las Nieves.

«Juan—escribe Saint-Saud—nos lleva a una escarpa inaccesible para cualquiera otro que no sea él, que, con los pies desnudos, siempre la pipa entre los dientes, y sus brazos de simio, atraviesa sin fruncir su cara con el menor visaje esta pared cortada a *hilo de plomada*. Nuestras protestas son vanas: hay que decidirse a seguirle; pero nosotros no llevamos cuerda alguna. No importa; su puño, fortísimo, atenaza nuestra mano; su rodilla nos sirve de estribo, y pasamos en un equilibrio inestable, jurando que no volveremos jamás por sitios como éste, juramento que no impide el que repasemos a los pocos momentos».

Llegan a la cumbre de una torre que no es la Torre de Salinas; usando del derecho de primeros ocupantes, la bautizan con el nombre de torre de Olavarría (2.441 metros), en honor al ingeniero-director de las minas de Liordes, que atendió a los ilustres alpinistas franceses con hidalga hospitalidad.

## PUERTO DE ALIVA

La extensa altiplanicie que lleva este nombre forma una ondulada meseta empradizada, cuyas alturas varían entre los 1.200 y 1.400 metros, y que en época de nieve constituye un excelente campo de ski.

De forma elíptica aproximadamente, el eje mayor de Este a Oeste tendrá unos tres kilómetros, y el menor cerca de kilómetro y medio, éste entre la Peña Vieja y las Peñas de Juan Toribio.

Cuatro entradas dan acceso al puerto de Aliva: al Sur, Boquejón o Las Portillas, a 1.265 metros de altitud, por donde viene el camino que desde Espinama cruza los invernales de Igüedri, siguiendo las sinuosidades del arroyo Sargüeso, que baja desde el Boquejón. La Horcadina de Cuevarrobres, que al Oeste da paso a Lloroza, al pie de Peña Vieja. El Estrecho de Baornello al Nordeste, por el que baja el camino de Sotres, siguiendo el curso del río Duje. El Collado de Cámara, al Este (1.705 metros), entre la Sierra de Avenas y las últimas crestas occidentales de la Tabla de Lechugales, llamadas Sierra del Alba.

La parte más oriental del Puerto de Aliva divídese en dos mesetas, prolongación una de la otra, sin que ningún accidente natural las separe, llamadas Campomayor y Campomenor. Entre éstas dos vegas hállase una humildísima ermita, dedicada al culto de San Pedro, en la que se celebran pintorescas romerías el 1 de agosto y el 2 de julio.

En Aliva tiene en explotación la sociedad minera La Providencia varios criaderos de blendas, y para el servicio de las minas ha construído caminos, carreteras, dos casetones, uno para los ingenieros, y el otro para cocina, cantina y cuadras, y algunas chavolas o casetas en las que los obreros duermen. Al pie de la Canal del Vidrio hay un lavadero de minerales y un casetón de la empresa Echevarría.

En obsequio a S. M. el Rey D. Alfonso XIII, la Real Compañía Asturiana de Minas hizo construir en este puerto un admirable *chalet* en el sitio llamado Río Salado, bajo la Peña Vieja, a 1.700 metros de altitud. Es de estilo inglés moderno y consta de tres cuerpos de planta baja, mansarda y sótano. En el cuerpo central están dos galerías, en las entradas, y el comedor, muy amplio. En los cuerpos laterales, los dormitorios, cuartos de baño, despensa y cocina. Al exterior es de cinc acanalado, de colores blanco y verde en fachadas y maderamen, y rojo vivo la techumbre, en la que se alza una gran chimenea de piedra. En el interior está amueblado con lujo y dotado de agua corriente, calefacción y alumbrado de gasolina.

Se inauguró este *chalet*, cuyo coste se eleva a la cifra de 125.000 pesetas, en los primeros días de septiembre de 1912, y actualmente le ocupan en sus viajes los ingenieros de la Compañía y sus invitados.



## CIRCO DE LLOROZA

Saliendo del Puerto de Aliva, y después de subir y cruzar la depresión de la Horcadina de Cuevarrobres, en que se hunde una estribación Sur de la Peña Vieja para unirse a Sierra Arredonda, seguimos por un sendero casi llano, que nos lleva hasta otro portillo, llamado Horcada de la Poza; traspuesto el cual, y siempre bordeando las escarpas meridionales de Peña Vieja, se llega al Circo de Lloroza, en el centro de cuyo semicírculo el Monte Lloroza eleva su cumbre redondeada.

Muy cerca del camino carretero que desde Aliva va hasta las minas de Altáiz (Fuente Escondida), encuéntrase el casetón de Lloroza, en el que en varias expediciones realizadas por nosotros, nos ha brindado una generosa hospitalidad don Torcuato Cuevas, empleado de la Real Compañía Asturiana de Minas.

Desde una de las cercanas prominencias que dominan el casetón, adviértense distintamente, de Sur a Norte, las cumbres que forman este amplio circo: a la izquierda, Peña Remoña y torre de Salinas; siguiendo a la derecha, la torre del Llambrión, peñas de Altáiz, Pico de Santa Ana, los Horcados Rojos, y, por último, la depresión de la Canalona y el macizo imponente de Peña Vieja.

A pocos minutos del casetón, encuéntrase la caseta del cable de Lloroza, derruido albergue de madera y piedra, junto al cual tiene su amarre uno de los extremos de un cable de acero que se inserta abajo, a 700 metros en vertical, en la pradera de Fuentedé, en donde el río Deva nace. El cable sirvió en tiempos no muy lejanos para el traslado de vagonetas de mineral desde Lloroza hasta la referida pradera.

En el libro *Liébana y los Picos de Europa*, del que copiamos éste y otros detalles interesantes, cuentan la *hazaña* de uno de los peritos que instalaron el cable, que en alguna ocasión subió los 1.200 metros que éste tiene de longitud, metido en uno de los cubilotes que se utilizaban para bajar el mineral; y como al llegar a unos ocho o diez metros del balcón se entorpeciera el mecanismo que ponía en movimiento el artefacto, y esto le colocara en trance de estarse en el cangilón su buena ración de tiempo, cortó por lo sano y trepando guapamente por el cable, a fuerza de puños, llegó hasta arriba, con sorprendente tranquilidad.

Desde este balcón del cable, contéplase admirablemente la pradería de Fuentedé, y a nuestra derecha la Peña de Remoña, cruzada por fajas verduscas paralelas, denominadas las Verdes. Siguen después las cumbres del puerto de Somo, y más a la izquierda, o sea enfrente de nosotros, el pico de Coriscao, cuyas estribaciones, de bosqueje inextricable, cierran el valle por ese lado; más lejanas, y como cerrando la enorme cazuela que contiene a Liébana, se divisan



el Puerto de San Glorio, Peña Prieta, Cubil de Can, y como unidas a ellas, y por encima de las peñas de Caloca y Vendejo, Peña Labra, Peña Sagra y las Segadas.

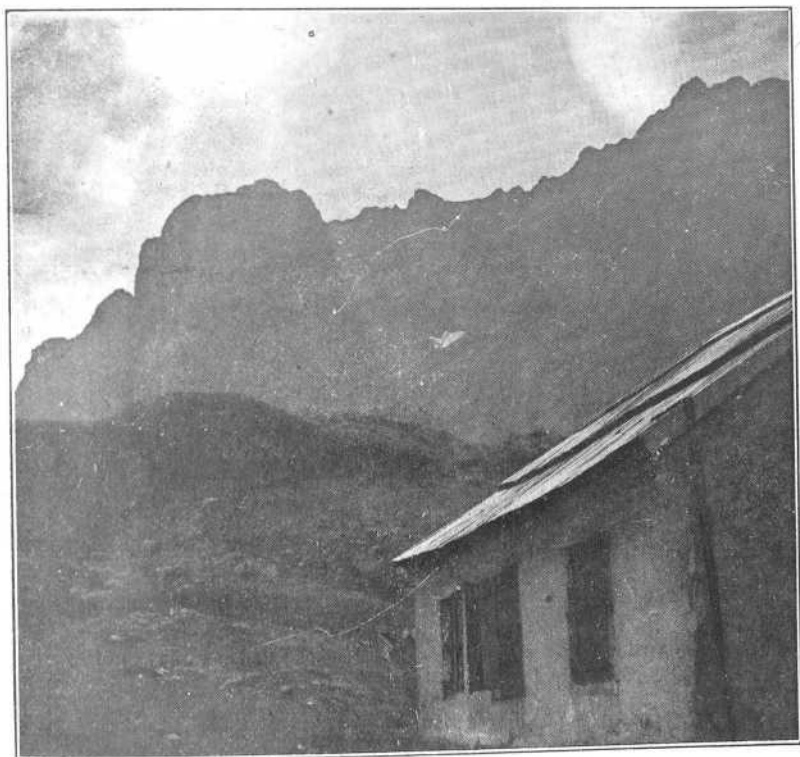
Los montañeses de Espinama, Pido y Las Ilces, abrevian tiempo y distancia para descender a estos poblados desde Lloroza, bajando por la canal de la Jendúa, o Jenduda, que tiene su comienzo muy cerca del casetón de Lloroza y a su Oeste.

El primer tramo es corto y termina en una plazoleta no muy ancha, ensombrecida por las cumbres que la rodean; grata verdura y una fuente convidan al descanso.

Pero a muy pocos pasos de este lugar apacible abre sus fauces la canal, que es una hendidura profundísima abierta en la peña, de tres metros de anchura cuando más, que invita a despeñarse, porque aquello no es descenso. El piso es de piedra suelta de gran tamaño, y los pies no encuentran ocasión de afirmarse plenamente casi nunca; se desciende acompañado de pedruscos que arrastramos nosotros mismos y que producen extraños ruidos y ecos en aquella concavidad temerosa, que se ahonda rápidamente. Y cuando se sale de ella respirando con algún desahogo, se empieza una senda inverosímil que os conduce velozmente, más de lo que se quiere, al primer torno del camino de Lloroza y en seguida a Fuentedé. Miráis hacia arriba, como en duda de la hazaña que acabáis de realizar, y a vuestra izquierda veis la sombría boca de la canal de la Jendúa, y a la derecha el balcón del cable, sobre el que no hace mucho os hallábais y que ahora admiráis suspendido, amenazante, sobre vuestras cabezas.



PEÑA VIEJA, DESDE LLOROZA



PEÑA VIEJA, DESDE EL CASETÓN DE LA PROVIDENCIA (PUERTO DE ALIVA)

SIERRA DE JUAN DE LA CUADRA

PEÑA VIEJA



PEÑA VIEJA Y LA CANAL DE LECHANGOS, DESDE LA SIERRA DE LAS MOÑAS

SIERRA DE AVENAS COLLADO DE CÁMARA

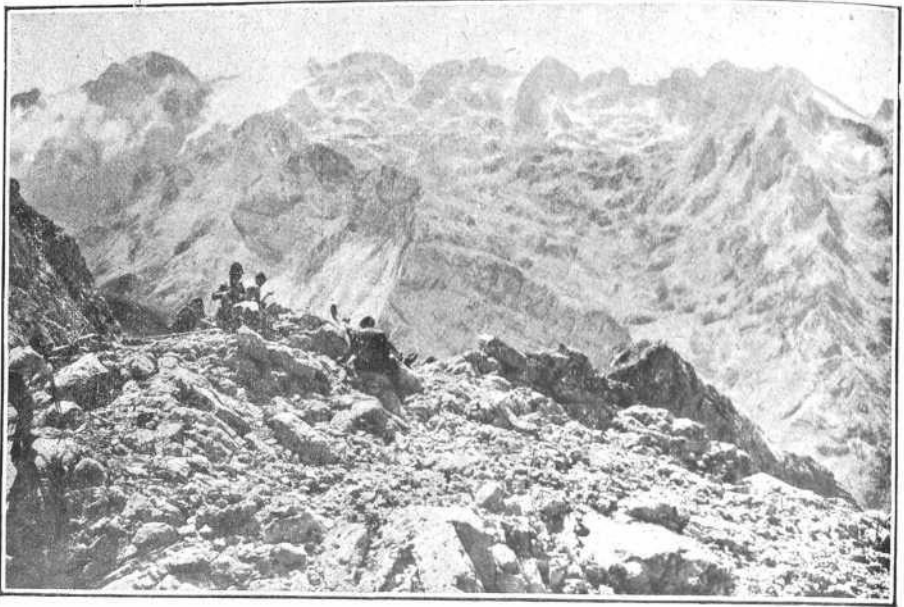
TABLA DE LECHUGALES



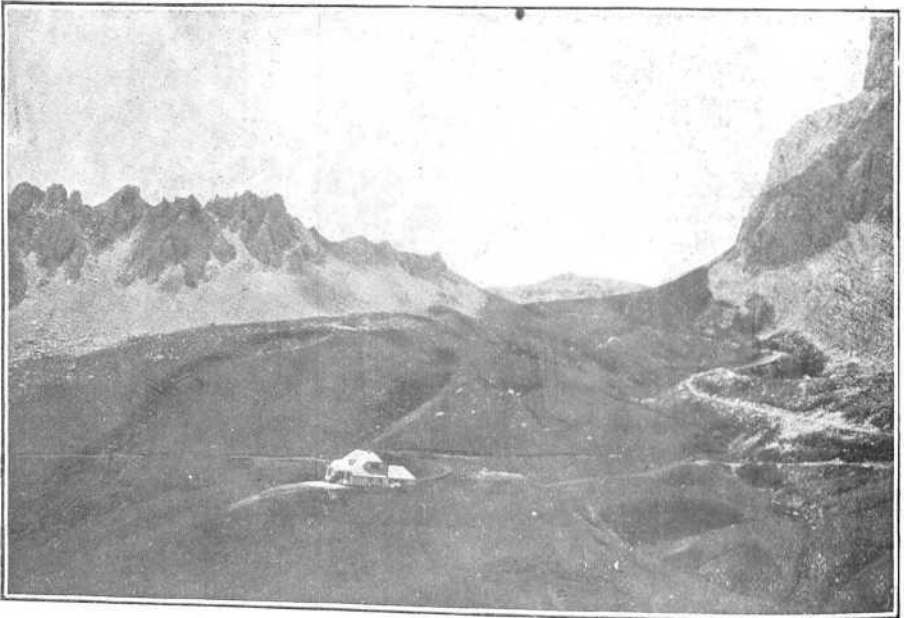
LOS PICOS DE EUROPA DESDE EL VALLE DE POTES  
Al otro lado del Collado de Cámara asoma la cumbre de Peña Vieja.

PEÑA VIEJA

SIERRA DE LAS MOÑAS



EL MACIZO CENTRAL, DESDE EL PUERTO DE VALDEMINGUERO



PUERTO DE ALIVA Y CHALET REAL  
A la izquierda, las Peñas de Juan Toribio; a la derecha, Peña Vieja; entre ambas,  
la Horcadina de Cuevoarobres.

## MACIZO OCCIDENTAL



ESTE macizo, llamado también de Covadonga, hállase limitado al Noroeste por el río Sella; al Norte, por el río Gueña, afluente del Sella, y por el Casaño, afluente del Cares, y por este último río al Oeste y Suroeste, que le separa del macizo central.

La generalidad de cuantos han estudiado los Picos de Europa consideran la llamada Sierra de Beza como independiente de aquéllos. No nos parece acertada esta decisión, pues esta serranía no es sino un contrafuerte del Pico Valdespino y del Canto Cabronero, que lo son, a su vez, de los Picos de Cornión, en los que culmina Peña Santa (2.600 metros), altura máxima de este macizo.

En él radican las comarcas de Sajambre y Valdeón (provincia de León) y la de Onís (Asturias). Absolutamente dentro del macizo, sólo se encuentran los pueblecillos de Caín (León) y Camarmeña (Asturias), ambos de una situación excepcional sobre todos los demás de la comarca montañosa, pues se hallan colgados materialmente de la roca, y los dos en la margen izquierda del Cares. En la parte Sudeste del macizo radican los pueblos de Valdeón: Posada, Soto de Valdeón, Santa Marina (aunque éste más bien se halla en el macizo central), Caldevilla, Los Llanos y Cordiñanes. Al Oeste del macizo se encuentran los pueblos de Sajambre: Oseja, Pío, Vierdes y Ribota; los ribereños del Sella en el desfiladero de los Beyos: Amieba, Robriellos, Cenella, Cien, Sames, etc. Al Norte, Cangas de Onís, como el más importante de todo el macizo, con todos sus anejos, incluido Covadonga.

En este macizo se encuentran el lago Enol y el de la Ercina; el primero es el único que merece el nombre de lago en todo el sistema de montañas.

Aun cuando sea Cangas de Onís el más importante poblado que en el macizo se encuentra, puede considerarse a Covadonga como punto de partida para las expediciones más interesantes que pueden realizarse.

## DE CANGAS DE ONÍS A COVADONGA

Desde Arriendas, un cómodo tranvía de vapor, que marcha a orillas del río Sella, nos lleva hasta Covadonga. Pasando el túnel de Portazgo está el apeadero de Las Rozas, típica aldehuela asturiana; y siguiendo por entre variado paisaje, llégase a Villanueva, a unos 400 metros del apeadero del mismo nombre; se admira el ex monasterio de San Pedro de Villanueva, uno de los escasísimos tipos, acaso el más notable de la arquitectura gótica primitiva.

Fué erigida la tal iglesia en memoria del Rey Favila, y según el historiador Yepes, que da copia de la escritura de fundación, fué comenzada el 21 de febrero del año 746, por los Reyes Alfonso I y Hormesinda, hermana ésta de Favila.

Lo verdaderamente notable es la vieja iglesia, de la que subsisten la capilla mayor y la portada. En los capiteles de ésta se ven muchas figuras bien conservadas, que aluden a la muerte de Favila, objeto de la fundación de la iglesia.

En uno se ve a Froiliva a la puerta de un palacio o castillo, flanqueado de dos torres almenadas. En otro capitel se ve a Favila luchando con el oso. Su traje es una túnica de malla, y en la cabeza un capacete o morrión que cubre casi todo el rostro y sólo deja para ver un agujero en forma de ojo. Lleva manopla y embraza un pavés, al que se abalanza el oso.

En el tercer capitel hay multitud de figuras en derredor de una fiera de forma fantástica.

En todas las columnas de la capilla mayor se ve repetida la historia de la triste montería de Favila, pues sus adornos consisten en osos, cazadores con lanzas o espadas, etc. Todas estas figuras se conservan en la más completa integridad.

A los nueve kilómetros de recorrido desde Arriendas, llégase a Cangas de Onís, población que ofrece al excursionista todo cuanto pueda apetecer. Posee hoteles lujosos y fondas modestas, establecimientos de todas clases, casinos, círculos, cafés, etc. Por ella cruzan las carreteras de Sahagún a las Arriendas (Puerto del Pontón y Desfiladero de los Beyos), y la de Arriendas a Panes (pasando por Cabrales), que se une con la de Unquera a Potes.

La cruza el río Sella, sobre el que subsiste un puente romano, conocidísimo de todos, por haber desfilado en revistas, portfolios y postales, cuando aun estaba tapizado de yedra. Hoy esta yedra ha sido arrancada para evitar el desmoronamiento de este bellissimo recuerdo de los pontífices romanos.

En los alrededores de Cangas de Onís encuéntrase el campo llamado de la Cruz, en donde se puede visitar la histórica capilla de Santa Cruz, edificada por Don Favila en conmemoración de la batalla ganada por su padre Don Pelayo a los sarracenos en el campo de la Cruz, de donde toma su nombre el an-



tiquísimo y pequeño templo. Allí se encuentra el documento auténtico más antiguo del tiempo de la Reconquista.

La capilla se alza sobre un montículo, y está edificada sobre un dolmen, que se ve levantando la tarima que cierra una especie de cisterna seca. Con ayuda de una luz puede verse el monumento que sirve de cimiento a la capilla.

En realidad, ni la fábrica ni sus añosos muros ofrecen interés; pero no ocurre así con la lápida de piedra que en la parte Norte y al lado del Evangelio, a una altura que no permite distinguir los caracteres en ella grabados, está embutida en la pared. Mediante una escalera se alcanza a contemplar de cerca aquella antiquísima escritura.

La lápida tiene una inscripción en latín bárbaro, que, traducida, dice así:

«Esta santa máquina se levanta por inspiración divina; este templo, en su obra hermosa, resplandezca manifiestamente en la devoción cristiana, con sagrados presidios, manifestando la señal de la Santa Cruz. Sea agradable a Cristo esta iglesia por el trofeo de la Cruz, la cual su siervo Fabila edificó en su probada fe con Froiliuba su mujer, y las prendas de sus hijos, los cuales por tus merecimientos, ¡Oh Cristo!, tengan cumplida gracia, y después de esta vida misericordia eterna. Dios te conserve en este lugar, como altares consagrados a Cristo Señor Nuestro. Fecha a trescientos años del tiempo y en la sexta edad del siglo (que es el año de la creación del mundo, seis mil trescientos treinta y nueve.)»

El conde de la Vega del Sella, gran estudioso de la región, especialmente en lo que a la prehistoria y a la arqueología se refiere, sospecha que el montículo sobre que se halla enclavada la capilla hubiera sido en remotas épocas cementerio romano, pues en algunas excavaciones hechas no ha mucho tiempo, habíanse encontrado varios esqueletos humanos completos, que yacían en hileras regulares, pero sin ataúd, hallándose entre la tierra removida algunas monedas romanas.

Próximo también a Cangas de Onís, cerca del camino de Covadonga, el antiguo templo de Abamia, en donde fueron enterrados Don Pelayo y su mujer Gaudiosa, cuyos restos más tarde han sido trasladados a Covadonga. En este templo se ven grotescas y misteriosas figuras, entre ellas, dragones, almas en pena metidas en calderas, y un personaje tirado de los cabellos por un diablo, que representa el suplicio del traidor Don Opas.

La iglesia de Abamia está clausurada por hallarse en inminente ruina; y como monumento histórico, se incoó el oportuno expediente, que se halla en tramitación, a fin de que se declare monumento nacional.

Continúa el viaje, y pasando por cerca de Narciandi, sobre la carretera y el río Güeña, que muy pronto se une al Sella, llégase a Soto de Cangas, empalme con la carretera a Onís y Palencia. Aquí está el campo de la Jura, donde

fué jurado el rey Pelayo, y donde antes tomaban posesión los alcaldes de Cangas de Onís.

La peña donde fué arrojado Don Opas se ve perfectamente desde el tren; está situada al lado derecho de la carretera, en el punto donde el tranvía atraviesa el primer puente después de Soto. Dicha peña, enhiesta, presenta en la cúspide el perfil de una cabeza humana.

La Riera, donde estuvo el palacio de los Abades de Covadonga. Sigue el camino por profundo desfiladero a la orilla del río Deva (1).

Después del apeadero de La Riera, debe el viajero mirar por el lado izquierdo del tren, pues desde la vuelta o recodo que se pasa a los tres minutos, se ve a lo lejos el colosal anfiteatro de montañas, y en el centro de éste, sobre un crestón, la basílica de Covadonga.

Queda la estación de llegada muy por bajo de la basílica y del sitio donde se halla emplazado el espléndido Hotel Pelayo; pero un excelente servicio de automóviles afecto al mismo conduce al turista a aquél en breves instantes.

El Hotel Pelayo, dirigido por don Enrique Victorero, y construído por el cabildo de la Colegiata, ofrece el *confort* de los más lujosos hoteles. Actualmente han aumentado los precios por que se regía, que antes de la guerra eran los siguientes:

En el comedor general: cubierto, compuesto de cuatro platos, postre y vino, mesa redonda, 3 pesetas. En mesa separada, 3,50 pesetas.

Salón restaurant: cubierto de seis platos, repostería, postres y vino, 4,50 pesetas.

Comedores privados: El mismo cubierto y precio del restaurant, con un suplemento de 3 pesetas por sala de seis cubiertos, y 5 pesetas por sala de doce ídem.

Pensiones: desde 8 pesetas en adelante.

Baños: por uno con jabón y ropa, 1,50 pesetas.

Los guías, morraleros, criados y chauffeurs que acompañan a los excursionistas, son beneficiados con un descuento.

La antigua hospedería también está abierta al servicio público, en la que se encuentra igualmente exquisito servicio y una mayor economía.

El cabildo tuvo el laudable acierto de instalar, en el piso bajo de esta hospedería, albergue gratuito para los peregrinos pobres.

(1) Advierta el lector la igualdad de nombre de este río (que se llamó *Diva*) y el que nace al pie de la Remoña y pasa por Espinama y Potes, cruzando después la garganta de la Hermida. Este último se llamó río de Eva.

## LAGO ENOL Y LAGO DE LA ERCINA

(1.080 metros)

(1.200 metros)

Desde Covadonga pueden escogerse varios caminos para llegar al Lago Enol y al de la Ercina. El más cómodo, aunque más largo, es la carretera que comienza al pie de la gruta, y en 14 kilómetros de recorrido, pasando por el Lago Enol, va a morir hoy día al pie de la casa de la Picota, de la Asturiana Mines Limited, propietaria de las llamadas minas de Bufarrera y de Enol, regentada allí por Mr. William Makenzie («don Guillermo», como le llaman familiarmente en la comarca).

La carretera, de fortísima pendiente en algunos sitios, elévase considerablemente sobre Covadonga, para luego descender hacia el Lago Enol, y bordeando el mogote llamado Porra de Enol, rodea el lago en dirección de Oeste a Este, se ciñe después a la ladera septentrional del cerro en que se halla enclavada la casa de la Picota y llega al borde del Lago de la Ercina.

Menos cómodo, pero más pintoresco, es el camino que, saliendo de encima de la Cueva, penetra en el valle llamado de Braña-Mera, cruza las praderías de Reinazo y comienza por la roca viva, en la que el tránsito de infinitos caminantes ha labrado así como una tosca escalera, que en días de niebla, sobre ser áspera, es peligrosamente resbaladiza.

Llégase a dominar la peña de Auseba, en la poética vega de Orandi. En esta vega se oculta el río Deva, para reaparecer en forma de cascada debajo de la Cueva de la Virgen, después de atravesar toda la peña.

Prosíguese el camino disfrutando del soberbio paisaje, entrando poco después en la amplia vega de las Mestas; continúa desviándose del monte Retortorio, que dejamos a la derecha, y se llega a la majada de Tresllué, en lo alto de la cumbre que lleva su nombre, y allí se cambia de dirección hacia la izquierda, entrando en la de Severín y atravesando la de Fana, dando poco después vista al Lago Enol.

Al trasponer la pequeña colina pelada, surge ante nosotros el inmenso anfiteatro que forma el lago, dominado por el enorme mogote calizo la Porra de Enol, sirviendo de horizonte a tan bella decoración la Peña Santa de Enol.

En la Vega de Coñeya, a la que se llega desde Lago Enol por el colladito que forman el cerro Sobornín y el de la Picota, se encuentra el lavadero y depósito de mineral. Al pie de aquél arranca, muy empinado, el sendero del Escalero, que nos sube, primero, a las minas de Bufarrera, estación origen del cable, y más arriba a la casa de la Picota, ya referida, y al Lago de la Ercina.

Estos lagos tienen once hectáreas de superficie cada uno. El de Enol, según

cálculos hechos, aumenta, no por vertedero exterior, sino por filtración, un centímetro diario, o sea tres metros sesenta centímetros al año.

El más alto, el de la Ercina, podría hacersele desaguar, si se quisiera, en el de Enol por medio de un pequeño túnel. La sociedad inglesa explotadora de las minas de hierro manganesífero toma de ellos el agua necesaria para la explotación.

## PEÑA SANTA DE CAIN

(2.586 metros)

Peña Santa o Torre Santa es la altura mayor de todo el macizo occidental, y una de las más difíciles cumbres de los Picos de Europa.

Casiano de Prado alcanza a ver esta montaña el 11 de agosto de 1856, y cree reconocer un ventisquero. Desde la cumbre del Llambrión, donde él se hallaba, no ha podido ver más que neveros no muy grandes, dada la enormísima distancia.

Alrededor de Torre Santa se extienden masas considerables de nieve, sobre todo en las honduras de Hoyo Santo, Hoyo Luengo (Jou-luengo) y Hoyo sin Tierra (Jou-sin-tierra), este último distinto al del macizo central. Saint-Saud y Paul Labrousche han advertido algunas grietas en el ventisquero de la vertiente Norte de Torre Santa, llamado *Cemba viella* (nieve vieja).

En septiembre de 1891, estos dos alpinistas franceses realizan una tentativa saliendo de Covadonga acompañados de dos pastores, y en lugar de la Torre Santa culminan la Peña Santa de Enol.

En agosto de 1892 repiten la intentona, comenzando la ascensión en Soto (Valdeón). Ahora les acompaña Vicentón, el famoso guía, y el que ellos traían de Gavarnie, François Salles, que en otra ocasión posterior, acompañando a los señores Pidal y Amezúa, visitó la Sierra de Gredos. Tras esfuerzos y temeridades sin cuento, logran culminar la cresta terminal de Torre Santa, el *Manchón*, como le denominan los montaraces que viven a su sombra.

El Cainejo relata una ascensión a Torre Santa en el curso de su descripción de la conquista del Naranjo de Bulnes (pag. 68). Más conocedor de la montaña, ha evitado las terribles travesías que Saint-Saud y Labrousche citan en su folleto. Desde luego que la subida a la Torre Santa es difícil, muy difícil; tal vez, en orden de dificultad y peligro, podría ponérsela detrás de la del Llambrión.

La ascensión puede emprenderse por cualquiera de los cuatro puntos cardinales: desde Covadonga (Norte), desde Caín (Este), desde Valdeón (Sur), o desde Oseja de Sajambre (Oeste). La ruta más corta, pero la más violenta, es desde Caín. La subida de la canal de Bufarrera es dura y penosa, pero no complicada. Las dificultades comienzan cuando se entra en el Fou-Santo, des-

de la que ya se comienza a trepar. En ésta, como en cualquiera de las otras rutas que se elijan, el excursionista debe ir provisto de una buena cuerda, sin la cual el descenso se vería seriamente comprometido. Los *cainejos* (de Caín) son, indiscutiblemente, los mejores conocedores de la Torre Santa, y siempre será acertado el elegirlos como guías para esta expedición.

Desde Sajambre hay que subir al Puerto de Beza, y, faldeando por el Norte el Canto Cabronero, cruzar los prados que atraviesa el arroyo Fungumia, y ganar altura desde entonces, para alcanzar la base de la Torre Santa, muy por encima de la ladera de Jusedellagar.

El itinerario desde Covadonga, que ya conocemos hasta el Lago Enol, comienza al borde de éste, pasando junto a unas chozas de pastores; el sendero se desvía hacia el Oeste, cruzando un frondoso bosque de hayas—Jaedo (hayedo) del Oso—. El camino, bueno en un principio, empeora al paso de una torrentera, encajonada en el áspero barranco por donde baja el arroyo Pomperi. Al dominarlo nos encontramos frente a la Piedrona, bloque enorme de caliza desprendido de las alturas inmediatas, al pie del cual existe otro chozo y campamento de vaqueros. Un vallecito estrecho y empinado, de apretada hierba, aparece frente a nosotros (valle de Canraso), y siguiendo el curso del arroyo Redemuña llegamos a la vega de Jusedellagar, al final de la cual encontraremos La Rondiella, pequeña agrupación de chozos, siempre habitados en verano, y descanso de nuestra fatigosa y larga jornada. Los paisanos que allí viven son excelentes conocedores de la Peña. Aventurarse sin uno de ellos por aquellos precipicios y paredones impresionantes, es exponerse a una aventura peligrosa.

Desde la Rondiella, el itinerario indicado es dirigirse francamente hacia «Jou-santo», que rodean las paredes Norte y Oeste de las torres de Caín.

Desde Cangas de Onís puede emprenderse también la ascensión a Torre Santa, siendo este itinerario, aunque largo, tal vez el menos violento, y realizable a caballo en dos tercios de su recorrido.

Por la carretera del Pontón (Sajambre) se pasa por Sames, y continuando el camino, al pasar junto a la aldehuela de Cenega, se abandona la carretera para subir por el barranco o canal de Amieba, pueblecito que encontraremos pasado el mogote de La Corona, hundido al pie de las altas laderas de la Sierra de Corroble, cuyas crestas—La Parriella y Timarra—yérguense frente a la blanquísima y brillante Serranía de Beza, que cierra el barranco de Amieba por el otro lado.

Desde Amieba se sube casi siempre por terreno empradizado, hasta las praderías de Angón, y de éstas, salvando el Monte del Berezosu, a las cuevas de Ozania. Siguiendo, aguas arriba, el arroyo Jungumia, llegamos a las laderas de Jusedellagar, y desde allí, por Jou-luengo, frente a los paredones meridionales de Torre Santa.

## PEÑA SANTA DE ENOL

Separada, como ya dijimos, de la Torre Santa por una profunda hondonada, el comienzo de su ascensión, desde el Lago Enol, es el mismo que para Torre Santa.

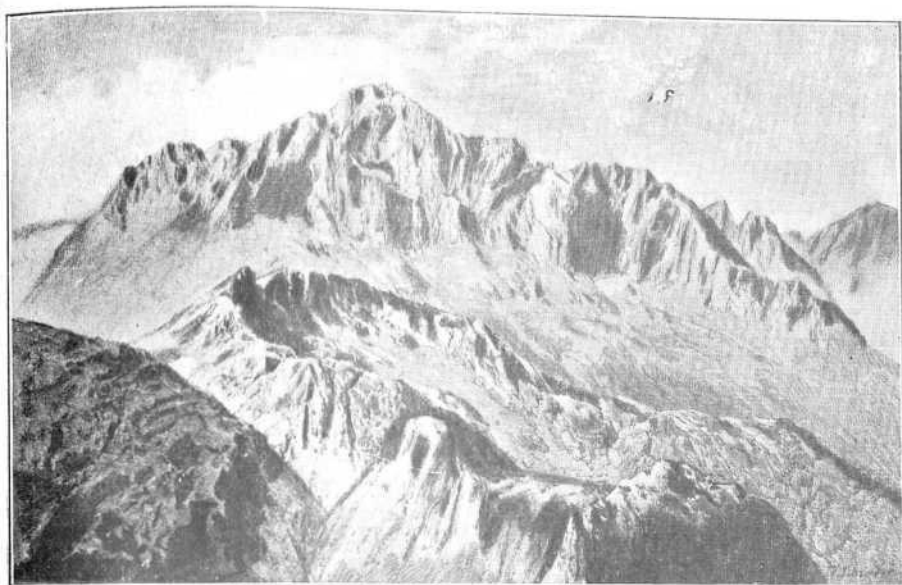
Desde la Rondiella, la ascensión a Peña Santa de Enol tiene un determinado itinerario. Después de descender al río, se sigue toda la Canal Vaquera, también en dirección de Norte a Sur; se deja Vega Redonda y su fuente, a mano izquierda, y se continúa subiendo la canal hasta el término de ella, en unos paredones llamados Los Sargaos, sobre cuyo lomo cabalga la Cuesta de Cebolleda. En lo más alto de ella empiezan los primeros «Gendarmes» o acantilados de las torres de Peña Santa de Enol.



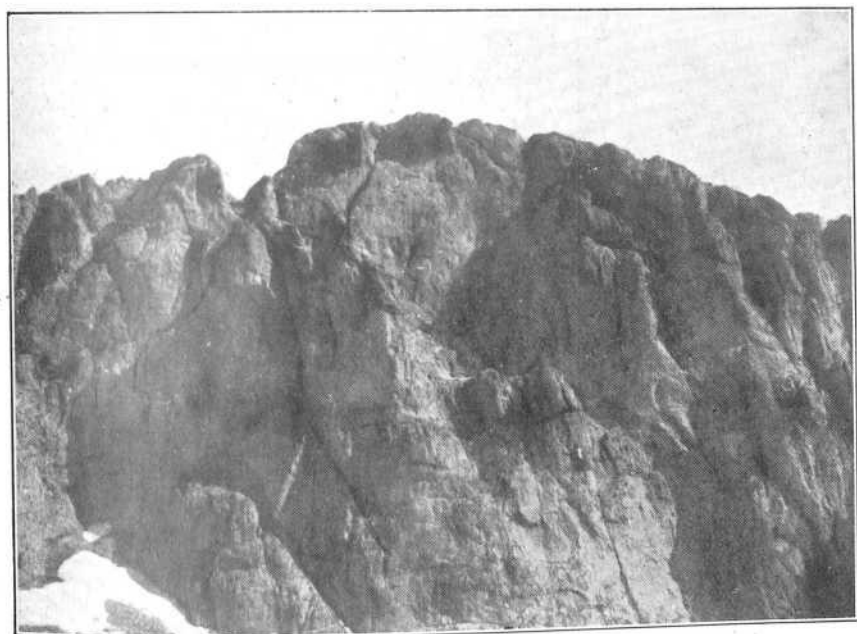
Saint-Saud llama a la Torre Santa, «el *Cervino* de Asturias». Nosotros trasladaríamos el sobrenombre al Naranjo de Bulnes, y si no hubiera el tal Naranjo, a la Torre del Llambrión, que es más *Cervino*, mucho más, que la Torre Santa.

Pero estas tres cumbres que acabamos de citar, si bien son aventajadas por el *Cervino* en altitud, que es casi el doble, no lo son mucho en cuanto a dificultad. Hablamos del *Cervino* actual, no de aquél que conquistó Whympfer desde Zermatt, ni el que culminó Carrel, *el bersagliere*, desde la aldeíta italiana de Valtournanche; hablamos del *Cervino* de ahora, que sustenta sobre sus flancos cinco albergues magníficos; del que penden metros y más metros de cuerdas en sus paredes vertiginosas; en el que hay amarrados cables de acero; en el que se han volado con dinamita unas cuantas toneladas de roca, para tallar pasos... Ni en el Naranjo, ni en el Llambrión, ni en la Torre Santa; en cumbre alguna de los Picos de Europa, para nada ha modificado el hombre la gran obra de la Naturaleza. Aun puede practicarse el alpinismo, que han dado en llamar heroico, en las montañas españolas. Ya ha asomado la piqueta civilizadora por las cumbres del Pirineo central; ya hay cables de acero en el *Pic du Midi d'Ossau*; ya pasan de veinte los refugios edificados en la vertiente francesa; tras esto vendrán las Compañías de guías arreglando rutas y clavando pitones de hierro en que amarrar los cables; y luego llegarán los funiculares, esos sacrílegos armatostes, que profanan la excelsa belleza de la montaña, llevando a las cumbres rebaños y rebaños de gentes, la odiosa multitud de beocios atraída tan sólo por el menú de los hoteles...

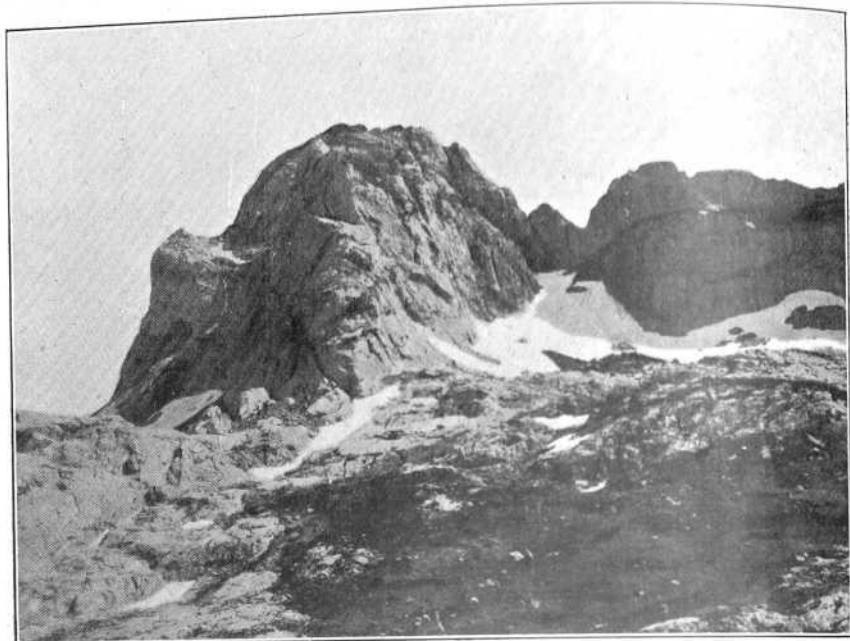
Por fortuna, aun falta mucho tiempo para que el cosmopolitismo vano e insustancial, que ha llenado de vulgaridad (y de oro) los valles incomparables de Suiza, llegue hasta este paraíso montaraz en que comenzó a escribirse, con la Reconquista, la historia brillante de nuestra patria.



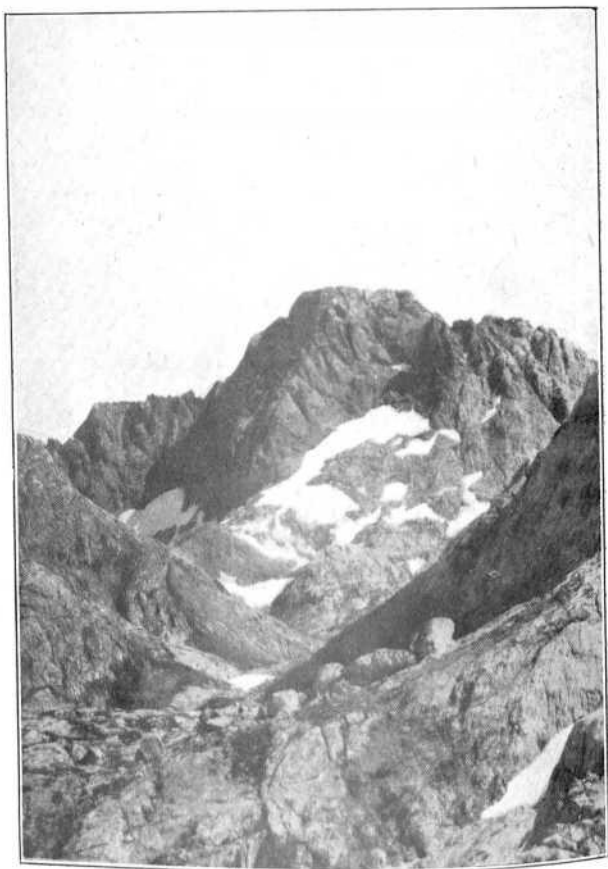
PEÑA SANTA DE CAÍN, DESDE LA TORRE DE SANTA BERMEJA



PEÑA SANTA DE CAÍN, PAREDÓN OCCIDENTAL

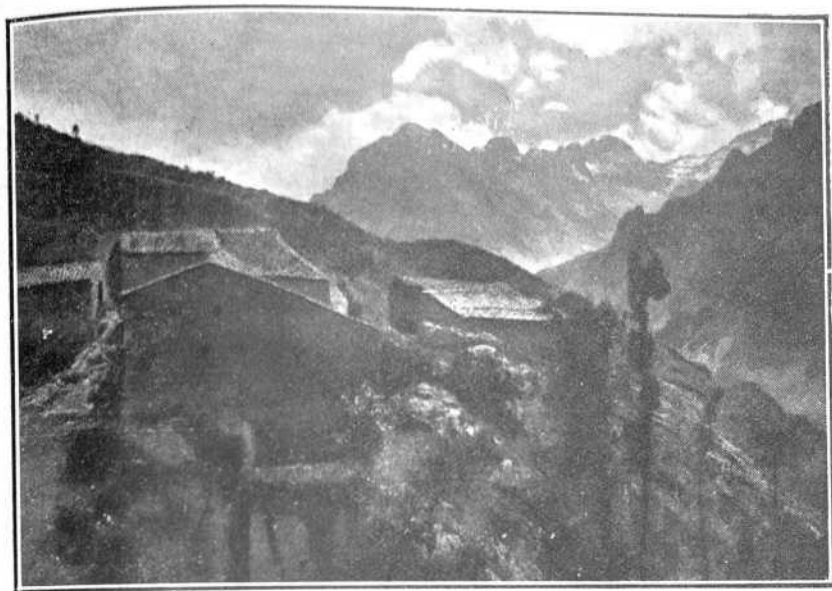


PEÑA SANTA DE ENOL

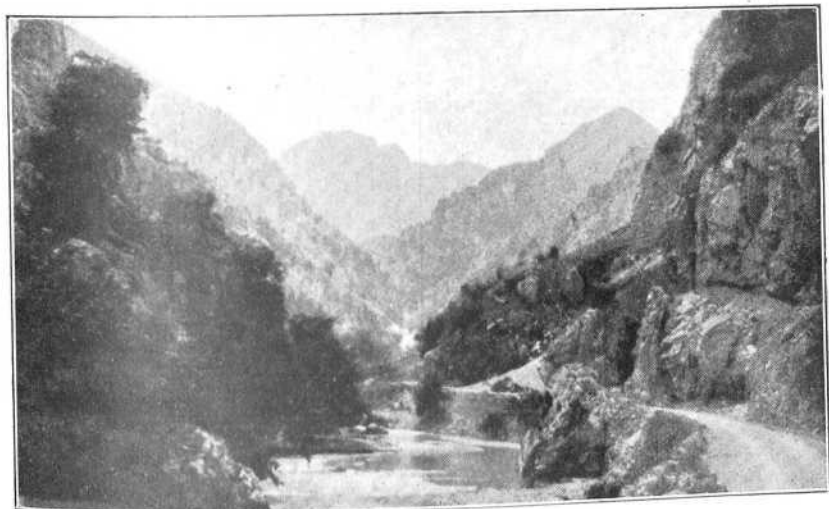


PEÑA SANTA DE ENOL

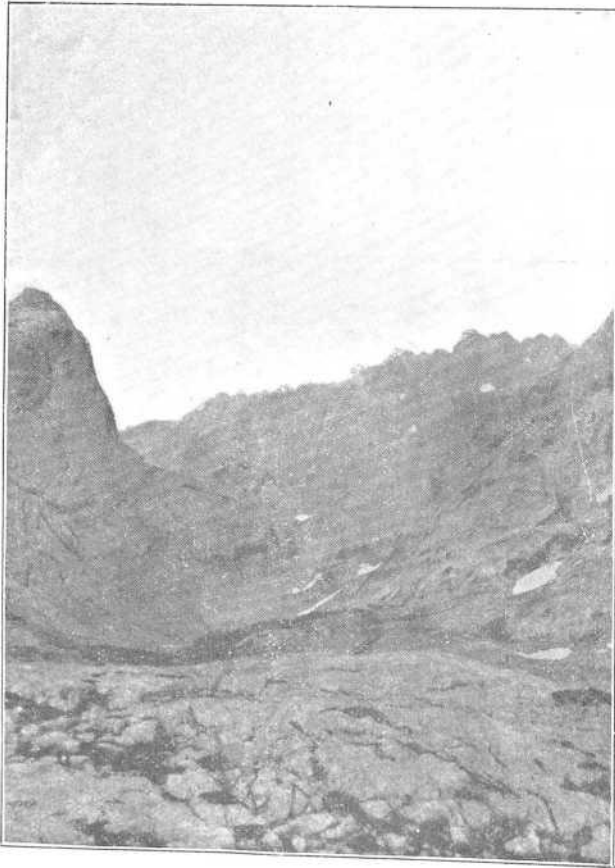




PUEBLO DE SOTRES



GARGANTA DE LA HERMIDA



LOS URRIELES



CANAL DE SAN CARLOS

## MACIZO ORIENTAL



El macizo oriental o *de Andara*, hállase limitado por el río Duje, al Oeste, al Sur y al Este por el río Deva, y al Norte por el Cares, entre Cabrales y su reunión con el Deva.

Es el macizo minero por excelencia; en él se encuentran las más importantes explotaciones de *calamina* y *blenda*, y por ello posee una extensa red de caminos, algunos de ellos carreteros, como el de la Hermida a las minas de Mazarrasa, pasando por Bejes, y el de dichas minas a Tresviso, al que se une el que sube de Sotres.

En la parte meridional, ribereños casi todos ellos del Deva, encuéntranse los pueblos que cruza la carretera de Potes a Espinama; más próximas a la montaña, entre ésta y el río, se hallan las aldeas de Mogrovejo, Tanarrio, Lon, Brez, Viñón, Laporte, Colio, Pendes, Cabañes, etc. Al Este, La Hermida y Urdón, en la garganta del Deva. En pleno macizo encontramos Bejes y Tresviso, y al Oeste, Sotres.

### CAMINO DE LA HERMIDA AL LAGO DE ANDARA

Este camino, que conduce a las minas de Mazarrasa, comienza en el mismo pueblo de La Hermida, y en continuo zizagueo sube rápidamente, viéndose a los pies, apenas se han caminado dos kilómetros, el pueblo, el río Deva y el balneario, que quedan en lo hondo; se pasan las revueltas de la Peña del Otero y de Arnide, para llegar a la Varga de los Mollarés, revuelta que sigue a las tres ya citadas, y desde ella se advierte la gran profundidad de la cuenca del río de Bejes, que bulle a muchos metros bajo nuestros pies. El camino bordea abismos imponentes y marcha después encerrado entre dos sierras pobladas de vegetación en las alturas. Salta sobre el río por el puente llamado de Las Vegas, y sigue la margen izquierda hasta otro pontón, llamado de Pumpedri,

que nos lleva de nuevo a la margen derecha para ir subiendo por la Huera; cruzamos de nuevo el riachuelo; dos ziszás pronunciados, y entramos en las praderías de Bejes, por las cuales vamos dando una gran vuelta, y pasando nuevamente el arroyo por el puente de la Llambria, llegamos a Bejes, pequeña aldea, de admirable situación, cuyos dos barrios, el de la Aldea, a la derecha, y el de la Quintana, al otro lado, trepan por las verdes laderas, entre praderas y maizales.

A partir de Bejes, el camino sube considerablemente en un ziszás pendienteísimo que salva el desnivel hasta los 1.075 metros a que se hallan los hornos del Dobrillo sobre el citado pueblo, que está a 549 metros. Este ofrece muy bonita vista desde los tornos, pasados los invernales de Hoja.

En los hornos de Dobrillo se calcinan los minerales que extraen de sus minas de Andara las Compañías Mazarrasa y La Providencia.

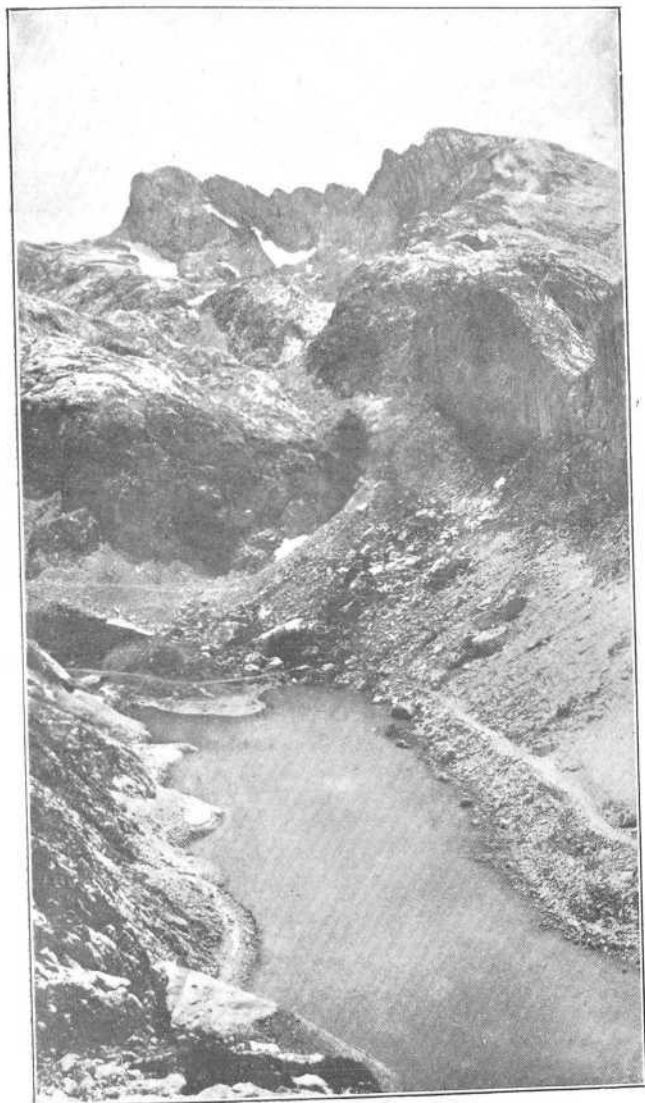
Pasado el Dobrillo es cuando comienza a gozarse en la contemplación de un maravilloso panorama. El camino entra en el monte de La Llama, que atraviesa durante largo trecho. Los abismos se suceden, pasmosos. Hay un punto, llamado Salto de la Cabra, en que se ve, a una profundidad enorme, el canal del salto de agua de Urdón casi en sus comienzos. En la margen opuesta a la en que asiéntase el canal, ziszaguea el temeroso camino de Tresviso, cuyo pueblo no se divisa por ocultarle un peñón a nuestro frente, pero sí unos invernales de las inmediaciones.

El monte de La Llama, por el que caminamos, tiene enfrente, al otro lado de un barranco, la majada de su nombre y el monte El Cado o Praonía, lindando éste con territorio de Tresviso. Pasamos el Vado de los Lobos, y en la revuelta que le sigue vemos ya al frente el pico Mancondío (2.000 metros), atalaya de Andara. Acaba el monte; grandes riscos aparecen aquí y allá en todas direcciones, y, a la izquierda de Mancondío, la Cuesta de las Escaleras y algo del pico Samelar.

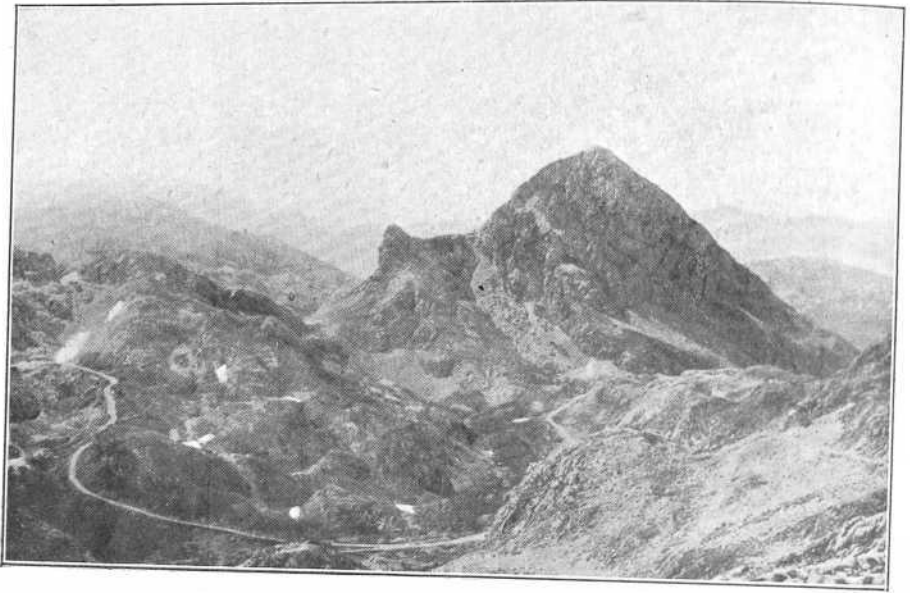
Al llegar al paredón de Mancondío, se bifurca el camino: el de la izquierda (Norte) rodea la peña de Mancondío y llega hasta el circo de Andara, donde se encuentran las minas y casetones de La Providencia; el de la derecha (Sur) pasa por la Canal de las Vacas y marcha a la casa y minas de Mazarrasa.

## CIRCO DE ANDARA

Tres grandes hondonadas o barrancos forman la base del Circo de Andara. En la hondonada más meridional, tiene la compañía «La Providencia» instalado su casetón, de un solo piso y de una longitud de fachada de más de sesenta metros; y en la hondonada Norte, muy cerca del lago de Andara, tiene el suyo la de Mazarrasa, de dos pisos, construído hace veinte años para sustituir a otro emplazado al abrigo de una concavidad de la cordillera, el cual hoy sirve de al-



LAGO DE ANDARA



MACIZO DE ANDARA

bergue para los obreros. Más albergues o chavolas hechas de piedra hay esparcidas en las proximidades de ambos casetones, formando con las cantinas y la capillita que se alza junto al casetón de Mazarrasa un pequeño poblado.

El lago de Andara es de una extensión considerable, que parece menor por hallarse encajado entre enormes picachos. Se halla a 1.750 metros de altura y mide su fondo, que tiene la forma de una quilla de barco, quince metros de profundidad en algunos sitios. Las aguas que de él se filtran se emplean en el lavado de minerales. Sobre el lago eleva su caprichosa crestería el pico de Valdeminguero, hacia el Norte, a una altura de 2.220 metros. Más a Occidente, Pico Hierro cierra el gran anfiteatro.

## PICO HIERRO

(2.440 metros.)

En el año 1865 comenzó a construirse sobre este pico la señal geodésica que más tarde se trasladó a Peña Cortés.

Su ascensión debe comenzarse en Andara, y en dos horas y media, desde el lago, se llega a la cumbre. Como guías pueden tomarse los pastores de Tresviso, que ocupan las cuevas y majadas cercanas al lago, o alguno de los mineros que se encuentren libres.

## CUMBRES DEL MACIZO ORIENTAL

Tomando como centro de excursiones el lago de Andara, en el caso de conseguir hospedarse en cualquiera de los casetones, pueden realizarse algunas excursiones a los picachos de este macizo, que, aunque no son tan interesantes como cualquiera de las del central ú occidental, merecen, sin embargo, la atención del excursionista que no pueda visitar los otros dos grupos.

Desde el lago, en dos horas, a pie, pudiendo hacerlo a caballo en dos tercios de su recorrido, puede llegarse a la cumbre del *San Melar* (2.240 metros), cortada a pico sobre el Valle de Potes, y desde la cual se admira un extensísimo panorama. Un camino de carros sube hasta la falda de este pico, pasando por el Hoyo de la Marrana.

*Pico Hierro* o *Fierro* (2.440 metros), una de cuyas cumbres se llama *Punta de Hierro bajera* (2.438 metros). Desde el casetón hay un camino carretero que va hasta la llamada *Rasa del Inagotable* (2.272), y desde ella a la cumbre sólo se invierte una hora. El panorama es más amplio que el del San Melar.

*Tabla de Lechugales* (2.445 metros), más occidental que las anteriores, y más lejana y penosa su ascensión, por lo tanto, desde Andara. Ofrece un im-

presionante abismo sobre el valle de Potes y un panorama extensísimo, superior al de todas las cumbres del macizo.

*Pico de San Carlos* (2.075 metros), o del *Sagrado Corazón*, sobre cuya cumbre se alza una estatua de bronce dedicada a este último, inaugurada en agosto de 1900.

*Canal de San Carlos*. A pocos metros, a la izquierda (Oeste), del pico del *Sagrado Corazón*, un boquete señala el arranque de la Canal de San Carlos. Hasta donde sube de las minas el camino de carros que pasa por la falda del San Melar.

Aun no hace muchos años que era practicable otro camino de carros que pasaba por la hondura de la Canal de San Carlos; pero los desprendimientos le han deshecho y borrado, y quien baje por aquellos vericuetos ha de hacerlo a pie irremisiblemente. Desemboca la Canal en una abertura llamada La Gárgola, donde se halla la cabaña del puerto de Potes o Trulledes. Un torrente surge de pronto de la roca y os acompaña en el descenso hasta el monte de la Braña del Pando. Al final de éste, en las praderías de Ullances, se dominan los pueblos de Colio y Viñón, a la izquierda, y Argüébanes y Turieno a la derecha. En ambas direcciones hay caminos y otro al frente, por la loma, que va a caer a Rases y Potes. Hasta esta villa, desde lo alto de la Canal, se emplean cuatro horas.

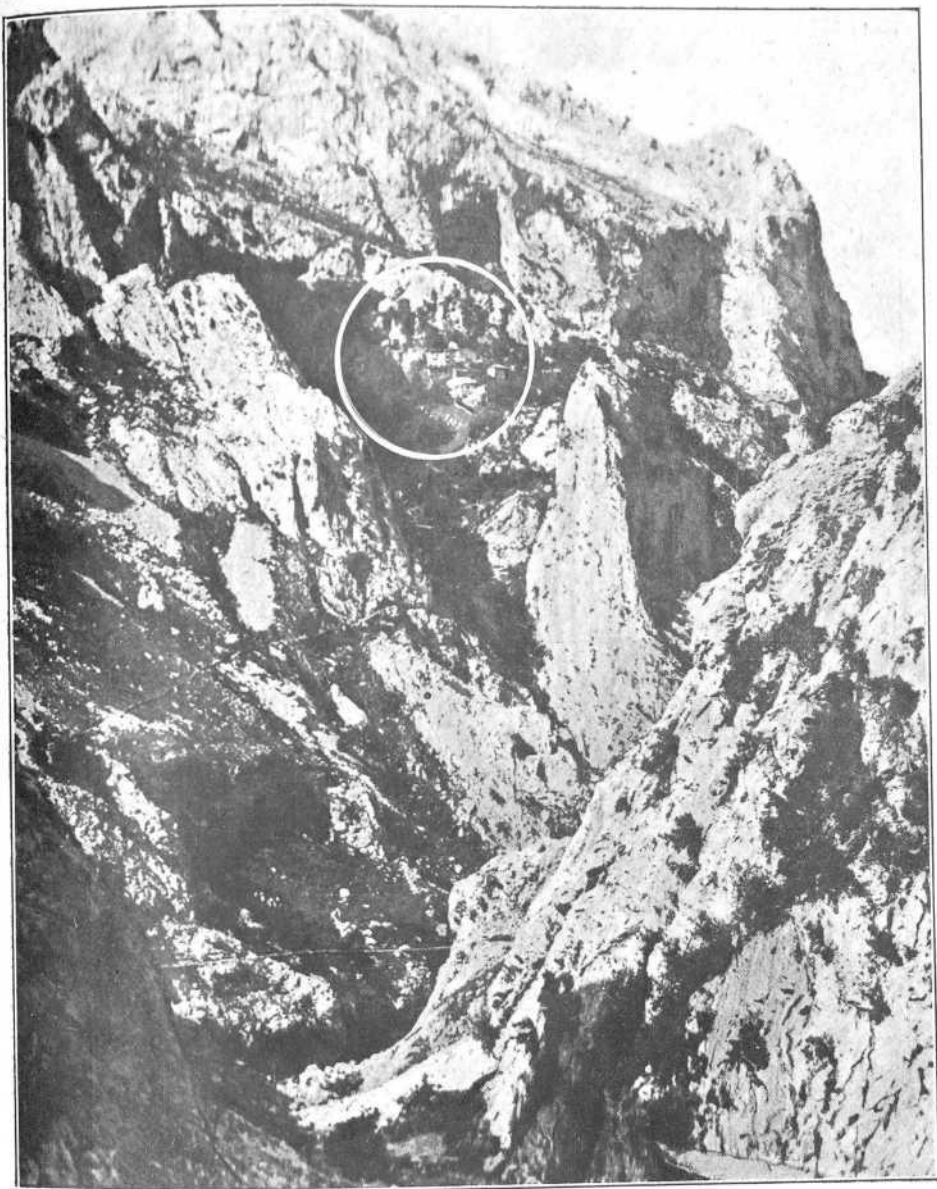
*Ermita de Lebeña*.— Al finalizar la Garganta de la Hermida, viniendo de Unquera (pág. 51), a ocho kilómetros de Potes, en una hondonada que domina el Pico de Agero, el Cueto del Valle, la Corona y el Pico de Tundes, se halla la aldea de Lebeña, con los dos barrios del Valle y de Allende. Una iglesia desconocida hasta hace unos treinta y cinco años, y cuyo estudio ha aportado datos interesantísimos para la arqueología española y aun para la historia general del arte, revela que aquel lugar fué ilustre en los primeros siglos de la Reconquista.

Se halla la iglesia de Lebeña en un otero, sobre el río, entre el pueblo y la carretera y rodeada de viñedos y tierras de labor.

Débase el descubrimiento de esta joya arquitectónica al profesor de la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, don Joaquín Sama, que la visitó en uno de los viajes de verano que realizan las colonias escolares de dicha Institución, y que residen en San Vicente de la Barquera. En 1882 dió algunas noticias de esta iglesia don Ildefonso Llorente Fernández, en su libro *Recuerdos de Liébana*, como también las daba don Rodrigo Amador de los Ríos en el tomo dedicado a Santander en su obra *España; sus monumentos y artes*. En 1884, *La Ilustración Española y Americana* publicó varios dibujos del antiquísimo templo, y don Rafael Torres Campos una excelente *Monografía* del mismo en el año 1885.

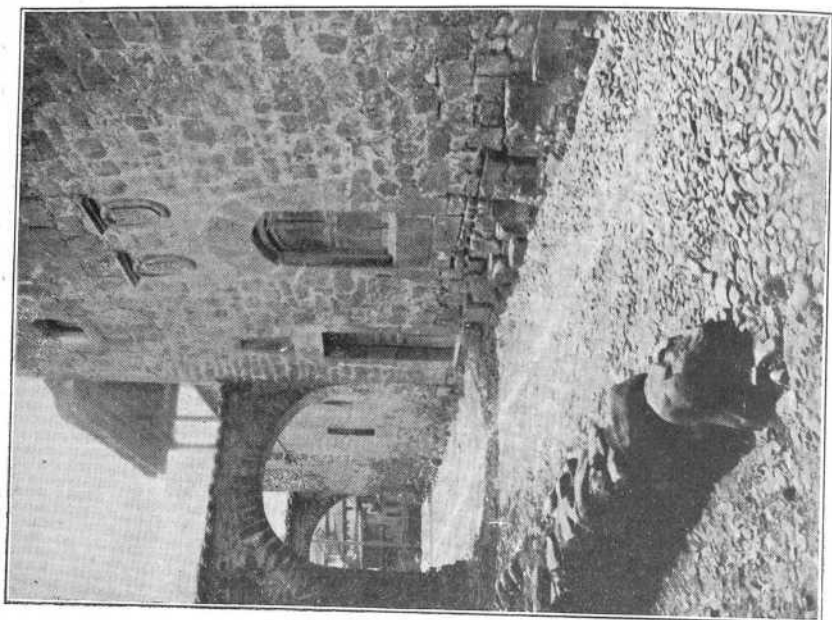
A medida que se iban conociendo la importancia y las bellezas de la iglesia de Lebeña, se iba haciendo campo la idea de gestionar que se la declarase



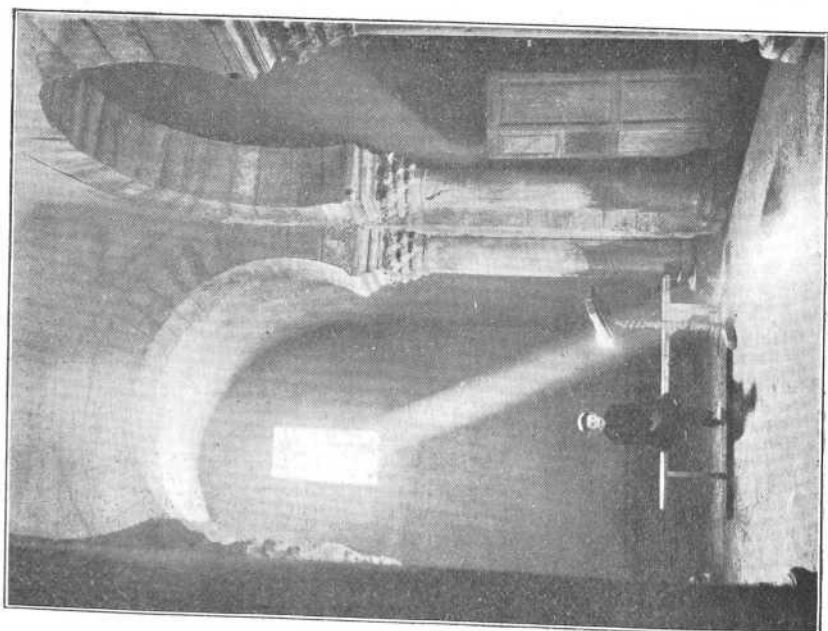


PUEBLO DE CAMARMEÑA

Colgado en la ladera casi vertical de uno de los avanzados contrafuertes orientales de Torre Santa, el pueblo de Camarmeña (encerrado en el círculo blanco) tiene bajo sus pies el hondo desfiladero por donde las aguas del río Cares se deshacen en un hervidero de espumas, al unirse a ellas las del río Duje, que baja por la canal de la Rumiada, y las de la Canal de la Riega del Tejo (en que nos hallamos), por cuyo fondo se despeña el río Bulnes.



FOTES



ERMITA DE LEBEÑA

monumento nacional, como medio expedito de conseguir la realización de obras que restaurasen el edificio, salvándole de una ruina probable y devolviéndole su carácter primitivo, lastimosamente alterado en obras de conservación y reparación. Uno de los que más se distinguieron en tal empeño fué el ilustre profesor de la Universidad Central y fundador de la Institución Libre de Enseñanza, don Francisco Giner de los Ríos, quien, en sus visitas al precitado santuario, instó del párroco del mismo la redacción de una solicitud para que la declaración de monumento nacional pudiera hacerse.

Declarada monumento nacional en marzo de 1893, fué encargado don José Urioste, arquitecto de la Academia de San Fernando, de redactar el proyecto de restauración, y bajo su dirección se realizaron las obras en 1896. Una memoria ilustrada de las mismas, con los informes de las Academias y otros documentos, publicó el señor Urioste en 1897, titulándola: *Restauración de la Iglesia de Santa María de Lebeña (Santander); notas para la historia de este monumento nacional.*

Un curioso documento copiado con letra del siglo XIII en el Tumbo o Cartulario del Monasterio de Santo Toribio de Liébana, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional (núm. 100, fol. 8.º, v.), permite fijar la fecha aproximada de la construcción de la iglesia. Es una carta de donación titulada: *Carta de la Iglesia de Sancta María et de San Román de Levenna con sus pertenencias et otrosí de Bodia et de Maredes que sont de Sancto Toribio*, en la que consta la fecha de la donación, 2 de diciembre de la era 936, bajo Ordoño, rey de León y el conde Fernán-González, en Castilla, donación hecha por el conde Alfonso de Lebeña y su esposa Justa.

## ALGUNAS EXCURSIONES

## DE POTES A ESPINAMA Y CABRALES POR SOTRES Y TIELVE

**D**E Potes salimos con dirección a Camaleño, al que llegamos al término de nueve kilómetros de carretera. Junto a ella, corre en dirección contraria el río Deva, y muy cerca, al otro lado de su margen izquierda, aguas abajo, álzase el elevado macizo de la Tabla de Lechugales, con cumbres de esbelta y difícil silueta como (de derecha a izquierda, vistos desde el valle) el de San Melar (2.240 metros), Silla del Caballo (2.218), Cueto de la Junciana (2.272), Pico de Hierro (2.436), Punta del Evangelista (2.430), Peña Cortés (2.373; en la otra vertiente de las tres primeras hállanse las minas y el lago de Andara.

Hiéndese el perfil de la barrera de montañas en un profundo puerto, el Collado de Cámara, a 1.705 metros, subiendo de nuevo a mayor altura en la denominada Sierra de Avenas, cuyas rocas cimera tienen como altitud máxima 1.873, 1.919 y 1.913 metros, cortadas por dos regulares depresiones. (Véase el grabado de la pág. 64.)

Desde Potes (360 metros de altitud), hemos subido hasta los 445 metros a que se halla Camaleño, cruzando antes los pueblecillos de Turieno (374 metros) y Baró (425 metros). En Camaleño terminaba hasta hace poco la carretera, y de seguir el camino más corto para el puerto de Aliva, debiéramos ir entonces por la canal en cuyo fondo corre el río Sota, que aquí en el pueblo se une al Deva, y buscar el Collado de Cámara por la aldea de Tanarrio.

Pero nuestro proyecto es el de ir a Espinama, pueblo el más lejano y escondido del valle de Baró. En Camaleño comienza un camino de carros, que se aparta de la carretera en construcción, y en fuerte pendiente arriba vamos dejando atrás las aldeas de Los Llanos (615 metros), Besoy (695), Treviño (735), Areñas (700) y Cosgaya (780); al salir de éste cruzamos por un puentecillo el

riachuelo de Cubo que junta sus aguas con el Deva a los pocos metros. Desde Los Llanos, el camino está abierto entre un bosque espesísimo.

A los tres cuartos de hora hemos de cruzar otro puente, pero éste sobre el Deva, que desde entonces tenemos a la izquierda, y atravesando la aldea de Las Ilces (865 m.), sólo nos restan veinte minutos para llegar a Espinama, a 874 metros.

Hemos invertido cuatro horas en recorrer a pie la distancia que separa a Potes de Espinama. De haber podido alquilar un caballo hubiéramos invertido una hora menos.

Habiendo salido de Potes después del almuerzo, se llega a Espinama con tiempo para acercarse a *Fuentedé*.

Hospedaje en la Fonda de Vicente de Celis.



Se cruza en toda su longitud el pueblo de Espinama para entrar en el tortuoso camino que conduce al Puerto de Aliva. No será raro encontrar en el camino algún arriero que en sus borriquillos conduce una descomunal provisión de pan y vino para la cantina de las minas de Aliva.

También tendrá ocasión de observar la cariñosa solicitud de todas las gentes de esta comarca, que no cesan en sus atenciones afabilísimas para el excursionista. En los caminos encontráis unos chicuelos que cuidan de unas vacas, y los niños se descubren a vuestro paso y os despiden con un ¡buen viaje! En las casucas perdidas en el espesor del bosque o en las altas praderías, sus moradores os invitan a reposar la fatiga de la jornada, y os brindan una herrada de leche fresca y pura y un trozo de borona (pan de maíz). Y vuestro asombro crece cuando os devuelven la moneda con que queréis recompensar aquella atención, y se indignan honradamente si persistís en dejarla en manos de los niños que juegan en la puerta.

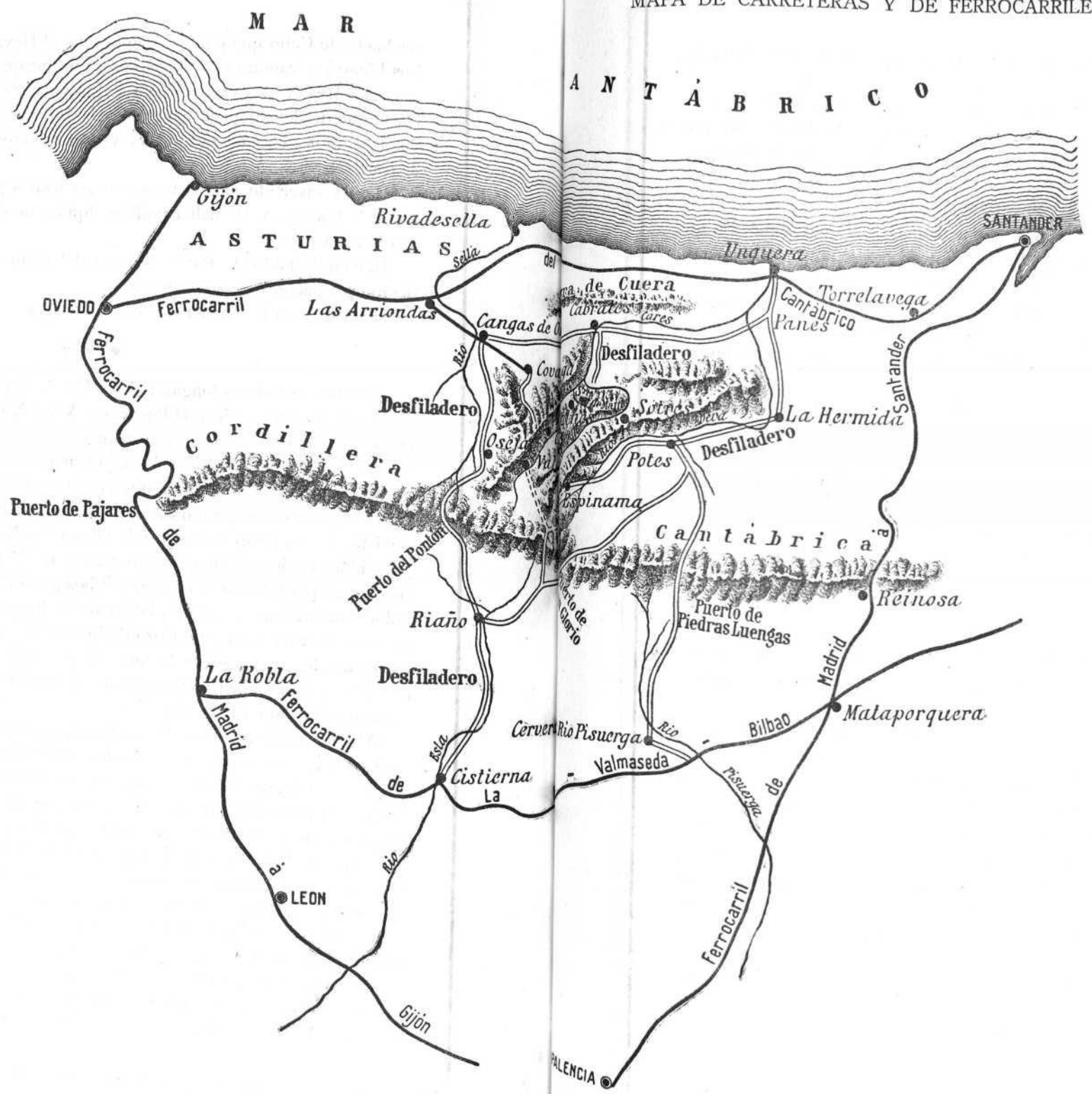
Al término de una hora de camino atravesamos el lugar de Igüedri, destinados sus casetones para albergue de ganado durante el invierno.

Ya el ancho sendero hácese menos pendiente y se interna en un breve desfiladero, el Boquejón, por donde escapa con dirección a Espinama el Arroyo Sargüeso, que nace a pocos pasos del estrecho que ahora cruzamos.

A las dos horas de marcha a pie, se llega a la entrada de Puerto de Aliva. Llegados a las praderas de Campomayor, nos detendremos para ver la capilla de Nuestra Señora de la Salud, que es un verdadero refugio. En el primer cuerpo de la casita existe un hogar para quemar leña, y en el segundo está el altar. Separa los dos cuerpos una puerta de madera con rejas.

Un camino ancho cruza la empradizada planicie de Campomayor. Con él va a unirse la senda que domina el cerro llamado de La Lomba, el cual separa al expresado Campo del río Duje. Río y camino se encuentran al final de La

MAPA DE CARRETERAS Y DE FERROCARRILES



Lomba, y caminan juntos en rápido descenso pasando por la angostura llamada Estrecho de Baernello.

A esta canal, por la cual bajamos y por la que el río Duje descende, formada a la izquierda (Oeste) por la Sierra de las Moñas y a la derecha por las cumbres de Valdemiñero (macizo oriental), se une la Canal de Lechangos, que baja, a nuestra izquierda, entre las estribaciones de las Moñas y las de la Sierra de San Juan de la Cuadra, contrafuerte esta última del macizo de Peña Vieja, cuya cumbre llegamos a ver unos momentos. En el punto de unión de estas gargantas están las llamadas Vegas de Sotres, reducido grupo de invernales y corralizos, en donde casi siempre se encuentran vaqueros y pastores.

Siempre descendiendo, entramos en la Vega de Fernandiello, y, atravesando la portilla de Buján, se llega a los invernales del Tejo (900 m.) En ellos comienza el camino que va a Bulnes, por el Collado de Pandébano, cuyos invernales veremos desde Sotres.

Nuestro camino tuerce a la derecha y comienza a subir por la calzada de Cabao. Una riega baja de la canal de Brañelles, que se salva por un puentecillo. Frente a nosotros, en un promontorio que desde abajo parece inaccesible, está el pueblo de Sotres, del que no se debe salir sin haber charlado con el gran Severo López, el guía más viejo de los Picos de Europa. Le oiremos como si fuese casi un profeta. Nos contará varios horribles sucesos acaecidos por los aludés durante el invierno y nos explicará las peripecias de la última excursión que él haya guiado.

De Sotres saldremos, a través de todas sus callejas, por una senda que se dirige al Oeste, y descendiendo rápidamente, alcanzaremos el camino que abandonamos en los invernales del Tejo, para hacer nuestra entrada en la India. Así llaman a estas brañas y bosques de la margen derecha del Duje: la India de Sotres, primero, y después la India de Tielve.

El camino es estrecho y un tanto peligroso; por esta razón es conveniente hacer a pie casi toda la jornada hasta Tielve. A nuestra derecha parece quiere apesarnos el corte vertical de la montaña. A nuestra izquierda se nos muestra el abismo, en cuyo fondo corretea como hilillo de plata el río Duje.

En el Campo de las Jarzas descansamos, y a Tielve, donde llegamos, después de penosísima bajada, a las dos horas de salir de Sotres. Continuamos nuestra expedición entrando en la cañada de Pertecedo, a la derecha de la gran peña Main. La Cañada de Pertecedo es una verdadera hermosura. El caminito que seguimos es un encanto; parece abrirse entre maleza cubierta de florecillas. El olor (ese olor tan *sui generis* de la vegetación en los Picos de Europa) es realmente encantador. De vez en vez nos sorprende a nuestra izquierda el abismo, por el que corre el Duje a desembocar en el Cares, cerca de Puente Poncebos. En las crestas de Peña Main se cierne la espesa niebla, y los rayos solares, al atravesarla, proyectan irisaciones que no pueden explicarse sin ser vistas.

Llegamos al Collado de la Rumiada y hacemos un alto. Luego hay que descender todo el camino hasta Puente Poncebos, adonde llegamos después de bajar los zizás de la Canal de la Rumiada (que tiene 29 vueltas).

Al final de la Rumiada, ya en camino más practicable, el de Camarmeña y Bulnes se une con el nuestro por el bellissimo puente de Poncebos, hasta el que se ha tardado desde Tielve poco más de hora y media.

Y ya todo el camino (que está a punto de ser transformado en carretera), hasta Arenas—hora y media—corre parejo con el Cares por la huera frondosa, en el fondo de una garganta que se asemeja mucho a la de La Hermida, aunque más angosta e impresionante. Un momento hay en que una imprevista subida por el monte nos desorienta. Mas desde la cima vemos ya el hermoso valle, en medio de cuyas frondas y colinas se asienta Arenas de Cabrales y cuyo frente cierra la sierra de Cuera, y por un castañar se baja a un puente viejo y entramos en el poblado alegre. El río Casaño se une allí mismo al Cares y juntos marchan hacia el Este en busca del Deva.

#### DE ARENAS DE CABRALES A BULNES Y COLLADO DE PANDÉBANO (1)

Nos levantamos a la hora del amanecer; con minucioso cuidado ha sido puesta en orden y debidamente clasificada toda la impedimenta de la caravana: diez morrales, dos cestas de conservas y la tienda de campaña.

A las siete en punto llega Severo, nuestro guía, que viene desde Sotres, su pueblo, del que ha salido a las tres y media de la noche. Viene en su caballejo, con la vieja cachimba apagada en la boca y un flamante saco de montaña «que trujéronle de Barcelona».

En preparar la carga de los dos caballos, mejor dicho, de un caballo y un mulo, y ultimar detalles, pasamos cerca de dos horas. A las nueve, pues, salimos de Arenas, por un rústico puentecillo sobre el río Casaño. Al otro lado del río, frente al pueblo, encontramos la estación de industrias derivadas de la leche, en la que el Estado enseña a perfeccionar la fabricación de mantequilla y del famosísimo queso de Cabrales.

Después de salvar unos altibajos del sendero, se llega al Horcado de Canal Negra, desde el que se descende rápidamente hasta las orillas del río Cares, el río de las aguas verdes, que baja en opuesta dirección a la nuestra.

La Garganta del río Cares, que seguimos durante tres horas, tiene gran

(1) Fragmento del artículo «Dos semanas en los Picos de Europa», por José F. Zabalá. *Heraldo Deportivo*, número 14, octubre de 1915.

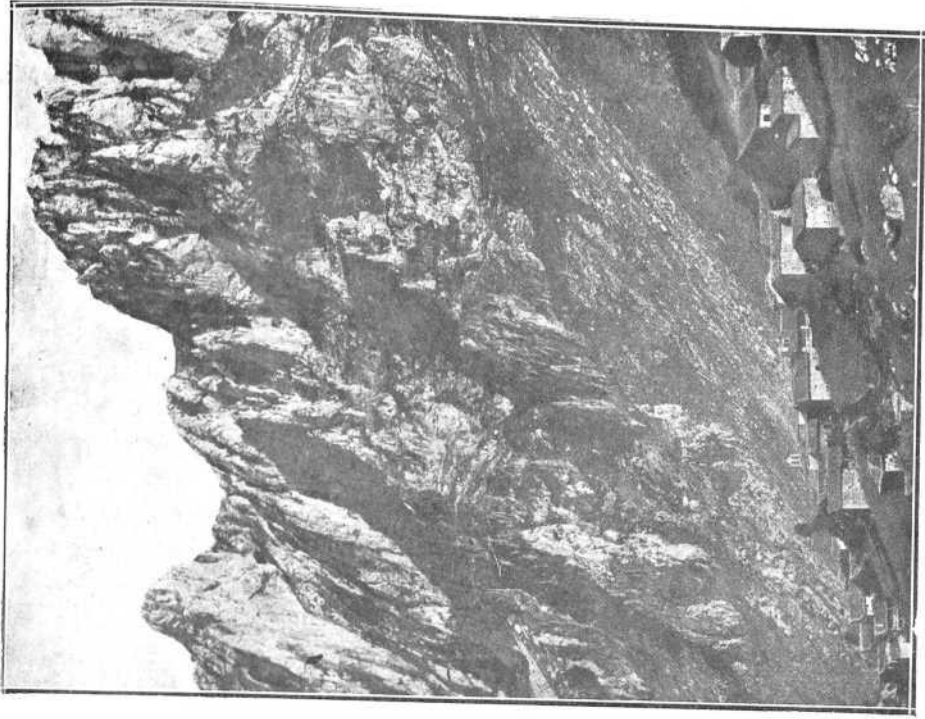


analogía con la de los Beyos, siendo aquélla menos medrosa e imponente, no sé si por llegar hasta nosotros la luz directa del Sol o por la risueña nota verde de los hayedos que se aferran a las vertiginosas laderas, árboles valientes en cuya admiración descansa el alma de la opresora visión de tanta roca amenazante, de tanto abismo como han contemplado, de tantos picachos clavados furiosamente en el cielo azul; ¡nota risueña del bosque, propicia al ensueño dorado y al recuerdo feliz!, ¡brillante verdor de la tierra, que pones una esperanza en el corazón!

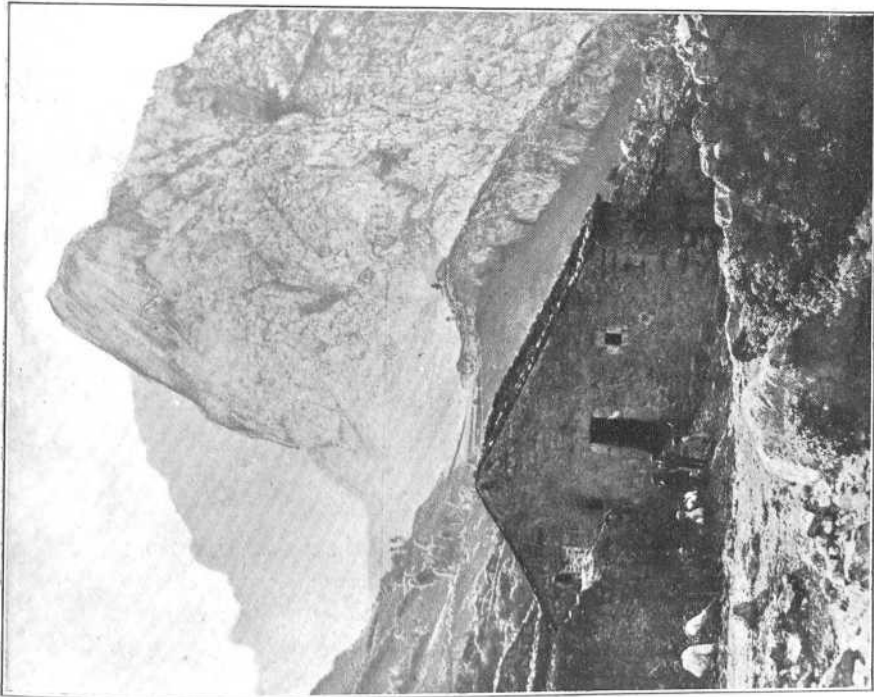
Un viejo puente de piedra, Puente Poncebos, salta sobre el Cares y lleva nuestra senda a la otra orilla. El mozo sigue con las caballerías hasta el puente del Haya; nosotros subimos con el guía por un empinado sendero hasta Camarmeña, mísero caserío al que no han llegado jamás las carretas y adonde sería difícil el acceso con caballerías. Subimos a él porque desde su altura y situación se admira—aunque lejano—el Naranjo de Bulnes en una de sus más bellas perspectivas. Así nos lo prometió el guía, y no fueron defraudadas nuestras esperanzas; Camarmeña merece la fatigosa subida que precede a su visita y el molesto descenso que hay que efectuar para llegar al puente del Haya, donde nos aguardan las caballerías y donde nos disponemos a verificar el almuerzo del mediodía. Nos hallamos en la confluencia del río Bulnes con el Cares, del que ahora nos separamos. Entramos en la profunda Canal de la Riega del Tejo, siguiendo el curso del río Bulnes, aguas arriba. El sendero pasa un puentecillo de madera y comienza a trepar por la ladera izquierda, en ziszás rapidísimos, llamados Las Salidas, hasta remontar, en menos de una hora de recorrido, desde el puente del Haya, trescientos metros de altitud. Estamos en Fuente Colines. El cauce del río Bulnes se hunde a nuestros pies y corre por el fondo de una grieta de inverosímil estrechez y profundidad. Desde lo alto de la Canal damos vista al angosto vallecito en que se asienta el pueblo de Bulnes.

Entramos en el pueblecillo a las cuatro de la tarde: a la sombra que presta una de las pequeñas casas, agrúpanse unas cuantas mujeres, afanadas en una rapidísima labor de calceta. Todas ellas visten de luto; pertenecen a una familia de sonoro apellido: Mier y del Campillo; un viejecito de noventa y dos años que parece presidir el grupo, el decano de esta dinastía de pastores, nos cuenta cómo en la invernada de 1914 murieron cinco de la familia: uno de sus hijos, tres nietecillos y un sobrino. Cruzaban la canal de la Riega del Tejo, que nosotros acabamos de pasar, y una avalancha de nieve entregó a la Implacable la vida de los cinco caminantes, que a los pocos días aparecieron en el fondo de la canal. Todos los años rinde su tributo a la muerte blanca alguno de estos bravos montaraces.

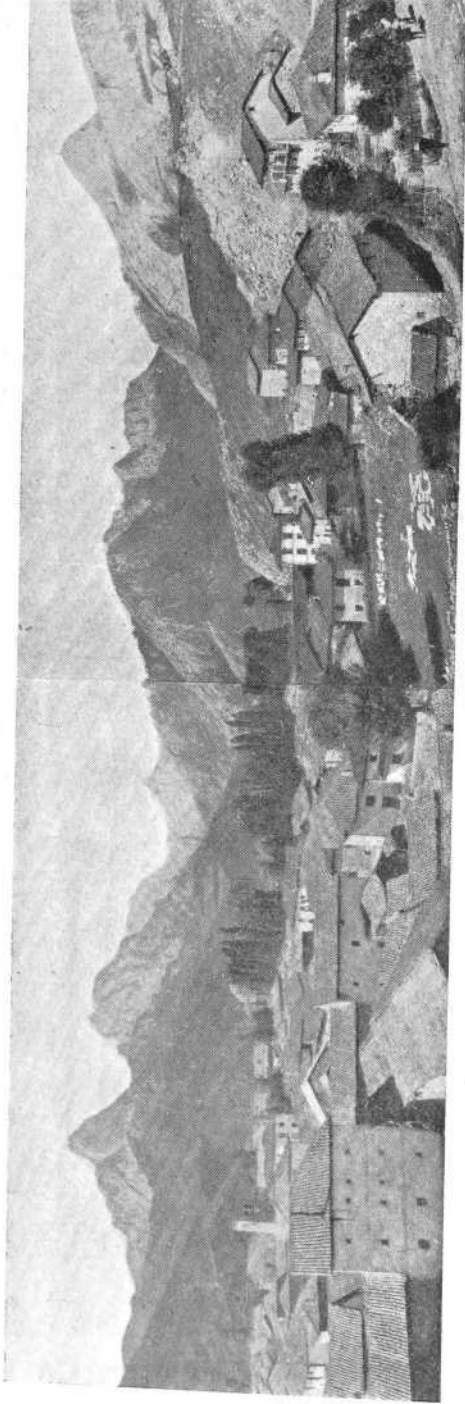
Aun el sol nos hace sentir sus *caricias* cuando remontamos la empinada senda que nos lleva al Collado de Pandébano.



PUEBLO DE TIELVE



PUEBLO DE BULNES



PANORAMA DE RIAÑO Y SUS MONTAÑAS

Después de la cena, celebramos la velada escuchando los cánticos con que las vaqueras nos deleitaron un buen rato.

Las muchachas son pastoras de Bulnes, que viven durante la estada en la Terenosa, dedicadas al cuidado de las vacas de su propiedad y la elaboración del queso cabraliego. En una *chavola* que sirve de cocina colectiva a esta colonia de pastores y que ha sido utilizada por nosotros, nos agrupamos después de la cena hasta quince personas, entre pastores, el guía y nosotros.

La canción que entonan es de una cadencia agradabilísima; una de las muchachas lleva el ritmo de la copla y las demás acompañan el cántico con una sencilla melodía.

La letra de los cantares es la eterna letra de las canciones populares de toda España; la moza que llora la pérdida de su máspreciado don; otra copla es elogio del mozo pinturero de la comarca; otras, son sutiles ironías, o despechos, o envidias...

Aquella noche dormimos sobre el mullido heno de uno de los invernales de la Terenosa, a 1.250 metros sobre el mar.



## ÍNDICE DE PUEBLOS

**ARENAS DE CABRALES** (Alt. 145 m.)—En la confluencia de los ríos Casaño y Cares, en el valle formado por las estribaciones de los Picos (Sierras de Eza, Caoro y la Muñama) y la Sierra de Cueva, al Norte.

Hotel *Picos de Europa*, de Manuel Morán. Pensión completa, 6 pesetas.

A 32 kilómetros de Cangas de Onís y 24 de Panes, con los que se halla unido con un servicio de diligencias. A Cangas, 4 pesetas; a Panes, 3 pesetas. Salidas de Arenas: para Cangas, a las cinco de la mañana (transbordo en El Cerezo); para Panes, a las siete de la mañana. Llegadas a Arenas: de Cangas, a las siete de la tarde; de Panes, a las seis de la tarde. (Pág. 38.)

**BULNES** (Alt. 695 m.)—En la terminación de la Canal de la Felguera, cerca de la unión de ésta con la de Camburero.

Sendero desde Arenas de Cabrales, por Puente Poncebos. (En la actualidad (1918) se construye la carretera de Arenas a este último punto, bordeando el río Cares.) El sendero, desde Poncebos, sigue la orilla derecha del Cares (aguas arriba) hasta el Puente de la Jaya (haya); salva este río, primero, y el de Bulnes, después, y trepa por la ladera izquierda por rápidos ziszás, llamados *Las Salidas*, hasta llegar a Fuente Colines, desde donde se alcanza a ver el pueblecillo de Bulnes.

No tiene hospedaje. Es preferible subir hasta la Collada de Pandébano y pernoctar en los invernales de la Terenosa, donde hay establecida una colonia de pastores de Bulnes y Camarmeña durante el verano.

**CAÍN** (Alt. 505 m.)—En la Canal de Trea, sobre el río Cares. Pueblo el más pintoresco por su inverosímil situación, colgado de la roca sobre el torrente del Cares.

A seis horas de Covadonga, por la Canal de Bufarrera. A seis horas de Cabrales, siguiendo el curso del Cares. A dos horas y media de Posada de Valdeón, y, pasando por este pueblo, a seis horas de Oseja de Sajambre.

Aunque no hay posada, no es difícil encontrar hospedaje. (Págs. 41 a 45.)

CAMALEÑO (Alt. 445 m.)—En la carretera de Potes a Espinama.

CAMARMEÑA (Alt. 500 m.)—Caserío al que no han llegado jamás las carretas y es difícil el acceso con caballerías. Desde su altura y situación se admira, aunque lejano, el Naranjo de Bulnes en una de sus más bellas perspectivas.

En la Canal del Cares, a media hora de Puente Poncebos y dos y media de Cabrales. (Págs. 28 y 45.)

CANGAS DE ONÍS (Alt. 55 m.)—Al NW. del macizo occidental, en la confluencia de las carreteras de Sahagún a las Arriondas (Riaño y Puerto del Pontón) y de Unquera a las Arriondas, por Cabrales (32 kilómetros) y Panes (56). Carretera a Covadonga y Lago Enol. (Págs. 93 y 94.) Estación del tranvía de vapor de las Arriondas a Covadonga. Varias fondas y hoteles. Coches de alquiler para los pueblos próximos. Diligencia diaria a Posada de Llanes (ferrocarril Cantábrico), con empalme en la Rebollada para Arenas de Cabrales, Panes y Unquera. (Pág. 90.)

COSGAYA (Alt. 795 m.)—Aldea en la carretera de Potes a Espinama. (Página 102.)

CIEN (Alt. 300 m.)—Aldea en el Desfiladero de los Beyos. (Pág. 49.)

CORDIÑANES (Alt. 890 m.)—Aldea en la garganta del Cares, a una hora de Posada de Valdeón. (Pág. 41.)

CORONA (Alt. 655 m.)—En la garganta del Cares, entre Cordiñanes y Caín. (Página 41.)

COVADONGA (Alt. 225 m.)—Véase pág. 91.

CUEVA ORCIL (Alt. 450 m.)—Venta en la carretera de Riaño a Cangas de Onís, a cuatro kilómetros de Oreja de Sajambre y a 15 del Puerto del Pontón.

A la entrada del Desfiladero de los Beyos.

Hospedería, modesta y sencilla, limpiezísima; comida, sana y bien condimentada; precio, exageradamente reducido. (Pág. 47.)

ESPINAMA (Alt. 870 m.)—Es este el pueblo más importante de Liébana, después de Potes, y se halla dividido en tres barrios: el de Espinama, el mayor de los tres, se halla en el camino; el de Pido, que se ve en el frente, al otro lado del Deva, en un alto, y el de Las Ilces, que se cruza en el camino de Camaleño.

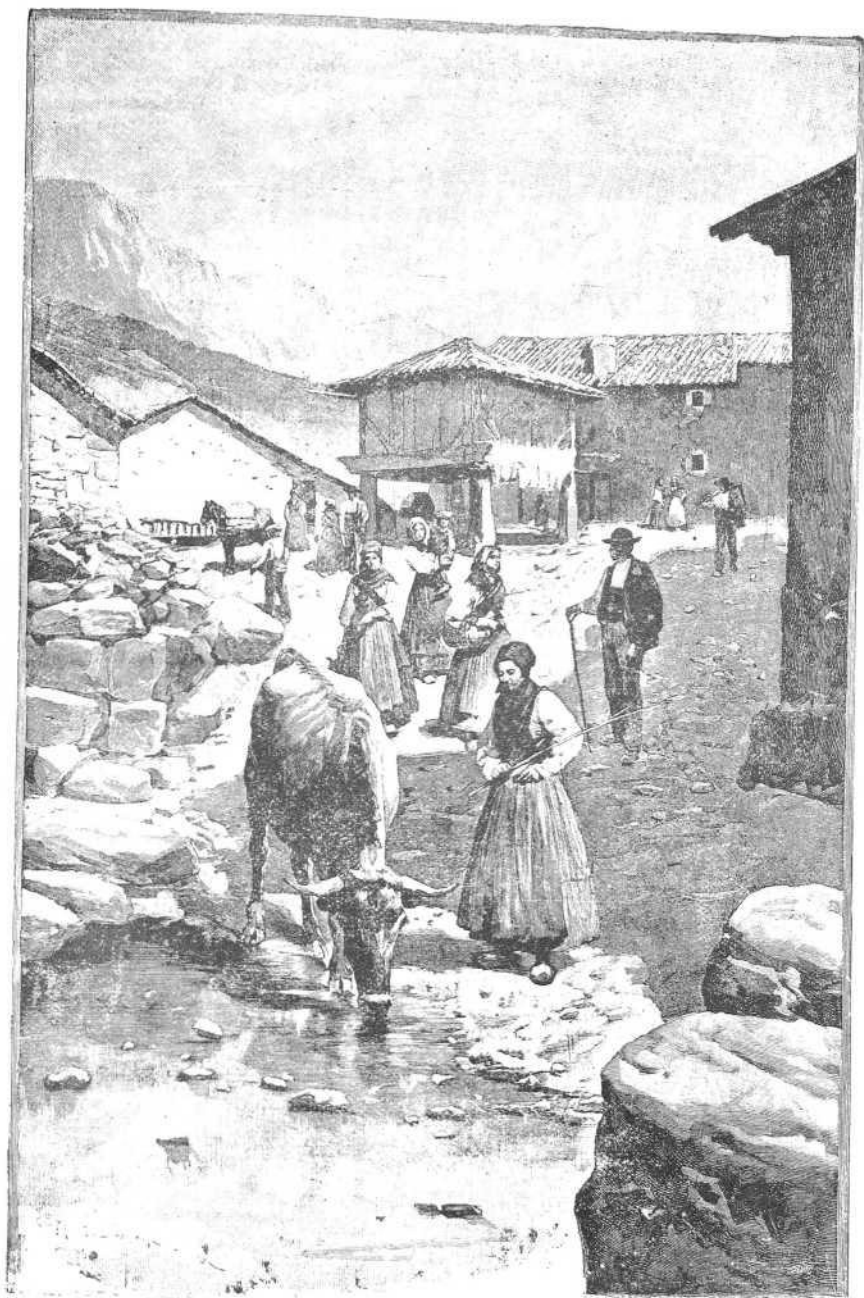
Se encuentra en este pueblo un excelente y cómodo hospedaje: la fonda de Vicente de Celis os ofrecerá una mesa bien provista y bien servida y unas habitaciones limpias y bien amuebladas.

A 18 kilómetros de Potes, por carretera; a dos horas del Puerto de Aliva; tres, de Lloroza; seis, de Sotres, y doce, de Arenas de Cabrales.

Todos estos itinerarios pueden realizarse a caballo. A Valdeón, cuatro horas.

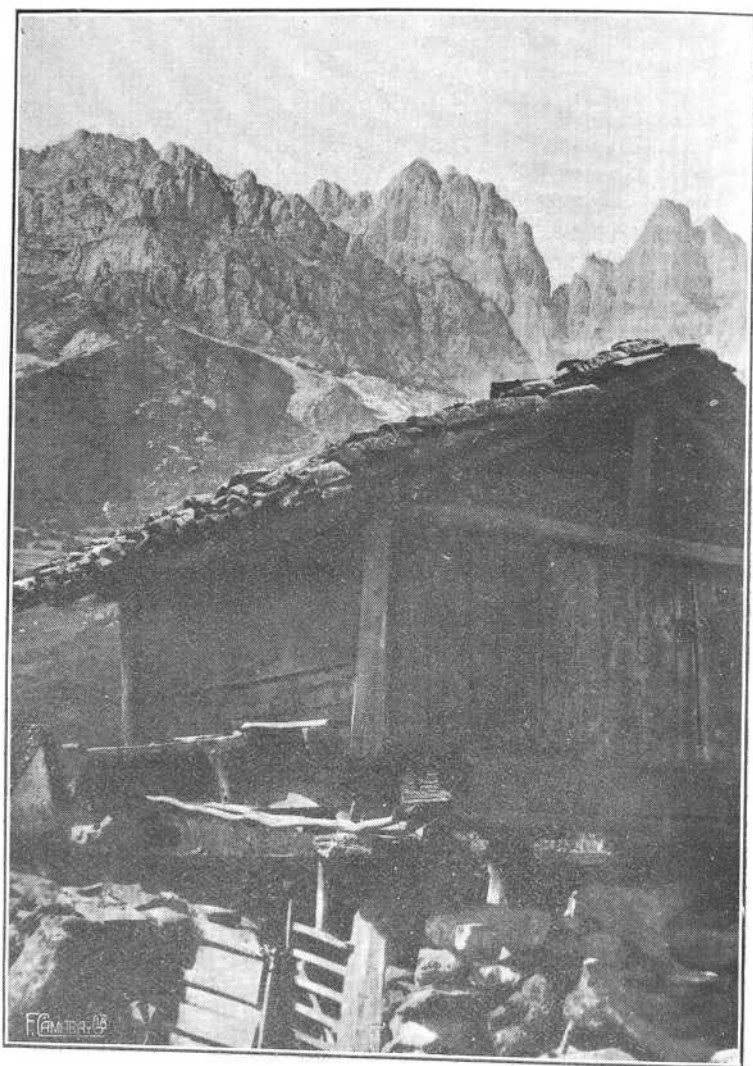
Ascensiones a la Remoña, Coriscao y Peña Vieja.

Excelentes guías para estas ascensiones y algunas otras del macizo central.



POSADA DE VALDEÓN



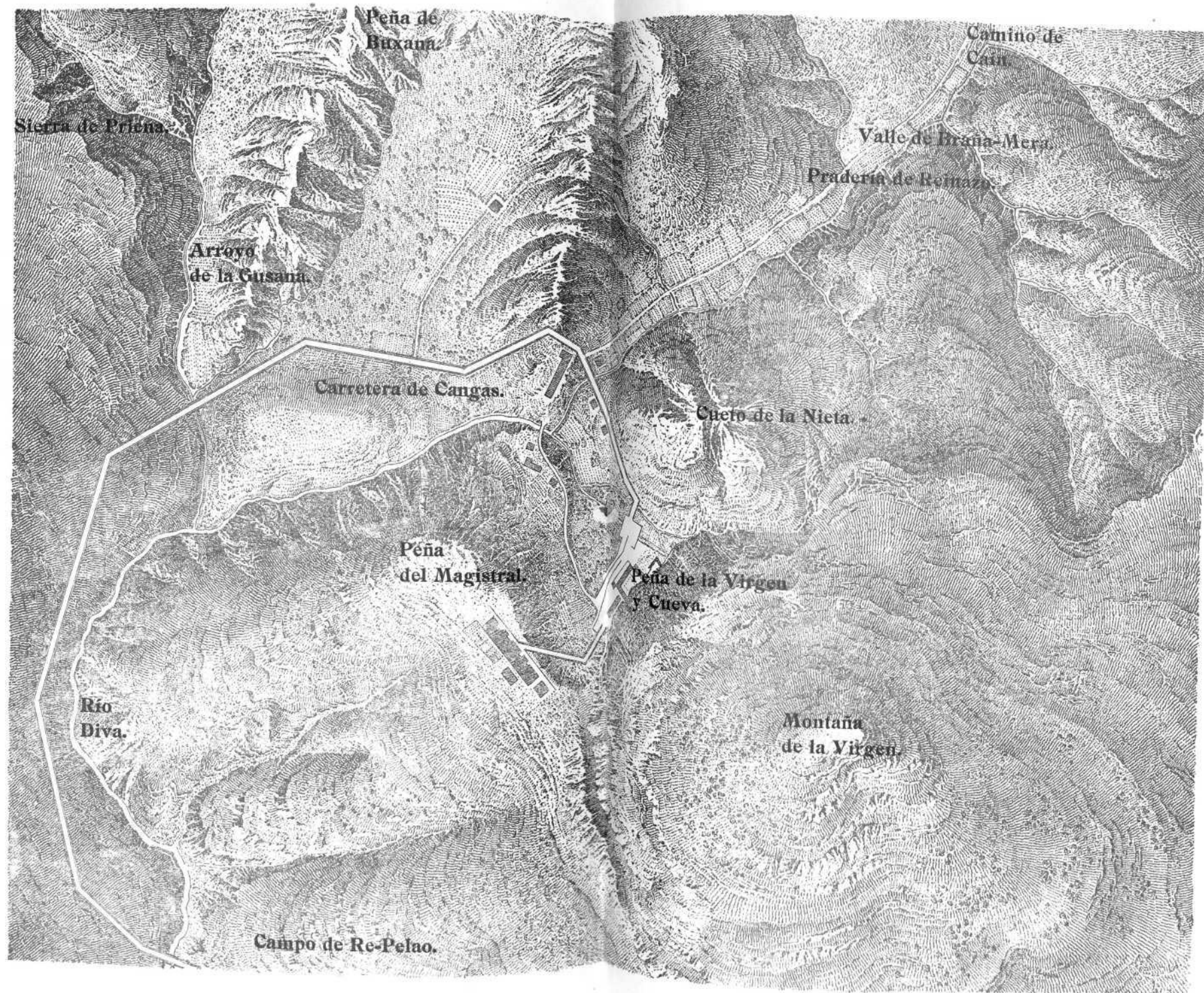


PEÑA SANTA DE CAÍN DESDE VALDEÓN



# PLANO DE COVADONGA Y ALREDEDORES

(HECHO ANTES DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA NUEVA BASÍLICA)





**HERMIDA (LA)** (Alt. 270 m.)—En el centro, el desfiladero de su nombre, a 24 kilómetros de Unquera y 16 de Potes. (Véanse páginas 49, 50 y 51.)

Balneario de aguas clorado-sódicas, que fluyen de dos manantiales a la temperatura de 49 y 42 grados. Cómodo y lujoso hospedaje en el mismo edificio del balneario, así como otras varias fondas y casas de huéspedes en el pueblo; y muy próxima a aquél está la estación telegráfica, abierta al público solamente durante la temporada de baños, que comprende desde 1.º de junio hasta el 30 de septiembre.

Comienzo del camino carretero a las minas de Andara y Tresviso. (Véase pág. 97.)

**OSEJA DE SAJAMBRE** (Alt. 780 m.)—A 11 kilómetros y medio del puerto del Pontón, a 29 de Riaño y a 33 de Cangas de Onís. Lindo pueblecito, arrebujado en la montaña, que mira a sus pies, sobre el barranco del Sella, unas blancas aldehuelas—Pío, Vierdes y Ribota—dormidas en la media ladera del precipicio. (Véanse páginas 46, 47 y 48.)

Hospedaje limpio y económico. Fonda y posada.

**PANES** (Alt. 44 m.)—En la provincia de Asturias, a 12 kilómetros de Unquera, en la carretera de este último punto a Potes. En Panes comienza la carretera a Cabrales (24 kilómetros) y Cangas de Onís (54 kilómetros), y parte la diligencia para estos últimos puntos. Al primero cuesta 3 pesetas el asiento; a Cangas de Onís, 7 pesetas, saliendo de Panes una hora después de pasar el ómnibus de Potes, del cual recibe el correo.

Fonda-restaurant de la viuda de Lama. Hotel y restaurant de José Pando. (Véase pág. 49.)

**POSADA DE VALDEÓN** (Alt. 965 m.)—Junto al río Cares. Cerca del pueblo confluyen las vegas o cañadas que bajan de los puertos de Pan de Ruedas y Pan de Traves.

Fonda del Pasiego, bastante aceptable.

Ascensiones a la Torre Santa, Torre del Llambrión y Torre de Cerredo.

Sendero a Espinama, por la Collada de Valdeón o por la de Remoña.

A Oseja de Sajambre en tres horas y media por el puerto de Pan de Ruedas (1.195 metros), a través de bosques de robles y hayas.

**POTES** (Alt. 360 m.)—A 40 kilómetros de Unquera; carretera a Camaleño (siete kilómetros) y Espinama (18 kilómetros); carretera a Cervera de Río Pisuerga, por el puerto de Piedras Luengas; carretera en construcción a Riaño; por el puerto de San Glorio y Portilla de la Reina.

Potes se halla situado en una ladera orientada al Norte que llega hasta la orilla derecha del río Quiviesa, cerca de su confluencia con el Deva. Sobre el río Quiviesa tiene dos puentes: el de la Cárcel, en la misma confluencia de los dos ríos, y el de San Cayetano, que comunica los barrios de la Fuente de la Riega y el Tullo con el Barrio del Sol, en la margen izquierda del Quiviesa.

Dominando la villa, al S. O. se alza la montaña llamada La Viorna, vestida de césped hasta su cúspide y cultivada de viñas y cereales en las laderas. En los meses de invierno, La Viorna priva a Potes de unas horas de sol. Desde el 24 de octubre al 24 de febrero, el sol se pone para Potes a las tres de la tarde.

Fonda y *garage* de Clemente Rodríguez (el Rubio). Fonda y *garage* de Alejandro Lobejón. Fonda «La Nueva», de Natividad Gonzalo.

Don Manuel Bustamante, socio honorario del Club Alpino Español, establecido en la calle del Doctor Encinas, facilita desinteresadamente cuantos datos se soliciten acerca de guías, caballos, etc.

En Potes reside la Sociedad *Picos de Europa*, cuya Junta está constituida como sigue:

Presidente, don Manuel Palacios Antón.

Secretario-tesorero, don Manuel Bustamante.

Vocales: don Florencio Castelao, don José María de Bulnes Trespalacios, don Lino González de la Ribera y don Jerónimo Prieto Compadre.

Fundada en julio de 1913. Treinta y nueve socios de número y 10 socios-guías. Organiza excursiones a la región de Picos de Europa, proporcionando cuantos datos se soliciten y sean precisos acerca de itinerarios, tiempo que se invierta, hospedaje, guías, etc., etc. Ha organizado o contribuido a organizar innumerables excursiones a estas grandiosas montañas.

*Monasterio de Santo Toribio de Liébana.*—Al S. O. de Potes y a unos tres kilómetros de la misma, se halla este celeberrimo santuario, entre cuyos muros seculares alienta poderoso el recuerdo de las glorias de Liébana: él le valió en un tiempo el dictado de «pequeña Jerusalén».

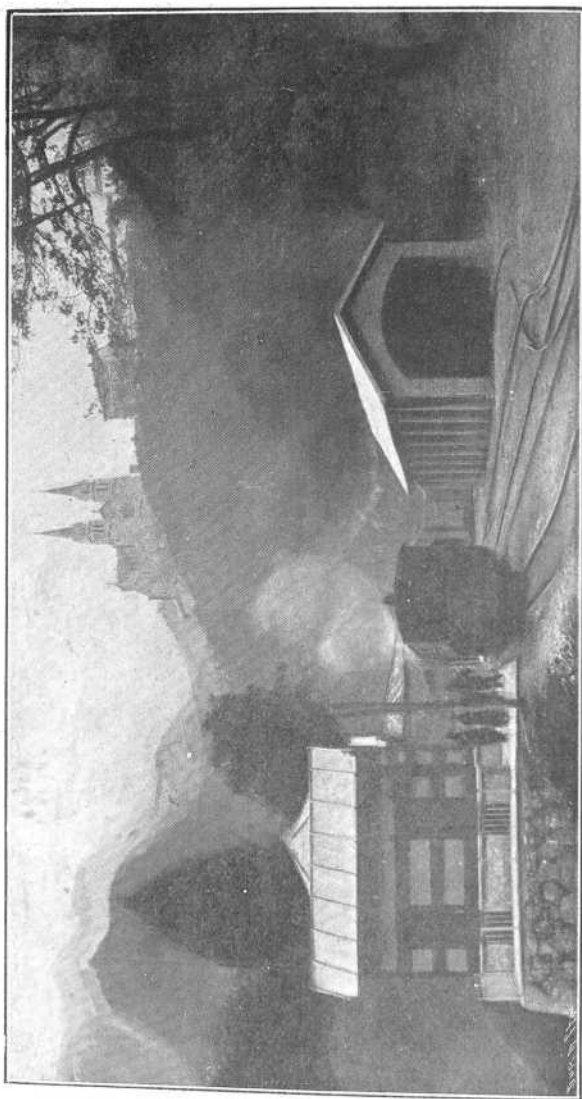
En las mismas afueras del pueblo, encima de una de sus mejores fuentes que llaman de «Fonfría», y en el sitio conocido por «La Cruz de Piedra», se separa de la carretera de los Picos que sigue a Camaleño otra construída mediante suscripción popular y terminada el año 1903. Con pendientes pronunciadas y revueltas rápidas va subiendo por la falda de la montaña, deja en bajo la ruinosa Casería, que fué antiguamente ermita dedicada a San Juan, filial del monasterio de Santo Toribio, y llega a éste. (Pág. 4.)

RIAÑO (Alt. 1.050 m.)—Al SW. de los Picos, a orillas del río Esla, unido con Cistierna por un servicio diario de automóviles (tres pesetas asiento), y con Cangas de Onís por diligencia, que circula los martes, jueves y sábados (4,50 pesetas asiento). Hotel del Montañés; aunque modesto, limpio y económico. Carretera terminada hasta el pueblo Portilla de la Reina; desde éste constrúyese actualmente la prolongación que, por el puerto de San Glorio, irá hasta Potes. Desde Portilla, cruzando el Puerto de Pandetraves, se llega en cinco horas a Posada de Valdeón.

Coches de alquiler para excursiones, a cargo de don Luis Rodríguez.

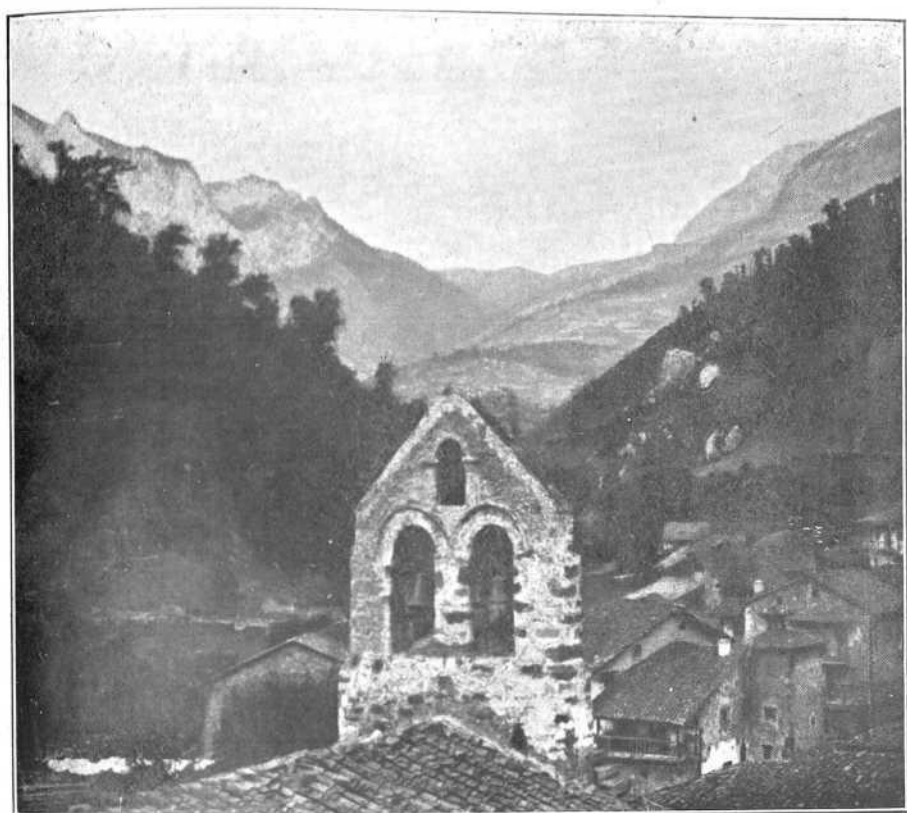


BAŚILICA DE COVADONGA

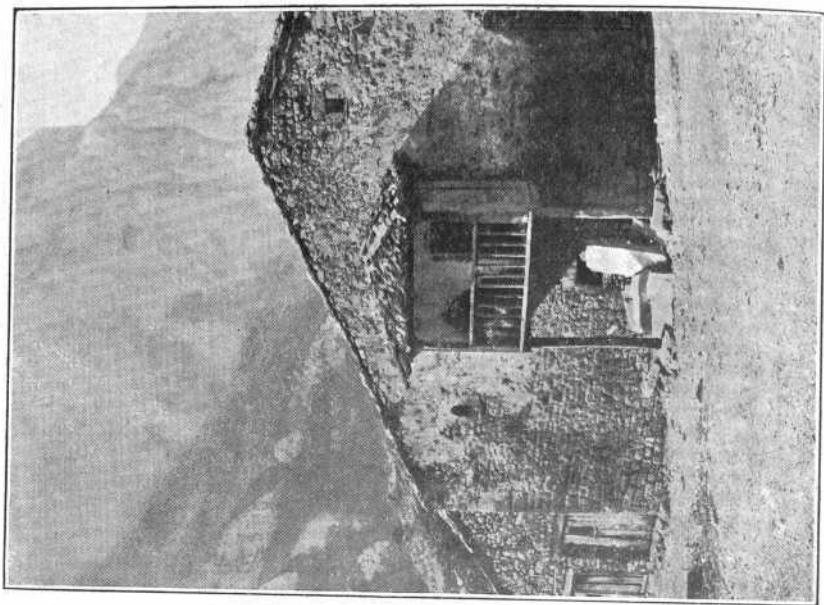


COVADONGA.—ESTACIÓN DEL TRANVÍA DE VAPOR

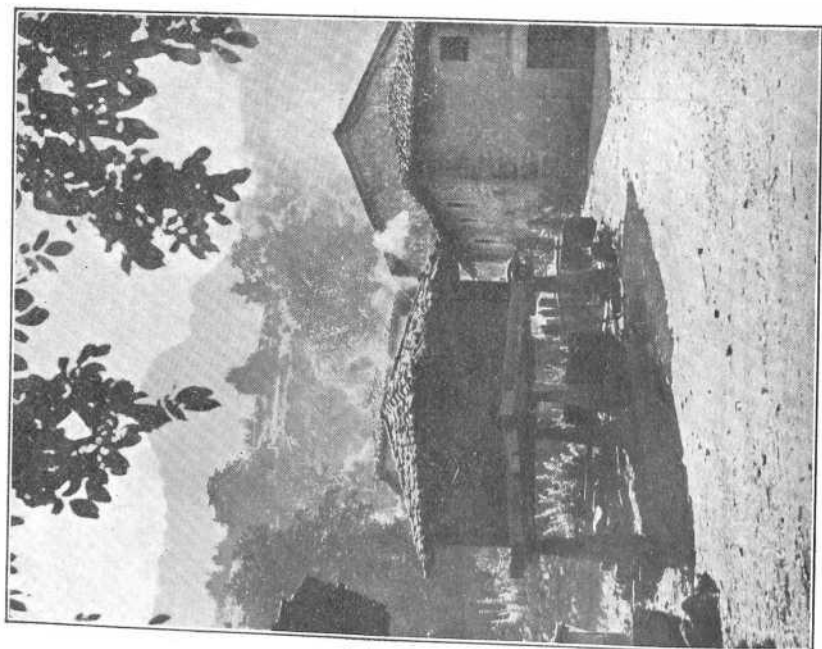




PUEBLO DE ESPINAMA



FUEBLO DE TRESVISO



FUEBLO DE BEJES

(En 1915, un coche para cinco personas y la impedimenta, desde Riaño a Arenas de Cabrales, en dos días, 100 pesetas, incluso propina.)

**SOTRES** (Alt. 1.070 m.)—En la ladera oriental que limita el curso del río Buje, entre la Sierra de las Moñas y Loma de Carbonal.

Camino-carretera a las minas de Andara, por la Collada del Caballar (1.265), y la Collada de Jito (1.295), donde se separa el camino de Tresviso, y bordeando la Loma del Carbonal entra en Andara por la Ramazosa. Desde Sotres al Casetón de Mazarrasa, dos horas.

Para bajar a Arenas de Cabrales hay desde Sotres dos rutas: una por despoblado, subiendo a los puertos de Pirué y de Era, para, después de caminar largo trecho por las alturas, descender por la escabrosa Calzada de Caorro, y otra, por la cuenca del Duje hasta su confluencia con el Cares y por la garganta que labra este río, hasta la confluencia del Casaño, ruta que pasa por el pueblo de Tielve y frente al de Camarmeña.

En Sotres reside el veterano guía Severo Pérez.

El inteligente párroco, don Juan Miner, orientará al excursionista respecto al hospedaje. (Pág. 106.)

**TIELVE** (Alt. 774 m.)—En la canal del río Buje, entre las Sierras de Maín y de Era. A dos horas de Sotres y a cuatro de Arenas de Cabrales, por Puente Poncebos.

No hay hospedaje. (Pág. 106.)

**UNQUERA** (Alt. 6 m.)—En la margen derecha del Deva; es la última estación de la provincia de Santander, en el ferrocarril del Cantábrico; el río es el límite, y Bustio, en la margen izquierda, ya pertenece a Asturias. Ambos barrios están unidos por un puente de la carretera de Torrelavega a Oviedo. (Véase pág. 49.)

En el pueblo de Colombres está la estación del telégrafo público más próxima a Unquera; desde este punto puede subirse andando al primero en media hora escasa.

Hay fondas con servicio bueno y económico; entre ellas la de Gabino Sánchez y la de Modesto Palomero; la de Fidel Velarde, en Bustio.

Distante de Santander, dos horas y media de ferrocarril; hay tres trenes diarios ascendentes y otros tres descendentes. Los precios de los billetes, desde Santander, son: en 1.<sup>a</sup> clase, 9,10 pesetas; 2.<sup>a</sup> clase, 7,05; 3.<sup>a</sup> clase, 4,55.

Los medios de comunicación entre Unquera y Potes (40 kilómetros) son: el ómnibus automóvil, que invierte dos horas (cinco pesetas asiento); la diligencia, que emplea cuatro horas y media (2,50 pesetas), o *cestas* o cochecitos de alquiler, de cinco plazas, que cuestan 25 pesetas e invierten tres horas y media en el recorrido.

## ÍNDICE DE CUMBRES, PUERTOS, ETC.

	Páginas
<i>Alba, Sierra del</i> .—Cerrando el Collado de Cámara, al Norte; constituye la parte más meridional de la Tabla de Lechugales.....	80
<i>Alba, Torre del</i> .—Alt., 2.212. Entre la Peña Santa de Enol y la Torre de Corroble.....	1
<i>Albo, Cueto del</i> .—Alt., 2.417. En la Sierra del Albo.	
<i>Albo, Pico del</i> .—Alt., 2.434. En la Sierra del Albo.	
<i>Albo, Sierra del</i> .—Forma parte del contrafuerte del Neverón, cerrando al Oeste la Canal de Camburero. A tres horas de Bulnes.....	76
<i>Aliva, Puerto de</i> .—Al Sur de la Peña Vieja. Alt. del casetón de la Provindencia, 1.518; Ermita de San Pedro, 1.450; Campo Mayor, 1.490; Campo menor, 1.470; Chalet Real, 1.800.....	86
<i>Amueza, Murallón de</i> .—Espolón el más septentrional del macizo central. Forma la pared Este de la garganta del Cares, en su confluencia con el río Bulnes, y, por lo tanto, la pared Oeste de la canal de la Riega del Tejo, por donde baja el Bulnes. En este murallón se encuentra el Puerto de Amueza (1.425 m.), que comunica el pueblo de Bulnes con el camino de Cebrales a Cañ, cerca del puente Trea.....	76
<i>Andara, Circo de</i> .—Casetón de Mazarrasa. Alt., 1.886; Casetón del Pozo, 1.830.....	98
<i>Angoyo, Puente de</i> .—Alt., 380. En el Desfiladero de los Beyos, límite de las provincias de León y Asturias.....	48
<i>Arenizas alto, Collado de</i> .—Alt., 2.415. En el contrafuerte del Neverón, uniendo la Canal de Camburero con el Hoyo de Cerredo.....	75
<i>Arenizas bajo, Collado de</i> .—Alt., 2.320. Al Sur del Tiro del Oso.....	75
<i>Ario, Majada y Vegas de</i> .....	44
<i>Arredonda, Sierra de</i> .—Punta occidental; alt., 1.917; punta oriental, 1.904. Cerrando al Oeste el paso del Boquejón, entre Espinama y Aliva.	
<i>Asotín, Barranco y Vega del</i> .—Alt. de la Vega, 1.460. Al SO. de la Torre del Llambrión desemboca en el Cares, al Norte de Cordiñanes.	
<i>Avenas, Sierra de</i> .—Alt., 1.919. Entre el Collado de Cámara y el Boquejón. En su ladera meridional pasa el camino de la Calvera, que sube desde Moguevejo a los invernales de Igiedri, camino de Aliva.	
<i>Bajera, Laguna</i> .—Alt., 1.880. Entre el Llambrión y Torre Frieria, en las alturas del Barranco del Asotín	

	Páginas
<i>Baornello, Estrecho de.</i> —Alt., 1.150. Angostura por la que pasa el río Duje, entre la Sierra de Juan de la Cuadra y los avanzamientos occidentales de la Tabla de Lechugales.....	106
<i>Barrejo, Puente de.</i> —Alt., 720. Sobre el río Cares, entre Cordiñanes y Caín.	
<i>Bermeja, Torre de Santa.</i> —Alt., 2.391. En el macizo occidental, al Sur de Peña Santa de Caín, al NO. de Posada de Valdeón y Soto de Valdeón, pueblo éste el más próximo.	
<i>Beyos, Desfiladero de los.</i> —Alt., 380.....	48
<i>Beza, Sierra de.</i> —Alt., 2.450.....	47 y 89
<i>Blanca, Horcada.</i> —Alt., 2.350. Depresión que separa la Peña Santa de Enol y Torre del Alba.	
<i>Boquejón, El.</i> —Alt., 1.365. Portillo de entrada al Puerto de Aliva del camino de Espinama.....	37 y 80
<i>Brañaseca, Collado de.</i> —Alt., 1895. En la Canal de Brañellos, uniendo este barranco con el de la Fuente de la Ramazosa, en el macizo de Andara.	
<i>Brañellos, Canal de.</i> —Desemboca en el río Duje, más abajo de los invernales del Tejo, cerca de Sotres.	
<i>Brañueca, Puente de.</i> —Alt., 1.205. El primer puente bajo el que cruza el Cares. En el camino que baja del Puerto de Pan de Ruedas.	
<i>Buñarrera, Canal de.</i> —Baja de entre la Peña Santa de Caín y los avanzamientos orientales de la Torre de Corroble, y vierte en el Cares, poco más abajo de Caín. Camino entre este pueblo y Covadonga, por Lago Enol....	44
<i>Buitrón, El.</i> —Alt., 1.890. Paso o Collado, sin sendero, entre la Sierra Arredonda y Valdecoro.	
<i>Caballar, Collada del.</i> —Alt., 1.255. En el camino de Andara a Sotres.	
<i>Cabén, Collada de.</i> —Alt., 1.800. Uno de los pasos del Valle de Espinama al de Valdeón. Entre la Collada de Remoña y la de Valdeón y a menor altitud que ambas.	
<i>Cabronero, Canto.</i> —Alt., 2.450. Cumbre máxima de la Sierra de Beza.....	95
<i>Cabrones, Punta de los.</i> —Alt., 2.566.....	66
<i>Cadriega, Collada de.</i> —Alt., 1.765. Une el valle de su nombre con el de Valdeón. En el camino de Espinama a Santa Marina.	
<i>Cámara, Collado de.</i> —Alt., 1.735.....	80
<i>Camburero, Canal de.</i> .....	60
<i>Canalona, La.</i> —Alt., 2.466.....	80
<i>Capozo, Canal de.</i> —Prolongación del Barranco de Hoyos Cabados, que baja de la Canal del Perro, al Norte de la Torre de Santa Bermeja. Vierte sobre el Cares.	
<i>Carbonal, Loma del.</i> —Alt., 1.542. En el macizo de Andara. Por su ladera oriental pasa el camino de Sotres a las minas.	
<i>Cares, Garganta del río.</i> .....	41
<i>Carnizoso, Horcada del.</i> —Entre el pico de su nombre y Peña Castil.	
<i>Carnizoso, Morra del.</i> —Alt., 2.100. Contrafuerte que, siguiendo del pico de su nombre, avanza sobre la Canal de Camburero, frente al Naranjo de Bulnes. Es el mejor observatorio para este último pico.	
<i>Carnizoso, Pico.</i> —Alt., 2.444. En la Sierra de las Moñas.	
<i>Castil, Peña.</i> —Alt., 2.441. En la Sierra de las Moñas.	
<i>Casaño, Río.</i> .....	45
<i>Cebollada, Collado de la.</i> —Alt., 2.100.	

PICOS DE EUROPA

	Páginas
<i>Cerredo, Torre</i> .—Alt., 2.642. Pico Sudeste: alt., 2.589. Pico Sur: alt., 2.612....	75
<i>Comeya, Vega de</i> .—Entre Lago Enol y Lago de la Ercina.....	93
<i>Coriscao, Pico</i> .—Alt., 2.240. Cerrando al Sur el Valle de Espinama.....	87
<i>Corni6n, Picos de</i> .—El conjunto de Peña Santa de Ca6n, la de Enol, Torre de Corroble y Torre del Alba.....	89
<i>Cort6s, Pe6a</i> .—Alt., 2.373. Se6al geod6sica en el macizo oriental.....	99
<i>Corroble, Torre de</i> .—Alt., 2.400. Al Norte de Pe6a Santa de Ca6n.	
<i>Cuevarrobres, Horcadina de</i> .—Alt., 1.937.....	87
<i>Cuera, Sierra de</i> .....	37
<i>Culiembro, Pando</i> .....	45
<i>Crimienda, Picos de</i> .—En la Sierra de Era, sobre el pueblo de Tielve.	
<i>Deboro, Punta de</i> . — Alt., 2.133. En el macizo de Andara, cerrando al Este el barranco del r6o Duje, entre la Canal de Jidiello y la de Bra6nellos.	
<i>Dobr6llo, Hornos del</i> .—Alt., 1.075.....	98
<i>Dobresengo, Horcada de</i> .—Alt., 2.332.....	76
<i>Enol, Lago</i> .—Alt., 1.080.....	93
<i>Ercina, Lago de la</i> .—Alt., 1.150.....	93
<i>Escarmellado, Punta del</i> .—Alt., 2.136.....	81
<i>Friera, Torre</i> .—Alt., 2.437. 6ltimo avanzamiento occidental del macizo central, sobre el valle de Valde6n, dividiendo el barranco del Asot6n (al Norte) del de las Solanas (al Sur).	
<i>Fuente Escondida</i> .—Alt., 2.045.....	83
<i>Fuented6 (Fuente del r6o Deva)</i> .—Alt., 1.065.....	81
<i>Gochos, Hoyo de los</i> .—Alt., 2.145.....	75
<i>Gochos, Pico de los</i> .—Alt., 2.590. Entre los Urrieles y la Sierra de las Mo6as, sobre el hoyo de su nombre..	
<i>Grajal, Pico del</i> .—Alt., 2.051. En el macizo de Andara.	
<i>Guardales, Ca6ada de</i> .—En la garganta del Cares.....	45
<i>Hierro, Pico</i> .—Alt., 2.441. Ll6masele tambi6n <i>Pico Fierro</i> . La punta m6s meridional tiene 2.438 de alt.....	99
<i>Horcados Rojos, Punta de</i> .—Alt., 2.465. Sierra de las Mo6as.	
<i>Horcados Rojos, Collado de</i> .—Alt., 2.365.	
<i>Horiza, Horcada de la</i> . — Alt., 1.045. En el sendero que une los invernales de Pand6bano con los invernales del Tejo (garganta del Duje).	
<i>Igüedri, Invernales de</i> .—Alt., 1.285.....	37
<i>Infanta, Tiros de la</i> .—Alt., 2.430. En el macizo de Andara.	
<i>Infierno, Riega del</i> .....	47
<i>Jano, Pico</i> .—Alt., 1.199. Cierra al Sur el valle de Potes.	
<i>Jaya, Puente de la</i> .—Alt., 300. Sobre el Cares.....	45
<i>Juan de la Cuadra, Sierra de</i> .—Alt., 2.246.....	80
<i>Juan Toribio, Pe6as de</i> .—Alt., 2.150.....	86
<i>Junciana, Cueto de la</i> .—Alt., 2.272. En el macizo de Andara.	
<i>Jusdellagar, Vega de</i> .—Alt., 1.452.....	95
<i>Lechangos, Canal de</i> .....	80
<i>Lechugales, Tabla de</i> .—Alt., 2.445.....	99
<i>Liordes, Puerto de</i> .—Alt., 1.968.....	81
<i>Llago, Tiro</i> .—Alt., 2.604. En el macizo del Llambri6n, sobre el Hoyo sin Tierra.	78
<i>Llambri6n, Torre del</i> .—Alt., 2.639. La punta del Nordeste, 2.626. La punta Sur, 2.623. La base del ventisquero, donde se comienza la ascensi6n, 2.370.....	76

	Páginas
<i>Lloroso, Cabezo</i> .—Alt. 1.830. Cierra al Norte la Canal del Cares, sobre Camarmeña. Forma el barrerón meridional de Canal Negra.	
<i>Lloroza, Casetón de</i> .—Alt., 1.865. En el Circo de Lloroza.....	87
<i>Main, Sierra de</i> .—Alt., 1.607. Barrera que cierra al Norte el macizo central, aislada del occidental por el río Cares, y del oriental por el Buje. Forma el paredón meridional de la garganta de este último río a su paso por la Canal de Tielve.....	37
<i>Mancondio, Peña de</i> .—Alt., 1.997. En el macizo de Andara.....	98
<i>Mesada, Peña</i> .—Alt., 1.638. Al Sur del Valle de Espinama.	
<i>Mellera, Peña</i> .—Alt., 745.....	49
<i>Moñas, Sierra de las</i> .....	78
<i>Moñas, Cabeza de las</i> .—Alt., 2.060.	
<i>Mueño, Canal del</i> .....	78
<i>Naranjo de Bulnes</i> .—Alt., 2.516.....	54
La conquista, por el marqués de Villaviciosa de Asturias.....	58
Su escalada, contada por el Cainejo.....	67
Ascensión de Gustavo Schulze.....	73
<i>Negra, Canal</i> .—Formada por las Sierras de Dubros y la Muniama, al Norte, y por el Cabezo Lloroso, al Sur. Desagua sobre el Cares, entre Puente Poncebos y Arenas de Cabrales.....	45
<i>Neverón, El</i> .—Alt., 2.564. Barrera que divide la Canal de Camburero, al Este, y la de Cerredo, al Oeste.....	38 y 76
<i>Neverón, Horcada del</i> .—Alt., 2.281. Separando el Neverón de la Sierra del Albo.....	38
<i>Nieves, Collado de las</i> .—Alt., 2.026. Entre la Torre de Salinas y la Punta de la Padierna. Une la Vega de Liordes con la del Asotín.....	11
<i>Olavarría, Torre</i> .—Alt., 2.442.....	16
<i>Osdón (Ostón o Ustón), Puertos de</i> .....	44 y 69
<i>Oso, Tiro del</i> .—Alt., 2.595. En la Sierra de las Moñas.	
<i>Padierna, La</i> .—Alt., 2.321. Sobre la Vega de Liordes.	
<i>Pandébano, Collado de</i> .—Alt., 1.240. En el camino de Bulnes a Sotres.....	52
<i>Pan de Trabes, Puerto</i> .—Alt., 1.580. Entre el Valle de Cadriega y el de Valdeón.	
<i>Pan de Ruedas, Puerto de</i> .—Alt., 1.529.....	41
<i>Pando, Cueto el</i> .....	42
<i>Pando Culiembro</i> .—Alt., 770.....	44
<i>Perro, Canal del</i> .—Alt., 2.145. Al Norte de la Torre de Santa Bermeja, sobre el barranco de Hoyos Cabados.	
<i>Piedras Luengas, Puerto de</i> .—Alt., 1.370.	
<i>Pontón, Puerto del</i> .—Alt., 1.305. Kilómetro 102,600 de la carretera de Sahagún a las Arriendas; a 17,600 kilómetros exactamente de Riaño, y a 44 de Cangas de Onís. Desde su altura distingüense claramente las nevadas cumbres de Picos de Europa, Peña Santa de Caín y Torre de Santa Bermeja, especialmente.....	46
<i>Ramazosa, Fuente de la</i> .—Alt., 1.820.	
<i>Rasa, Cumbre de la</i> .—Alt., 1.574. Sobre el Valle de Espinama.	
<i>Rasa del Inagotable</i> .—Alt., 2.302.....	99
<i>Rebeco o Robezo</i> . (Rupicapra pyrenaica parva).....	53
<i>Remoña, Peña</i> .—Alt., 2.239.....	81
<i>Remoña, Collado de</i> .—Alt., 2.050.....	81

	Páginas
<i>Re-Pelao</i> .—Alt., 135.....	91
<i>Rey, Tiros del</i> .—Alt., 2.598. Al Norte de Peña Vieja.....	7
<i>Riega del Tejo, Canal de la</i> .....	38
<i>Rumiada, Canal de la</i> .....	45
<i>Sajambre, Comarca de</i> .....	46
<i>Salinas, Torre de</i> .—Alt., 2.475.....	84
<i>San Carlos, Pico de</i> .—Alt., 2.075.....	100
<i>San Carlos, Collada</i> .—Alt., 2.050.....	100
<i>San Glorio, Puerto de</i> .—Alt., 1.630.....	114
<i>San Llano, Cueto de</i> .—Alt., 1.406. Sobre el pueblo de Sotres.	
<i>San Melar</i> .—Alt., 2.240. En el macizo de Andara.....	99
<i>Santa Ana, Pico de</i> .—Alt., 2.596.....	82
<i>Santa Bermeja, Torre de</i> .—Alt., 2.391. Al Sur del macizo de Peña Santa.	
<i>Santa de Caín, Peña</i> .—Alt., 2.586.....	68 y 94
<i>Santa de Enol, Peña</i> .—Alt., 2.479.....	68 y 95
<i>Santo Hoyo</i> (Jou Santo o Joyu Santo).....	43
<i>Sedu Llinabiu</i> .....	44
<i>Silla de Caballo</i> .—Alt., 2.218. En el macizo de Andara.	
<i>Sotres, Vegas de</i> .—Alt., 1.065.....	106
<i>Tejado, Cueto</i> .—Alt., 2.209. En el macizo de Andara, sobre el río Duje.	
<i>Tejo, Invernales del</i> .—Alt., 900. Junto al río Duje.....	106
<i>Tem, Pica de</i> .....	47
<i>Tirso, Tiro</i> .—Alt., 2.633.....	82
<i>Tranvía, Collado de la</i> .—Alt., 650.....	44
<i>Trea, Canal de</i> .....	44
<i>Trea, Puente de</i> .—Alt., 440. Sobre el Cares.....	45
<i>Trulledes, Majada de</i> .—Alt., 1.490. En el Canal de San Carlos.....	100
<i>Urdón, Salto del</i> .....	51
<i>Valdecoro, Punta de</i> .—Alt., 1.839.....	37
<i>Valdeminguero, Puerto de</i> .—Alt., 2.170.....	80
<i>Valdeón, Collada de</i> .—Alt., 1.825. En el camino de Espinama a Santa Marina de Valdeón.	
<i>Valdeón, Comarca de</i> .....	41
<i>Vidosa, Puente</i> .—En el desfiladero de los Beyos.....	49
<i>Vidrio, Canal del</i> .....	79
<i>Vieja, Peña</i> .—Alt., 2.615. Las torres meridionales, sobre el chalet, 2.407.....	78
<i>Vueltona, La</i> .—Camino de Lloroza a Fuente Escondida.....	80





## CLUB ALPINO ESPAÑOL

### PUBLICACIONES

**ALPINA** Revista trimestral ilustrada. 5 pesetas al año a los socios del C. A. E. 300 págs. de texto. Fotografías. Mapas. Planos. Croquis.

### ESPAÑA, CENTRO DEL MUNDO

por don Ernesto Jiménez. Lujoso libro de 200 páginas, con numerosas ilustraciones y mapas. 8 pesetas en todas las librerías de Madrid y provincias.

### TURISMO EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA

Espléndida edición con fotografías, mapas, croquis e itinerarios. 8 pesetas.

### EN PREPARACIÓN

### LA PEDRIZA DE MANZANARES

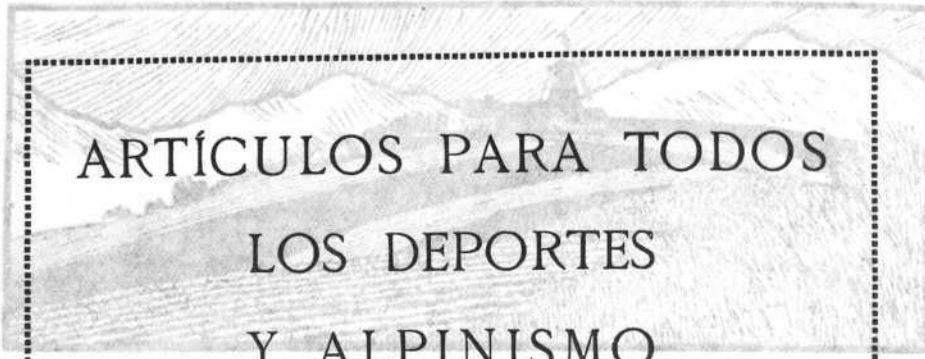
por Constancio Bernaldo de Quirós. Numerosas ilustraciones y mapas.

### MONOGRAFÍAS DE CUMBRES ESPAÑOLAS

por J. F. Zabala.

### LA SIERRA DE GREDOS

por Antonio Prast. Amplia información en fotografías, croquis y panoramas.



ARTÍCULOS PARA TODOS  
LOS DEPORTES  
Y ALPINISMO

≡ ANDREU ≡

MUNDO SAN LUCAS, 12

TELÉFONO 3587 - MADRID



PEDID

EL CATÁLOGO ESPECIAL



# ¡ALPINISTAS!

PEDID NUESTRO CATÁLOGO

ESPECIAL DE

ARTÍCULOS PARA TODOS  
LOS DEPORTES  
Y ALPINISMO

MESTRE  
&  
BLATGE

CID, 2

v

RECOLETOS, 15





**Imprenta Clásica  
Española**

**Madrid**



**1 9 1 8**



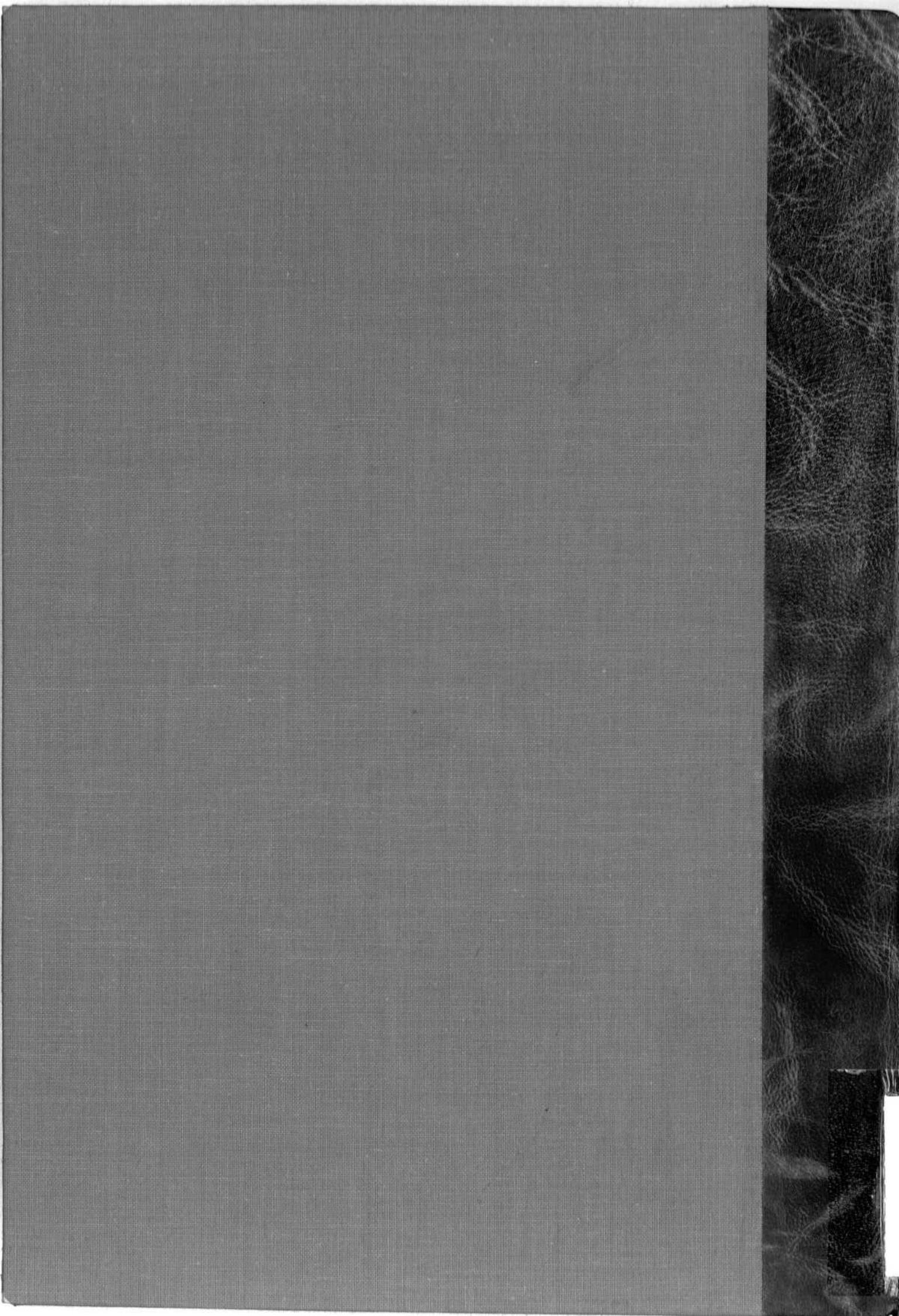












.....

REAL Y ZASAS



PICOS  
DE  
EUROPA

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....